

# e

# ayer

## Fascismo y políticas agrarias: nuevos enfoques en un marco comparativo

El estudio del *fascismo agrario* cuenta con una larga tradición, pero está lejos de ser uno de los ámbitos más tratados por la historiografía internacional actualmente. Son necesarias nuevas aportaciones que, sin obviar las cuestiones centrales, ayuden a una renovación temática y metodológica de los estudios sobre la relación histórica entre el fascismo y el mundo rural.

# 83

Revista de Historia Contemporánea

2011 (3)



# AYER

83/2011 (3)

ISSN: 1134-2277

ASOCIACIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA  
MARCIAL PONS, EDICIONES DE HISTORIA, S. A.

MADRID, 2011

## **EDITAN:**

Asociación de Historia Contemporánea  
[www.ahistcon.org](http://www.ahistcon.org)

Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.  
[www.marcialpons.es](http://www.marcialpons.es)

### **Director**

Manuel Pérez Ledesma (Universidad Autónoma de Madrid)

### **Secretario**

Juan Pro Ruiz (Universidad Autónoma de Madrid)

### **Editores**

María Sierra (Universidad de Sevilla),  
Javier Moreno Luzón (Universidad Complutense de Madrid)

### **Colaboradora**

María Migueláñez (Universidad Autónoma de Madrid)

### **Consejo de Redacción**

Nerea Aresti (Universidad del País Vasco), Carlos Forcadell (Universidad de Zaragoza), Carme Molinero (Universitat Autònoma de Barcelona), Javier Moreno Luzón (Universidad Complutense de Madrid), Xosé M. Núñez Seixas (Universidade de Santiago de Compostela), Manuel Pérez Ledesma (Universidad Autónoma de Madrid), Juan Pro (Universidad Autónoma de Madrid), María Cruz Romeo (Universitat de València), María Sierra (Universidad de Sevilla), Manuel Suárez Cortina (Universidad de Cantabria)

### **Consejo Asesor**

Miguel Artola (Universidad Autónoma de Madrid), Walther L. Bernecker (Universität Erlangen-Nürnberg), Alfonso Botti (Università degli Studi di Modena e Reggio Emilia), Carolyn P. Boyd (University of California, Irvine), Fernando Devoto (Universidad de Buenos Aires), Clara E. Lida (El Colegio de México), Paul Preston (London School of Economics), Pedro Tavares de Almeida (Universidade Nova de Lisboa), Ramón Villares (Universidade de Santiago de Compostela), Pedro Ruiz Torres (Universidad de Valencia)

AYER está recogida e indexada en  
*Dialnet, ISOC, Latindex, Periodical Index Online*

### **Correspondencia y administración**

Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.  
C/ San Sotero, 6  
28037 Madrid

*Ayer* es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea*, en coedición con *Marcial Pons, Ediciones de Historia*, ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0. Fijar nuestra atención en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en esta revista.

La *Asociación de Historia Contemporánea*, para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista.

**Miguel Artola, 1991.**



Esta revista es miembro de ARCE

© Asociación de Historia Contemporánea  
Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.

ISBN: 978-84-92820-53-5

ISSN: 1134-2277

Depósito legal: M. 1.149-1991

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Impresión: CLOSAS-ORCOYEN, S. L.

Polígono Igarsa. Paracuellos de Jarama (Madrid)

## SUMARIO

### DOSSIER

#### FASCISMO Y POLÍTICAS AGRARIAS: NUEVOS ENFOQUES EN UN MARCO COMPARATIVO

Daniel Lanero Táboas, *ed.*

<i>Presentación</i> , Daniel Lanero Táboas .....	13-26
<i>Por una historia social de la Corporation Paysanne (Francia, 1930-1970)</i> , Mélanie Atrux y Martin Baptiste .....	27-52
<i>Sobre el encuadramiento de los campesinos y la agricultura en el tiempo de los fascismos: una comparación entre nazismo y franquismo</i> , Daniel Lanero Táboas.....	53-76
<i>Fascismo y modernización revisitados: el periodo nazi como punto crítico en el desarrollo agrícola de Austria</i> , Ernst Langthaler .....	77-100
<i>Produzir mais e melhor. Estado, agricultura y consumo alimentario en Portugal (1926-1974)</i> , Dulce Freire.....	101-126
<i>Ruralismo, fascismo y regeneración. Italia y España en perspectiva comparada</i> , Gustavo Alares López .....	127-147

### ESTUDIOS

<i>Carlismo y caciquismo: las subjetividades campesinas en la historia contemporánea de España</i> , Antoni Vives Riera.	151-173
<i>El pueblo contra los pueblos. Intervención gubernativa y clientelismo en las instituciones locales durante la Segunda República</i> , Óscar Rodríguez Barreira .....	175-211

## ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

*De maestros y homenajes*, Ramón Villares..... 215-228

## HOY

*Los museos de las migraciones internacionales: entre historia, memoria y patrimonio*, Fernando J. Devoto..... 231-262

# CONTENTS

## DOSSIER

### FASCISM AND AGRARIAN POLICIES: NEW APPROACHES IN A COMPARATIVE FRAMEWORK

Daniel Lanero Táboas, *ed.*

<i>Presentation</i> , Daniel Lanero Táboas.....	13-26
<i>For a Social History of the Corporation Paysanne (France, 1930-1970)</i> , Mélanie Atrux y Martin Baptiste.....	27-52
<i>The Categorization of Peasants and Agriculture during the Era of Fascism: A Comparison between Nazism and Francoism</i> , Daniel Lanero Táboas .....	53-76
<i>Fascism and Modernisation Revisited: the Nazi Era as a Watershed of Austrian Agricultural Development</i> , Ernst Langthaler .....	77-100
<i>Produzir mais e melhor. State, Agriculture and Food Consumption in Portugal (1926-1974)</i> , Dulce Freire ...	101-126
<i>Ruralism, Fascism and Regeneration: Italy and Spain in Comparative Perspective</i> , Gustavo Alares López.....	127-147

## STUDIES

<i>Carlismo and Caciquismo: Peasant Subjectivities in the Modern History of Spain</i> , Antoni Vives Riera.....	151-173
<i>El pueblo against los pueblos. Government Intervention, Clientelism and Local Governments during the Spanish Second Republic</i> , Óscar Rodríguez Barreira .....	175-211

**BIBLIOGRAPHICAL ESSAYS**

*Teachers and Homages*, Ramón Villares..... 215-228

**HOY**

*Museums of International Migrations: Between History, Memory and Heritage*, Fernando J. Devoto ..... 231-262

# DOSSIER

FASCISMO Y POLÍTICAS AGRARIAS:  
NUEVOS ENFOQUES  
EN UN MARCO COMPARATIVO



## Presentación

Daniel Lanero Táboas

Universidade de Santiago de Compostela

Los estudios sobre el fascismo son mucho más que una moda historiográfica. Llegaron para quedarse. Se trata de un inabarcable campo de estudio que, iniciado de forma coetánea al propio desarrollo de las experiencias fascistas del periodo de entreguerras, creció de modo exponencial a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y mantiene a día de hoy una gran vitalidad, con una constante renovación y diversificación de las líneas de investigación, la incorporación a los estudios de nuevos investigadores y un mejor conocimiento de casos de estudio considerados más o menos periféricos en relación con los regímenes fascistas *clásicos* o *modélicos*: el fascismo italiano y el nazismo<sup>1</sup>. Al mismo tiempo, la reflexión sobre las características esenciales del fascismo, o sobre las causas de la receptividad social de que disfrutó en su tiempo, persisten. Los intentos de explicación del fascismo como fenómeno histórico parecen estar lejos de haber terminado<sup>2</sup>.

Es más, la cultura de masas, a través de la literatura, el cine o la televisión, recrea constantemente —con una fascinación algo inquietante— aspectos concretos de esa experiencia fascista, al tiempo que los estudios sobre el *holocausto*, las biografías de los caudillos fascistas o diversos aspectos de la vida cotidiana de la gente corriente

---

<sup>1</sup> COLLOTTI, E.: *Fascismo, fascismi*, Milán, Sansoni, 1994, pp. 3-33.

<sup>2</sup> GRIFFIN, R.: *The nature of fascism*, Nueva York, St. Martin Press, 1991; PAYNE, S.: *El fascismo*, Madrid, Alianza, 1996, y PAXTON, R. O.: *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005.

bajo sus dictaduras, por citar algunos ejemplos, se encuentran entre los temas más recurrentes (y demandados) en el ámbito de las obras de divulgación histórica. Dejando al margen la existencia en la actualidad de diversas manifestaciones de lo que de forma conceptualmente vaga y maleable la opinión pública califica como *fascismo* (como partidos políticos de extrema derecha, tribus urbanas de estética neofascista, episodios de violencia colectiva en el espacio público o la emergencia de discursos xenófobos y ultranacionalistas), es evidente que, más allá de la derrota militar de las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial y del propio fascismo como sistema político válido para el mundo occidental, el fascismo como experiencia histórica dejó una notable huella (aunque sólo fuera porque su negación fue uno de los pilares para la construcción de un nuevo mundo) en la sociedad occidental de posguerra.

Este dossier no pretende proporcionar una respuesta contundente o definitiva a la cuestión del atractivo historiográfico y sociológico ejercido por el fascismo como fenómeno histórico. Tampoco aspira a cubrir la multiplicidad de temas y planos desde los que la investigación histórica puede aproximarse al fascismo, ni entraremos en todos los debates historiográficos al respecto. De hecho, acotaremos nuestro análisis a los modelos de política agraria implantados por diferentes regímenes políticos encuadrados dentro de la familia fascista, aunque sería más apropiado afirmar que trataremos la relación establecida entre las dictaduras fascistas y el mundo rural considerándola en un sentido amplio<sup>3</sup>. Aunque este ámbito cuenta con

<sup>3</sup> Se citan a continuación algunas de las principales contribuciones al estudio de las políticas agrarias de las dictaduras fascistas. Para la Alemania nazi: FARQUAR-HARSON, J. E.: *The plough and the Swastika. The NSDAP and the agriculture in Germany, 1928-1945*, Londres-Beverly Hills, Sage Publications, 1976, e id.: «The agrarian policy of National Socialist Germany», en MOELLER, R. G.: *Peasants and lords in modern Germany*, Boston, Allen & Unwin, 1986, pp. 233-259; CORNI, G.: *Hitler and the peasants. The NSDAP and Agriculture in Germany, 1928-1945*, Nueva York, Berg Publishers, 1990; BRAMWELL, A.: *Blood and Soil: Richard Walter Darré and Hitler's «Green Party»*, Abbotsbrook, Kensal Press, 1985, y GERHARD, G.: «Breeding Pigs and People for the Third Reich. Richard Walter Darré's Agrarian Ideology», en BRÜGGEMEIER, F. J.; CIOC, M., y ZELLER, T. (eds.): *How Green were the Nazis. Nature, Environment and Nation in the Third Reich*, Ohio, Ohio University Press, 2005, pp. 129-146. Sobre el fascismo italiano: CORNI, G.: «La politica agraria del fascismo: un confronto fra Italia e Germania», *Studi Storici*, 28 (1987), pp. 385-421; CORNER, P.: «Considerazioni sull'agricoltura capitalistica durante il fascismo», *Quaderni Storici*, 10 (1975), pp. 519-529; FANO, E.: «Problemi e vicende

una tradición de estudios asentada y con una relativa continuidad desde los años sesenta, está lejos de ser uno de los temas más transitados dentro del conjunto de la historiografía sobre el fascismo. Por ello, creemos que existe aún bastante margen para la realización de nuevas aportaciones que, sin dejar de lado cuestiones historiográficas centrales, puedan ayudar a la renovación temática y metodológica de la investigación sobre la relación entre fascismo y mundo rural.

Es posible identificar una nómina de cuestiones que son recurrentes en los estudios sobre la agricultura y el mundo rural bajo las diferentes experiencias fascistas y que constituirían algo así como los rasgos definitorios de un pretendido *fascismo agrario*: ideología y discurso ruralistas; subordinación del sector agrario a un programa económico industrializador; defensa de los intereses de los diferentes segmentos sociales de propietarios de la tierra; reformismo agrario de naturaleza técnica; intervención de la economía agraria en una dirección autárquica; encuadramiento institucional de la agricultura y de la población rural en estructuras corporativas; reforzamiento del papel del Estado en el diseño e implantación de la política agraria; predominio de los técnicos agronómicos en la dirección de ésta...

Todos estos temas, así como otros igual de importantes, como los apoyos sociales con los que las dictaduras fascistas contaron durante las fases de toma del poder e institucionalización o las actitudes de la población rural en relación con las políticas estatales específicas aplicadas sobre el mundo rural, están presentes en los artículos que componen el dossier<sup>4</sup>. Sin embargo, no nos in-

---

dell'agricoltura italiana tra le due guerre», *Quaderni Storici*, 10 (1975), pp. 469-496, y STAMPACCHIA, M.: *Ruralizzare l'Italia. Agricoltura e bonifiche tra Mussolini e Serpieri (1928-1943)*, Milán, Franco Agnelli, 2000. Sobre el régimen de Vichy: BOUSSARD, I.: «La politique agrarienne du gouvernement de Vichy», en CORNU, P., y MAYAUD, J. L. (dirs.): *Au nom de la terre, Agrarisme et agrariens en France et en Europe du 19e siècle à nos jours*, París, La Boutique de l'Histoire, 2007, pp. 193-204. Para el Estado Novo portugués: OLIVEIRA BAPTISTA, F.: *A Política Agrária do Estado Novo*, Oporto, Afrontamento, 1993, y ROSAS, F.: «Rafael Duque e a Política Agraria do Estado Novo (1934-1944)», *Análise Social*, 112-113 (1991), pp. 771-790. Para el caso del franquismo, más familiar para muchos lectores, citaré como síntesis: BARCIELA, C., y LÓPEZ ORTIZ, M. I.: «El fracaso de la política agraria del primer franquismo, 1939-1959. Veinte años perdidos para la agricultura española», en BARCIELA, C. (ed.): *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 55-93.

<sup>4</sup> Algunos ejemplos sobre los apoyos sociales al fascismo en el mundo rural en SNOWDEN, F. M.: *The fascist revolution in Tuscany, 1919-1922*, Cambridge, Cam-

teresan tanto las políticas agrarias fascistas como objetos de estudio en sí mismas (sus rasgos comunes, las interinfluencias que se puedan detectar entre ellas o las especificidades nacionales), pues como tema de estudio ya han sido abordadas con cierta frecuencia y existe el riesgo, a través de una acumulación de información descriptiva, de cosificarlas y convertirlas en una imagen fija. De esta manera, estaríamos caminando hacia el reforzamiento de un modelo internacional de políticas agrarias fascistas que convertirían a éstas en algo excepcional y característico del tiempo de los fascismos. Por el contrario, el conjunto de los trabajos incluidos en este dossier comparte una visión dinámica de la relación entre regímenes fascistas y mundo rural. Por eso, nuestro objetivo es estudiar el significado de las políticas agrarias y de la relación que el fascismo construyó con el mundo rural en un tiempo histórico más largo que el periodo de entreguerras, una cronología que, situando su epicentro en las décadas de 1920 y 1930, nos permita movernos tanto hacia atrás como hacia delante, sobre todo hacia las primeras décadas de la posguerra mundial.

Se trata de proyectar también a este campo de estudio concreto la habitual preocupación de la investigación histórica por la identificación de dinámicas de continuidad y ruptura. En realidad se trata de algo más que eso, pues con estas premisas, los autores nos situamos claramente en una postura interpretativa que se niega a considerar las diversas experiencias fascistas con las que trabajamos, y el fascismo en general como fenómeno histórico, como un interludio o paréntesis (una excepción) en una supuesta línea evolutiva normativa de las sociedades humanas que acabaría por alcanzar una deseable etapa final de democracia liberal y economía capitalista.

Hacia atrás, contrastando las políticas agrarias diseñadas y ejecutadas por aquellos regímenes pertenecientes (en un sentido am-

---

bridge University Press, 1989, e ID.: «On the social origins of Agrarian Fascism in Italy», *Archives Européennes de Sociologie*, XIII:2 (1972), pp. 268-295; CORNER, P.: *Fascism in Ferrara*, Oxford, Clarendon Press, 1976; CARDOZZA, A.: *Agrarian elites and italian fascism. The province of Bologna, 1901-1926*, Princeton, Princeton University Press, 1982; RENTON, D.: «The agrarian roots of fascism: german exceptionalism revisited», *Journal of Peasant Studies*, 28:4 (2001), pp. 127-148; COBO, F., y ORTEGA, T.: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista*, Granada, Universidad de Granada, 2005, y PAXTON, R. O.: *French peasant fascism. Henry Dorgères Greenshirts and the crisis of french agriculture, 1929-1939*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1997.

plio e inclusivo) a la familia fascista, con las desarrolladas por las democracias liberales en el marco de la crisis estructural por la que atravesó la agricultura europea durante el periodo de entreguerras. En esta línea interesaría precisar si la política agraria fascista (en genérico) fue realmente tan excepcional en un contexto general que tendió al repliegue proteccionista y al nacionalismo económico.

No obstante, las *raíces agrarias* del fascismo, o la relación entre el acceso al poder (por la vía electoral o la insurreccional) de partidos y movimientos fascistas y nacional-autoritarios y el apoyo social y político que les prestaron diversos sectores de propietarios de las sociedades rurales, han sido bien estudiadas. También la capacidad del fascismo para cooptar e integrar sin demasiadas dificultades en su proyecto a diferentes instancias de la sociedad civil rural o a los cuerpos técnicos agrarios de las preexistentes administraciones liberales. Alguna referencia se hace en este dossier a estos asuntos, pero creo que la mayor originalidad del conjunto de trabajos reside en valorar qué influencia, impacto o pervivencia tuvieron las políticas agrarias fascistas en aquellas otras implantadas en la Europa occidental de posguerra y que, *grosso modo*, se corresponden con el proceso histórico de modernización de la agricultura o, en otras palabras, de triunfo del modelo de desarrollo agrario de la Revolución Verde. La cuestión que nos planteamos, en síntesis, sería: ¿supusieron las políticas agrarias fascistas un paso más en la secuencia histórica de modernización de la agricultura europea o constituyeron un modelo original y propio que habría roto con la lógica de ese proceso modernizador retardándolo? Más allá de las políticas agrarias entendidas de forma global o del análisis de programas particulares dentro de éstas, esa dinámica de continuidades y rupturas hacia el futuro también se analiza desde la perspectiva de las estructuras de organización institucional de la agricultura o de los líderes del sindicalismo agrario antes y después de 1945.

El dossier que estoy presentando tiene una vocación y una intención decididamente comparativas. Comparaciones acerca de las políticas diseñadas para el mundo rural, las estructuras institucionales desarrolladas para ejecutarlas o el papel que los campesinos y el espacio rural juegan en los ideosistemas de diferentes ejemplos de dictaduras fascistas y parafascistas se encuentran explícitas en algunos de los textos e implícitas en la concepción global del mismo.

El conjunto de las aportaciones aborda un total de seis casos de estudio: el régimen fascista italiano, el Tercer Reich alemán, Austria bajo la dominación nazi, la Francia de Vichy, el Estado Novo portugués y el franquismo. El número de objetos de estudio a examinar complica la comparación desde un punto de vista metodológico pero enriquece nuestra propuesta de forma notable.

Cuatro de los referentes de comparación que se han escogido dentro de la variada familia de los regímenes fascistas (el régimen colaboracionista de Vichy, Austria después del Anschluss, el Estado Novo portugués y el franquismo) representan, con sus propios matices, ejemplos de lo que podríamos denominar *parafascismos* o experiencias fascistas periféricas si las ponemos en relación con los que hemos calificado como *fascismos clásicos* o *modélicos*<sup>5</sup>.

Con esta selección se pretende ampliar la nómina de casos nacionales con los que de modo habitual se ha venido comparando a la dictadura franquista o, en otras palabras, fomentar las comparaciones con otras experiencias históricas de *fascismo agrario* más allá de las dictaduras «de referencia», ampliando nuestros conocimientos sobre la relación entre fascismo y mundo rural, y ayudando a situar mejor a la dictadura franquista en el escenario del fascismo internacional, al menos en lo que hace a sus interferencias sobre la sociedad rural y el sector agrario. No obstante, la presencia en el dossier de las políticas agrarias y de las concepciones del mundo rural del fascismo italiano y del nacionalsocialismo es evidente, ya sea a través del análisis del programa agrario desarrollado por el nazismo durante los años de anexión de Austria al Reich, el contraste entre las políticas de colonización de las dictaduras de Mussolini y Franco o el estudio de diferentes modelos de corporativismo agrario surgidos bajo la experiencia fascista.

El empleo de la comparación como recurso metodológico de la investigación histórica es tan estimulante como complejo. Al intentar comparar, buscamos semejanzas (por ejemplo, aquellas características que más arriba identificamos como definitorias de un genérico *fascismo agrario*). Si no intuyésemos o encontrásemos rasgos

---

<sup>5</sup> Véanse a este respecto las reflexiones teórico-conceptuales de KALLIS, A.: «Fascism, Parafascism and Fascitization: On the Similarities of Three Conceptual Categories», *European History Quarterly*, 33:2 (2003), pp. 219-249, y GRIFFIN, R.: *The nature of fascism...*, *op. cit.*, pp. 1-22 y 116-124. Sobre la naturaleza fascitizada del franquismo, SAZ, I.: «El primer franquismo», *Ayer*, 36 (1999), pp. 201-221.

comunes entre dos o más objetos a comparar, la comparación carecería de sentido en sí misma. En general, las investigaciones históricas que emplean la comparación, deslumbradas por el descubrimiento de lo que es *común*, tienden a resaltar las semejanzas y obviar las diferencias. Y sin embargo, la identificación de la diferencia es un rasgo distintivo del propio proceso comparativo. En cualquier comparación que abordemos existe una tensión permanente entre la similitud y la diferencia, y el historiador que compara se ve obligado a mover las unidades de comparación hacia dentro y hacia fuera, de la convergencia a la divergencia, y así sucesivamente. En estas condiciones, el método comparativo es, sobre todo, un instrumento útil para presentar hipótesis y testarlas, más que para alcanzar interpretaciones acabadas o perfectas que consigan explicar al milímetro la variación o la diferencia<sup>6</sup>.

No se nos oculta que la opción por una perspectiva comparada genera problemas metodológicos importantes que podrían poner incluso en cuestión la pertinencia de este enfoque comparativo, aunque prácticamente serían extensibles a la comparación entre cualesquiera otras dimensiones de la realidad humana.

Así por ejemplo, es evidente que durante el periodo de entre-guerras la composición interna de las sociedades rurales de cada uno de los casos nacionales abordados en este trabajo era muy diferente; también había grandes variaciones en los regímenes de propiedad de la tierra, las condiciones ambientales para el desarrollo de la agricultura, la estructura institucional del sector agrario o el peso relativo de éste en la estructura económica de cada país, los procesos de industrialización y urbanización, el grado de inserción de cada agricultura nacional en el mercado mundial de productos agrícolas, la capacidad de influencia política de los *lobbies* agrarios, y así un largo etcétera de cuestiones.

También es cierto que la génesis histórica y el periodo de vigencia de cada uno de los casos de estudio seleccionados son diferentes: el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán conquistan

---

<sup>6</sup> Algunas reflexiones metodológicas en ELLIOT, J. H.: *España en Europa. Estudios de Historia comparada*, Valencia, Universitat de València, 2002, pp. 267-286; TILLY, C.: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza, 1991, pp. 103-151; HAUPT, H. G.; CROSSICK, G., y KOCKA, J.: «La Storia comparata», *Passato e Presente*, 28 (1993), pp. 19-51, y COHEN, D., y O'CONNOR, M. (eds.): *Comparison and History. Europe in cross-national perspective*, Routledge, Nueva York-Londres, 2004, pp. ix-xxiv, 23-39 y 115-132.

el poder utilizando el marco institucional y legislativo de la democracia liberal (si bien forzándolo con el empleo selectivo de la violencia política); el Estado Novo portugués sería una mutación interna, en una dirección católica, corporativa y sólo fascistizadora en sus inicios, de la dictadura militar que, mediante un golpe de Estado, puso fin a la Primera República en 1926; el franquismo, de origen también militar y golpista, sólo consiguió institucionalizarse tras una cruenta guerra civil... Por fin, tanto la incorporación en 1938 de Austria al Reich alemán como el surgimiento de la *Francia libre* son una consecuencia del expansionismo imperialista del nazismo antes y después (respectivamente) del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, aunque en estos dos países el fascismo había hecho acto de presencia con anterioridad: en Austria el régimen liberal había sido suplantado por una dictadura autoritaria, católica y corporativa en 1933. En cuanto a Francia, la historiografía ha discutido enconadamente acerca del supuesto fracaso del fascismo en los años finales de la Tercera República.

Es evidente que la forma particular de institucionalización de este conjunto de experiencias fascistas también condiciona la comparación, en particular cuando centramos ésta en el análisis de las políticas agrarias nacionales, pues hay diferencias muy importantes entre ellas según se diseñen como respuesta a una coyuntura de crisis como la de 1929, con un horizonte prebélico, durante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial o en las décadas de la *Golden Age* de posguerra, periodo durante el que sobreviven dos ejemplos de dictaduras parafascistas anacrónicas (franquismo y Estado Novo portugués) en un contexto de afirmación de la democracia y de expansión de los derechos sociales de ciudadanía. El acelerón autárquico —con el consiguiente descontento de la sociedad rural— que el nazismo o el fascismo italiano dieron a su política agraria a partir de mediados de la década de 1930, con el horizonte de una guerra cada vez más cercano, es un buen ejemplo de los matices y de los cambios de orientación que es posible detectar cuando analizamos la evolución de la política agraria de cada experiencia fascista singular.

A este respecto, me gustaría detenerme un instante en la pertinencia de incluir en una comparación de este tipo a las dictaduras ibéricas, que sobreviven en tres decenios a la derrota social y política del fascismo en el panorama mundial. Sin haber experimentado

grandes cambios en cuanto a su naturaleza político-ideológica originaria, tanto el franquismo como el Estado Novo recorrieron (con un desfase cronológico de entre diez y quince años) el mismo camino hacia la modernización de la agricultura que los Estados democráticos de su entorno habían iniciado en los primeros años de la posguerra. Gracias en buena medida al reconocimiento internacional de ambas dictaduras a comienzos de los años cincuenta, los fascismos ibéricos superaron su aislamiento político. Sus elites rectoras no desconocían el proceso de modernización de la agricultura que se verificaba en su entorno. Es más, si en Europa occidental se asistía al triunfo del paradigma de la Revolución Verde en un contexto de pluralidad política y reconocimiento estatal de la función negociadora de los sindicatos, en la Península Ibérica fue mucho más sencillo y rápido imponer el nuevo modelo de desarrollo agrario, pues la eliminación de alternativas políticas y la anulación de la sociedad civil rural permitió afrontar los enormes costes sociales y ambientales de la Revolución Verde sin hacer frente a un desgaste político relevante para ambos regímenes. Más bien al contrario, el binomio desarrollismo-modernización económica, en especial en el caso español, cimentó un nuevo tipo de legitimidad (de gestión) de la dictadura. Un ejemplo como éste permite afirmar la pertinencia y la virtualidad de la comparación entre políticas agrarias generadas en contextos sociopolíticos muy distantes.

Me gustaría finalizar esta introducción no tanto con un resumen de los artículos que lo componen como con una reflexión que permita visualizar qué aporta cada contribución en relación con las premisas generales del dossier.

Atrux y Baptiste, combinando en lo metodológico microhistoria y prosopografía, demuestran la capacidad de adaptación a contextos políticos muy cambiantes (1930-1970) de las asociaciones de organización de los intereses agrarios y de su personal dirigente en Francia.

Analizan el nivel local-provincial de la organización corporativa campesina implantada por el régimen de Vichy, la *Corporation Paysanne*, y prestan atención a la evolución durante ese mismo periodo de las cámaras agrarias regionales y de su organismo nacional. A nivel institucional es evidente la existencia de una línea de continuidad entre muchas de las organizaciones agrarias locales y regionales de la década de 1930 y las estructuras de la *Corporation*

*Paysanne*, en las que se van a integrar con facilidad. Llama más la atención cómo, tras la Liberación, la Cuarta República recurre a la estructura de la *Corporation Paysanne* como cimiento para la nueva organización profesional de la agricultura que impulsa: la Confederación General de l'Agriculture (CGA). La continuidad institucional se proyecta también al ámbito del personal sindical de la *Corporation*. Al afrontar su depuración (1944-1946), la nueva República hace una diferenciación entre los *jefes* de la *Corporation Paysanne* y los síndicos locales y cantonales. Estos últimos, la gran mayoría del personal sindical, no sufren el proceso depurador, accediendo muchos a nuevos cargos de responsabilidad sindical o municipal. El retorno de los dirigentes de las antiguas cámaras agrarias colaboracionistas va a ser más lento y paulatino, pues la depuración afectó más a los responsables corporativos de alto rango. No obstante, su rehabilitación se producirá en oleadas sucesivas, sobre todo a lo largo de la década de 1950, dando lugar al reverdecimiento de algunos elementos del proyecto corporativo de Vichy.

Los autores explican la supervivencia del modelo corporativo agrario implantado por el régimen de Vichy y el carácter epidérmico de la depuración de sus dirigentes a través del pragmatismo de la Cuarta República, pues las dificultades por las que atravesaba el sector agrario no desaparecieron con el fin de la guerra y el nuevo régimen no se podía permitir el lujo de desaprovechar los equipos de dirigentes y expertos agrarios preexistentes.

En una línea similar, el artículo de Lanero rastrea las continuidades y rupturas entre las estructuras institucionales de encuadramiento de los campesinos (y en parte de la agricultura como sector económico) que implantaron el Tercer Reich y el franquismo, y las diversas organizaciones (sindicatos, cooperativas, asociaciones patronales) que conformaban la sociedad civil rural en Alemania y España antes de la toma del poder por ambos regímenes. La continuidad de dirigentes sindicales, funcionarios y técnicos agrarios fue la tónica dominante en Alemania (al igual que en Francia). El régimen de Franco —producto de una guerra civil e institucionalizado a partir de la represión de los vencidos— representa aquí una excepción, al demostrar una desconfianza radical hacia el asociacionismo agrario preexistente, incluso hacia el católico, aquél más afín social e ideológicamente. El texto de Lanero lleva a cabo una comparación en detalle (funciones y grado de autonomía política; con-

flictos de intereses con otras instancias de la administración y del partido único; naturaleza de la afiliación; perfil sociológico del personal sindical...) entre el Reichnährstand nacionalsocialista y la Organización Sindical Agraria franquista que permite visualizar (a través de una perspectiva de estudio institucional concreta, a la que se ha prestado hasta ahora poca atención) las diferencias en la naturaleza política de nazismo y franquismo.

Aunque no era uno de los propósitos iniciales del dossier, casi todos los artículos tocan tangencialmente un asunto central para los historiadores que han estudiado el mundo rural bajo las dictaduras fascistas o de otro signo político: las actitudes sociales de consentimiento y/o resistencia del campesinado hacia estos regímenes y las políticas e instituciones que impusieron al mundo rural<sup>7</sup>. Lo hacen Atrux y Baptiste cuando explican los diferentes posicionamientos de los dirigentes locales de la *Corporation Paysanne* en relación con la política de abastecimiento del gobierno colaboracionista de Vichy. También Langthaler al citar las resistencias del campesinado al programa agrario nazi para Austria. Alares, en la dirección contraria, resalta el carácter instrumental de las políticas de colonización fascistas para movilizar puntualmente al campesinado y generar consensos, de lo que sería un buen ejemplo el protagonismo otorgado a la Opera Nazionale di Combattenti en la colonización del Agro Pontino. Freire ilustra las dificultades del Estado Novo para ofrecer precios remuneradores a los productores rurales sin dañar la economía de los consumidores urbanos. Lanero, por su parte, expone el papel que en la generación de actitudes de aceptación hacia estas dictaduras por parte de ciertos sectores de la po-

<sup>7</sup> Algunas aproximaciones interesantes a este tema en KERSHAW, I.: *Popular opinion and popular dissent in the Third Reich. Bavaria, 1933-1945*, Oxford, Clarendon Press, 2002, pp. 33-65; STEPHENSON, J.: «Popular opinion in Nazi Germany: mobilization, experience, perceptions: The view from the Württemberg countryside», en CORNER, P. (ed.): *Popular Opinion in Totalitarian Regimes. Fascism, Nazism, Communism*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 107-121; BURR BUKEY, E.: *Hitler's Austria: Popular Sentiment in the Nazi Era, 1938-1945*, Chapel Hill-Londres, University of North Carolina Press, 2000, pp. 112-130; AAVV: *Le campagne italiane e la Resistenza*, Bolonia, Istituto Alcide Cervi, 1985; PAXTON, R. O.: *Vichy France: old guard and new order*, Nueva York, Columbia University Press, 1982, pp. 280-325; CARDI, A.: «La Corporation Paysanne (1940-1944). Entre le local et le national: l'exemple du Calvados», *Histoire et Sociétés Rurales*, 14 (2000), pp. 127-152, y CABANA, A.: «Minar la paz social. Retrato de la conflictividad rural en Galicia durante el primer franquismo», *Ayer*, 61 (2006), pp. 267-288.

blación rural desempeñaron políticas (como el control del precio de los productos agrarios o la previsión social) de las que fueron en alguna medida responsables los sindicatos fascistas.

El texto del que es autor Langthaler tiene como objetivo determinar qué impacto tuvo el periodo de dominación nazi (1938-1945) en el tránsito de la agricultura austríaca hacia un *modelo productivista* que, a grandes rasgos, coincide con las características esenciales de la Revolución Verde.

Empleando un aparato teórico-conceptual potente y sofisticado, y apostando por una perspectiva «micro», el autor demuestra que la política agraria del nazismo en Austria (y en el Reich en general) no fue antimoderna, frente a las interpretaciones historiográficas dominantes, que resaltan el carácter arcaizante de la ideología del *Blut und Boden*. De hecho, muchas de las iniciativas y orientaciones dadas a la agricultura austríaca después del Anschluss van a ser recogidas y continuadas por los agrónomos, los técnicos de extensión agraria y los granjeros mejor formados después de 1945. Por ejemplo, el sistema de elaboración estadística de los datos de las explotaciones agrarias, empleado para la definición de «zonas de producción» y la puesta en práctica de planes de desarrollo regional, o en el marco de la denominada *batalla por la producción*, cuyo objetivo durante la guerra fue el incremento de la producción de grasas animales y vegetales no a través de las requisas, sino de políticas de estímulo positivo que introdujeron entre los agricultores una racionalidad empresarial. El autor concluye que el periodo de control de la agricultura austríaca por el nazismo no fue el gran salto adelante en el proceso de modernización de la agricultura del país, pero sí, en cambio, un paso irreversible en el camino hacia el *régimen agrario productivista* de la posguerra y, por tanto, un momento clave para entender el desarrollo de la agricultura en Austria durante el siglo xx.

El artículo a cargo de Freire realiza un repaso sintético por la política agraria de los dos regímenes de inspiración fascista (la dictadura militar y, sobre todo, el Estado Novo) que gobernaron Portugal durante casi medio siglo, entre 1926 y 1974. Escogiendo como punto de ruptura la Segunda Guerra Mundial, la autora presenta algunas cuestiones centrales en los debates de la historiografía agraria portuguesa sobre este periodo: la lucha entre la corriente ruralista conservadora y los intelectuales neofisiócratas por la hegemonía en la dirección de la política agraria; el papel jugado en la

modernización de la agricultura lusa por los ingenieros agrónomos; el bloqueo político a cualquier proyecto de reforma agraria por parte de los grandes *lobbies* de propietarios...

Sin embargo, lo que hace más interesante y novedoso el texto de Freire es la elección de la relación entre las políticas públicas (agrarias en este caso) diseñadas por el Estado Novo y su impacto social, que concreta en la evolución del consumo de alimentos por la población portuguesa. La autora demuestra cómo, a pesar de la centralidad ideológica que la «soberanía alimentaria» tuvo para el Estado Novo, éste fracasó en una de sus misiones fundamentales: nutrir a la población portuguesa de un modo aceptable para los estándares internacionales de posguerra. La alternativa política de la dictadura consistió en cubrir estas carencias no con un giro modernizador de la política agraria (en armonía con el paradigma internacional de la Revolución Verde), sino a través de la importación masiva de alimentos, lo que resaltaba aún más el freno que la agricultura suponía para el crecimiento económico de Portugal.

Este artículo, por otra parte, conecta muy bien con algunas de las líneas que atraviesan el dossier: la centralidad política (autárquica) que para las dictaduras fascistas y fascistizadas tuvo el abastecimiento alimentario de la población; las contradicciones de los proyectos modernizadores que diseñaron para el mundo rural o el funcionamiento de las estructuras institucionales de encuadramiento del sector agrario...

La transición entre políticas que formarían parte de un supuesto programa común de *fascismo agrario* y aquellas otras incluidas dentro del paradigma modernizador de la Revolución Verde también se puede detectar para el caso del franquismo, como demuestra el artículo a cargo de Alares. Un buen ejemplo son los cambios experimentados por la política de colonización a lo largo de la dictadura franquista. A pesar de la derrota política y ética de los fascismos, el franquismo mantendrá durante la década de 1940 una política de colonización basada en un discurso ruralista de regeneración de la patria a través de los valores del mundo rural y el campesinado que, en combinación con el contexto autárquico, el autor define como *utopía ruralista*. Sin embargo, a partir de la década de 1950 se impone un modelo capitalista de colonización (racionalización y modernización de las explotaciones) acompañado de un profundo cambio en la imagen que el régimen maneja del campesi-

nado, quien pasa de sublimar los valores imprescindibles para la regeneración nacional a ser el sujeto pasivo del programa de modernización agraria franquista.

Este texto aporta un contrapunto muy interesante a la concepción global del dossier al introducir una perspectiva cultural/simbólica centrada en el análisis de las ideas y de los discursos contruidos alrededor de uno de los elementos característicos de la relación entre fascismo y mundo rural, la constante apelación (exaltación) a unos valores (morales, físicos, raciales...) que se le otorgan al mundo rural y al campesinado. El autor explica (con un notable conocimiento de las fuentes de época) la relación entre ruralismo y programas de colonización en el fascismo italiano y el franquismo. Pero lo más interesante es la conclusión a la que llega: el ruralismo fascista sería mucho más que un ejercicio retórico-instrumental, habría que verlo como un elemento central del repertorio mítico y estético del fascismo para la construcción de una modernidad alternativa.

En este punto, el trabajo de Alares conecta perfectamente con las reflexiones teóricas de Langthaler y con una de las líneas de fuerza de nuestra propuesta: es necesario cuestionarse si la historiografía no ha colocado con excesiva facilidad la etiqueta de *antimoderno* al fascismo, al menos en lo que respecta a su relación con el mundo rural; considerar si hubo una lógica y un proyecto de modernización fascistas alternativos y analizar, en tal caso, en qué consistió aquél.

Quisiera, como coordinador de este dossier, cerrar su presentación con una serie de agradecimientos. En primer lugar a los autores de los textos que lo conforman, por la entusiasta respuesta que todos dieron a la invitación que en su día se les hizo para participar en él; también por su disciplina y seriedad en el cumplimiento de los sucesivos plazos de entrega de los artículos y, sobre todo, por la novedad y calidad de cada una de sus contribuciones. Este agradecimiento se hace extensivo a los evaluadores anónimos de la revista *Ayer*, cuyos comentarios y sugerencias han ayudado a mejorar notablemente las versiones finales de nuestros trabajos. Finalmente, a los miembros, en diferentes etapas, del comité de redacción de la revista: a Mari Cruz Romeo, de quien surgió la propuesta que dio lugar a este dossier hace ya algún tiempo; a Xosé Manoel Núñez Seixas, quien la reactivó, y a María Sierra y Juan Pro, cuyo interés, eficacia y buen hacer permitieron superar algunas dificultades aparecidas durante la gestación del mismo.

# *Por una historia social de la Corporation Paysanne (Francia, 1930-1970)*

*Mélanie Atrux  
Martin Baptiste*

Laboratoire d'Études Rurales (LER), Université de Lyon  
Institut National de la Recherche Agronomique (INRA)

*Resumen:* Instituida en 1940 por el régimen de Vichy, la *Corporation Paysanne* responde a las aspiraciones campesinistas expresadas por el mariscal Pétain y un sector de los dirigentes de los sindicatos agrícolas durante los años treinta. La investigación se dirige hacia el nivel local, a través de la historia social y la prosopografía. El estudio de la organización corporativa en el Ródano y de las experiencias de los presidentes de cámaras agrícolas permite examinar la *Corporation Paysanne* en un tiempo largo por medio de las trayectorias de sus actores desde los años treinta hasta su disolución en 1944 y más allá.

*Palabras clave:* *Corporation Paysanne*, agrarismo, uniones de sindicatos agrícolas, régimen de Vichy, prosopografía.

*Abstract:* The *Corporation Paysanne* installed by the Vichy regime in 1940 was in coherence with the agrarianist desires expressed by marshal Pétain and some leaders of the agricultural syndicalism during the 1930s. The research is carried out into the local level, using the methods of social history and prosopography. The survey of the corporative organization in several villages in the Rhône region and of the experiences lived by the presidents of chambers of agriculture make possible to analyze the *Corporation Paysanne* over a longer period, through the career of its members from the 1930s to its dissolution in 1944 and after.

*Keywords:* *Corporation Paysanne*, agrarism, farmers unions, Vichy regime, prosopography.

Nacido de la debacle de mayo-junio de 1940, el régimen de Vichy se propone llevar a cabo en Francia una «revolución nacional»<sup>1</sup> de la cual el campesinado sería uno de los pilares, si no el «elemento esencial»<sup>2</sup>. El papel reservado al campesinado por Pétain, el «mariscal-campesino», es fácilmente imputable a la influencia del «agrarismo tradicional»<sup>3</sup> en el seno de un Vichy ciertamente «pluralista» desde el punto de vista ideológico<sup>4</sup>.

Así, entre julio de 1940 y agosto de 1944, la obra legislativa referida al mundo rural es, desde el punto de vista cuantitativo, considerable<sup>5</sup>. La orientación dada a la política agrícola por el régimen responde a un doble objetivo. Por una parte, en el plano ideológico, se trata de «reservar al campesinado el lugar que le ha sido negado durante demasiado tiempo en la nación»<sup>6</sup>. Por otra, en el plano práctico, se trata de responder a «exigencias concretas»<sup>7</sup>, en este caso la profunda desorganización de la producción agrícola y del mercado, consecuencia directa de la guerra y la ocupación<sup>8</sup>. A este respecto, nada resulta más representativo que la historia de la *Corporation Paysanne* (Corporación Campesina) y de su evolución desde su creación en diciembre de 1940<sup>9</sup> hasta su disolución con la Liberación<sup>10</sup>.

La *Corporation* trata de agrupar en su seno al conjunto del mundo agrícola. Se organiza de modo piramidal teniendo como

<sup>1</sup> Exposición de Motivos del Acta Constitucional de 10 de julio de 1940.

<sup>2</sup> Discurso de Philippe Pétain, 1 de diciembre de 1940.

<sup>3</sup> BARRAL, P.: *Les agrariens français de Méline à Pisani*, París, Librairie Armand Colin, Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, núm. 164, 1968, p. 257.

<sup>4</sup> HOFFMANN, S.: «Aspects du régime de Vichy», *Revue Française de Science Politique*, 6 (1955), pp. 44-69.

<sup>5</sup> BOUSSARD, I.: «La politique agrarienne du gouvernement de Vichy», en CORNU, P., y MAYAUD, J. L. (dirs.): *Au nom de la terre, Agrarisme et agrariens en France et en Europe du 19e siècle à nos jours*, París, La Boutique de l'Histoire, 2007, pp. 193-204.

<sup>6</sup> PÉTAÏN, Ph.: *Message aux paysans*, Pau, 20 de abril de 1941.

<sup>7</sup> BARRAL, P.: *Les agrariens français...*, *op. cit.*, p. 264.

<sup>8</sup> PAXTON, R. O.: *Vichy France, Old Guard and New Order*, Harvard, 1972 [traducción francesa: *La France de Vichy, 1940-1944*, París, Editions du Seuil, 1973 (2.ª ed., 1997), pp. 259-262].

<sup>9</sup> Ley de 2 de diciembre de 1940 del Estado francés «relativa a la organización corporativa de la agricultura» (*Journal Officiel* de 7 de diciembre de 1940).

<sup>10</sup> Ordenanza del gobierno provisional de la República Francesa de 26 de julio y de 12 de octubre de 1944.

principio básico el de la unidad<sup>11</sup>. Cada uno de los 36.000 municipios de Francia debe constituir su propio sindicato corporativo. Los sindicatos locales se afilian a continuación a la Union Régionale Corporative Agricole (URCA), que a su vez debe participar en la «organización nacional corporativa»<sup>12</sup>. De este modo, cada escalón, que posee por lo demás sus propios poderes de reglamentación, se imbrica en el escalón superior. Poniendo en pie una organización tal de la agricultura, teóricamente autónoma con respecto al Estado, Vichy respondía a los deseos formulados en la preguerra por los defensores del corporativismo agrícola.

No obstante, el papel de la *Corporation Paysanne* experimentará una profunda evolución. En efecto, más que un organismo que supuestamente se encargaría de «promover y gestionar los intereses comunes de las familias campesinas en los dominios moral, social y económico»<sup>13</sup>, la *Corporation* se revela como un medio eficaz de organizar la producción con el fin de facilitar el abastecimiento. Este papel atribuido a la organización corporativa se acentúa a partir de abril de 1942 y de la Agrupación de la Agricultura y el Abastecimiento en el seno de un único ministerio confiado a Jacques Le Roy Ladurie. A partir de ese momento, la *Corporation* parece no ser más que un «engranaje de coerción»<sup>14</sup> al servicio del Abastecimiento, señalando a través de ello la victoria de una determinada variante de dirigismo agrícola sobre el corporativismo<sup>15</sup>. Dicha imprevista estatal resulta confirmada por la reforma de diciembre de 1942 que coloca a la *Corporation* bajo la tutela del ministro de Agricultura. Si 1942 ha sido identificado como el «eje bisector» de Vichy cuando se expone a la luz la realidad del régimen<sup>16</sup>, dicho año marca igualmente el principal cambio de dirección en la historia de

<sup>11</sup> BOUSSARD, I.: *Vichy et la Corporation Paysanne*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1980, 408 pp.

<sup>12</sup> Ley de 2 de diciembre de 1940, artículo 2.

<sup>13</sup> *Ibid.*, artículo 1.

<sup>14</sup> MARCOT, F.: «Le monde rural et la Résistance française», en HOFFMANN, S., et al. (dirs.): *Les courants politiques et la Résistance: continuités et ruptures?*, Actes du colloque international d'Esch-sur-Alzette des 24-26 avril 2002, Luxemburgo, Archives Nationales de Luxembourg, 2003, 581 pp.

<sup>15</sup> ROUSSO, H.: «L'impact du régime sur la société», en AZEMA, J P., y BÉDARIDA, F. (dirs.): *Le Régime de Vichy et les Français*, París, Fayard-IHTP, 1992, pp. 578-579.

<sup>16</sup> LABORIE, P.: *L'opinion française sous Vichy. Les Français et la crise d'identité nationale, 1936-1944*, París, Le Seuil, 1990, pp. 253-266.

la *Corporation Paysanne* hacia un estatismo que contribuyó en gran medida al incremento del malestar entre los campesinos<sup>17</sup>.

Con la Liberación la *Corporation* es disuelta y el nuevo régimen pone en marcha progresivamente la Confédération Générale de l'Agriculture (CGA), construida con voluntad de ruptura con respecto a la *Corporation*<sup>18</sup>. Si el gobierno provisional de la República francesa deseaba depurar la *Corporation* debió, sin embargo, hacer frente a la necesidad de la reconstrucción económica, y en particular agrícola, aunque la depuración se hallase en ella «incompleta»<sup>19</sup>, y quizás tan desigual en el tiempo y en el espacio como lo pudo ser en otros sectores económicos y/o medios profesionales<sup>20</sup>. En efecto, desde el día siguiente a la Liberación se asiste al regreso a la actividad de antiguos dirigentes corporativos<sup>21</sup>.

La historiografía ha insistido particularmente en la escala nacional de la *Corporation*, proporcionando por ello una visión sesgada, por esencialmente institucional, de su historia. Si bien algunos trabajos han contribuido a renovar dicha historiografía al interesarse por los niveles departamental y local de la *Corporation*<sup>22</sup>, aquéllos no han optado por aproximarse a ella a través de los métodos de la historia social. Así, dicho ámbito de investigación permanece, en gran parte, «baldío o superficialmente cultivado», por retomar la expresión utilizada por Laurent Douzou a propósito de la historia y de la memoria de la Resistencia en el mundo rural<sup>23</sup>.

No obstante, la mayoría de los investigadores que han estudiado el siglo XX rural y agrícola parecen reconocer un lugar deter-

<sup>17</sup> BARRAL, P.: *Les agrariens français...*, op. cit., p. 282.

<sup>18</sup> WRIGHT, G.: *Rural Revolution in France. The Peasantry in the Twentieth Century*, Stanford, Stanford University Press, 1964 (traducción francesa: *La Révolution rurale en France. Histoire politique de la paysannerie au XX siècle*, París, Editions de l'Epi, 1967, pp. 151-152).

<sup>19</sup> ROUSSO, H.: «L'Épuration en France, une Histoire inachevée», *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*, 33 (1992), pp. 78-105.

<sup>20</sup> BERGERE, M. (dir.): *L'épuration économique en France à la Libération*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2008, 343 pp.

<sup>21</sup> BARRAL, P.: *Les agrariens français...*, op. cit., p. 288.

<sup>22</sup> CARDI, A.: «La Corporation Paysanne (1940-1944). Entre le local et le national: l'exemple du Calvados», *Histoire et Sociétés Rurales*, 14 (2000), pp. 127-152, y BOURDIN, G.: «Les paysans dans l'Orne de 1940 à 1944. La double déception», *Le Pays Bas-Normand*, 3-4 (1995), p. 149.

<sup>23</sup> DOUZOU, L.: «La Résistance et le monde rural: entre histoire et mémoire», *Ruralia*, 4 (1999), pp. 101-122.

minante a la *Corporation Paysanne*, sin de todas formas abordarla de frente, como es el caso de la obra fundamental de Pierre Barral aparecida en 1968<sup>24</sup>. Gordon Wright describe una revolución inacabada y considera que «la experiencia de Vichy acelera [...] el ascenso de una elite campesina»<sup>25</sup>. Con posterioridad son numerosos los autores, historiadores, politólogos y sociólogos que han evocado ese periodo en términos de generaciones y de trayectorias, en particular Paul Houée, que centra la problemática en las «jóvenes fuerzas rurales»<sup>26</sup>, en sus acciones locales y concretas. Siguiendo a René Rémond, se han escrito numerosos trabajos de historia política<sup>27</sup> que, sin embargo, a menudo terminan con la Segunda Guerra Mundial<sup>28</sup>. Dado que los historiadores han tardado en concentrarse en el siglo XX rural y agrícola, y más en concreto en su segunda mitad, los representantes de las otras ciencias sociales han adquirido una ventaja indiscutible en el dominio del tema, sobre todo a través de estudios en el «tiempo largo» del siglo<sup>29</sup>. De todos modos, esta tendencia tiende a perder fuerza del lado de las ciencias sociales<sup>30</sup>: ante la abundancia suscitada por las mutaciones en curso, los investigadores se concentran en lo inmediatamente contemporáneo, sin que el sustrato histórico exceda apenas de dos o tres décadas.

En su introducción en *Au nom de la terre*, Pierre Cornu y Jean-Luc Mayaud realizan una revisión exigente del paradigma agrario, de sus condiciones de emergencia y de persistencia, entre historia

<sup>24</sup> BARRAL, P.: *Les agrariens français...*, op. cit.

<sup>25</sup> WRIGHT, G.: *La Révolution rurale en France...*, op. cit., p. 134.

<sup>26</sup> HOUÉE, P.: *Les étapes du développement rural*, vol. 1, *Une longue évolution (1815-1950)*, vol. 2, *La Révolution contemporaine (1950-1970)*, París, Éditions Ouvrières, 1972.

<sup>27</sup> PAXTON, R. O.: *Le temps des chemises vertes: révoltes paysannes et fascisme rural, 1929-1939*, París, Éditions du Seuil, 1996; LYNCH, E.: *Moissons rouges. Les socialistes français et la société paysanne dans l'Entre-deux-guerre (1918-1940)*, Lille, Presses du Septentrion, 2002, y BENSOUSSAN, D.: *Combats pour une Bretagne catholique et rurale. Les droites bretonnes dans l'entre-deux-guerres*, París, Fayard, 2006.

<sup>28</sup> HUBSCHER, R.: «Une histoire en quête d'auteurs. Les paysans et le politique au XX siècle», *L'histoire rurale en France. Histoire et sociétés rurales*, 3 (1995), pp. 137-42.

<sup>29</sup> GERVAIS, M.; JOLLIVET, M., y TAVERNIER, Y.: *Histoire de la France rurale*, vol. 4, *La fin de la France paysanne, de 1914 à nos jours*, París, Éditions du Seuil, 1976. Véase, asimismo, ALPHANDÉRY, P.; BITOUN, P., y DUPONT, Y.: *Les champs du départ. Une France rurale sans paysans?*, París, La Découverte, 1989.

<sup>30</sup> HERVIEU, B., et. al. (dirs.): *Les mondes agricoles en politique. De la fin des paysans au retour de la question agricole*, París, Presses de Sciences Po, 2010.

social y multidisciplinariedad<sup>31</sup>. El retorno de los historiadores a ese terreno se acompaña de una renovación metodológica, condición *sine qua non* de una «historización» fina de los procesos sociales. Es con dicho fin que se acude al método prosopográfico y a la microhistoria, explorada en particular por los investigadores del Laboratoire d'Études Rurales (LER) para estudiar las elites agrícolas y el conjunto de actores del mundo rural.

A partir de los archivos departamentales del Rhône (Ródano), de los archivos nacionales y de los de la Assemblée Permanente des Chambres d'Agriculture [Asamblea Permanente de las Cámaras Agrícolas (APCA)], pero también de fuentes impresas como son los anuarios agrícolas y de las fuentes clásicas de la historia social —censos, registro civil, catastro, registros jurídicos—, es posible, mediante el cruce sistemático de los datos facilitado por la utilización de medios informáticos, aproximarse a la *Corporation Paysanne* en sus dimensiones individuales y colectivas, políticas y sociales. La ambición prosopográfica requiere una reconstitución tan afinada como sea posible de las trayectorias de los individuos en función de las fuentes, pero sin truncar la realidad de un *continuum* de experiencias a escala individual y, por tanto, tomando en consideración el antes y el después de la *Corporation Paysanne*. Los dos enfoques cruzados aquí desarrollados no oponen las escalas micro y macrohistórica: cada una de ellas, a partir de un punto de vista singular, hace variar el foco a fin de delimitar con la mayor precisión posible el lugar que ocupa el episodio corporativista.

### **La *Corporation Paysanne* en los pueblos (1940-1946): el ejemplo del departamento del Rhône (Ródano)**

En el Ródano transcurre un año entre la Ley de 2 de diciembre de 1940 que instituye la *Corporation Paysanne* y la creación del Comité Régional d'Organisation Corporative (CROC)<sup>32</sup>. Dicha instan-

---

<sup>31</sup> CORNU, P., y MAYAUD, J. L.: «Le temps retrouvé de l'agrarisme? Réflexion critique sur l'historicité et l'actualité d'un paradigme», en CORNU, P., y MAYAUD, J. L. (dirs.): *Au nom de la terre, Agrarisme et agrariens en France et en Europe du XIX siècle à nos jours*, París, La Boutique de l'Histoire, 2007, pp. 7-48.

<sup>32</sup> Todos los datos archivísticos aquí presentados provienen de los Archivos Departamentales del Ródano, 3556W100, *Organisation corporative agricole* (1940-1944).

cia corporativa, de carácter provisional, es la encargada de fundar la Union Régionale Corporative Agricole (URCA), creada definitivamente en junio de 1942<sup>33</sup>. A nivel municipal, los sindicatos corporativos se constituyen esencialmente durante los primeros meses del año 1942<sup>34</sup>. La relativa lentitud de la puesta en marcha de la Corporación en el nivel departamental, pero también local, se explica por la necesidad de apoyarse sobre los organismos agrícolas ya existentes en ese momento a fin de evitar «una construcción corporativa de carácter utópico»<sup>35</sup>. El departamento del Ródano está dominado antes de 1940 por dos grandes organizaciones agrícolas: la Mutualité Agricole y la Union du Sud-Est des Syndicats Agricoles (USESA)<sup>36</sup>. De esta forma fue necesario unificar, fusionar o disolver los organismos agrícolas existentes, pero también crear otros nuevos a fin de que existiese, en cada circunscripción municipal, un solo sindicato corporativo al que pudiesen afiliarse a partir de ese momento las mutuas, las cooperativas y las cajas de crédito.

En los dos cantones estudiados<sup>37</sup> se crean 34 sindicatos corporativos entre octubre de 1941 y abril de 1942 que son administrados por 441 dirigentes corporativos (dirigentes de los sindicatos, administradores de los organismos de crédito, etc.). Dado que los reglamentos corporativos se muestran muy flexibles sobre la cuestión del número de dirigentes que debe tener cada sindicato, se evidencian variaciones importantes entre diferentes ayuntamientos, incluso si, como media, cada sindicato cuenta con una decena de dirigentes. Cada sindicato es administrado por un jefe (*syndic*), su oficina y los responsables de las secciones especializadas creadas en función de las producciones dominantes en cada municipio y de los intereses profesionales y sociales que se trate de representar. Al ser obligatoria la creación de una sección de aprovisionamiento, cada sindicato participa en la organización del abastecimiento y en el incremento de la producción. Por extensión, es el conjunto de

<sup>33</sup> 122W1, *Organisation professionnelle de l'agriculture* (1939-1945).

<sup>34</sup> 3556W101, *Syndicats corporatifs locaux* (1942-1943).

<sup>35</sup> *Bulletin de la Commission Nationale d'Organisation Corporative*, t. 1, 7 de diciembre de 1940, p. 10.

<sup>36</sup> CHAMARD, P.: *L'Union du Sud-Est des syndicats agricoles (1888-1940)*, tesis de historia contemporánea bajo la dirección de Jean-Luc Mayaud, Université Lyon 2.

<sup>37</sup> BAPTISTE, M.: *Les dirigeants locaux de la Corporation Paysanne. Prosopographie des dirigeants corporatifs des cantons du Bois-d'Oingt et de Vaugneray (1940-1946)*, memoria de máster 2 bajo la dirección de Jean-Luc Mayaud, 2008, 282 pp.

los trabajadores agrícolas el que debe participar en este esfuerzo deseado por el Estado. En efecto, si la adhesión al sindicato corporativo es en teoría voluntaria, en la práctica es casi obligatoria porque sólo los cultivadores sindicados pueden beneficiarse del crédito y de la mutualidad.

De estas constataciones emerge un cierto número de problemáticas poco exploradas por la historiografía. Para empezar, en la medida en que la Ley de 2 de diciembre de 1940 impone que cada ayuntamiento tenga desde ese momento su sindicato, ha hecho falta encontrar, en cada pueblo, las personas capaces de garantizar la dirección del sindicato y, quizás, inventar un nuevo dirigente agrícola. A continuación, tenida cuenta del particular contexto de Francia bajo Vichy, se plantea la pregunta del eventual posicionamiento del dirigente corporativo local ante el régimen y ante el papel que se ve inducido a jugar dentro y fuera de su municipio. Por último, al acarrear el final de Vichy la disolución de la *Corporation* y, en teoría, la depuración de sus miembros, parece importante interesarse por el futuro inmediato de los dirigentes corporativos locales en una Francia que se encuentra, con la Liberación, en reconstrucción.

### 1940-1942: la elección de los dirigentes corporativos locales

En cada ayuntamiento, la asamblea general de agricultores se reúne con el fin de designar a los dirigentes corporativos. De este modo, en el espacio limitado que constituye el pueblo se trata de elegir a las personas capaces de asegurar la dirección y la administración del sindicato.

Lógicamente, es visible, en primer lugar, una renovación de la confianza de los agricultores hacia sus dirigentes. En efecto, en el corpus estudiado, cerca del 23 por 100 de los dirigentes corporativos ha ejercido ya funciones en las organizaciones agrícolas de entreguerras<sup>38</sup>. Por ejemplo, en Saint-Just-d'Avray, es el caso de seis de los nueve dirigentes de 1940 que encontramos en el sindicato corporativo<sup>39</sup> y además con una composición similar de los dos

<sup>38</sup> 7M112 a 116, *Syndicats dissous avant 1940* (1886-1957); 7M118 a 123, *Syndicats non dissous avant 1940* (1887-2001).

<sup>39</sup> 7M121, *Syndicat agricole de Saint-Just-d'Avray* (1927-1940); 3556W101, *Syndicat corporatif de Saint-Just-d'Avray* (sin fecha).

equipos. Sin embargo, dicha simetría de funciones anterior a 1940 y bajo la *Corporation Paysanne* no siempre se observa, porque igualmente se podrían aportar ejemplos de ascensión jerárquica o de relativa pérdida de categoría. Si el número de dirigentes corporativos que habían ejercido antes de la guerra funciones en las organizaciones agrícolas puede parecer limitado, esa impresión se puede explicar fácilmente, por una parte, por la ausencia antes de 1940 de sindicato en ciertos municipios y, por otra, por haber sido dejadas de lado determinadas personas en el momento de la constitución de los sindicatos corporativos. En efecto, al apoyarse la organización corporativa en el Ródano esencialmente sobre las estructuras de la USESA, ciertos dirigentes de organizaciones afiliadas antes de la guerra a la Mutualité Agricole no están presentes en los sindicatos corporativos en los cuales podrían haberlo hecho. De todas formas, estas marginaciones no son sistemáticas.

A partir de estas constataciones se plantea ante todo la cuestión de saber con qué criterios se designó a los demás dirigentes corporativos. Así, parece que los agricultores optaron por aquellos que poseían experiencia en materia de gestión municipal, es decir, cargos electos municipales. De hecho, cerca del 16 por 100 de los dirigentes corporativos de la muestra manejada son cargos electos durante los años treinta que nunca han desempeñado la menor función en las organizaciones agrícolas<sup>40</sup>.

El estudio de las carreras permite sacar a la luz varios niveles de interconocimiento entre dirigentes corporativos locales. En efecto, muchos de ellos cuentan en su haber con una experiencia común y simultánea en el seno de un mismo consejo municipal o de un mismo sindicato agrícola municipal. Por otro lado, el estudio de los sindicatos agrícolas cantonales existentes antes de 1940 muestra que dichas organizaciones pudieron erigirse en lugar de aprendizaje de los mecanismos del sindicalismo, cuyos principios pudieron ser aplicados a continuación en sus ayuntamientos respectivos por los dirigentes corporativos. Así, el sindicato agrícola y vitícola del cantón de Bois-d'Oingt reunió antes de la guerra a una treintena de futuros dirigentes corporativos originarios de todos los ayuntamientos

---

<sup>40</sup> 3M1506, *Conseillers municipaux* (1935-1941); 3M1507, *Maires et adjoints*; 3M1510, *Conseillers municipaux. Arrondissement de Lyon* (1929-1935); 3M1511, *Conseillers municipaux. Arrondissement de Villefranche* (1929-1935).

de dicho cantón y a no menos de once de los futuros jefes (*syndics*) de los diecinueve municipios con los que cuenta el cantón<sup>41</sup>.

<i>Sobre 441 dirigentes corporativos locales estudiados</i>	Número	Porcentaje
Dirigentes corporativos que ocuparon un puesto en las organizaciones agrícolas durante el periodo de entreguerras pero que no fueron elegidos para cargos municipales.	58	13,2
Dirigentes corporativos que ocuparon un puesto en las organizaciones agrícolas y que fueron elegidos para cargos municipales en el periodo de entreguerras.	43	9,7
Dirigentes corporativos que fueron elegidos para cargos municipales durante el periodo de entreguerras pero que no ocuparon ningún puesto en organizaciones agrícolas antes de la <i>Corporation Paysanne</i> .	69	15,6
Dirigentes corporativos que no ocuparon ningún puesto en las organizaciones agrícolas antes de la <i>Corporation Paysanne</i> y que no fueron elegidos para cargos municipales en el periodo de entreguerras.	271	61,5

De todas maneras, la invocación a los notables, bien agrícolas bien políticos, no basta para delimitar el conjunto de motivos del acceso a las funciones corporativas a nivel local. Parece que numerosos dirigentes habrían sido elegidos en función de sus competencias profesionales. Por ejemplo, la distinción del Mérito Agrícola, que recompensaba regularmente una especialización o una dedicación a la difusión de las técnicas modernas<sup>42</sup>, fue concedida en 1929 al futuro vicejefe de Saint-Vérand, «un excelente viticultor y labrador enteramente dedicado a la propagación de los métodos modernos en la agricultura»<sup>43</sup>. Entre los 441 dirigentes estudiados figuran 28 condecorados con el Mérito Agrícola. Igualmente, un cierto número de dirigentes resultan ser ganadores habituales de los concursos agrícolas. Por ejemplo, el jefe de Theizé, igualmente responsable de la sección vitícola, acaparó los premios entre 1920 a 1940 en las pruebas relacionadas con la viticultura. De este modo, la responsabilidad de una sección especializada pudo ser confiada a una

<sup>41</sup> 7M118, *Syndicat agricole et viticole du Bois-d'Oingt* (1920-1940).

<sup>42</sup> CHARCOSSET, G.: «La distinction aux champs. Les décorés du Mérite agricole», *Ruralia*, 10-11 (2002), pp. 93-119.

<sup>43</sup> Z56.50, *Dossier de candidature au Mérite agricole. Appréciation du maire de Saint-Vérand* (1929).

persona especialista, o al menos reconocida como tal, en el tema en cuestión. Este caso ilustra al mismo tiempo una forma de «pedagogía mediante el ejemplo»<sup>44</sup>, al ser el jefe conocido de todos en la localidad. Más allá de las competencias puramente técnicas, quizás era simplemente la reputación de que disfrutaban algunos la que les permitió acceder a las funciones corporativas. Por ejemplo, el responsable de la sección láctea de Brindas parece «muy apreciado y escuchado por los campesinos de la región»<sup>45</sup>.

La pluralidad de mecanismos de acceso a las funciones corporativas permite explicar el hecho de que, si bien los dirigentes corporativos son hombres de edad madura (cuarenta y ocho años de media en 1942), los sindicatos son verdaderos lugares de cohabitación intergeneracional. En efecto, al lado de hombres que ya habían comenzado su carrera bastante antes de 1940 en las organizaciones profesionales, se asiste a la irrupción de una nueva juventud dirigente con menos de treinta años de edad. Es necesario, no obstante, señalar que esta generación emergente no acapara las funciones más importantes en el seno de los sindicatos locales, ya que, en general, los puestos de jefes y vicejefes recaen en las personas con más experiencia.

### **1942-1944: el dirigente corporativo bajo Vichy, dentro y fuera de su municipio**

Al suponer la opción de Vichy de colaborar con Alemania consecuencias importantes para la economía francesa<sup>46</sup>, necesariamente se plantea la cuestión del eventual posicionamiento de los dirigentes corporativos locales ante el régimen. A este respecto lo que destaca es la diversidad de comportamientos y opiniones. Algunos de los documentos subrayan la adhesión de algunos dirigentes corporativos a la «revolución nacional», a la figura de Pétain e incluso a la colaboración. Así, el secretario del sindicato de Tassin-la-Demi-Lune es calificado de «admirador sincero de la revolución

---

<sup>44</sup> MAYAUD, J. L.: *150 ans d'excellence agricole en France. Histoire du concours général agricole*, París, Belin, 1991, 196 pp.

<sup>45</sup> 3353W1, *Municipalité de Brindas. Rapport des Renseignements généraux* (21 de noviembre de 1941).

<sup>46</sup> PAXTON, R. O.: *La France...*, *op. cit.*, pp. 95-184.

nacional»<sup>47</sup>, mientras que el responsable de la sección de fitopatología de Sainte-Consrce estaría «muy apegado a la persona del mariscal Pétain»<sup>48</sup>. Un caso particular sería el representado por el jefe de dicho municipio, que se posicionaría «en favor de la colaboración franco-alemana»<sup>49</sup> al afirmar que «quería servir lo mejor que pudiese a la causa de la recuperación de Francia»<sup>50</sup>. Incluso si bastantes de los dirigentes corporativos habían tenido vinculación antes de la guerra con el ambiente de las organizaciones agrícolas, la instauración de la Corporación pudo parecerles a algunos un medio para ponerse al servicio del nuevo régimen.

Más allá del atractivo ideológico que haya podido ejercer la «revolución nacional» y, globalmente, la política de Vichy sobre determinadas personas, la evolución de la *Corporation Paysanne* lleva a interrogarse sobre la dimensión económica de la colaboración. En efecto, a partir de abril de 1942 y de la agrupación de Agricultura y Abastecimientos en un único ministerio, los dirigentes corporativos locales pudieron acabar por parecerse a simples agentes del Abastecimiento. De este modo, el responsable de la sección láctea de Pollionnay, yendo más allá de sus funciones inicialmente previstas, parece haber impulsado «una activa campaña encaminada a obtener de los productores de su municipio entregas suplementarias de cereales panificables para el Abastecimiento»<sup>51</sup>. Este nuevo rol atribuido al responsable corporativo pudo provocar cierto descontento<sup>52</sup>, hasta el punto de que en ciertos casos se convirtió en «la bestia negra del pueblo»<sup>53</sup>.

Paralelamente a este tipo de comportamientos, otros dirigentes corporativos pudieron, por el contrario, expresar sus reticencias hacia las orientaciones del régimen. Si en el territorio estudiado

---

<sup>47</sup> 3353W8, *Municipalité de Tassin-la-demi-lune. Rapport des Renseignements généraux* (1 de mayo de 1943).

<sup>48</sup> 3353W7, *Municipalité de Sainte-Consrce. Rapport des Renseignements généraux* (1 de octubre de 1941).

<sup>49</sup> *Ibid.*

<sup>50</sup> 3353W7, *Municipalité de Sainte-Consrce. Lettre du syndic au préfet* (7 de diciembre de 1941).

<sup>51</sup> 3353W5, *Municipalité de Pollionnay*, carta del prefecto al ministro del Interior (1 de abril de 1943).

<sup>52</sup> Esta cuestión es evocada en la asamblea general de la URCA del Ródano del 9 de abril de 1943.

<sup>53</sup> BOURDIN, G.: «Les paysans...», *op. cit.*, p. 50.

nada permite suponer la existencia de contactos entre la Resistencia y responsables de la *Corporation*, que, sin embargo, sí son constatables en otros departamentos<sup>54</sup>, ciertos dirigentes corporativos pudieron dedicarse a «comportamientos de oposición» o incluso a «actos de desobediencia»<sup>55</sup>. Más allá de estos comportamientos dispares, los dirigentes corporativos locales parecen haberse preocupado ante todo por los intereses de su municipio o incluso por sus intereses particulares, revelándose así una verdadera «jerarquía de las preocupaciones»<sup>56</sup>. Debido a sus funciones, el dirigente corporativo pudo jugar el rol de mediador entre la población y las administraciones. Por ejemplo, los responsables de la sección láctea de Moiré, en 1943, demandan el arbitraje de la Dirección de los Servicios Agrícolas (DSA) en el litigio que enfrenta a un agricultor de su municipio con Abastecimientos a propósito de una requisa de ganado considerada abusiva<sup>57</sup>. Esta posición social del dirigente corporativo local puede, además, llevarle a jugar un verdadero papel de protector con respecto a los habitantes de su municipio. Así, en Pollionnay, el responsable de la sección láctea se habría consagrado a una especie de mercado negro<sup>58</sup> con el fin de «ayudar a una de [sus] administradas»<sup>59</sup>.

El papel de mediador y la posición social del dirigente corporativo pueden resultar reforzados por la acumulación de funciones, muy extendida a nivel local (cerca del 25 por 100 de los dirigentes). Ciertos dirigentes corporativos disfrutaban de una posición todavía más privilegiada al sumar a sus funciones a nivel local puestos a nivel departamental, convirtiéndose así en nexos entre los diferentes escalones de la *Corporation*. Es el caso, por ejemplo, del responsable de la sección mutualista de Messimy que se sienta igualmente en el consejo de la URCA del Ródano<sup>60</sup>.

<sup>54</sup> *Ibid.*

<sup>55</sup> MARCOT, F.: «Les résistants dans leur temps», en MARCOT, F.; LEROUX, B., y LEVISSÉ-TOUZE, C. (dirs.): *Dictionnaire historique de la Résistance. Résistance intérieure et France Libre*, París, Laffont, 2006, pp. 38-46.

<sup>56</sup> LABORIE, P.: *L'opinion...*, *op. cit.*, pp. 66-68.

<sup>57</sup> 122W10, carta del DSA al director departamental del Abastecimiento General (21 de junio de 1943).

<sup>58</sup> GREINARD, F.: *La France du marché noir. 1940-1949*, París, Payot, 2008, 352 pp.

<sup>59</sup> 3353W5, *Municipalité de Pollionnay*, carta del alcalde al prefecto (14 de agosto de 1942).

<sup>60</sup> 3556W102, *Union Régionale Corporative* (1942-1944).

## 1944-1946: ¿qué futuro inmediato para los dirigentes corporativos locales?

A finales de julio de 1944, el Gobierno Provisional de la República Francesa (GPRF) disuelve la *Corporation Paysanne*<sup>61</sup> y prevé, en octubre<sup>62</sup>, una organización provisional de la agricultura: el Comité National d'Action Agricole (CNAA). El CNAA, con comités departamentales (CDAA) como correas de transmisión, se encarga, tras la depuración de la *Corporation*, de preparar la creación de la Confédération Générale de l'Agriculture (CGA). Mientras que la ordenanza de octubre de 1944 proclamaba que era necesario «en este campo, como en todos los otros, depurar», el gobierno provisional se topaba con varios obstáculos. Dado que la Liberación no había significado el fin de las dificultades en el ámbito agrícola<sup>63</sup>, el Estado, con el fin de no privarse a nivel local de una elite agrícola necesaria para la reconstrucción, debió establecer la distinción entre los «líderes de la *Corporation Paysanne*» y «la inmensa mayoría de los jefes (*syndics*) [que eran] gente de bien»<sup>64</sup>. Dicha distinción era todavía más necesaria dado que «la Liberación no había hecho aparecer por arte de magia un nuevo equipo de posibles dirigentes»<sup>65</sup>.

El CDAA del Ródano se constituye a finales de octubre de 1944 contando en su cúspide con varios antiguos dirigentes corporativos<sup>66</sup> cuya presencia se justifica por sus competencias profesionales<sup>67</sup>. Una de sus misiones consiste en animar a cada municipio

<sup>61</sup> Ordenanza de Argel del GPRF de 26 de julio de 1944.

<sup>62</sup> Ordenanza del GPRF de 12 de octubre de 1944.

<sup>63</sup> BOUSSARD, I.: «État de l'agriculture aux lendemains de l'Occupation (1944-1948)», *Revue d'histoire de la Deuxième Guerre Mondiale*, 116 (1979), pp. 69-95.

<sup>64</sup> 283W175, *Syndicats et mutuelles agricoles, réorganisation* (noviembre de 1944-febrero de 1946); «*Appel aux paysans*» del ministro de Agricultura (17 de febrero de 1945).

<sup>65</sup> WRIGHT, G.: *La Révolution rurale en France...*, op. cit., p. 157.

<sup>66</sup> 3556W112, CDAA (1944-1945).

<sup>67</sup> El DSA justifica del siguiente modo la presencia del antiguo responsable de la sección láctea de la URCA: «me resultaba difícil, a pesar de los leves reproches que se le pueden echar en cara, apartarle de todos los asuntos lecheros a los que ha dedicado toda su vida y que conoce de forma admirable» [3764W17, *Organisations professionnelles agricoles* (1944-1945), carta del DSA al prefecto (22 de diciembre de 1944)].

a proseguir con sus actividades sindicales a través de un sindicato reconstituido. Con esa finalidad, los agricultores deben elegir, entre finales de 1944 y principios de 1945, a nuevos dirigentes agrícolas<sup>68</sup>. Esas elecciones se traducen en el regreso de un cierto número de dirigentes corporativos. Así, de los 32 sindicatos que se reconstituyen en los dos cantones estudiados, no menos de 30 son presididos por un ex dirigente corporativo<sup>69</sup>. Estos retornos señalan en cierto modo una doble amnistía oficiosa con respecto a los antiguos dirigentes corporativos locales entre, por una parte, el gobierno provisional, que choca con la necesidad de la reconstrucción, y por otra, los agricultores que renuevan su confianza en sus antiguos dirigentes sindicales. A ello hay que añadirle que, al parecer, a nivel local las continuidades desde un punto de vista humano entre la *Corporation Paysanne* y la posguerra serían visibles bastante antes del «retorno de los excluidos»<sup>70</sup>, situado por Pierre Barral en las elecciones para la CGA de febrero de 1946. En efecto, estas últimas únicamente confirman un fenómeno registrado con anterioridad con la designación, en los cantones estudiados, de dos antiguos dirigentes corporativos como delegados cantonales de la CGA<sup>71</sup>.

A nivel local, esos retornos al seno de las organizaciones agrícolas pueden ir acompañados de un retorno electoral. Desde 1944-1945 y la reorganización de los ayuntamientos por el GPRF, 98 antiguos dirigentes corporativos locales son nombrados concejales en los cantones de Bois-d'Oingt y Vaugneray<sup>72</sup>. Estos retornos a la política afectan mayoritariamente a antiguos cargos electos del periodo de entreguerras y 22 antiguos dirigentes corporativos aspiran con la Liberación a su primer mandato político. Las citas electorales municipales de abril-mayo de 1945<sup>73</sup> vienen a reforzar esta tendencia con la elección de cien ex responsables corporativos.

---

<sup>68</sup> El 17 de febrero de 1945, el ministro de Agricultura recuerda que cada sindicato debe ser «constituido libremente sin ninguna presión, [agrupar] a todos los agricultores, [y elegir] democráticamente mediante votación secreta a sus dirigentes».

<sup>69</sup> 3556W112, *Présidents et secrétaires des syndicats reconstitués* (1944-1945).

<sup>70</sup> BARRAL, P.: *Les agrariens...*, op. cit., pp. 288-292.

<sup>71</sup> 283W175, *Elections cantonales de la CGA* (febrero de 1946).

<sup>72</sup> 3499W2, *Maires, adjoints et conseillers municipaux* (1944).

<sup>73</sup> 3043W3, *Elections municipales d'avril-mai 1945. Cantons M-V de l'arrondissement de Lyon*; 3043W4, *Elections municipales d'avril-mai 1945. Arrondissement de Villefranche*; 3043W8, *Maires et adjoints* (1945).

Con todo, aunque no sean desdeñables los retornos de antiguos dirigentes corporativos, sobre todo de los más jóvenes<sup>74</sup>, el estudio de las trayectorias individuales subraya la extrema heterogeneidad de las situaciones. En efecto, muchas carreras dentro de las organizaciones agrícolas han sufrido un parón con la Liberación. De hecho, más del 70 por 100 de los miembros del corpus analizado no ocupan ningún cargo en los sindicatos locales entre 1944 y 1946<sup>75</sup>. Durante ese mismo periodo, ciertos antiguos dirigentes corporativos sufren fracasos electorales. En el cantón de Bois-d'Oingt, el ex *syndic* (jefe) de Chamelet y el antiguo vicejefe de Saint-Vérand son derrotados en las cantonales de 1945 por un candidato del Parti Républicain-Paysan sin ninguna responsabilidad corporativa<sup>76</sup>. En el cantón de Vaugneray, es un antiguo responsable de la sección mutualista de Messimy, igualmente miembro de la URCA del Ródano, el que es derrotado en las municipales de 1945 tras una violenta campaña de prensa orquestada por el periódico comunista *La Voix du peuple* que le reprocha particularmente su actividad dentro de la *Corporation Paysanne*<sup>77</sup>.

Al aproximarnos a la *Corporation Paysanne* en los pueblos es posible que hayamos puesto el acento sobre ciertos rasgos característicos, si bien es indudablemente la heterogeneidad de las trayectorias individuales lo que se concluye de este estudio. Una ampliación de los límites cronológicos podría muy probablemente completar estos resultados precisando sobre todo el lugar que ocupa la *Corporation* en el *largo periodo* biográfico de los individuos. Otra tarea del todo distinta consiste en tener en cuenta el episodio corporativista al estudiar una institución que existía antes que ella, que fue suprimida en 1940 y que fue refundada posteriormente: sus respectivas historias se entrecruzan, sobre todo a través del itinerario de sus actores, proyectados en este caso ya no en los pueblos, sino en las cabeceras de departamento, en Vichy y en París, pero siempre con el empeño por una aproximación cuidadosa a los compromisos individuales.

---

<sup>74</sup> En términos proporcionales, son los dirigentes corporativos de edades comprendidas entre los veinte y los treinta años los que en mayor número prosiguen su carrera tras la Liberación.

<sup>75</sup> 7M112 a 116; 7M118 a 123; 283W175.

<sup>76</sup> 3362W1 y 3, *Elections cantonales* (septiembre de 1945).

<sup>77</sup> «La población de Messimy recuerda [...] su insistencia para que la totalidad de los productos fuesen entregados íntegramente al Abastecimiento General, en el cual los *Boches* [alemanes] mangoneaban a su antojo» (3043W3).

### **La Corporation Paysanne como crisis de experiencias: la Asamblea Permanente de las Cámaras Agrícolas (APCA) hasta finales de los años sesenta**

La Ley de 3 de enero de 1924 instauro en cada departamento una cámara agrícola departamental compuesta de miembros elegidos por sufragio universal de la totalidad de los agricultores del departamento, a razón de cuatro por cada distrito (*arrondissement*), y de delegados designados por las asociaciones y sindicatos agrícolas, a razón de uno por *arrondissement*. Según dicha norma, «las cámaras agrícolas son, ante los poderes públicos, los órganos consultivos y profesionales de los intereses agrícolas de su circunscripción»<sup>78</sup>. La Ley de 1924 no creó ninguna instancia nacional: fue a iniciativa de Joseph Faure, senador y presidente de la cámara agrícola de Corrèze, que los presidentes de las cámaras se reunieron por primera vez el 24 de octubre de 1927 en París, en el Museo Social, para celebrar una asamblea.

Tras ocho años de un funcionamiento en gran medida informal, la Asamblea de los Presidentes de Cámaras Agrícolas (APCA) es reconocida por el Decreto de 30 de octubre de 1935 y adopta entonces la denominación de Asamblea Permanente de Presidentes de Cámaras Agrícolas (APPCA), «que es, ante los poderes públicos, el órgano consultivo y representativo de los intereses generales y especiales de la agricultura metropolitana»<sup>79</sup>. Durante esos años de crisis económica y de dificultades sociales en el mundo rural, la APPCA va ganando rodaje en su misión consultiva multiplicando los informes y encuestas, y presenta a los poderes públicos mociones referidas a la política agrícola que se debe aplicar. A finales de los años treinta, los presidentes de las cámaras agrícolas parecen estar muy bien integrados en las redes profesionales agrícolas desde los pueblos hasta París a través de una acumulación de mandatos que parece estructural. La APPCA participa del movimiento de convergencia que implica el acercamiento de las organizaciones denominadas «de la calle Athènes», afiliadas a la Société des Agriculteurs de France, constituida por grandes propietarios

<sup>78</sup> Ley de 3 de enero de 1924 relativa a las cámaras agrícolas.

<sup>79</sup> Decreto de 30 de octubre de 1935 que instituye una Asamblea Permanente de Presidentes de Cámaras Agrícolas.

de rústica, con frecuencia antirrepublicanos, y la del «boulevard Saint-Germain», próximos a la Société Nationale d'Encouragement à l'Agriculture (SNEA), vertiente radical y laica de la organización sindical y cooperativa agrícola desde finales del siglo XIX<sup>80</sup>.

### 1940-1946: entre la ausencia institucional, notabilidades ineludibles y oportunismos

Interrumpiendo un desarrollo balbuciente, la Ley de 2 de diciembre de 1940 sobre la organización corporativa de la agricultura, deseada por los hombres de Vichy, suprime la APPCA y anuncia la liquidación de las cámaras agrícolas, desde el momento en que se crean cámaras regionales, diferentes de las ya existentes<sup>81</sup>. Se trata de procesar los años atravesados por los actores de la APPCA, de 1940 a 1948, dentro del proceso que hace cruzarse y redefinirse antiguas y nuevas elites, «notables de viejo cuño»<sup>82</sup> y «jóvenes turcos»<sup>83</sup>, cargos electivos y funcionarios, agrarios y planificadores<sup>84</sup>.

La Comisión de la Organización Corporativa Campesina (COCP) se crea el 21 de enero de 1941: su papel es el de «efectuar el paso de la antigua organización profesional a la organización corporativa» y «actuar en lugar de los engranajes centrales de la organización corporativa hasta el momento de su creación»<sup>85</sup>. Si bien entre los 35 miembros de dicha comisión no se cuentan más que cinco presidentes de cámara en funciones, hay que precisar que

<sup>80</sup> HUBSCHER, R., y LAGRAVE, R. M.: «Unité et pluralisme dans le syndicalisme agricole français. Un faux débat», *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 1 (1993), pp. 114-115.

<sup>81</sup> Ley de 2 de diciembre de 1940 relativa a la organización corporativa de la agricultura.

<sup>82</sup> BRELOT, C. I.: «Le syndicalisme agricole et la noblesse en France de 1884 à 1914», *Cahiers d'histoire*, 41, 2 (1996), pp. 199-218.

<sup>83</sup> GAYET, G.: «L'Union du Sud-Est des Syndicats Agricoles, 1914-1941», *Bulletin du Centre d'Histoire Économique et Sociale de la Région Lyonnaise*, 4 (1972), pp. 47-55.

<sup>84</sup> Este trabajo ha sido efectuado con mayor profundidad en ATRUX, M.: *Histoire sociale d'un corps intermédiaire. L'Assemblée permanente des chambres d'agriculture (APCA), 1924-1974*, tesis doctoral en historia bajo la dirección de Claude-Isabelle Brelot, 2 vols., Université Lumière-Lyon 2, 2010, pp. 802 y 429.

<sup>85</sup> Decreto de 22 de enero de 1941 relativo al nombramiento de los miembros de la comisión de la organización corporativa campesina.

casi la mitad de la COCP está compuesta de miembros de cámaras agrícolas más o menos influyentes. En ese sentido, señalemos que en ella se encuentran tres de los miembros de la directiva de la APPCA de 1939, en concreto su tesorero y sus dos vicepresidentes. Por el contrario, su presidente, Joseph Faure, y su secretario, más próximos a las organizaciones del boulevard Saint-Germain, están ausentes de la COCP. El primer objetivo es la constitución en cada departamento de un Comité Régional d'Organisation Corporative (CROC) constituido por una docena de miembros, así como por un delegado responsable o delegado regional y por delegados adjuntos. Para lograrlo, los miembros de la COCP se apoyan en las «organizaciones preponderantes» locales y en sus dirigentes. 40 presidentes y 316 miembros de cámaras agrícolas son miembros del CROC de su departamento en la fecha de su fundación, es decir, entre abril de 1941 y junio de 1942. En el 57 por 100 de los departamentos, entre tres y seis miembros de la cámara agrícola pertenecen al CROC, y en el 23 por 100 de los casos son más de siete miembros los que han tomado tal decisión, aunque de todas formas es muy raro que más de la mitad de los miembros de una cámara agrícola se encuentren en el seno del CROC.

Las asambleas constitutivas de las Unions Régionales Corporatives Agricoles (URCA) se celebran, según los departamentos, entre octubre de 1941 y diciembre de 1942. 32 presidentes de cámara agrícola, es decir, el 38 por 100, y 327 de sus miembros engrosan las filas del consejo regional corporativo de las URCA de su departamento en el momento de su constitución. Sólo es posible señalar cuatro departamentos (aparte de los anexionados al Reich alemán) en los que ningún miembro de la cámara agrícola pertenezca a las URCA. Esta presencia es de todos modos modesta, ya que ningún consejo regional corporativo de las URCA está constituido por una mayoría de miembros salidos de la cámara agrícola. En enero y en marzo de 1943, cuando se disuelve la COCP para ser sucedida por el comité permanente provisional y, posteriormente, el consejo nacional corporativo, los presidentes de las cámaras agrícolas son progresivamente excluidos de las instancias centrales de la *Corporation Paysanne*. De acuerdo con la Ley de 16 de diciembre de 1942, «para dar contenido y hacer más ágil la representación corporativa, el número máximo de miembros del consejo de la Unión Regional Corporativa pasa a ser de 32 en vez

de 18»<sup>86</sup>. En el momento de su renovación, a partir de finales del año 1943, los dos tercios de las URCA ven aumentar el número de sus miembros de forma muy significativa, del 30 a más del 80 por 100. El número total de los miembros de las URCA pasa de 1.600 a cerca de 2.300 cuando a principios del año 1944 el conjunto de las uniones fueron remodeladas<sup>87</sup>, es decir, un incremento medio de más del 30 por 100. El 44 por 100 de los presidentes de cámara agrícola pertenecen a las URCA en el momento de su renovación, frente al 38 por 100 en el de su constitución. La mitad de los jefes (*syndics*) regionales salen de las cámaras agrícolas, acentuando una tendencia ya reseñable para 1942.

A finales del año 1943, las cámaras agrícolas celebran su última sesión, mientras que los miembros de las cámaras regionales previstas por la Ley de 2 de diciembre de 1940 son elegidos por los consejos de las URCA y por el Ministerio de Agricultura. Los débiles efectivos departamentales de las cámaras regionales no proporcionan suficientes puestos para «reciclar» a la totalidad de los antiguos miembros de las cámaras agrícolas. No obstante, 63 presidentes de cámara agrícola son nombrados miembros de la cámara agrícola regional en enero de 1944. Sus atribuciones difieren radicalmente de las de las cámaras departamentales creadas en 1924: conciernen a la coordinación de experimentos e investigaciones científicas, así como a la dimensión documental e informativa destinada a difundir los resultados de dichas investigaciones<sup>88</sup>. Los numerosos nombramientos de presidentes de cámara agrícola, entre ellos algunos de los más implicados durante el período de entreguerras, parecen una forma de canalizar la acción de estos hombres dentro de los márgenes del estrecho pasillo tecnista al que desde entonces se encaminaba a las cámaras regionales.

Una simple constatación condensa en unas pocas palabras la importancia del compromiso colectivo de los presidentes en las organizaciones de la *Corporation Paysanne*: en 1944 no son más de una quincena de los 90 presidentes los que no engrosan las filas

---

<sup>86</sup> Extracto del informe de Max Bonnafous al mariscal de Francia, jefe del Estado francés, *Journal officiel de l'État français*, 17 de diciembre de 1942.

<sup>87</sup> Archivos nacionales, F<sup>10</sup> 4972, archivos de la *Corporation Paysanne*, nuevas listas de miembros de las URCA y del consejo regional corporativo, 1944.

<sup>88</sup> Órdenes de 24 de agosto de 1943 relativas a las cámaras regionales de agricultura.

de alguna de las estructuras corporativas creadas en la estela de la Ley de 2 de diciembre de 1940. Dos fenómenos pueden ser señalados. El primero, que es patente la ausencia institucional de las cámaras agrícolas: sólo el método prosopográfico y el constante contraste de las fuentes permite demostrar que numerosos miembros de cámaras agrícolas entran en las instancias de la *Corporation Paysanne*, mientras que las listas de miembros de los sindicatos corporativos locales, de los CROC y de las URCA muy raramente mencionan las funciones ejercidas en las cámaras agrícolas caídas en desgracia. Pese a ello, la relativa marginación de las personalidades que encarnan la APPCA antes que cualquier otra organización no podría enmascarar la imposible ruptura de una *Corporation Paysanne* que recicla a notables indispensables y todos ellos unidos en innumerables redes enmadradas.

En el momento de la Liberación, muy pocos de los presidentes de cámaras agrícolas se cuentan entre los miembros de los Comités Départementaux d'Action Agricole (CDAA), puestos en pie por la Ordenanza de 12 de octubre de 1944 y encargados de gestionar y de liquidar los servicios corporativos del departamento. En 1945, entre los primeros elegidos de las Fédérations Départementales des Syndicats d'Exploitants Agricoles (FDSEA) no se cuentan más que dos antiguos presidentes de cámaras agrícolas y 25 de sus miembros<sup>89</sup>. A la salida de la guerra y en los años que la siguen, la APPCA deja de existir, puesto que ningún actor de los años 1946-1947 se reivindica miembro de ella, al tiempo que la rue d'Athènes y el boulevard Saint-Germain reactualizan sus fronteras en el seno de la Confédération Générale de l'Agriculture (CGA) y de la ascendiente Fédération Nationale des Syndicats d'Exploitants Agricoles (FNSEA).

### **1948-1952: reactivaciones de redes y segundo «retorno de los excluidos»**

No obstante, tras el final del tripartidismo<sup>90</sup>, y gracias al apoyo de los independientes, se retoma la cuestión de la vuelta a la activi-

---

<sup>89</sup> *Annuaire national de l'Agriculture, 1945-1946*, Paris, Horizons de France Éditeurs, 1946.

<sup>90</sup> Dicho término designa la coalición gubernamental formada entre 1946 y 1947 por los tres principales partidos políticos franceses de la posguerra: la Sección

dad de las cámaras agrícolas. Será por iniciativa de la cámara agrícola de la Dordogne, en forma de petición hecha pública en junio de 1948 que enseguida se apropia la APPCA. En ese momento, los presidentes envejecidos, comprometidos y fatalistas no resisten la comparación, por una parte, con algunos de los miembros de cámaras agrícolas más jóvenes y determinados, comparables a electrones libres ajenos a la historia de las cámaras agrícolas pero inducidos, de modo interesado, a favorecer su despertar, y por la otra, con algunos secretarios administrativos militantes, a la cabeza de los cuales figura el atípico y omnipresente Luce Prault. Este ingeniero agrónomo de cuarenta y nueve años, secretario administrativo de la APPCA entre 1927 y 1940, que ingresa en el Ministerio de Agricultura como jefe de servicio en febrero de 1941, permanece en él hasta octubre de 1944. Desde finales de 1945 es uno de los fundadores de la Fédération Nationale de la Propriété Agricole (FNPA)<sup>91</sup>, que tiene como vocación la defensa de los propietarios no explotadores directos que se consideran perjudicados por ciertas medidas adoptadas, en particular el estatuto del arrendamiento, por el ministro de Agricultura François Tanguy-Prigent, y por la exclusión de los arrendadores de la Confédération Générale de l'Agriculture (CGA). Luce Prault, primer asalariado de la APPCA, que recupera su puesto en noviembre de 1948, aparece como el principal responsable de la «resurrección» de las cámaras agrícolas<sup>92</sup>. A base de activismo y de faroles consigue una especie de *putsch* discreto, al imponer el retorno de las cámaras agrícolas y de la APPCA, pero también colocándose al frente de las mismas e imponiendo una concepción tecnocrática y corporativista de la institución.

El periodo de refundación de las cámaras agrícolas y de la APPCA, que se extiende hasta 1952, lleva a leer la existencia de redes renovadas con la convivencia o cultivadas durante el periodo de la Ocupación: durante el periodo de entreguerras, Luce Prault se mantuvo próximo al Parti Agraire et Paysan Français (PAPF) de Fleurant Agrícola, y solicita, a finales de los años cuarenta, el apoyo

---

Francesa de la Internacional Obrera (SFIO), el Partido Comunista francés y el Movimiento Republicano Popular (MRP).

<sup>91</sup> HOULLIER, F.: «À la mémoire de Luce Prault (P. 14/20) (1899-1991)», *Ingenieurs de la Vie*, 432 (1994), pp. 91-93.

<sup>92</sup> PRAULT, L.: *Mort et résurrection des Chambres d'Agriculture, 1940-1952* (edición privada del autor), Luçay le Libre, 1978.

de los «independientes campesinos» que son sus herederos, particularmente en torno a un Parti Paysan d'Union Sociale (PPUS) del cual se ha recalcado la «vocación de reciclar la derecha agraria petainista»<sup>93</sup>. En diciembre de 1949 evoca, junto con Tarnais Alain de Chantérac —antiguo compañero de viaje de Dorgères<sup>94</sup>, *alter ego* meridional de Jacques Le Roy Ladurie<sup>95</sup>, ministro de Agricultura de Pétain de abril a septiembre de 1942—, «el año de gracia de 1942»<sup>96</sup>, subrayando así a la vez hasta qué punto la *Corporation Paysanne* y el Ministerio de Agricultura han constituido un crisol de experiencias para sus hombres, al tiempo que el momento de una diferenciación de las aspiraciones corporativistas.

Sin poner en cuestión el «retorno de los excluidos»<sup>97</sup>, sino, por el contrario, acentuando ese rasgo, la observación cuidadosa de la sucesión de hitos decisivos permite desvelar la existencia de un «segundo retorno de los excluidos». Los retratos de los miembros de la directiva de la APPCA de 1952 apuntan hacia el denominador común de los dirigentes del momento: habiendo accedido a puestos de responsabilidad en los años treinta, habiendo pasado por las instancias corporativas, a menudo en el más alto nivel jerárquico, y habiendo realizado su retorno a las organizaciones sindicales agrícolas y a sus órganos de prensa a partir de 1946, estos cantores de la «unidad campesina» conciben su acción dentro de la continuidad de los años treinta y cuarenta, para los más activos de entre ellos. Estas figuras no deben impedir apreciar el cuadro de un triple retorno. En 1952, cuando se producen las elecciones a las cámaras agrícolas, 504 miembros, es decir, un cuarto de los elegidos, son miembros salidos de las cámaras agrícolas de 1939 que han sido reelegidos, marcando una solución de continuidad completamente relativa. Además del número no despreciable de dirigentes de la *Corporation Paysanne* cuya destitución se considera exigida por la

---

<sup>93</sup> BENSOUSSAN, D.: «Le Parti paysan d'union sociale», en RICHARD, G., y SAIN-CLIVIER, J. (dirs.): *La recomposition des droites en France à la Libération, 1944-1948*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2004.

<sup>94</sup> Fundador en 1934 de los Comités de Défense Paysanne también conocidos como «camisas verdes». PAXTON, R. O.: *Le temps...*, *op. cit.*

<sup>95</sup> WALTER, X.: *Paysan militant. Jacques Le Roy Ladurie, 1925-1940*, París, F.-X. de Guibert, 2008.

<sup>96</sup> Archivos de la APCA, CA Tarn et Var, 1949-1965, carta de Alain de Chantérac a Luce Prault de 15 de diciembre de 1949.

<sup>97</sup> BARRAL, P.: *Les agrariens...*, *op. cit.*, p. 289.

Ordenanza de 12 de octubre de 1944<sup>98</sup> y que son elegidos miembros de una cámara agrícola —56, de los cuales 21 llegan a presidente—, hay que tener en cuenta la fuerte proporción de antiguos corporativistas entre los miembros elegidos —cerca del 20 por 100— y sobre todo entre los presidentes, de los cuales más de la mitad ha pasado por la *Corporation Paysanne*. De manera más discreta, las cámaras agrícolas fueron, en 1952, el lugar donde se pudo llevar a cabo el retorno de aquellos dirigentes corporativos cuyos nombres no aparecen en las fuentes entre 1945 y 1952.

### 1950-1960: efectos de inercia y reflejos corporativos

A principios de los años cincuenta, bajo la influencia de la FNSEA, que desde 1947 es dirigida por antiguos responsables corporativos, se decide un nuevo reparto de funciones entre el sindicalismo y las cámaras agrícolas. La orientación tecnicista de las cámaras agrícolas que se perfila desde comienzos de los años cincuenta no puede dejar de evocar las atribuciones de las cámaras agrícolas regionales de Vichy, suprimidas antes de haber tenido tiempo de reunirse. En torno a programas de divulgación agrícola, la APPCA afirma su papel y su ascendiente sobre las cámaras agrícolas, al poner a su disposición un apoyo técnico y administrativo y al desarrollar competencias en materia de pericia profesional y de documentación. En 1953 y en 1957, es en torno a la cuestión del papel del Estado que salen a la luz las crispaciones corporativas de los dirigentes de la APPCA<sup>99</sup>. Luce Prault y el antiguo miembro de la COCP, René Blondelle, convertido en presidente de la APPCA, comparan un antiestatismo virulento: tal tándem al frente de la APPCA aspira a que ésta se apropie de una parte de las tareas ejercidas hasta el momento por los servicios ministeriales, en particular en el campo de la divulgación y de la formación de los asesores agrícolas.

La observación de Gordon Wright, que calcula que un tercio de los jefes y vicejefes regionales habrían desempeñado funciones

<sup>98</sup> Ordenanza de 12 de octubre de 1944.

<sup>99</sup> ATRUX, M.: «L'assemblée permanente des présidents de chambres d'agriculture (APPCA) et la vulgarisation au début des années 1950: une institution à la conquête d'une nouvelle légitimité ?», *Ruralia. Sciences sociales et mondes ruraux contemporains*, 21 (2007), pp. 69-127.

sindicales importantes tras la guerra<sup>100</sup>, parece quedarse muy corta: sobre un total de poco más de 200 jefes y vicejefes regionales, 151, o sea, las tres cuartas partes, han sido identificados en las cámaras agrícolas en 1952 y más tarde. Y es que el «segundo retorno de los excluidos» se traduce igualmente en la existencia de una mayoría de presidentes ex corporativistas en la APPCA todo a lo largo de los años cincuenta, antes de que las elecciones de 1959 vean el número de presidentes antiguos miembros de una URCA descender por debajo de la barrera del 50 por 100. Pero mientras que el peso relativo de los veteranos de la *Corporation Paysanne* disminuye en las cámaras agrícolas, el comité permanente general de la APPCA y *a fortiori* su directiva permanecen en manos de los más influyentes de entre los corporativistas.

Este *gap* entre cámaras agrícolas y APPCA resulta todavía más elocuente cuando se analiza la manera en que la asamblea permanente modificó su posición a lo largo de los años sesenta. Desde 1961, Edgard Pisani, ministro de Agricultura de De Gaulle hasta 1966, lanza importantes reformas para promover medidas económicas y sociales dirigidas a transformar las explotaciones agrícolas juzgadas rentables para hacerlas más competitivas. En el marco de esta política denominada «estructural», las cámaras agrícolas son convocadas a pronunciarse sobre la superficie mínima de la explotación agrícola familiar. Mientras se negaba el carácter selectivo de dicha gestión, dentro de una lógica que había evolucionado poco desde entreguerras<sup>101</sup>, la APPCA dirige las operaciones con el fin de responder a la petición gubernamental sin, en cambio, aparentar traicionar el ideal de la unidad agraria. Si la constitución de un arsenal estadístico está inicialmente subordinada a un objetivo inmediato, el de disponer de argumentos aparentemente científicos para debatir sobre la oportunidad de la reforma de las estructuras, su valoración a largo plazo se inscribe en una voluntad corporativista de despojar al Estado de sus prerrogativas, que puede ser interpretada como el resultado de la lenta mutación de un proyecto corporativista madurado y experimentado en el agitado contexto de Vichy.

---

<sup>100</sup> WRIGHT, G.: *La Révolution rurale en France...*, *op. cit.*, p. 137.

<sup>101</sup> CORNU, P., y MAYAUD, J. L.: «Le temps...», *op. cit.*

## Conclusión

De este modo, la vocación de «obstáculo» de la organización agrícola vichyista se verifica ampliamente a través del examen minucioso de las trayectorias de los dirigentes agrícolas locales del departamento del Ródano, así como de los miembros y presidentes de la cámara agrícola. La cohabitación intergeneracional es patente y se acompaña de la inserción de los actores en densas redes profesionales y políticas. Mediante el estudio de la trayectoria anterior de los dirigentes corporativistas y de su futuro resulta posible mostrar que el episodio corporativista se inscribe en un *continuum*, el de las lentas entregas de testigo entre generaciones y de las recomposiciones de redes. La doble amnistía observada al estudiar a los dirigentes corporativos del Ródano responde al segundo retorno de los excluidos observado a la escala de las cámaras agrícolas. Los métodos y las exigencias de la historia social evitan que el investigador elabore una crónica incorpórea y permiten a la vez cuantificar los fenómenos observables y sacar a la luz todos sus matices.

Si la *Corporation Paysanne* presenta un interés capital para los ruralistas, su estudio permite innegablemente profundizar igualmente en el conocimiento del régimen de Vichy. Para empezar, trabajar sobre la *Corporation* en los pueblos, y *a fortiori* sobre los dirigentes corporativos locales, se presenta como uno de los medios más adecuados para acercarse a la Francia de Vichy y bajo Vichy. Por otro lado, la inserción de la *Corporation Paysanne* en el largo plazo, ya sea a través de las carreras de los dirigentes agrícolas locales y nacionales o bien por el lugar que ocupan en la evolución estructural del sindicalismo agrícola francés, refuerza la idea de que en ningún caso el régimen de Vichy debe ser estudiado ni concebido como un paréntesis en la historia de Francia. A modo de ejemplo, muchas otras investigaciones se beneficiarían de tener en cuenta a la *Corporation Paysanne* como una etapa central, en particular un estudio histórico de la estructuración en sectores especializados del sindicalismo agrícola.

[Traducción del francés: Miguel Cabo Villaverde (USC)]

# *Sobre el encuadramiento de los campesinos y la agricultura en el tiempo de los fascismos: una comparación entre nazismo y franquismo<sup>1</sup>*

*Daniel Lanero Táboas*

Universidade de Santiago de Compostela

*Resumen:* Este artículo propone un análisis comparativo de las estructuras institucionales de orientación corporativa que nacionalsocialismo alemán y franquismo crearon en los años treinta y cuarenta para encuadrar a sus respectivas sociedades rurales y (en el caso del nazismo) para disciplinar al conjunto de la economía agraria. Se analizan en ambos casos los apoyos procedentes del mundo rural en el proceso de conquista del poder; las continuidades y rupturas con la sociedad civil rural anterior; la estructura, funciones y personal político-sindical del Reichsnährstand y de la Organización Sindical Agraria, y sus conflictos de competencias con otras instancias del régimen.

*Palabras clave:* nazismo, franquismo, sociedad rural, organizaciones agrarias, encuadramiento institucional de la agricultura.

*Abstract:* This article proposes a comparative analysis of the corporate institutional structures that German national socialism and Francoism created during the 1930s and 1940s in order to categorize their respective rural societies and (in the case of Nazism) discipline the entire agricultural economy. In both cases, research is conducted into the support received from the rural world during their rise to power, the continuances and ruptures with the previous civil societies, the structu-

---

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido realizado en el marco del Grupo de Referencia Competitiva HISTAGRA: *Historia Agraria e Política de Galicia. Séculos XIX e XX* (Xunta de Galicia) y del equipo del Proyecto de Investigación del MICINN: «Políticas agrarias en un contexto autoritario. De la autarquía a la Revolución Verde: consecuencias en el agroecosistema, la economía y la sociedad rural (1940-1980)», HAR2010-18668.

res, functions and political personnel - the Reichsnährstand union and the Agricultural Union Organization, as well as their conflicts of competencies with the regimes' other agencies.

*Keywords:* Nazism, Francoism, Rural Society, Agricultural Organizations, Institutional Categorization of Agriculture.

## Introducción

A lo largo del último medio siglo, la Historia contemporánea en general y numerosas historiografías estatales no han permanecido ajenas al estudio de la sociedad rural bajo los regímenes fascistas y otras experiencias históricas de naturaleza política más o menos próxima al fascismo. El mundo rural europeo de entreguerras ha sido tomado con frecuencia como laboratorio para analizar los apoyos sociales con los que contaron los diversos movimientos fascistas en sus intentos (exitosos o fallidos) por hacerse con el poder político e institucionalizarse, con el fin de caracterizar las políticas agrarias específicas puestas en marcha por regímenes como el fascismo italiano o el nazismo, o para destacar el significado central que en sus construcciones ideológicas éstos atribuyeron al campesinado y a la ruralidad. Esta tradición de estudios, que se proyecta hasta el presente, ha tenido grados de intensidad y cronologías muy diversas en función de los contextos sociopolíticos de elaboración de las investigaciones y de las fases e intereses concretos por los que atravesaba cada escuela historiográfica nacional.

Sin embargo, apenas se ha profundizado en el estudio de las estructuras institucionales que encuadraron a las sociedades rurales, y en parte a la agricultura como sector económico, en los regímenes fascistas considerados clásicos (nazismo y fascismo italiano) o en aquellos ejemplos de dictaduras fascistizadas, como el Estado Novo portugués, la Francia de Vichy o el propio franquismo<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> No me voy a detener aquí en el conocido debate sobre la caracterización de los regímenes fascistas. Véanse GRIFFIN, R.: *The nature of fascism*, Nueva York-Londres, Routledge, 1991, y PAXTON, R. O.: *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005. Para la diferenciación entre regímenes fascistas y fascistizados, véase KALLIS, A.: «Fascism, Parafascism and Fascistization: On the Similarities of Three Conceptual Categories», *European History Quarterly*, 33-2 (2003), pp. 219-249. Sobre la naturaleza parafascista o fascistizada del franquismo, SAZ, I.: «Fascism, fascistization and developmentalism in Franco's dictatorship», *Social History*, 29-3

El análisis de estas estructuras institucionales va a ser el objetivo central de este artículo. Se hará recurriendo a una perspectiva metodológica comparada y tomando dos casos de estudio: el Reichnährstand (Agencia para la Alimentación del Reich), desde su implantación por el nazismo en 1933 hasta 1945, y la Organización Sindical Agraria franquista (OSA), entre la finalización de la Guerra Civil y 1950, aunque puntualmente se hará alguna referencia a su situación más allá de esta fecha.

Más allá de dar una mayor presencia a este tipo de temáticas institucionales en ámbitos como la Historia política o la Historia agraria, o más específicamente en el campo de los estudios sobre lo que de modo genérico podríamos denominar *fascismo agrario*, lo que aquí se persigue es conocer mejor el sindicalismo vertical franquista en su vertiente agraria y rural. Como en cualquier esfuerzo comparativo, aparecerán las semejanzas y las diferencias entre los referentes escogidos<sup>3</sup>. Sin embargo, no se trata de recurrir a la comparación con las estructuras del asociacionismo agrario nacionalsocialista como banco de pruebas en el que calibrar (como continuamente se hace con la propia dictadura) la *calidad* o *grado de pureza* fascista de la Organización Sindical Agraria franquista, aunque de los resultados de esta comparación se pueden extraer conclusiones que también aportan algo a la caracterización general del propio franquismo.

En realidad se busca comparar la OSA franquista con otras estructuras más o menos análogas para explicar mejor su propia idiosincrasia, qué circunstancias y procesos históricos explican sus principales características a finales de la década de 1940, cuando este edificio institucional se da por cerrado (en falso), en la antesala de la crisis de la agricultura tradicional y de las grandes transformaciones que experimentará la sociedad rural española durante las dos décadas siguientes<sup>4</sup>.

---

(2004), pp. 342-357. En cualquier caso, las dictaduras fascistas y fascitizadas comparten toda una serie de elementos comunes en su relación con el mundo rural que avalan análisis conjuntos y comparativos; rasgos que dan forma a lo que genéricamente denominamos *fascismo agrario* (véase presentación del dossier).

<sup>3</sup> Reflexiones teóricas y metodológicas de interés acerca de la Historia comparada/Historia transnacional en COHEN, D., y O'CONNOR, M. (eds.): *Comparison and History. Europe in cross-national perspective*, Nueva York-Londres, Routledge, 2004, pp. ix-xxiv, 23-39 y 115-132, y HAUPT, H. G.; CROSSICK, G., y KOCKA, J.: «La Storia comparata», *Passato e Presente*, 28 (1993), pp. 19-51.

<sup>4</sup> Las aproximaciones más completas y sistemáticas a la Organización Sindical

El trabajo se organiza en dos partes. En la primera se analiza la situación de las sociedades rurales germana y española bajo sendos regímenes democráticos republicanos (Weimar y la Segunda República), así como los apoyos sociales con los que nacionalsocialismo y franquismo contaron en el mundo rural en los años previos a su institucionalización. También se abordan las continuidades y rupturas existentes entre las organizaciones agrarias que ambas dictaduras crearon *ex novo* y aquellas otras que fueron sus predecesoras inmediatas.

El segundo apartado se dedica al análisis de las estructuras institucionales creadas por los dos regímenes para el encuadramiento del mundo rural y las funciones asignadas a éstas, al tiempo que se presenta una aproximación al perfil sociológico de los dirigentes de las organizaciones agrarias. Más tangencialmente se abordan los conflictos de intereses, tan característicos de la policracia fascista, que mantuvieron con otras instancias y sectores en el seno de las respectivas dictaduras.

### **De la democracia al fascismo: sociedades rurales y organizaciones agrarias en Alemania y España**

Al igual que en otros países europeos, los cimientos del asociacionismo agrario fueron puestos en Alemania como respuesta a la crisis agraria finisecular. En 1893, por iniciativa de los *junker*, los grandes propietarios cerealeros asentados al este del río Elba, se creaba la Liga Agraria (Bund der Landwirte), a la que se incorporaron con rapidez numerosos pequeños y medianos propietarios protestantes por todo el país<sup>5</sup>. En 1921 se fusionó con la liberal

---

Española (OSE) son la obra clásica de APARICIO PÉREZ, M. A.: *El sindicalismo vertical y la formación del Estado franquista (1939-1977)*, Barcelona, Eunibar, 1980, y la reciente de BERNAL GARCÍA, F.: *El sindicalismo vertical. Burocracia, control laboral y representación de intereses en la España franquista (1936-1951)*, Madrid, AHC-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.

<sup>5</sup> Una revisión crítica del papel de los *junker* en el ascenso político del nazismo y de la teoría del *sonderweg* o «camino especial» en la evolución histórica alemana en BLACKBOURN, D., y ELEY, G.: *The peculiarities of German History*, Oxford, Oxford University Press, 1984. También RENTON, D.: «The agrarian roots of fascism: German exceptionalism revisited», *The Journal of Peasant Studies*, 28-4 (2001), pp. 127-148.

Liga Agraria Alemana (1909) para dar lugar a la Liga Agraria Nacional (Landbund). En las regiones católicas, al sur y al oeste de Alemania, las numerosas asociaciones agrarias preexistentes confluyeron en 1900 en la Federación de Asociaciones de Campesinos Cristianos de Alemania.

Los años de la República de Weimar (1919-1933) fueron testigo de una intensa movilización política de los agricultores alemanes a través de sus grupos de presión (asociaciones y partidos políticos). Esta movilización se enmarca en un contexto de crisis del sector agrario con raíces en la Primera Guerra Mundial, que se agudizó según avanzaba la complicada vida del régimen republicano. Al descontento campesino por la intervención de la economía agraria durante la guerra hay que sumar la frustración causada por la política oficial de contención de los precios agrarios durante la espiral inflacionista de posguerra. La protección prestada por el gobierno a los consumidores urbanos impidió maximizar la posición de ventaja relativa del sector agrario. Tras la estabilización monetaria de 1923-1924, los precios de los productos agrarios iniciaron una prolongada caída que afectó especialmente a la carne y a los lácteos. De forma simultánea, los *inputs* (fertilizantes, semillas, maquinaria y combustible) se encarecieron notablemente, de modo que a finales de la década de 1920 muchos agricultores se encontraban muy endeudados. La sensación de que la política económica de la República estaba sacrificando al sector agrario (al no establecer barreras arancelarias) para garantizar la competitividad exterior de la industria alemana se extendió entre amplios sectores de la sociedad rural<sup>6</sup>. Este malestar de fondo explicaría en parte los sucesivos éxitos electorales del NSDAP entre el campesinado alemán a partir de 1928<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> Sobre la agricultura en la República de Weimar véase CORNI, G.: «L'agricoltura nella Repubblica di Weimar», *Studi Storici* (1979), pp. 525-545. Significativamente, la política arancelaria sí estabilizó los precios de los cereales satisfaciendo la presión de los *juncker*.

<sup>7</sup> El NSDAP aprovechó con habilidad en las elecciones al Reichstag de 1928 el descontento evidenciado por los campesinos de la región protestante de Schleswig-Holstein. En bastantes distritos rurales luteranos el NSDAP obtuvo alrededor del 40 por 100 de los votos en las elecciones al Reichstag de 1930, consiguiendo la mayoría absoluta en los de Schleswig-Holstein y Baja Sajonia. Para el ámbito católico, HEILBRONNER, O.: «Catholic plight in a rural area of Germany and the rise of the Nazi party», *Social History*, 20-2 (1995), pp. 219-234.

La intensa movilización política de posguerra tuvo consecuencias relevantes para las propias asociaciones: su afiliación aumentó hasta convertirse en organizaciones de masas, se avanzó en su democratización interna y, sobre todo, se profesionalizaron. Empezaron a contar con personal administrativo propio, con asesores expertos en cuestiones técnicas, jurídicas o financieras, crearon redes de cooperativas y de entidades crediticias, editaron prensa propia...

Es más, mantuvieron una relación muy estrecha con la estructura institucional que el Reich y los Länder estaban entonces construyendo para articular mejor su política agraria y negociar con los *lobbies* del sector. Con frecuencia las asociaciones agrarias proporcionaron a las nuevas instituciones (Ministerios de Agricultura y Alimentación del Reich y de los Länder, cámaras agrarias distritales, provinciales...) sus dirigentes y su personal administrativo<sup>8</sup>.

Un asunto central es cómo consiguieron los nacionalsocialistas alcanzar un respaldo electoral significativo en el mundo rural e infiltrar tanto las instituciones como las asociaciones agrarias.

En el ámbito asociativo, el caso más evidente es el de la conservadora Liga Agraria Nacional (Landbund), cuya posición política se fue radicalizando con los efectos que sobre la agricultura alemana tuvo la crisis económica de 1929. Si en la primavera de 1930 compartía el programa de recuperación agrícola del gobierno Brüning, en las elecciones presidenciales de 1932 su comité ejecutivo (del que ya formaba parte un destacado miembro del NSDAP como era Willikens) apoyó la candidatura de Hitler, aunque muchos socios a título individual y bastantes filiales regionales discreparon de la línea oficial u optaron abiertamente por Hindenburg<sup>9</sup>. En cualquier caso, la estrategia nazi de infiltrar la militancia de la organización para forzar su escoramiento ideológico pareció tener algún éxito<sup>10</sup>.

La infiltración del Landbund y de otras asociaciones agrarias locales y regionales posibilitó también el progresivo acceso de los na-

<sup>8</sup> OSMOND, J.: «A second agrarian mobilization? Peasant associations in South and West Germany, 1918-1924», en MOELLER, R. G. (ed.): *Peasants and lords in modern Germany*, Boston, Allen & Unwin, 1986, pp. 168-197.

<sup>9</sup> Werner Willikens fue el portavoz del NSDAP en el Reichstag para temas agrarios desde marzo de 1928. Antes de que R. W. Darré se uniera al partido en 1930, varios textos de Willikens habían inspirado el primitivo programa agrario nazi.

<sup>10</sup> JONES, L. E.: «Crisis and realignment: agrarian splinter parties in the late Weimar Republic, 1928-1933», en MOELLER, R. G. (ed.): *Peasants and lords in modern Germany*, *op. cit.*, pp. 198-232.

cionalsocialistas a puestos directivos dentro de las cámaras agrarias (creadas en 1920), que se cubrían a través de la competición electoral entre asociaciones.

En el plano electoral, el ascenso del NSDAP se suele explicar mediante la combinación de varios factores. En primer lugar, la profundización durante los años finales de Weimar de la coyuntura crítica por la que la agricultura alemana atravesaba desde mediados de la década de 1920. El NSDAP aprovechó este contexto para perfilar mucho mejor su programa agrario y poner en marcha una estructura destinada específicamente al mundo rural, que Hitler encargó a Richard Walter Darré en el verano de 1930. Éste desarrolló con rapidez para el partido un aparato agropolítico que contaba con sus propios órganos de prensa, con la colaboración de técnicos expertos en temas agrarios y, sobre todo, con un cuerpo de activos propagandistas que difundieron con éxito el discurso antirrepublicano del NSDAP por aldeas y distritos rurales, alimentando en beneficio propio el resentimiento generalizado que los pequeños y medianos agricultores —cada vez más radicalizados— mostraban hacia la política agraria de la República<sup>11</sup>.

Finalmente, hay que considerar la incapacidad de los partidos agrarios nacidos a finales del periodo republicano (1928) con el objetivo de representar mejor los intereses de las clases medias rurales alemanas. Estos partidos fueron inicialmente capaces de atraer el voto de muchos agricultores, enfadados por la degradación de sus condiciones socioeconómicas y decepcionados con la actuación de los partidos burgueses tradicionales<sup>12</sup>. Sin embargo, fracasaron en su intento por consolidarse como una auténtica al-

---

<sup>11</sup> Sólo en la región de Sajonia, en 1932, el NSDAP contaba con un total de 1.200 personas trabajando para la delegación agraria regional del partido. FARQUHARSON, J. E.: «The agrarian policy of national socialist Germany», en MOELLER, R. G. (ed.): *Peasants and lords in modern Germany, op. cit.*, pp. 233-259. Véanse también GERHARD, G.: «Breeding pigs and people for the Third Reich. Richard Walther Darré's Agrarian Ideology», en BRÜGGEMEIER, F. J.; CIOC, M., y ZELLER, Th. (eds.): *How Green Were the Nazis?*, Athens, Ohio University Press, 2005, pp. 129-146, y GIES, H.: «The NSDAP and Agrarian Organizations in the Final Phase of the Weimar Republic», en TURNER, H. A. (ed.): *Nazism and the Third Reich*, Nueva York, Quadrangle Books, 1972, pp. 45-88.

<sup>12</sup> Las principales asociaciones agrarias mantuvieron vínculos con los partidos políticos burgueses antes de la Primera Guerra Mundial y en los primeros años de la República de Weimar. La Federación de Asociaciones de Campesinos Cristianos de Alemania con el *Zentrums*parte (Partido del Centro) y la Liga Agraria, do-

ternativa política y acabaron siendo una breve parada intermedia en el trasvase del voto rural desde los partidos burgueses tradicionales al NSDAP. Los partidos agrarios fueron víctimas de sus propias limitaciones y contradicciones internas: pretendieron defender los intereses de los agricultores sin creer en el sistema político republicano en el que participaban. Fueron incapaces de construir un gran partido agrario nacional que ampliase sus bases electorales locales y regionales y que superase la fractura religiosa entre las regiones agrarias de Alemania o la contraposición de intereses entre pequeños y medianos propietarios (viticultores, ganaderos...), bien adaptados a las dinámicas cambiantes del mercado, y los *junker* prusianos dedicados al cultivo extensivo de cereales. En síntesis, en el momento en que la crisis de la agricultura se agudizó y las actitudes políticas del campesinado se radicalizaron se convirtieron en víctimas del gran crecimiento electoral nacionalsocialista en el campo<sup>13</sup>.

Los avances electorales y la infiltración institucional del NSDAP en el mundo rural entre 1928 y 1933 explican la continuidad entre las viejas estructuras asociativas y el Reichsnährstand (RNS), la Agencia para la Alimentación del Reich creada por el nazismo.

Una de las primeras medidas legislativas consistió en la integración en el RNS de las cooperativas y las cajas rurales hasta entonces dependientes de las asociaciones agrarias. La continuidad de su personal técnico y administrativo como nuevos cuadros intermedios del Reichsnährstand, en especial del procedente del Landbund, fue también la norma. Los funcionarios de las antiguas cámaras agrarias, así como gran parte de los técnicos agrarios, ingresaron en el RNS. Estos cargos intermedios no tenían que estar afiliados al partido nazi, eran simples funcionarios de la administración agraria. Con el tiempo, las presiones para la afiliación se incrementaron, aunque parece que en muchos casos se trató de

---

minada por los *junker*, con el conservador Deutschnationale Volkspartei (DNVP) (Partido Nacional Popular Alemán).

<sup>13</sup> Estos partidos eran el Deutsche Bauernpartei (DBP) (Partido de los Campesinos Alemanes), muy cercano a la populista Liga de Campesinos de Baviera, y el Christlich-Nationale Bauern-und Landvolkpartei (CNBLP) (Partido Nacional-Cristiano de Campesinos y Agricultores), surgido de una escisión del DNVP, se mantendrá próximo —con matices— a la Liga Agraria Nacional (Landbund). Véase también KOSHAR, R. (ed.): *Splintered classes. Politics and the lower middle classes in interwar Europe*, Nueva York-Londres, Holmes & Meier, 1990.

una pertenencia instrumental u oportunista más que de una firme convicción política<sup>14</sup>.

El propio nombre de la nueva organización, Agencia para la Alimentación del Reich, pone de manifiesto su continuidad con precedentes institucionales como la Oficina de Alimentos del Reich (noviembre de 1918) o el Ministerio del Reich para la Alimentación y la Agricultura (1920), ya bajo el régimen republicano.

En España, las tensiones alrededor de la propiedad de la tierra tuvieron más incidencia que las dificultades coyunturales de los subsectores productivos. En general, el antirrepublicanismo y el apoyo a una solución autoritaria que pusiera fin al régimen democrático fueron ganando terreno entre el conjunto de los propietarios (tanto entre los grandes terratenientes como entre los medianos y pequeños propietarios y arrendatarios) en paralelo a la intensificación de la conflictividad social en el mundo rural<sup>15</sup>.

El malestar de los propietarios hacia la Segunda República se articuló en torno a una serie de asuntos centrales, como la nueva legislación laboral para el campo, la puesta en marcha de la reforma agraria o la modificación de la legislación sobre arrendamientos rústicos, que cuestionaban directamente los fundamentos del orden social rural tradicional al desafiar el control patronal del mercado de trabajo y poner en duda los derechos de propiedad tal y como hasta entonces se habían venido ejerciendo<sup>16</sup>. Otro motivo de descontento, en particular entre el pequeño campesinado meseteño, estaba en la prolongada caída del precio de venta del trigo, lo que les llevó a pedir reiteradamente una intervención estatal en sentido protector, en particular ante coyunturas de superproducción como la que siguió a la cosecha de 1932.

El Decreto de términos municipales (1931), que obligaba a los empleadores a contratar en primer lugar a los asalariados agrícolas de su municipio, acabó con el control patronal sobre el mercado de trabajo, pues convertía en ilegal el recurso a mano de obra fo-

<sup>14</sup> FARQUHARSON, J. E.: *The plough and the Svastica. The NSDAP and the agriculture in Germany, 1928-1945*, Londres, Sage Publications, 1976, pp. 71-75.

<sup>15</sup> COBO ROMERO, F.: *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 279-337.

<sup>16</sup> Sobre la reforma agraria véase el estudio clásico de MALEFAKIS, E.: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1982.

ránea con el fin de bajar los salarios o boicotear las huelgas. Con la implantación de los Jurados mixtos se obligaba a los representantes de propietarios y trabajadores agrícolas a pactar unas bases de trabajo y se llevaba al campo la tutela estatal de las relaciones laborales. La Ley de Laboreo Forzoso o de intensificación de cultivos (1931) habilitaba a los ayuntamientos para enajenar las tierras de propietarios y arrendatarios que no estuviesen siendo cultivadas o no se trabajasen según los usos locales de buen labrador, y ceder su explotación a los sindicatos de trabajadores locales. También en 1931 el gobierno provisional republicano aprobaba un decreto que consolidaba la posición de arrendatarios y aparceros al prohibir su desahucio salvo en caso de impago de las rentas. Este tipo de contrato se convertía en prorrogable (al margen del plazo de vencimiento) si el cultivador lo deseaba y se impedía el desahucio masivo de campesinos.

Significativamente, una de las medidas más destacadas del gobierno radical-cedista en el ámbito agrario fue la aprobación en marzo de 1935 de una nueva legislación sobre arrendamientos que revocaba las medidas tomadas en 1931 y que desató una oleada de lanzamientos de arrendatarios. La política agraria rectificadora de los gobiernos conservadores se completó con el freno de la reforma agraria y con la derogación de la Ley de Términos Municipales en mayo de 1935<sup>17</sup>.

Sería un error considerar que la política agraria promulgada por los gobiernos del periodo 1931-1933, restaurada y vertiginosamente acelerada (en lo que respecta a la reforma agraria) después de febrero de 1936, provocó sólo la reacción hostil de los grandes latifundistas extremeños, manchegos o andaluces. Muchos pequeños propietarios y arrendatarios se sintieron también lesionados en sus intereses, en especial aquellos que contrataban de forma más o menos ocasional mano de obra asalariada con la que complementar la fuerza de trabajo familiar. Además, fueron también blanco de la radicalización discursiva de los sindicatos de jornaleros<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> Una síntesis en TÉBAR, J.: *Reforma, revolución y contrarrevolución agrarias. Conflicto social y lucha política en el campo (1931-1939)*, Barcelona, Flor del Viento, 2006.

<sup>18</sup> PAN-MONTOJO, J. L.: «Innovaciones e continuidades na política agraria do primeiro franquismo (1936-1951)», en FREIRE, D.; FONSECA, I., y GODINHO, P. (coords.): *Mundo rural. Transformação e Resistência na Península Ibérica (Século xx)*, Lisboa, Colibri-Universidade Nova, 2004, pp. 55-69.

La política agraria del franquismo durante la Guerra Civil y los años cuarenta respondió a las expectativas de aquellos sectores de la sociedad rural que apoyaron el golpe de Estado con medidas como la liquidación de la reforma agraria republicana, la creación del Servicio Nacional del Trigo o la restauración (abusiva) de la autoridad de los patronos agrarios en las relaciones de trabajo.

En la dictadura franquista, la ruptura con el asociacionismo agrario preexistente fue mucho más profunda que en el caso del nacionalsocialismo alemán. La institucionalización de la dictadura, después de una sublevación militar que derivó en una larga Guerra Civil, no se puede desligar de la generalización de la violencia política represiva, que golpeó de lleno al ámbito asociativo. La represión se cebó sobre los sindicatos agrarios de izquierda, como los vinculados a la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT) de la UGT, los sindicatos anarquistas ligados a la CNT y otras entidades laicas en la órbita republicana y nacionalista<sup>19</sup>. Al asesinato, encarcelamiento y exilio de sus dirigentes, siguió la usurpación *legal* de los bienes de las organizaciones clausuradas para dotar de patrimonio a la naciente estructura sindical del Movimiento.

Por otros motivos, es complicado encontrar antecedentes del sindicalismo vertical franquista en el mundo rural durante los años republicanos. Organizaciones como la católica CESO (Confederación Española de Sindicatos Obreros) o las falangistas CONS (Centrales Obreras Nacional Sindicalistas), dejando a un lado su presencia muy reducida o marginal entre los trabajadores sindicados, tuvieron una implantación exclusivamente urbana<sup>20</sup>. Tampoco es del todo correcto asignar a los sindicatos agrarios de inspiración socialcatólica articulados alrededor de la Confederación Nacional Católico Agraria (CNCA) la condición de precedentes del sindicalismo agrario franquista<sup>21</sup>. Durante la Guerra

---

<sup>19</sup> CABANA IGLESIA, A., y CABO VILLAVERDE, M.: «Cuando lo viejo muere y lo nuevo no acaba de nacer. El asociacionismo agrario en Galicia (1936-1939)», en DE JUANA, J., y PRADA, J. (eds.): *Lo que han hecho en Galicia. Violencia política, represión y exilio (1936-1939)*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 165-185.

<sup>20</sup> BERNAL GARCÍA, F.: *El sindicalismo vertical...*, op. cit., p. 56, señala, como excepción, la creación de sindicatos agrarios por las CONS en Valladolid.

<sup>21</sup> Sobre la católica, paternalista e interclasista CNCA véanse GARRIDO, S.: *Treballar en comú: el cooperativisme agrari a Espanya (1900-1936)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1996, y CASTILLO, J. J.: *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino. La Confederación Nacional Católica Agra-*

Civil y en los primeros años cuarenta, la Organización Sindical Española (OSE), controlada por el sector portador de la esencia nacionalisindicalista de FET y de las JONS, demostró una gran beligerancia hacia la poderosa CNCA. La Ley de Unidad Sindical (1940) se promulgó, complementando al Decreto de unificación de 1937, para acabar con las asociaciones y sindicatos que, siendo afines ideológicamente al *nuevo Estado*, no se encontrasen bajo control de FET y de las JONS o no tuvieran la intención de someterse al partido único.

La CNCA intentó eludir su absorción por la estructura sindical falangista acogiéndose a la Ley de Cooperativas de 1938 y modificando la denominación de *sindicatos agrarios* de sus entidades filiales por la de *cooperativas*. El largo contencioso político entre socialcatólicos y falangistas se resolvió de un modo razonablemente positivo para los primeros. Una nueva Ley de Cooperativas (1942) dejó a estas entidades en una situación ambigua. Aunque formalmente dependientes de la OSE, mantuvieron una estructura organizativa paralela y preservaron sus recursos patrimoniales.

En cuanto a la situación del entramado institucional de la innovación bajo el franquismo, la mayor parte de los técnicos agrónomos activos en la Segunda República superó la depuración política<sup>22</sup>. Sin embargo, en la posguerra, los centros de investigación experimentaron un gran desbarajuste organizativo, precariedad presupuestaria y escasez de medios materiales y humanos. Todo ello, junto con la separación radical entre investigación y difusión de la innovación, los alejó de la sociedad rural<sup>23</sup>.

---

ria (1917-1942), Madrid, Ministerio de Agricultura, 1979. Habría que considerar también en este plano a la Liga Nacional Campesina (LNC), escisión de la CNCA, cuyo ideario compartía en lo básico, creada en 1923 por Antonio Monedero.

<sup>22</sup> PAN MONTOJO, J. L.: «La depuración de los ingenieros del Ministerio de Agricultura, 1936-1942», en CUESTA, J. (dir.): *La depuración de funcionarios bajo la dictadura franquista (1936-1975)*, Madrid, Fundación Largo Caballero, 2009, pp. 232-246.

<sup>23</sup> CABO VILLAVERDE, M., y BERNÁRDEZ SOBREIRA, A.: «Ciencia y dictadura: la investigación agronómica en Galicia durante el primer franquismo», *Noticiario de Historia Agraria*, 12 (1996), pp. 119-139, y FERNÁNDEZ PRIETO, L.: *El apagón tecnológico del franquismo. Estado e innovación en la agricultura española del siglo XX*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2007, pp. 205-357.

## Las organizaciones agrarias: estructura, funciones y cuadros dirigentes

Como se ha mencionado, la gran organización del sector agrario en la Alemania nazi fue el Reichsnährstand (RNS), la Agencia para la Alimentación del Reich, creada en abril de 1933 desde el aparato agropolítico del NSDAP, al mes siguiente del acceso de Darré al Ministerio de Agricultura<sup>24</sup>. Basada en el *führerprinzip* y en la pertenencia obligatoria, encuadraba no sólo a los campesinos alemanes y a sus familias, sino también a todos aquellos individuos y sociedades ocupados en la transformación, distribución y comercialización de alimentos, como cooperativas e industrias agroalimentarias. Con unos diez millones de inscritos abarcaba todo el territorio del Reich.

En la cúpula del RNS se situaba la figura del *reichsbauernführer* (jefe de los campesinos del Reich), nombrado por Hitler y sólo responsable ante él. El RNS contaba con sus propios servicios administrativos y con cuatro departamentos principales, ocupados de las tareas ideológico-formativas (*Der Mensch*, el hombre); la economía campesina (*Das Hof*, la granja); la ordenación de los mercados agrarios (*Der Markt*), y las cooperativas, si bien este último departamento se suprimió ya en 1934 en una primera simplificación administrativa. La responsabilidad de la implantación territorial recaía sobre 515 jefes de distrito y 55.000 jefes locales. En 1938 el aparato de la organización contaba con 20.800 funcionarios y un presupuesto de setenta millones de marcos, al que contribuían todos los campesinos propietarios de una explotación con una cuota anual del 2 por 1.000 del valor de la misma<sup>25</sup>.

El aspecto más interesante del Reichsnährstand, que nos ofrece una imagen de su importancia económica y de su influencia política

---

<sup>24</sup> Acerca del Reichsnährstand véanse CORNI, G.: *La política agraria del nacionalsocialismo, 1930-1939*, Milán, Franco Agnelli, 1989, pp. 93-150; FARQUHARSON, J. E.: *The plough and the Svastica...*, *op. cit.*, pp. 71-86, e íd.: «The agrarian policy of national socialist Germany», *op. cit.*, pp. 233-259.

<sup>25</sup> Los datos relativos a la dimensión del RNS varían notablemente en función de la fuente. Aquí se toman los ofrecidos por CORNI, G.: *La política agraria del nacionalsocialismo...*, *op. cit.*, pp. 106-107. Según GERHARD, G.: «Breeding pigs and people for the Third Reich...», *op. cit.*, pp. 134, el RNS contaría con 17 millones de encuadrados, 50.000 cargos honoríficos, 16.000 funcionarios y 17.000 empleados.

dentro del Tercer Reich, en agudo contraste con la situación de los sindicatos agrarios franquistas, es el de sus funciones o, dicho de otro modo, su alto (aunque discutido) nivel de autonomía política.

El RNS era la máxima autoridad legal para fijar los precios de los productos agrarios y de sus transformados. Entre 1933 y 1935, el establecimiento de precios fijos remuneradores permitió aumentar significativamente los ingresos de los campesinos alemanes y remontar los efectos negativos de la crisis agraria internacional, de modo que las promesas electorales hechas por Hitler al campesinado parecieron cumplirse. Sin embargo, desde 1936 los precios de garantía de los productos agrarios se congelaron. El nazismo, como antes la República, puso especial atención en evitar una espiral inflacionista que provocase el malestar de las clases trabajadoras urbanas y, eventualmente, hiciera peligrar el programa de rearme. Desde mediados de la década de 1930, para descontento de Darré y del RNS, la agricultura se subordinó claramente al sector industrial.

El Reichsnährstand jugó también un papel decisivo en el objetivo autárquico de conseguir la autosuficiencia alimentaria en el horizonte de la guerra, la denominada «batalla por la producción» (*erzeugungsschlacht*). El principal reto era aumentar la producción autóctona de cereales y, sobre todo, reducir el desequilibrio entre la producción y el consumo interior de grasas animales y vegetales para poder evitar su importación. A este respecto se puede hablar de un éxito desigual por parte del RNS en un contexto muy complejo, marcado por la recuperación económica y del consumo en Alemania, las exigencias prebélicas del *Plan cuatrienal* y del programa de rearme, y el éxodo de muchos trabajadores rurales atraídos por el *boom* de la construcción y la industria. A pesar de las atribuciones coercitivas que el RNS tenía sobre los agricultores, su estrategia consistió más en la combinación de precios remuneradores (hasta donde fue posible) con las exhortaciones al patriotismo de los campesinos alemanes<sup>26</sup>.

Como consecuencia de la policracia fascista y de la usual ambigüedad en la delimitación de las áreas de influencia otorgadas a cada organismo, los conflictos de competencias fueron una constante en la vida del Reichsnährstand, enfrentándolo con otras es-

---

<sup>26</sup> FARQUHARSON, J. E.: «The agrarian policy of national socialist Germany», *op. cit.*, pp. 241-248. Véase también a este respecto la contribución de E. LANGTHALER a este dossier.

estructuras del partido y con algunos departamentos del gobierno. Con el Deutsche Arbeitsfront (Frente Alemán del Trabajo) se disputó el control sobre los asalariados agrícolos. Tampoco fueron buenas las relaciones con los jefes regionales (*gauleiter*), distritales y locales del NSDAP. La voluntad de hegemonía sobre el mundo rural que Darré quiso imprimir al RNS le llevó a menospreciar a las instancias político-administrativas del partido. Los responsables del NSDAP en la periferia reaccionaron obstaculizando la aplicación de las medidas emanadas del RNS en la esfera local, acusándolo de ser un refugio de tendencias antipartido o enfatizando en su ineficacia, ya fuera a la hora de garantizar precios de venta satisfactorios para los agricultores o ante la escasez en el suministro de alimentos a la población urbana. Schacht, desde el Ministerio de Economía, se quejaba de los grandes recursos presupuestarios que consumía el RNS y con Goerdeler, el comisionado para el control de los precios nombrado por Hitler, el choque, teniendo en cuenta las prerrogativas que el RNS ejercía sobre el mercado de productos agrarios, era simplemente inevitable. En resumen, a pesar de su supuesta supremacía legal, la autonomía política del RNS era relativa y estuvo su-peditada a las decisiones del partido y a las prioridades coyunturales de la política nazi. La postergación política de Darré durante los años de la guerra en beneficio de Backe, el responsable de la sección agraria del *Plan cuatrienal*, es el mejor indicador de la progresiva domesticación del RNS<sup>27</sup>. También del triunfo de un enfoque más pragmático y menos romántico-ruralista (centrado en el *Blut und Boden*) de la política agraria.

Es complicado realizar una aproximación sociológica a los dirigentes del RNS. Aunque existe una notable literatura sobre el perfil de los militantes del NSDAP y acerca de los motivos que llevaron a una parte significativa de la sociedad alemana a votar por los nazis o prestar su consentimiento al régimen, no disponemos de análisis detallados del personal político o de la burocracia del Reichsnährstand más allá de las informaciones cualitativas que ofrecen los principales especialistas en la institución. Tal vez se puedan extrapolar sobre los dirigentes y burócratas del RNS algunos de los datos existentes sobre la afiliación al partido de campesinos y funcionarios<sup>28</sup>.

---

<sup>27</sup> FARQUHARSON, J. E.: *The plough and the Svastika...*, op. cit., pp. 87-104; CORNI, G.: *La política agraria del nazionalsocialismo...*, op. cit., pp. 112-118.

<sup>28</sup> Véanse a este respecto, entre otros, MANN, M.: *Fascistas*, Valencia, PUV,

Los máximos dirigentes del Reichsnährstand eran personas de confianza del partido, estrechamente vinculadas a su aparato agropolítico y al Ministerio de Agricultura<sup>29</sup>. Un porcentaje significativo de los líderes provinciales (*kreisbauernführer*) de la Agencia para la Alimentación del Reich había nacido hacia 1890, tenían una formación básica y habían alcanzado el rango de oficiales durante la Primera Guerra Mundial. Desde una perspectiva socioprofesional, predominaban los maestros de escuela primaria<sup>30</sup>.

Existe una interesante controversia acerca del papel que los *juncker* desempeñaron en el RNS. Si la interpretación historiográfica tradicional les otorgaba el control del organismo, otros autores insisten en la presencia de campesinos comunes como jefes locales (*ortsbauernführer*) y destacan las posibilidades de movilidad social ascendente en el mundo rural bajo el nazismo<sup>31</sup>.

Estos dirigentes locales eran «granjeros profesionales», casi siempre propietarios, pero con gran variedad de situaciones respecto del tamaño de las explotaciones. Importaba sobre todo que fuesen personas de orden, con prestigio en su comunidad local, más que su afiliación al partido (más de la mitad no eran militantes

---

2006, pp. 176 y 180-185; FRITZSCHE, P.: *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Barcelona, Crítica, 2009, pp. 27-69; MERKL, P. H.: «I nazionalsocialisti della collezione Abel: perché aderirono alla NSDAP», en LARSEN, S. U.; HAGTVET, B., y MYKLEBUST, J. P. (eds.): *I fascisti. Le radici e le cause di un fenomeno europeo*, Florencia, Ponte Alle Grazie, 1996, pp. 297-315; BRUSTEIN, W.: *The Logic of Evil: The Social Origins of the Nazi Party, 1925-1933*, New Haven, Yale University Press, 1996, y KATER, M.: *The Nazi Party*, Cambridge (Mass.), Cambridge University Press, 1983.

<sup>29</sup> El jefe del RNS y ministro de Agricultura (1933-1944), Richard Walter Darré, había nacido en Argentina (1895). Contaba con una formación técnica agraria de nivel universitario. Durante la Gran Guerra alcanzó el rango de teniente. Se afilió al partido nazi tardíamente, en 1930, hecho que más adelante fue empleado políticamente en su contra. El subsecretario de Agricultura, Herbert Backe (1896), era un gerente agrario con estudios universitarios y también había combatido en la Primera Guerra Mundial. Sobre Darré véanse el polémico trabajo de BRAMWELL, A.: *Blood and Soil: Richard Walther Darré and Hitler's Green Party*, Abbotsbrook (UK), Kensal Press, 1985, y su crítica en GERHARD, G.: «Breeding pigs and people for the Third Reich...», *op. cit.*, pp. 129-146.

<sup>30</sup> NEUMANN, F.: *Benemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1943, pp. 414-415.

<sup>31</sup> NEUMANN, F.: *Benemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo*, *op. cit.*, p. 438, considera la influencia de los grandes terratenientes sobre el RNS muy acusada. FARQUHARSON, J. E.: «The agrarian policy of national socialist Germany», *op. cit.*, p. 251, rebate esta interpretación, muy extendida también en la historiografía de la extinta República Democrática Alemana.

del NSDAP). También se valoraba su capacidad técnica, es decir, debían de ser los más competentes en la gestión de las explotaciones para servir como ejemplo al conjunto de los labradores. Pero la acumulación de obligaciones administrativas para granjeros sin experiencia previa en estas tareas y, en bastantes casos, semianalfabetos, se convirtió en un grave contratiempo. Entre los jefes locales del RNS también se detectan (aunque en menor medida) veteranos del partido nazi y camisas nuevas<sup>32</sup>.

El franquismo, igual que el Tercer Reich, y a diferencia de otros sistemas coetáneos de representación dual (de patronos y asalariados rurales) más fieles a la ortodoxia corporativa, como el italiano o el portugués, optó por un modelo único de entidad sindical en el que quedarían teóricamente encuadrados, y obligados a pagar una cuota de sostenimiento, todos los productores dedicados a la agricultura, desde los jornaleros a los grandes propietarios agrarios. Al igual que el RNS nacionalsocialista, las entidades sindicales agrarias eran consideradas, desde un punto de vista jurídico, «corporaciones de derecho público». La Organización Sindical Agraria (OSA) fue una estructura piramidal, muy jerarquizada, articulada en cuatro niveles (local, comarcal, provincial y nacional) siguiendo un criterio territorial-administrativo. Aunque bajo la supervisión de un organismo central embrionario, el Servicio Nacional de Hermandades, que dependía de la Delegación Nacional de Sindicatos, la estructura que el verticalismo franquista diseñó para el campo se empezó a construir desde el ámbito local<sup>33</sup>.

<sup>32</sup> MÜNDEL, D.: *Nationalsozialistische Agrarpolitik und Bauernalltag*, Frankfurt, Campus Verlag, 1996, p. 145. Esta autora destaca también la continuidad de las elites agrarias locales entre la República de Weimar y el Tercer Reich (p. 189).

<sup>33</sup> Sobre el sindicalismo agrario franquista véanse GÓMEZ HERRÁEZ, J. M.: «Las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos (1942-1977). Del análisis franquista a la historiografía actual», *Historia Agraria*, 44 (2008), pp. 119-155.; COLLARTE PÉREZ, A.: *Labregos no franquismo. Economía e Sociedade rural na Galicia interior. As «Hermandades Sindicales» en Ourense (1943-1978)*, Ourense, Difusora de Letras, Artes e Ideas, 2000; FERNÁNDEZ, P. V.: *El franquismo en la provincia de León: sus sindicatos verticales (1938-1977)*, León, Instituto Leonés de Cultura, 2003, pp. 192-204; TÉBAR HURTADO, J.: *Contrarrevolución y poder agrario en el franquismo. Rupturas y continuidades. La provincia de Barcelona (1939-1945)*, tesis de doctorado inédita, Barcelona, 2007; ORTIZ HERAS, M.: *Las Hermandades de Labradores en el franquismo. Albacete, 1943-1977*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 1992; GAVALDÁ, A.: *Les «Hermandades de Labradores y Ganaderos» a l'inici de la postguerra. El cas del Baix Penedès*, Barcelona, Institut

Las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos (HSLG) aparecen mencionadas en documentación interna de la Organización Sindical Agraria ya en 1939, pero no alcanzarán su configuración definitiva hasta la promulgación en marzo de 1945 del reglamento de la Ley de Unidad Sindical Agraria (1944). Habría, obligatoriamente, una HSLG por municipio.

Las entidades locales dependían jerárquicamente de su respectiva organización provincial, a la cual dotaban de cuadros intermedios y mantenían económicamente. Las Cámaras Oficiales Sindicales Agrarias (COSA) fueron el resultado de la absorción, una vez depuradas, de las Cámaras Oficiales Agrícolas republicanas por las Hermandades Provinciales de Labradores y Ganaderos, por medio de un decreto del Ministerio de Agricultura de abril de 1947. Las entidades provinciales ejercieron un fuerte control sobre las entidades locales y sus dirigentes, a los cuales seleccionaban y cooperaban. Desempeñaron, recogiendo la tradición de las antiguas cámaras agrarias, un papel de intermediación entre la administración del Estado (direcciones generales del Ministerio de Agricultura, jefaturas agronómicas) y los campesinos, como encargadas de la implantación local de determinadas políticas (crédito agrícola, mejora ganadera, promoción de nuevos cultivos...). Sin embargo, su proyección política y empresarial se vio constantemente obstaculizada, tanto por los técnicos agronómicos destinados en las capitales provinciales, como por los restos del cooperativismo católico, primero, y por el sector agroindustrial, más adelante, quienes frenaron sus aspiraciones de convertirse en empresas de comercialización y distribución de productos e *inputs* agrarios.

En la cumbre de la organización vertical se situaba la Hermandad Nacional de Labradores y Ganaderos (1962), un viejo sueño de la Organización Sindical Agraria perseguido desde inicios de los años cuarenta y tan sólo concretado veinte años después, cuando la importancia demográfica, económica y política del mundo rural en España iniciaba una fase de imparable regresión<sup>34</sup>.

---

d'Estudis Penedesencs, 1996, y LANERO TÁBOAS, D.: *Historia dun ermo asociativo. Labregos, sindicatos verticais e políticas agrarias en Galicia baixo o franquismo*, Santa Comba, TresCtres, 2011.

<sup>34</sup> CRIADO, C.: «La Hermandad Nacional de Labradores y Ganaderos: el fracaso de un proyecto falangista autónomo de sindicalismo agrario, 1944-1951», *Historia del presente*, 3 (2004), pp. 87-104.

Con el proyecto de constitución de un ente nacional estable, los jerarcas sindicales vinculados al falangismo habían pretendido incidir lo máximo posible en el diseño y dirección de la política agraria y conseguir para FET y de las JONS el dominio político de un espacio social tan importante durante la posguerra como era el mundo rural. Desde el Ministerio de Agricultura se boicoteó sistemáticamente este objetivo sindical, así como el del establecimiento de una cuota sindical agraria unificada. La élite de técnicos agronómicos no deseaba compartir su influencia sobre la sociedad rural con una estructura institucional paralela, y mucho menos permitir que ésta pudiera manejar un volumen de recursos económicos considerable.

A los sindicatos agrarios franquistas la legislación les atribuyó hasta cinco tipos de funciones diferentes: sociales, económicas, asistenciales, comunales y asesoras-colaboradoras. Sin embargo, los cometidos más relevantes pueden ser reducidos a tres o cuatro.

En lo económico, a la compra y distribución colectiva, a precios supuestamente ventajosos para los encuadrados, de *inputs* agrarios (abonos, sulfatos, semillas, piensos...). Esta función, frecuentemente salpicada por prácticas fraudulentas (estraperlo), centró la actividad de las entidades hasta el fin de la intervención del mercado de productos agrarios<sup>35</sup>. Sirvió también de escenario habitual para las disputas entre la Hermandad y la cooperativa del campo local cuando ésta era heredera de un antiguo sindicato católico o estaba en manos de un bando enfrentado a los jerarcas locales del Movimiento<sup>36</sup>.

En lo asistencial, lo más destacable fue la responsabilidad sindical en la gestión y difusión de los «seguros sociales» (familiar, vejez, enfermedad...) en el mundo rural español desde los años cuarenta. A pesar del raquitismo de las prestaciones, de la falta de universalidad de la *previsión social* y de los comportamientos corruptos y clientelares de los responsables locales y provinciales de Previsión, la gestión de los seguros sociales centró desde la década

---

<sup>35</sup> Las Hermandades también participaron durante la década de 1940 en la intervención económica de la producción agraria (cupos de entrega forzosa). Pero, a su pesar, lo hicieron en una posición de subordinación respecto de organismos como la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes (CAT) o el Servicio Nacional del Trigo (SNT). También de los ayuntamientos, con los que pugnaban por el control de las Juntas Agropecuarias Locales.

<sup>36</sup> GÓMEZ HERRÁEZ, J. M.: «Las cooperativas en el marco de las Hermandades Sindicales», *Historia Agraria*, 30 (2003), pp. 151-182.

de 1950 la actividad de las entidades y aseguró su supervivencia hasta 1978. La corresponsalía local de Previsión Social, como delegación del Instituto Nacional de Previsión (INP), coincidía físicamente con la Hermandad Sindical y el secretario de la Hermandad era también el corresponsal local. El ejercicio clientelar de la *previsión social* sirvió también para cimentar la construcción de carreras políticas locales y provinciales en las últimas décadas de la dictadura y durante la transición<sup>37</sup>.

Por último, entre las funciones comunales sobresalen las atribuciones de la policía rural, una especie de cuerpo paramilitar encargado de garantizar la integridad de propiedades y cosechas y que, al servicio de los mayores propietarios de cada municipio, reprimió con dureza las prácticas tradicionales de la economía moral campesina, particularmente importantes en el contexto de miseria y hambre de posguerra<sup>38</sup>.

A diferencia de las investigaciones sobre la conformación de las élites locales franquistas o sobre Falange, que gozan de un renovado auge en la actualidad, los estudios detallados sobre el personal de los sindicatos agrarios apenas sí han tenido desarrollo, limitándose a algunas aproximaciones locales y provinciales<sup>39</sup>.

En las provincias del sur de Galicia, por ejemplo, en los años posteriores a la implantación de la red sindical local, estos cargos fueron ocupados por ex combatientes e individuos de extracción política neofalangista, muchas veces pertenecientes a las pequeñas burguesías villegas o a sectores acomodados de las sociedades rurales, sin un pasado político relacionado con los partidos tradiciona-

---

<sup>37</sup> JÉREZ MIR, M. A.: «El régimen de Franco: elite política central y redes clientelares (1938-1957)», en ROBLES EGEA, A. (comp.): *Política en penumbra*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 270-274, y LANERO TÁBOAS, D.: «Los otros marginados del bienestar. La Previsión Social en la Galicia rural bajo el franquismo (1940-1966)», en CAPUZZO, P., y GIORGI, C. (eds.): *Centro e periferia como categorie storiografiche. Esperienze di ricerca in Italia, Spagna e Portogallo*, Roma, Carocci Editore, 2009, pp. 189-209.

<sup>38</sup> PÉREZ RUBIO, J. A.: *Yunteros, braceros y colonos. La política agraria en Extremadura (1940-1975)*, Madrid, MAPA, 1995, pp. 79-92.

<sup>39</sup> Para el sur de Cataluña véanse GAVALDÁ, A.: *La formació del sindicalisme franquista a Reus i el Baix Camp*, Reus, Associació d'Estudis Reusencs, 2000, pp. 78-90; íd.: *Les «Hermandades de Labradores y Ganaderos» a l'inici de la postguerra...*, op. cit., pp. 15-29, y SÁNCHEZ BRUN, G. J.: *Instituciones turolenses en el franquismo (1936-1961). Personal y mensajes políticos*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 2002, pp. 154-161.

les y en muchos casos carentes de una posición económica previa de importancia. A finales de la década de los cuarenta y durante la primera mitad de la de los cincuenta tendrá lugar un primer reemplazo generacional (parcial) al frente de las Hermandades. Los nuevos dirigentes destacan por su juventud, por no haber participado en la Guerra Civil y por poseer un perfil menos político y algo más técnico-funcionario, acorde con una intensificación de su proceso formativo en conocimientos agropecuarios. Aun así, la pertenencia formal a FET y de las JONS se mantendrá y los cargos serán ocupados por personas, como mínimo, afectas al régimen.

Las Hermandades sirvieron en Galicia como plataformas de ascenso social para su personal a través de diferentes caminos. Uno fue la «vía empresarial», mediante la comercialización de factores de producción en la comarca en que estuviera ubicada su Hermandad. Con frecuencia *prohombres* (jefes) y secretarios de Hermandad actuaron como representantes de casas comerciales de fabricación y venta de maquinaria agrícola o de fitosanitarios, actividades en las que aprovecharon las redes de relaciones políticas, sociales y profesionales tejidas desde sus puestos sindicales. Muchos sacaron partido de su participación en el mercado negro de *inputs* agrarios, donde comercializaron parte de los cupos de diversos productos intervenidos que correspondían a sus entidades<sup>40</sup>.

En las regiones del centro y el sur, de mayor concentración de la propiedad de la tierra, es probable que los principales propietarios agrícolas hayan tenido una presencia mayor en las directivas de las entidades locales y provinciales o que las hayan controlado a través de administradores, arrendatarios y clientes bajo su protección<sup>41</sup>.

Es más difícil proporcionar una imagen de los dirigentes del sindicalismo agrario franquista en los niveles provincial (COSA)

<sup>40</sup> LANERO TÁBOAS, D.: *Historia dun ermo asociativo...*, op. cit., pp. 339-355.

<sup>41</sup> Algunos datos dispersos para la caracterización del personal sindical en Andalucía en DEL ARCO BLANCO, M. A.: *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales al franquismo en Andalucía oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007, pp. 67-99. También de interés, LAZO, A., y PAREJO, J. A.: «La militancia falangista en el suroeste español. Sevilla», *Ayer*, 52 (2003), pp. 237-253. Para la provincia de Almería contamos con datos concretos sobre la profesión de 60 de los 123 *prohombres* y secretarios de las Hermandades locales en el momento de su constitución en 1943-1944: 18 (11 por 100) son agricultores y labradores; 20 (33 por 100) son propietarios e industriales; 10 (6 por 100) son maestros nacionales, y 7 (4 por 100) son funcionarios municipales. Agradezco esta información a Óscar Rodríguez Barreira.

y nacional (Hermandad Nacional). Habrían convivido diferentes perfiles que no serían excluyentes en sí mismos: burócratas con una dilatada trayectoria en la Organización Sindical Agraria (ya fuesen cargos de designación política o técnicos sindicales), técnicos agronómicos (en especial ingenieros agrónomos y forestales) y, finalmente, también algunos grandes propietarios y empresarios agrícolas<sup>42</sup>.

## Conclusiones

La comparación entre estas dos estructuras corporativas de encuadramiento del mundo rural, el Reichsnährstand nacionalsocialista y la Organización Sindical Agraria franquista, arroja algunas similitudes y bastantes diferencias, derivadas de la diversidad en los procesos de institucionalización de ambas dictaduras; de los también diferentes equilibrios de poder entre el aparato del Estado, el partido único y otros organismos agrarios autónomos en el interior de cada régimen, y, sobre todo, de la naturaleza política fascista del nazismo y parafascista o fascistizada del franquismo.

Desde un punto de vista formal, ambas organizaciones se definían como «corporaciones de derecho público» regidas por un estricto principio jerárquico en su estructuración interna y en la actuación de sus dirigentes en cada nivel. Se proyectaron sobre el territorio siguiendo un esquema piramidal más o menos coincidente con el de la administración del Estado, aunque en ocasiones también se articularon en función de criterios productivos (encuadrando a cada subsector agrario). Frente a otros modelos coetáneos de corporativismo agrario, con los que compartieron la misión de controlar social y políticamente al mundo rural, el RNS y la OSA fueron organismos de representación conjunta (interclasista) del capital y del trabajo en la agricultura. Existió, sin embargo, una diferencia de escala notable, pues el Reichsnährstand encuadraba no sólo a los productores, sino también a los transformadores y comer-

---

<sup>42</sup> LANERO TÁBOAS, D.: *Historia dun ermo asociativo...*, op. cit., pp. 355-364. Creo razonable extrapolar (con variaciones derivadas de la limitación a las estructuras del sindicalismo agrario) a los dirigentes provinciales y nacionales de la OSA las conclusiones a las que llega BERNAL GARCÍA, F.: *El sindicalismo vertical...*, op. cit., pp. 270-289, en su análisis sobre la elite burocrática sindical.

cializadores de productos agrarios, alcanzando un destacado poder de decisión sobre la economía agraria alemana en su conjunto.

La diferencia de tamaño es bastante menos relevante que la detectable en ámbitos como las atribuciones de cada organización o el grado de autonomía política que alcanzaron, constatable a través de los conflictos de competencias que mantuvieron con otras instancias del gobierno o del partido único. Las funciones subalternas asignadas a la OSA franquista palidecen si se las compara con la relevancia estratégica que el nazismo otorgó a las desarrolladas por el RNS, por mucho que ambas organizaciones coincidieran en no haber sido eficaces en su ejecución.

Otro aspecto las aproxima: la subordinación política a la que se vieron sometidas. La Organización Sindical Agraria franquista fue una víctima colateral de la desfascistización del régimen de Franco en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y de la postergación del partido único y del núcleo nacionalsindicalista de la Organización Sindical Española desde 1941-1942. Además, el diseño e implantación de la política agraria será competencia exclusiva del Ministerio de Agricultura y de su cuerpo de ingenieros agrónomos. En su actuación, el Reichsnährstand, pese a ser atacado por los enemigos de Darré como «un Estado dentro del Estado», estuvo siempre supeditado a la supremacía del NSDAP y a las necesidades derivadas de la evolución político-económica del Tercer Reich. Al igual que en el franquismo, aunque en contextos muy distintos, el RNS y la agricultura en Alemania estuvieron subordinados a los intereses del sector industrial y a las necesidades del abastecimiento alimentario urbano, independientemente de la mayor o menor centralidad ideológica de doctrinas como el *Blut und Boden* o la *soberanía del campesinado*.

La otra gran diferencia está en las dinámicas de continuidad o ruptura con la sociedad civil rural preexistente. En el caso alemán, la integración, tras su infiltración electoral, en el Reichsnährstand de organizaciones de intereses agrarios, técnicos y personal administrativo fue la norma. En España, la Guerra Civil y la institucionalización del régimen, basada en la violencia política, implicaron una ruptura radical con el pasado. Este corte no afectó sólo a las personas o a las instituciones activas en el sector (sindicatos, cooperativas, cámaras agrarias...), sino también a la evolución de la agricultura a largo plazo. Los quince primeros años del franquismo

supusieron el abandono intencionado de los procesos de cambio operados en la agricultura durante el primer tercio del siglo. La modernización de la agricultura se retomó a mediados de los años cincuenta importando un modelo de desarrollo agrario exógeno de inspiración norteamericana.

Frente a esta situación, en Alemania, como también en Italia o Francia, es posible identificar líneas maestras (hacia la modernización del sector) que atraviesan la política agraria desde finales del siglo XIX hasta la definitiva industrialización de la agricultura en la posguerra de la Segunda Guerra Mundial, a pesar de las «aportaciones originales» que el nazismo, el fascismo italiano o el régimen colaboracionista de Vichy hicieron al campo de la política agraria. Esta continuidad vendría facilitada, sobre todo, por la estabilidad del marco institucional en la agricultura, en el que las organizaciones de intereses agrarios y sus dirigentes jugaron un papel muy relevante. La violencia en su origen, la demonización de cualquier antecedente liberal y la propia longevidad del franquismo impidieron una situación equiparable en España.

# *Fascismo y modernización revisitados: el periodo nazi como punto crítico en el desarrollo agrícola de Austria*

*Ernst Langthaler*

Universidad de Viena  
Instituto de Historia Rural (St. Pölten)

*Resumen:* Este artículo cuestiona la caracterización de la política agraria nazi como «antimoderna». El caso de Austria durante su anexión por Alemania revela que existieron considerables tendencias modernizadoras en la vinculación con el mercado, la regulación estatal y las formas de producción agraria. Son evidentes dos tendencias: primero, que los dirigentes políticos tenían la intención de modernizar la agricultura austríaca, considerada atrasada, y segundo, el efecto limitado de la modernización agraria nazi sobre los agrosistemas austríacos. Mientras los avances técnicos apenas superaron su parálisis, el entorno institucional experimentó un cambio importante. La era nazi no representó un «gran salto adelante» de agromodernización, sino un paso irreversible hacia el productivismo de posguerra en Austria.

*Palabras clave:* nazismo, modernización, desarrollo agrícola, productivismo, Austria.

*Abstract:* This article challenges the «anti-modern» notion of Nazi agricultural policy. As the case of German-annexed Austria reveals, there were considerable tendencies of modernisation regarding market linkage, state regulation and farming styles. Two tendencies become clear: first, the intention of political decision-makers to modernise the Austrian agriculture which was considered «backward»; second, the limited effect of Nazi agro-modernisation on Austrian agrosystems. While technical change vastly got deadlocked, the institutional matrix changed strongly. All in all, the Nazi era was no «great leap» of agro-modernisation at all, but an irreversible step along the pathway to postwar productivism in Austria.

*Keywords:* nazism, modernisation, agricultural development, productivism, Austria.

## Introducción

Hace tiempo que la historiografía posbélica viene considerando la era nazi de 1938 a 1945 como un «interludio», o incluso un «paso atrás», en lo que fue el desarrollo agrícola de Austria en el siglo xx. La mayoría de los trabajos publicados han considerado la política agrícola nazi como fundamentalmente «antimoderna»: algunos han enfatizado el carácter totalitario de la regulación de la agricultura por el Estado nazi, que suprimió la «democracia campesina» (*Bauerndemokratie*)<sup>1</sup> de la Primera República Austríaca; otros han subrayado el excesivo fundamentalismo agrario expresado en la ideología de «sangre y tierra» (*Blut und Boden*), que buscaba la restauración de una supuesta «comunidad campesina» preindustrial. Ambas líneas de argumentación concluyeron que el desarrollo agrícola austríaco entre 1938 y 1945 se estancó, o incluso entró en declive, debido a usos más extensivos de tierra y ganadería, que a veces hasta se interpretan como el resultado de una resistencia campesina a los gobernantes nazis<sup>2</sup>. Esta imagen histórica parece ser —por lo menos en parte— una faceta de la «separación» del nazismo en la memoria colectiva austríaca de la era posbélica. Por ello, tanto el totalitarismo nazi como su agrarismo representan «el otro» de la «metanarrativa» del interlocutor, a saber: la construcción de la sociedad democrática e industrial —es decir, «moderna»— de la Segunda República Austríaca tras 1945 como antítesis al Tercer Reich<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Véase MILLER, J. W.: «*Bauerndemokratie in Practice: Dollfuß and the Austrian Agricultural Health Insurance System*», *German Studies Review*, 11 (1988), pp. 405-421.

<sup>2</sup> Para la historia oficial véase BUNDESMINISTERIUM FÜR LAND-UND FORSTWIRTSCHAFT (ed.): *100 Jahre Landwirtschaftsministerium. Eine Festschrift*, Viena, Agrarverlag, 1967, p. 51. Para un argumento similar por uno de los más destacados historiadores sociales y económicos véase TREMEL, F.: *Wirtschafts- und Sozialgeschichte Österreichs. Von den Anfängen bis 1955*, Viena, Deuticke, 1969, pp. 390-391. Un relato más reciente y mucho más detallado de lo ocurrido también subraya la extensificación agrícola durante la etapa bélica en MOOSLECHNER, M., y STADLER, R.: «Landwirtschaft und Agrarpolitik», en TÁLOS, E.; HANISCH, E., y NEUGEBAUER, W. (eds.): *NS-Herrschaft in Österreich 1938-1945*, Viena, Verlag für Gesellschaftskritik, 1988, pp. 69-94.

<sup>3</sup> Véase UHL, H.: «From Victim Myth to Co-Responsibility Thesis: Nazi-Rule, World War II, and the Holocaust in Austrian Memory», en LEBOW, R. N.; KAN-

De ningún modo negamos las tendencias totalitarias y agrarias del régimen nazi, pero hace falta poner en tela de juicio la conclusión en torno a su naturaleza «antimoderna»<sup>4</sup>. Buena parte de la confusión sobre el sentido «(anti)moderno» del fascismo alemán se deriva de la falta de concreción del concepto de «modernidad». Ni las ciencias sociales en general ni la historia en concreto han desarrollado una teoría coherente de lo que es la modernización; tenemos en su lugar un conjunto de supuestos (de orientación no o incluso anti-marxista) sobre el cambio social que de forma difusa se denomina «modernización». De manera similar a los enfoques marxistas ortodoxos, la perspectiva clásica de la «modernización» se concebía como una vía de sentido único hacia la democratización y la industrialización; esta perspectiva ha sido reinterpretada en el contexto de la crítica a la modernidad desde la década de los años sesenta y la afirmación de la posmodernidad desde la década de los ochenta<sup>5</sup>. Según las «modernidades múltiples» de Samuel N. Eisenstadt<sup>6</sup>, por ejemplo, la modernización es heredera de una particular *ambivalencia* que permite más de una vía a la transformación social: aparte de la ruta «normal» (europeo occidental) a la sociedad liberal-democrática, existen otras posibles vías alternativas a la modernización, incluyendo la socialista y fascista<sup>7</sup>. Mientras la noción clásica de «modernidad» excluye el nazismo por definición, algunas concepciones más reflexivas ofrecen una valoración más acertada del carácter «(anti)moderno» del régimen nazi en general y de su política agrícola en concreto<sup>8</sup>.

---

STEINER, W., y FOGU, C. (eds.): *The Politics of Memory in Postwar Europe*, Durham-Londres, Duke University Press, 2006, pp. 40-72.

<sup>4</sup> Para una vista panorámica véase LANGTHALER, E.: «Eigensinnige Kolonien. NS-Agrarsystem und bäuerliche Lebenswelten 1938-1945», en TÁLOS, E.; HANISCH, E., y NEUGEBAUER, W. (eds.): *NS-Herrschaft in Österreich...*, op. cit., pp. 371-372.

<sup>5</sup> Para un repaso del tema véase KNÖBL, W.: «Theories That Won't Pass Away: The Never-ending Story of Modernization Theory», en DELANTY, G., e ISIN, E. F. (eds.): *Handbook of Historical Sociology*, Londres, Thousand Oaks, y Nueva Delhi, Sage, 2003, pp. 96-107.

<sup>6</sup> Véase EISENSTADT, S. N.: «Multiple Modernities», en EISENSTADT, S. N. (ed.): *Multiple Modernities*, Nueva Brunswick, Transaction Publishers, 2002, pp. 1-30.

<sup>7</sup> Un estudio temprano de las múltiples vías a la modernización se halla en MOORE, B.: *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston, Beacon Press, 1966.

<sup>8</sup> Una visión panorámica del debate sobre nazismo y modernización se encuen-

Siguiendo esta línea de ambivalencia de la modernidad, algunos autores como Roger Griffin han reexaminado la relación entre fascismo y modernidad: «El fascismo se opone de forma visceral no a la modernidad como tal, sino a los elementos de la modernidad que considera que alimentan el declive nacional y la erosión de ese sentido de propósito superior de la existencia que el fascismo asocia con la participación en una comunidad orgánica»<sup>9</sup>. Por tanto, para superar el duro antagonismo entre «tradición» y «modernidad», el problema crucial radica no en saber si se modernizó la sociedad en un contexto espacio-temporal concreto, sino *cómo* se modernizó. En el contexto del debate sobre el nazismo y la modernidad que tuvo lugar desde los años sesenta en adelante<sup>10</sup> estas variedades de modernización se pueden ordenar en dos dimensiones: en primer lugar, la *posición de los nazis encargados de tomar decisiones*, es decir, si la función de modernizar la sociedad era intencionada o no, y segundo, el *alcance de la modernización*, es decir, si afectaba de manera total o parcial a la sociedad. Este ordenamiento bidimensional establece cuatro posturas ideal-típicas que se pueden ejemplificar en posiciones tomadas por académicos en las últimas cinco décadas (véase la tabla 1). En la década de los sesenta, uno de los primeros en sostener el carácter «moderno» del nazismo fue David Schoenbaum; sin embargo, esta «revolución social» tendría lugar en contra de las intenciones «antimodernas» de los líderes nazis<sup>11</sup>. En los años setenta y ochenta, Hans Mommsen (que escribió el epílogo de la versión alemana del libro de Schoenbaum)<sup>12</sup> reco-

---

tra en BAVAJ, R.: *Die Ambivalenz der Moderne im Nationalsozialismus. Eine Bilanz der Forschung*, Munich, Oldenbourg, 2003, y BAVAJ, R.: «Modernisierung, Modernität und Moderne. Ein wissenschaftlicher Diskurs und seine Bedeutung für die historische Einordnung des Dritten Reiches», *Historisches Jahrbuch*, 125 (2005), pp. 413-451.

<sup>9</sup> GRIFFIN, R.: «Defining Fascism», en BLAMIRE, C. P., y JACKSON, P. (eds.): *World Fascism. A Historical Encyclopedia*, Santa Bárbara, Denver y Oxford, ABC Clio, 2006, pp. 1-11, p. 9, e íd.: *Modernism and Fascism. The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler*, Basingstoke-Nueva York, Palgrave MacMillan, 2007.

<sup>10</sup> Véase BAVAJ, R.: *Die Ambivalenz der Moderne im Nationalsozialismus...*, *op. cit.*, pp. 13-56.

<sup>11</sup> Véase SCHOENBAUM, D.: *Hitler's Social Revolution: Class and Status in Nazi Germany, 1933-1939*, Garden City-Nueva York, Doubleday, 1966.

<sup>12</sup> Véase MOMMSEN, H.: «Nachwort», en SCHOENBAUM, D.: *Die braune Revolution. Eine Sozialgeschichte des Dritten Reiches*, Munich, Deutscher Taschenbuch-Verlag, 1980, pp. 352-368.

no sabía algunos desarrollos modernos en el período nazi, pero los clasificaba o bien como consecuencias no intencionadas del gobierno nazi o como una «modernización aparentada»<sup>13</sup>. A finales de los años ochenta, Rainer Zitelmann causó un revuelo al sostener que Hitler y otros líderes nazis eran «revolucionarios», en el sentido de que buscaban transformar la sociedad alemana de manera fundamental siguiendo orientaciones modernistas<sup>14</sup>. En la década de los noventa, Riccardo Bavaj argumentaba en su evaluación de este debate que, aunque muchos líderes nazis sostenían una visión modernista, sus esfuerzos sólo afectaron a algunas partes de la sociedad<sup>15</sup>. Aquí no queremos entrar en este debate juzgando quién tiene razón o no, sino más bien usarlo como un marco heurístico en el cual comprobar y evaluar el desarrollo agrícola de la Austria anexionada por Alemania.

TABLA 1  
*Posiciones ideal-típicas en el debate  
sobre nazismo y modernización*

Alcance de la modernización	Posición de los responsables de tomar decisiones nazis	
	Intencionada	Funcional
Total	Modernización como un «gran salto adelante» (Zitelmann).	«Revolución» no intencionada (Schoenbaum).
Parcial	Modernización a «pasitos» (Bavaj).	Efectos no intencionados del gobierno nazi (Mommsen).

Si relacionamos este marco heurístico con el desarrollo agrícola, tomaremos como punto de referencia la «gran transformación» de la agricultura austríaca en el siglo XX: la transición de un *régimen alimentario de capital extensivo* a uno de *capital intensivo (productivista)*<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> Véase MOMMSEN, H.: «Nationalsozialismus als vorgetäuschte Modernisierung», en MOMMSEN, H.: *Die deutsche Gesellschaft und der Nationalsozialismus*, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt, 1991, pp. 405-427.

<sup>14</sup> Véase ZITELMANN, R.: *Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, 2.<sup>a</sup> ed., Munich, Klett-Cotta, 1989.

<sup>15</sup> Véase BAVAJ, R.: *Die Ambivalenz der Moderne im Nationalsozialismus...*, op. cit., pp. 199-204.

<sup>16</sup> Véase ILBERY, B., y BOWLER, I.: «From Agricultural Productivism to Post-Productivism», en ILBERY, B. (ed.): *The Geography of Rural Change*, Londres, Longman, 1998, pp. 57-84.

Los regímenes alimentarios están compuestos de interrelaciones institucionizadas entre un modo particular de *acumulación de recursos* y un modo particular de *regulación* por actores sociales en la cadena agroalimentaria<sup>17</sup>. Así, el enfoque de este artículo es doble: se centra, por una parte, en el desarrollo de los flujos de recursos agrícolas a, en y fuera del agrosistema, y por otra, en el desarrollo de la regulación agraria en diversos niveles (incluyendo las distintas técnicas agropecuarias como «formas de ordenar» los agrosistemas locales y regionales)<sup>18</sup>. Dicho de manera esquemática, el agrosistema capital-extensivo de Austria tras la disolución de la división regional de mano de obra en la monarquía de los Habsburgo en 1918 implicó, primeramente, unos *inputs* y *outputs* de capital relativamente bajos con una alta conversión interna de recursos (por ejemplo, ciclos de nutrientes entre producción de forraje y fertilizante orgánico). Segundo, supuso un alto grado de autorregulación a nivel local y regional (por ejemplo, por medio de cooperativas campesinas) antes de la intervención estatal en los años treinta como reacción a la Gran Depresión. Tercero, implicó un dominio de estilos de producción campesinos que mantenían la relativa autonomía de la economía familiar en relación con la subordinación al Estado y a los mercados<sup>19</sup>.

La «transición productivista» que tuvo lugar antes de los años ochenta implicó, primero, un nivel alto de *inputs* (principalmente de tecnología química y mecánica financiada por créditos públicos y privados) y *outputs* (primordialmente de materias primas para las industrias procesadoras), con una conversión interna decreciente; segundo, la extensión y profundización de políticas agrícolas intervencionistas siguiendo la idea de la granja familiar productiva codificada en la Ley Agrícola de 1960, y tercero, el surgir de estilos emprendedores de actividad agraria con una clara propensión masculina en conjun-

---

<sup>17</sup> Véase McMICHAEL, P.: «A food regime genealogy», *The Journal of Peasant Studies*, 36 (2009), pp. 139-169.

<sup>18</sup> Para un esquema teórico y una aplicación empírica véase VAN DER PLOEG, J. D.: *The Virtual Farmer. Past, Present and Future of the Dutch Peasantry*, Assen, Royal van Gorcum, 2003, pp. 101-141. Para una evaluación crítica véase VANCLAY, F., et al.: «The Social and Intellectual Construction of Farming Styles: Testing Dutch Ideas in Australian Agriculture», *Sociologia Ruralis*, 46 (2006), pp. 61-82.

<sup>19</sup> Para un repaso del tema véase BRUCKMÜLLER, E., et al.: *Geschichte der österreichischen Land- und Forstwirtschaft im 20. Jahrhundert*, 2 vols., Viena, Ueberreuter, 2002-2003.

ción con una feminización del hogar<sup>20</sup>. Con respecto a esta tendencia secular, la principal pregunta que aquí se plantea es: ¿qué impacto tuvo la era nazi en el paso de un régimen alimentario capital-extensivo a capital-intensivo en Austria? En las siguientes secciones se responderá a esta pregunta examinando los niveles de flujos de recursos hacia y de los mercados, la regulación estatal y las formas de producción agraria diaria. Esta exploración del impacto de la era nazi en la «transición productivista» se hará en referencia a la provincia de Niederdonau, el *hinterland* rural de Viena (véase figura 1)<sup>21</sup>.

FIGURA 1  
*Niederdonau como provincia del Reich alemán*



Fuente: diseño del autor.

<sup>20</sup> Véase BRUCKMÜLLER, E., et al.: *Geschichte der österreichischen...*, op. cit.

<sup>21</sup> Las siguientes secciones están desarrolladas a partir de mi reciente monografía sobre la producción agropecuaria en la provincia de Niederdonau entre 1938 y 1945. LANGTHALER, E.: *Schlachtfelder. Ländliches Wirtschaften im Reichsgau Niederdonau 1938-1945*, 2 vols., tesis de habilitación, Universidad de Viena, 2009 (publicación programada para 2011).

## Enlaces con el mercado: pasos hacia una agricultura industrializada

A pesar de las imágenes románticas de agricultura pre-industrial inscritas en la ideología de «sangre y tierra»<sup>22</sup>, el régimen nazi no rechazó la tecnología moderna<sup>23</sup>. De hecho, el régimen alimentario establecido por el gobierno nazi en Alemania desde 1933 fomentaba el progreso tecnológico. La historiografía convencional del desarrollo agrícola en la Alemania nazi se centra en la preparación de la guerra de agresión<sup>24</sup>. Sin embargo, esta perspectiva parece resultar demasiado estrecha, pues desde una óptica más amplia resulta evidente que los principales actores en la toma de decisiones del aparato agrario del Tercer Reich buscaban primordialmente reorganizar el régimen alimentario del periodo interbélico a nivel europeo<sup>25</sup>. Tras las interrupciones al comercio agrícola durante la Primera Guerra Mundial se restauró el régimen alimentario global bajo hegemonía británica y basado en la importación de productos agrícolas de colonos blancos en ultramar a los Estados industriales europeos<sup>26</sup>. Desde los años veinte Alemania llegó a depender en gran medida de productos alimenticios importados, sobre todo de piensos para la producción ganadera<sup>27</sup>. Según Herbert Backe, un funcionario agrícola de alto ni-

<sup>22</sup> Véase LOVIN, C. R.: «Blut und Boden: The Ideological Basis of Nazi Agricultural Program», *Journal of the History of Ideas*, 28 (1967), pp. 279-288.

<sup>23</sup> Véase HERF, G.: *Reactionary Modernism. Technology, Culture and Politics in Weimar and the Third Reich*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

<sup>24</sup> Para una visión general del tema véase CORNI, G., y GIES, H.: *Brot, Butter, Kanonen. Die Ernährungswirtschaft in Deutschland unter der Diktatur Hitlers*, Berlín, Akademie Verlag, 1997; CORNI, G.: *Hitler and the Peasants. Agrarian Policy of the Third Reich*, Nueva York, Berg Publishers, 1990, y FARQUHARSON, J. E.: *The Plough and the Swastika. The NSDAP and Agriculture in Germany 1928-1945*, Londres-Beverly Hills, Sage, 1976.

<sup>25</sup> Véase TOOZE, A.: *The Wages of Destruction. The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, Penguin Books, 2006, pp. 166-199.

<sup>26</sup> Véase FRIEDMANN, H., y MCMICHAEL, P.: «Agriculture and the state system: the rise and decline of national agriculture, 1870 to present», *Sociologia Ruralis*, 29 (1989), pp. 93-117.

<sup>27</sup> Véase GRANT, O.: «Agriculture and economic development in Germany, 1870-1939», en LAINS, P., y PINILLA, V. (eds.): *Agriculture and Economic Development in Europe Since 1870*, Londres-Nueva York, Routledge, 2009, pp. 178-209, y CORNI, G., y GIES, H.: *Brot, Butter, Kanonen...*, op. cit., pp. 371-392.

vel que llegaría a sustituir a su jefe, Richard W. Darré, ministro de Alimentación y Agricultura y líder campesino del Reich, a partir de 1936 el orden de la «economía mundial» (*Weltwirtschaft*) bajo dominio británico sería reemplazado por el orden de una «economía de gran espacio» europeo (*Großraumwirtschaft*) bajo hegemonía alemana<sup>28</sup>. El proyecto de re-estructuración económica a nivel europeo propuesto por el Reich alemán estaba ligado al proyecto de reorganización política por vía diplomática y militar; ambos formaban parte del mega-proyecto político-económico que se amalgamaba en el régimen alimentario nazi<sup>29</sup>. Aunque este enfoque tenía sus divergencias con la realidad, guiaba los pensamientos y las acciones de dirigentes, científicos y funcionarios del aparato agrario del Tercer Reich<sup>30</sup>.

Para establecer una «economía de gran espacio», el Reich alemán buscaba redirigir sus cadenas de mercancías agroalimentarias desde los mercados mundiales hacia las relaciones comerciales bilaterales, sobre todo con Estados coaligados del sureste de Europa, por una parte, y hacia la producción nacional, por otra<sup>31</sup>. Empezando en 1934, cada año se anunciaba una campaña de producción dirigida por el Estado y denominada «batalla de la producción» (*Erzeugungsschlacht*)<sup>32</sup>. Aunque no diríamos que se perdió la «batalla de la producción»<sup>33</sup>, los resultados fueron un tanto ambi-

<sup>28</sup> Véase BACKE, H.: *Um die Nahrungsfreiheit Europas. Weltwirtschaft oder Großraum*, Leipzig, Goldmann, 1942.

<sup>29</sup> Para una comparación de mega-proyectos modernistas en distintos regímenes véase SCOTT, J. C.: *Seeing Like A State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven, Yale University Press, 1998.

<sup>30</sup> Véanse OBERKROME, W.: *Ordnung und Autarkie. Die Geschichte der deutschen Landbauforschung, Agrarökonomie und ländlichen Sozialwissenschaft im Spiegel von Forschungsdienst und DFG (1920-1970)*, Stuttgart, Steiner, 2009, pp. 90-232; HEIM, S.: *Kalorien, Kautschuk, Karrieren. Pflanzenzüchtung und landwirtschaftliche Forschung in Kaiser-Wilhelm-Instituten 1933-1945*, Göttingen, Wallstein, 2003, y BECKER, H.: «Von der Nahrungssicherung zu Kolonialräumen: Die landwirtschaftlichen Institute im Dritten Reich», en BECKER, H., et al. (eds.): *Die Universität Göttingen unter dem Nationalsozialismus*, Munich, K. G. Saur, 1987, pp. 410-436.

<sup>31</sup> Véanse LOVIN, C. R.: «Die Erzeugungsschlacht 1934-1936», *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, 22 (1974), pp. 209-220, y CORNI, G., y GIES, H.: *Brot, Butter, Kanonen...*, op. cit., pp. 261-280.

<sup>32</sup> Véase CORNI, G., y GIES, H.: *Brot, Butter, Kanonen...*, op. cit., pp. 371-392.

<sup>33</sup> Véase DEGLER, S., y STREB, J.: «Die verlorene Erzeugungsschlacht: Die nationalsozialistische Landwirtschaft im Systemvergleich», *Jahrbuch für Wirtschafts-geschichte*, 2 (2008), pp. 161-181.

guos, como indica el hecho de que el grado de autosuficiencia sólo pasó del 80 por 100 en 1933-1934 a un 83 por 100 en 1938-1939<sup>34</sup>. Hitler y muchos otros líderes nazis temían que por cuestiones alimentarias se produjesen revueltas como las que tuvieron lugar durante la Primera Guerra Mundial<sup>35</sup>, por lo que la crisis de la «batalla por la producción» en vísperas de la Segunda Guerra Mundial no fue sólo una crisis económica, sino también una cuestión profundamente política. Llegó a su culminación con un giro paradigmático que tuvo lugar en el planteamiento de la campaña de producción dirigida por los principales expertos agrarios del Estado. En los años treinta la política agrícola nazi ponía el énfasis en la mejora de la *productividad de la tierra* debido a la relativa escasez de ella y abundancia de mano de obra agrícola. Durante la guerra, el discurso agronómico se tornó hacia la mejora de la *productividad de la mano de obra* debido a la relativa escasez de mano de obra agrícola (como consecuencia del éxodo rural y del servicio militar) y la abundancia de tierra agrícola (como consecuencia de la expansión territorial alemana hacia el este y sudeste de Europa)<sup>36</sup>.

Este giro paradigmático del énfasis en la productividad de la tierra hacia la mano de obra requería una tecnología mecánica más que biológica, de tractores más que de fertilizantes minerales<sup>37</sup>. Ahora bien, debido a las prioridades bélicas hubo que posponer hasta después de la «victoria final» el proyecto de mecanización global de la agricultura alemana —denominado «armamento del pueblo» (*Aufrüstung des Dorfes*)<sup>38</sup>. A pesar de los cuellos de

<sup>34</sup> Véase VOLKMANN, H. E.: «Die NS-Wirtschaft in Vorbereitung des Krieges», en MILITÄRGESCHICHTLICHES FORSCHUNGSAMT (ed.): *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 1, *Ursachen und Voraussetzungen der deutschen Kriegspolitik*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1979, pp. 177-368, esp. p. 301.

<sup>35</sup> Véanse KUTZ, M.: «Kriegserfahrung und Kriegsvorbereitung. Die agrarwirtschaftliche Vorbereitung des Zweiten Weltkrieges in Deutschland vor dem Hintergrund der Weltkrieg I-Erfahrung», *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, 32 (1984), pp. 59-83 y 135-164, y CORNI, G., y GIES, H.: *Brot, Butter, Kanonen...*, op. cit., pp. 399-409.

<sup>36</sup> Véase STREB, J., y PYTA, W.: «Von der Bodenproduktivität zur Arbeitsproduktivität. Der agrarökonomische Paradigmenwechsel im Dritten Reich», *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, 53 (2005), pp. 56-78.

<sup>37</sup> Véase HAYAMI, Y., y RUTTAN, V. W.: *Agricultural Development. An International Perspective*, 2.<sup>a</sup> ed., Baltimore-Londres, John Hopkins University Press, 1985.

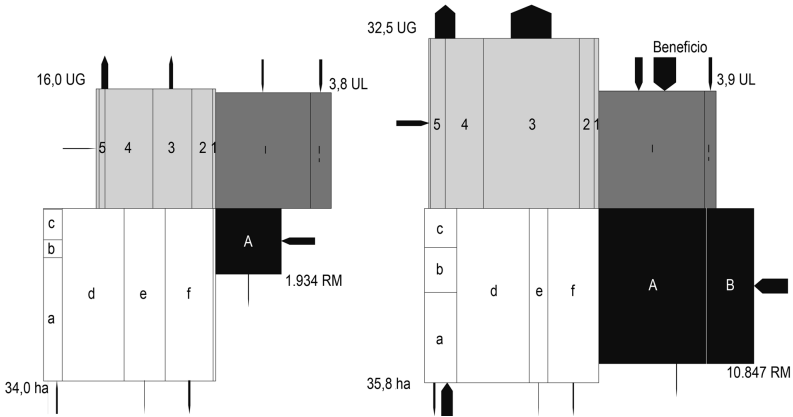
<sup>38</sup> Véase CORNI, G., y GIES, H.: *Brot, Butter, Kanonen...*, op. cit., p. 429.

botella en la provisión de materias primas y mano de obra, las acciones piloto locales —denominadas de «construcción comunal» (*Gemeinschaftsaufbau*)— fueron implementadas en zonas montañosas como pequeños pasos hacia el gran salto adelante. El plan de construcción comunal de Ybbsitz, una comuna alpina en el sudoeste de Niederdonau, revela el posible impacto de la acción en el agrosistema local. La figura 2 muestra el estado real del sistema de producción agrícola medio en la comuna de Ybbsitz en 1941, según indican los estudios realizados por los planificadores. Cada cuadrado representa un tipo de recurso: el cuadrado inferior izquierdo representa la *tierra cultivada*; el cuadrado superior izquierdo, la *ganadería*; el cuadrado superior derecho, la *mano de obra*, y el cuadrado inferior derecho, la *maquinaria*. Las flechas muestran las direcciones y cantidades de los flujos de dinero. El impacto de la acción de construcción comunal en el agrosistema local se puede determinar al comparar los objetivos del plan con el resultado real cinco años más tarde. Primero, mientras apenas aumentó la extensión de la tierra agrícola o la mano de obra, se duplicó la producción ganadera —principalmente debido al aumento del número de vacas lecheras— y la cantidad de maquinaria se multiplicó por cinco. Segundo, aunque el tamaño de las explotaciones apenas sufrió variaciones en términos absolutos, los usos de la tierra cambiaron considerablemente: aumentó la tierra cultivada a expensas de los prados, los pastizales se transformaron en cultivos forrajeros y como resultado el uso de la tierra se hizo más intensivo. Tercero, aumentaron sustancialmente los *inputs* agrícolas, como los fertilizantes minerales, las semillas y los combustibles; también aumentaron los *outputs* de las explotaciones, tales como productos lácteos y cárnicos. Por tanto, los flujos circulares de recursos se fueron dirigiendo cada vez más hacia mercados de factores y productos. Cuarto, los cálculos sostenían que las explotaciones no rentables llegarían a ser rentables<sup>39</sup>. Así, el plan de construcción comunal transformó las explotaciones agrarias en una fuente de ingresos monetarios, en lugar de ser un objetivo de asignación de mano de obra familiar.

<sup>39</sup> Österreichisches Staatsarchiv/Archiv der Republik, Reichsministerium für Ernährung und Landwirtschaft, Unterabteilung Bergland, caja Gemeinschaftsaufbau Niederdonau, carpeta Ybbsitz.

FIGURA 2

Estado real (izquierda) y objetivos (derecha) del sistema agropecuario medio en Ybbsitz según el plan de «construcción comunal» de 1941



**Leyenda:** □ = área cultivada (hectáreas); ▤ = ganadería (unidad de ganadería, 1 UG = 500 kilogramos de peso vivo); ▥ = mano de obra (unidades laborales, 1 UL = 300 días laborables al año); ■ = maquinaria (valor como nuevo en Reichsmark); ▴ = flujos de dinero: a = cereales, b = tubérculos, c = cultivos de forraje, d = prados, e = pastos, f = bosques, 1 = caballos, 2 = bueyes, 3 = vacas, 4 = ganadería joven, 5 = cerdos, I = trabajadores familiares, II = trabajadores no familiares, A = propiedad individual, B = propiedad colectiva.

**Fuente:** cálculo y diseño del autor según Österreichisches Staatsarchiv/Archiv der Republik, Reichsministerium für Ernährung und Landwirtschaft, Unterabteilung Bergland, caja Gemeinschaftsaufbau Niederdonau, carpeta Ybbsitz.

Como en otras partes, en Ybbsitz la acción de «construcción comunal» sólo se cumplió en parte debido a los cuellos de botella de recursos causados por la guerra. De todos modos, los planes muestran un reordenamiento de los flujos de recursos agrosistémicos de acuerdo con la visión de los expertos agronómicos del régimen alimentario nazi: en su conjunto, la acción buscaba transformar zonas agrícolas de montaña en producciones de alto *input* y *output* con vínculos estrechos con industrias *upstream* (de menor elaboración) y *downstream* (de mayor elaboración). Aunque la integración de la producción ganadera con la producción arable no

fue puesta en duda (hasta dos décadas más tarde), el énfasis en la producción láctea mecanizada revela un agrosistema con un enfoque más intensificado, especializado y concentrado, es decir, *productivista*. De esta manera, los planes de «construcción comunal» de los años cuarenta anticiparon la senda por la que iba a transcurrir el desarrollo agrícola desde los años cincuenta en el borde norte de los Alpes austríacos<sup>40</sup>.

### La regulación estatal: pasos hacia la «explotación agraria nacional»

La reorganización de los flujos de recursos agrosistémicos que intentó el aparato agrario nazi alemán implicaba una forma de regulación estatal sin precedentes tanto en cantidad como en calidad. Debido a la estructura corporativa del aparato agrario nazi, el principal actor en este juego, aparte del Ministerio de Alimentación y Agricultura, era una corporación de participación obligatoria que incluía a productores, procesadores y comerciantes de productos alimentarios: la Agencia para la Alimentación del Reich (Reichsnährstand). Ahora bien, ambas organizaciones estaban bajo el mando de una sola persona, Richard W. Darré<sup>41</sup>. La Agencia para la Alimentación del Reich, como híbrido de grupo de interés campesino y agencia estatal, estaba centrada en regular el sector agrícola como una «explotación agraria nacional»; esto se conseguiría por medio de un sistema «total» de estadísticas agrarias<sup>42</sup>. Las técnicas convencionales de recogida y evaluación de datos agrícolas no cumplían con el objetivo de las estadísticas «totales», pues las estadísticas registradas sólo incluían una pequeña muestra del total de explotaciones. Incluso el censo agrario, que incluía la totalidad de las explotaciones, no cumplía con el objetivo de las estadísticas «totales» debido a su naturaleza centralizada e inflexible. La solución

<sup>40</sup> Véase LANGTHALER, E.: «Agrarwende in den Bergen. Eine Region in den niederösterreichischen Voralpen (1880-2000)», en BRUCKMÜLLER, E., et al. (eds.): *Geschichte der österreichischen...*, op. cit., pp. 563-650.

<sup>41</sup> Véase CORNI, G., y GIES, H.: *Brot, Butter, Kanonen...*, op. cit., pp. 75-250.

<sup>42</sup> Sobre la subordinación de las estadísticas a objetivos político-económicos en la Alemania nazi véase TOOZE, A.: *Statistics and the German State, 1900-1945. The Making of Modern Economic Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 177-214.

nada convencional que se dio a este problema fue una técnica de recogida y evaluación de datos descentralizada y flexible: el Fichero de Explotaciones (Hofkarte). Las diferencias entre el censo agrario y las estadísticas del fichero de explotaciones eran llamativas: una actualización *ocasional* (por ejemplo, 1933 y 1939), en contraste con una actualización *anual* desde 1937 en adelante; recogida *centralizada* de datos y evaluación por la Agencia Federal de Estadísticas, en contraste con una recogida y evaluación *descentralizada* de datos por las delegaciones regionales de la Agencia para la Alimentación del Reich; datos *agregados* para unidades administrativas, en contraste con datos *a nivel de explotaciones*; selección *pequeña*, en contraste con un estudio *completo* de las características de las explotaciones; baterías de preguntas *fijas* versus *flexibles* (por ejemplo, demanda de semilla comercial por tamaño de explotación y uso de la tierra); información *científica* para una investigación básica y aplicada, en contraste con información *burocrática* para la regulación agraria. En resumen, las estadísticas del fichero de explotaciones combinaban las ventajas de las estadísticas de contabilidad (por ejemplo, enfocadas en la calidad de los datos agropecuarios) y del censo agrario (por ejemplo, centrado en la cantidad de datos)<sup>43</sup>.

La información del fichero de explotaciones era recogida en cooperación estrecha con los representantes locales de la Agencia para la Alimentación del Reich y los granjeros. Se guardaba una copia en la agencia regional de la Agencia para la Alimentación del Reich y se entregaba otra a los granjeros. En teoría servía como un medio para el control estatal y el autocontrol por parte del granjero, pero en la práctica el objetivo de control quedaba en entredicho por la manipulación de datos. El principio rector era la metáfora de la explotación agraria como «organismo vivo» que venían aplicando los agrónomos germanoparlantes desde finales del siglo XIX y principios del XX<sup>44</sup>. En términos metafóricos se consideraba el fichero de explotaciones como una biografía —o incluso una radiografía— de este «organismo vivo». Por tanto, el formulario registraba hasta 150

---

<sup>43</sup> Para una descripción contemporánea véase FENSCH, H. L.: «Die bäuerliche Betriebsforschung des Reichsnährstandes», en MEYER, K. (ed.): *Gefüge und Ordnung der deutschen Landwirtschaft*, Berlín, Reichsnährstandsverlag, 1939, pp. 590-594.

<sup>44</sup> Véase UEKÖTTER, F.: *Die Wahrheit ist auf dem Feld. Eine Wissensgeschichte der deutschen Landwirtschaft*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2010, pp. 170-181.

datos actualizados anualmente, desde los miembros de la vivienda y de la explotación (incluidos los miembros de la familia que no trabajaban en la explotación) hasta la tenencia y el uso de la tierra, los cultivos arables, la ganadería y producción ganadera, la maquinaria, las instalaciones agrícolas, etc.<sup>45</sup> En su conjunto, el fichero de explotaciones documentaba los elementos básicos y las relaciones del agrosistema a nivel de explotaciones individuales.

Las aplicaciones de las estadísticas del fichero de explotaciones eran diversas: se usaban para el cálculo de los *inputs* y *outputs* de las explotaciones a nivel local, regional y nacional; para la mejora de la gestión de explotaciones por medio de la extensión agraria, y para la formulación de un espacio agrícola de producción<sup>46</sup>. Mientras que los datos del censo agrario eran agregados por unidades *administrativas*, las estadísticas del fichero de explotaciones permitían la agregación de datos por unidades *económicas*. Los estadísticos de la Agencia para la Alimentación del Reich reorganizaron el espacio agrícola, clasificando las comunas de las provincias de Viena, Niederdonau y Oberdonau en «zonas de producción», es decir, en territorios con condiciones de producción agrícola similares: la llanura de Panonia y las colinas del este (que incluían las zonas vinícolas), la región alpina y subalpina sudoccidental, las tierras altas del noroeste, y la zona llana y las colinas al sur del río Danubio en el oeste del país<sup>47</sup>. Aunque ya se habían hecho clasificaciones parecidas en Austria antes de 1938, la reorganización del espacio agrícola por parte de la Agencia para la Alimentación del Reich fue mucho más sofisticada. La reorganización espacial se consideraba como una forma de planificación de medidas específicas para cada región, lo cual aumentaba la eficiencia de la política agraria. Esta configuración cartográfica formó parte de la regulación agraria estatal desde la era nazi en adelante. Durante la posguerra, varias generaciones de estadísticos agrarios se preocuparon y hasta estuvieron obsesionados con la delimitación de «zonas de producción» en Austria<sup>48</sup>. Así, el sistema de expertos agrónomos creó tanto en

<sup>45</sup> Véase FENSCH, H. L.: «Die bäuerliche Betriebsforschung...», *op. cit.*

<sup>46</sup> Véase LEVEBVRE, H.: *The Production of Space*, Malden-Oxford-Carleton, Blackwell Publishers, 1991.

<sup>47</sup> Véanse LANDESBAUERNNSCHAFT DONAULAND (ed.): *Die landwirtschaftlichen Produktionsgebiete in der Landesbauernschaft Donauland*, Viena, 1940, e id.: *Das Gefüge der landwirtschaftlichen Produktionsgebiete im Donauland*, Viena, 1941.

<sup>48</sup> Para una visión panorámica véase HELLER, A.: *Neue Typen der Agrarstruktur*

sentido virtual como en la realidad un agro productivista, con la producción alimentaria como principal función<sup>49</sup>.

Aunque el Hofkarte de la Organización Corporativa Rural del Reich desapareció con la caída del Tercer Reich en 1945, fue reemplazado en 1946 por el Betriebskarte de la reinstituída Cámara de Agricultura. Resulta llamativo constatar las similitudes entre estas dos formas de registro estadístico no sólo en los detalles de las tablas, sino incluso en el tipo de letra de los titulares. Tanto el contenido como la forma de presentarlo indican la continuidad de las estadísticas del fichero de explotaciones de la Alemania nazi a la Austria posbélica. Esta continuidad está representada en dos artículos de la prensa agrícola sobre el «registro de explotaciones», uno de 1939 y otro de 1950: ambos argüían que no había razón alguna para que los propietarios de explotaciones desconfiaran (por ejemplo, en cuanto a temas de imposición) a la hora de registrarlas. Ambos artículos sostenían que una información incorrecta en el «registro de explotaciones» perjudicaría los intereses del granjero. Ambos enfatizaban la importancia del «registro de explotaciones» para conseguir una eficiente administración agrícola. Ambos artículos declaraban que el principal propósito del registro de explotaciones era ofrecer apoyo a las explotaciones. Ambos alababan la información sobre desarrollo que se proporcionaba al granjero a través del registro de explotaciones. La principal diferencia estaba en el contexto político y económico: la «batalla por la producción» como estrategia orientada a la oferta, en el primer caso, y la «batalla por la venta y el precio» como estrategia orientada hacia la demanda, en el segundo<sup>50</sup>. Como muestran estos artículos, la regulación estatal trataba no sólo de producir capital material por medio de productos alimentarios, sino también capital simbólico por medio de la *confianza* de los granjeros. Ahora bien, leyendo entre líneas, ambos artículos revelan mucha desconfianza en la práctica hacia el mantenimiento de las estadísticas del fichero de explotaciones.

---

Österreichs. *Automatische Gemeindeklassifikation mit Clusteranalyse und GIS*, Innsbruck, Geographie Innsbruck, 1997.

<sup>49</sup> Véase HALFACREE, K.: «Rural space: constructing a three-fold architecture», en CLOKE, P.; MARSDEN, T., y MOONEY, P. H. (eds.): *Handbook of Rural Studies*, Londres, Thousand Oaks, y Nueva Delhi, Sage, 2006, pp. 44-62.

<sup>50</sup> Véase *Wochenblatt der Landesbauernschaft Donauland*, 11 (1939), p. 372, y *Der Österreichische Bauernbündler*, 18 (1950), p. 5.

Según Michel Foucault, las estadísticas del fichero de explotaciones de la era nazi, y su continuación tras 1945, se pueden interpretar como una forma de «panopticismo». El *panóptico*, cuyo primer diseñador fue Jeremy Bentham a finales del siglo XVIII, era un centro penitenciario circular que permitía al vigilante observar a todos los prisioneros desde un puesto central sin que ellos le vieran<sup>51</sup>. De forma similar, las estadísticas del fichero de explotaciones permitían al aparato agrícola estatal observar inadvertido todas las explotaciones, y además permitía a los propietarios de explotaciones observarse a sí mismos. Así, las estadísticas del fichero de explotaciones institucionalizaban el control del Estado sobre la «explotación agraria nacional» y el autocontrol por parte de los granjeros. Ahora bien, el panopticismo institucionalizado por las estadísticas del fichero de explotaciones antes y después de 1945 no ejerció en la práctica un control total sobre la «explotación agraria nacional». Como otras relaciones de poder, ésta estaba incrustada en un «campo de fuerzas sociales» (según la famosa metáfora de Edward Thompson) que a la vez permitían y limitaban el control de la comunidad granjera<sup>52</sup>.

### Formas de producción agraria: pasos hacia la «innovación empresarial racional»

Como ya hemos mencionado, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial la «batalla por la producción» no era tan exitosa como habrían deseado los dirigentes nazis del aparato agrario. Sin embargo, el peor resultado fue con diferencia el de la producción nacional de grasas animales y vegetales: el grado de autosuficiencia sólo aumentó ligeramente, del 52 por 100 en 1933-1934 al 57 por 100 en 1938-1939<sup>53</sup>. Así, Herbert Backe, el ejecutivo que dirigía los asuntos agroalimentarios del Plan Cuatrienal expansionista de 1936, lamentaba con otros expertos agrarios la «deficiencia de grasas» (*Fettlücke*)

<sup>51</sup> Véase FOUCAULT, M.: *Discipline and Punish. The Birth of the Prison*, Nueva York, Vintage Books, 1995, p. 205, e íd.: «Panopticism», en HIER, S. P., y GREENBERG, J. (eds.): *The Surveillance Studies Reader*, Maidenhead, Open University Press, 2007, pp. 67-76.

<sup>52</sup> Véase THOMPSON, E. P.: «Eighteenth Century English Society: Class Struggle Without Class?», *Social History*, 3 (1978), pp. 133-165.

<sup>53</sup> Véase VOLKMANN, H. E.: «Die NS-Wirtschaft...», *op. cit.*, p. 301.

de la economía alimentaria alemana<sup>54</sup>. Para resolver esta deficiencia, los dirigentes del régimen alimentario nazi intervinieron en varios puntos de la cadena agroalimentaria. En el lado del consumo, el contenido de grasas en la dieta de la población alemana se debía reducir por medio del «consumo dirigido» (*Verbrauchslenkung*) y, una vez comenzada la guerra, por medio del desarrollo de sustitutos sintéticos<sup>55</sup>. En el campo de la distribución, el aparato agrario buscaba aumentar importaciones de grasas de toda la Europa dominada por Alemania por medio de tratados comerciales bilaterales con países coaligados y —tras el comienzo de la guerra en 1939— por la explotación de los recursos agrícolas de las zonas ocupadas y dependientes<sup>56</sup>. En el lado de la producción, la campaña estatal por la producción de grasas nacionales se extendió durante el periodo bélico y se buscó su cumplimiento usando el lema de «la guerra por la producción» (*Kriegserzeugungsschlacht*)<sup>57</sup>. Mientras el aumento de las grasas animales estaba incluido en los objetivos de la acción de «construcción comunal», la producción de grasas vegetales se debía incrementar por la expansión del número de hectáreas dedicadas a las semillas oleaginosas. Aunque el régimen alimentario nazi principalmente se centraba en establecer determinaciones políticas (por ejemplo, la confiscación de todo excedente alimentario en las explotaciones desde el comienzo de la guerra), en este caso prevalecieron los incentivos económicos. Se diseñó un paquete completo de medidas financieras, técnicas y legales para promover la expansión de los cultivos oleaginosos: precios fijos altos, un bono adicional para los contratos de entrega con empresas procesadoras, raciones extra de fertilizante de nitrógeno, garantía de re-entrega de pienso rico en proteínas en forma de tortas oleaginosas, servicios de extensión agrícola, etc.<sup>58</sup>

<sup>54</sup> Véase CORNI, G., y GIES, H.: *Brot, Butter, Kanonen...*, op. cit., pp. 309-318.

<sup>55</sup> Véase REITH, R.: «“Hurrah die Butter ist alle!”, “Fettlücke” und “Eiweißlücke” im Dritten Reich», en PAMMER, M.; NEISS, H., y JOHN, M. (eds.): *Erfahrung der Moderne. Festschrift für Roman Sandgruber zum 60. Geburtstag*, Stuttgart, Steiner, 2007, pp. 403-426.

<sup>56</sup> Véase CORNI, G., y GIES, H.: *Brot, Butter, Kanonen...*, op. cit., pp. 499-554.

<sup>57</sup> Véanse ABELSHAUSER, W.: «Germany: Guns, Butter, and Economic Miracles», en HARRISON, M. (ed.): *The Economics of World War II. Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 122-176, y CORNI, G., y GIES, H.: *Brot, Butter, Kanonen...*, op. cit., pp. 469-497.

<sup>58</sup> Véase *Wochenblatt der Landesbauernschaft Donauland*, 19 (1940), folleto adjunto. Sobre la política de precios durante la guerra véase HANAU, A., y PLATE, R.:

En un folleto distribuido en 1940 por la revista oficial de granjeros de la provincia de Niederdonau se puede apreciar la manera en que la «red socio-técnica»<sup>59</sup> de productores de oleaginosas se dirigía a los granjeros (figura 3). El titular ofrece un argumento puramente económico: «¡La producción oleaginosa es rentable! ¡Produzca más oleaginosas —pero sólo en lugares adecuados—!». En el centro del gráfico impera una perspectiva macroeconómica que sostiene que una hectárea de semilla de colza produce 650 kilogramos de grasa de manera directa e, indirectamente, otros 100 kilogramos por la producción láctea de vacas alimentadas con pienso compuesto de tortas oleaginosas, resultando un total de 750 kilogramos. En los márgenes del cuadro los argumentos microeconómicos apelan a los intereses de los granjeros (varones): la re-entrega de pienso en forma de tortas oleaginosas en el cuadro superior izquierdo, el aumento de producción de trigo como cultivo siguiente en el cuadro inferior izquierdo, precios altos y bonos en el cuadro superior derecho, y en el cuadro inferior derecho cultivos múltiples anuales por medio de cultivos intercalados en los campos dedicados a la colza. El mensaje codificado en esta presentación visual y textual de signos se puede descodificar como que el cultivo de más oleaginosas sirve no sólo los intereses de la economía alimentaria nacional, sino también del granjero, que consigue mayores beneficios por un uso más intensivo de la tierra y la ganadería, junto con mayores recompensas<sup>60</sup>.

Sorprendentemente, el discurso de producción de oleaginosas mediatizado por la prensa agraria no seguía la corriente principal de la ideología agraria nazi, y de hecho divergía considerablemente de ella. La ideología nazi de «sangre y tierra» idealizaba la figura del campesino guiado por motivos extra económicos, como el establecimiento de una comunidad racialmente pura, tanto a nivel familiar como de pueblo alemán, y además condenaba la figura del granjero orientado hacia los beneficios<sup>61</sup>. Sin embargo, el discurso

---

*Die landwirtschaftliche Markt- und Preispolitik im Zweiten Weltkrieg*, Stuttgart, Gustav Fischer, 1975.

<sup>59</sup> Véase VAN DER PLOEG, J. D.: *The Virtual Farmer...*, *op. cit.*, pp. 101-141.

<sup>60</sup> Véase *Wochenblatt der Landesbauernschaft Donauland*, 19 (1940), folleto adjunto.

<sup>61</sup> Véase EIDENBENZ, M.: «*Blut und Boden*». *Zu Funktion und Genese der Metaphern des Agrarismus und Biologismus in der nationalsozialistischen Bauernpropaganda* R. W. Darrés, Berna, Peter Lang, 1993; BRAMWELL, A.: *Blood and Soil. Walther Darré and Hitler's Green Party*, Abbotsbrook, Kensal Press, 1985, y LOVIN, C. R.: «*Blut und Boden...*», *op. cit.*

FIGURA 3

Folleto para promocionar el cultivo de oleaginosas en la provincia de Niederdonau, 1940

# Delfeuchtanbau - lohnt sich!

**Baut mehr Delffrüchte - aber nur dort, wo sie himpfaffen!**



**Rücklieferung von Deckwurzeln als hochwertiges Kraftfutter**



**Günstige Vorbedingungen für eine gute Weizenente**

Durchschnittsmehrertrag an Weizen nach Raps beträgt: **10,5 DZ**

**höchster Fächertrag je Flocheneinheit**

**Raps u. Rübsen ergibt durchschnitlich**

Fünferertrag	<b>18 DZ = 6,5 DZ</b>	Reinfett
Delfeuchen	<b>11 DZ = 7,5 DZ</b>	Reinfett über Millitierung
<b>Gefamtertrag = 7,5 DZ</b>		



**Gute Preise für sichere Abnahme zu festem Preis mit 44 RM je dz**



**In einem Jahr 3,5-mal gleichen Seid**

Raps u. Rübsen 3-wöchentliche Mobilisation Jan. Feb. März Apr. Mai Juni Juli Aug. Sept. Okt. Nov. Dez.

Fuente: Wochenblatt der Landesbauernschaft Donauland, 19/1940, folleto adjunto.

de la campaña de producción estatal mediatizada por este folleto da un vuelco a la jerarquía ideológica del campesino y granjero: alaba al «granjero racional» varón que decide plantar semillas de oleaginosas basándose en cálculos precisos de costes y beneficios. El agrarismo nazi, que habitualmente se ha tomado como indicación del carácter «antimoderno» del nazismo, era en la práctica más flexible y, así, más compatible con nociones modernistas de producción agropecuaria de lo que hasta ahora se ha pensado. Los discursos de la «batalla por la producción» en general, y de la producción de oleaginosas en concreto, apelaban a los propietarios de explotaciones a adoptar la posición de sujeto definido como «emprendedor racional».

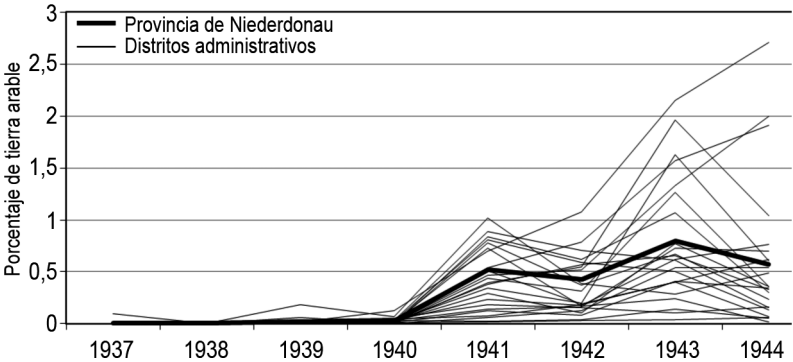
¿Hasta qué punto respondieron los granjeros de Niederdonau a la campaña estatal de producción de oleaginosas? Puesto que la colza y la nabina constituían casi la mitad de las tierras dedicadas a oleaginosas, nos centraremos en estos dos cultivos. Según las estadísticas agrarias oficiales no hubo una respuesta importante hasta 1940, pero de 1941 a 1944 aumentó de manera sustancial el porcentaje de tierra arable dedicado a la colza y a la nabina. A nivel provincial se alcanzó el 0,5 (1941), 0,4 (1942), 0,8 (1943) y 0,6 (1944) por 100 de la tierra arable. A nivel de distrito existe una amplia distribución por encima y por debajo de la media (figura 4). Aunque en algunos objetivos hubo que aceptar derrotas, en el ámbito del cultivo de oleaginosas la «batalla por la producción» en Niederdonau resultó victoriosa. La cantidad de tierra dedicada a la colza y al nabo se multiplicó por más de 100, de 43 hectáreas en 1937 a 4.453 hectáreas en 1944<sup>62</sup>. Según estudios de explotaciones en tres regiones, un grupo especialmente bien equipado de granjeros en zonas favorables respondieron a este llamamiento con un aumento considerable de tierras dedicadas a las oleaginosas<sup>63</sup>. Estos hallazgos indican que el estilo de producción «racional» (en sentido agronómico) promocionado por el aparato agrario fue adoptado por una parte de la comunidad de granjeros. Así, una minoría de granjeros

<sup>62</sup> Cálculos del autor basados en ÖSTERREICHISCHES STATISTISCHES ZENTRALAMT (ed.): *Ergebnisse der landwirtschaftlichen Statistik in den Jahren 1937-1944*, Viena, 1948.

<sup>63</sup> Véase LANGTHALER, E.: *Hitler's Oilseed-Growers. Farming Styles, Agrosystems and the Nazi Food Regime in Niederdonau, 1938-1945*, ponencia presentada en el grupo de trabajo internacional «Historicising Farming Styles» (Melk/Austria, 21-23 de octubre de 2010), [http://www.univie.ac.at/ruralhistory/Melk\\_Langthaler.pdf](http://www.univie.ac.at/ruralhistory/Melk_Langthaler.pdf).

formaron la vanguardia del régimen alimentario «productivista» caracterizado por una producción (capital-) intensiva, concentración y especialización, que se extendió a la mayoría de la comunidad de producción agropecuaria de la posguerra en Austria y más allá<sup>64</sup>.

FIGURA 4  
*Porcentaje de tierra arable dedicada a la colza y al nabo en Niederdonau, 1937-1944*



Nota: los distritos de Neubistritz, Nikolsburg y Znaim en el sur de Moravia no están incluidos.

Fuente: cálculos realizados por el autor basados en ÖSTERREICHISCHES STATISTISCHES ZENTRALAMT (ed.), *Ergebnisse der landwirtschaftlichen Statistik in den Jahren 1937-1944*, Viena, Österreichisches Statistisches Zentralamt, 1948.

### Conclusión

En su conjunto, la política agrícola nazi fomentó una reorganización temporal y espacial de la regulación agraria en los años cuarenta orientada hacia un megaproyecto. De manera muy simplificada se podría decir que este megaproyecto contemplaba lo siguiente: el aparato agrario nazi buscaba la «total reorganización» de la agricultura austríaca. Este proyecto estatal de cara al futuro transformó la regulación agraria en planificación a largo plazo; en

<sup>64</sup> Véase ILBERY, B., y BOWLER, I.: «From Agricultural Productivism...», *op. cit.*

una dimensión temporal, el presente estaba cada vez más subordinado al futuro, mientras que el pasado perdía buena parte de su relevancia. En la dimensión espacial, la regulación a nivel local y regional cada vez se fue subordinando más a la regulación a nivel de sistema político-económico. Así, el megaproyecto erigió una barrera entre el «espacio de la experiencia» (*Erfahrungsraum*) y el «horizonte de expectativas» (*Erwartungshorizont*)<sup>65</sup>. El mensaje inscrito era algo así como que «el mundo será distinto de lo que ha sido hasta ahora». La gobernanza por vía del megaproyecto actuaba no sólo de arriba abajo, sino también a la inversa, alimentado por la aún frágil, pero creciente, confianza en el liderazgo de los expertos. La noción de «explotación agraria nacional» hizo que las formas individuales de producción agraria fuesen integradas en una reestructuración general del agrosistema guiada por expertos agrónomos. El megaproyecto agrícola emergente apuntaba hacia una producción intensificada, especializada y concentrada, es decir, *productivista*, enmarcada en la ideología de la superioridad de la «raza alemana». Este ideal sólo se cumplió en parte antes de 1945, pero algunos de sus aspectos atrajeron las miradas de agrónomos, profesores, funcionarios de extensión agraria, granjeros «innovadores» o emprendedores y responsables de la política agraria tras 1945.

Finalmente, evaluaremos el surgir del megaproyecto productivista a la luz de las variedades de modernización esbozadas en la introducción. La agromodernización de Austria durante su etapa anexionada a Alemania fue un fenómeno multifacético, dentro del cual caben destacar dos puntos. Primero, la mayoría de los directores de la política agrícola nazi tenían «la intención» de modernizar la agricultura austríaca, que consideraban atrasada en relación con el resto del imperio germánico. Pero su megaproyecto no fue ni claro ni libre de polémica, sino más bien una amalgama de elementos (aparentemente) modernos y antimodernos que a veces causaban disputas. Esta «modernidad alternativa» apunta hacia una sociedad rural altamente productiva y a la vez comunitaria, que formaba parte de la sociedad industrial alemana basada en tecnología agrícola puntera y una masa crítica de campesinado «de raza pura». Segundo, varios proyectos nazis de agromodernización

---

<sup>65</sup> Véase SCHINKEL, A.: «Imagination as a category of history. An essay concerning Koselleck's concepts of *Erfahrungsraum* and *Erwartungshorizont*», *History and Theory*, 44 (2005), pp. 42-54.

influyeron en el agrosistema, pero sólo de manera *parcial*. Mientras cambió profundamente la configuración institucional (los principios de planificación agrícola a nivel macro, los vínculos entre el aparato agrario y los granjeros a nivel medio, la imagen propia de los granjeros a nivel micro...), los cambios tecnológicos terminaron en un punto muerto. Ahora bien, esto no fue debido a reparos antimodernos por parte de los gobernantes, sino a los cuellos de botella en la provisión de material y mano de obra que causó la guerra. En su conjunto, la era nazi no fue un «gran salto adelante» en la modernización del agro, sino un paso irreversible en el camino hacia un régimen alimentario productivista en la Austria posbélica. De hecho, la modernización del agro durante la etapa en que Austria estuvo anexionada a Alemania no se merece el título de «revolución agrícola» (en contraste con el desarrollo «revolucionario» de Gran Bretaña durante la guerra y en Austria tras ella)<sup>66</sup>. En todo caso, según nuestra investigación, sí marcó un hito pre-revolucionario —o *Sattelzeit* en la terminología de Reinhart Koselleck—<sup>67</sup> en el desarrollo agrícola del siglo XX. Como en otros aspectos de la sociedad austríaca de 1945, en realidad no hubo nada parecido a una «hora cero» en la agricultura.

[Traducción del inglés: Andrea Blanch y Daniel Blanch]

---

<sup>66</sup> Véase SHORT, B.; WATKINS, C., y MARTIN, J. (eds.): *The Front Line of Freedom. British Farming in the Second World War*, Exeter, British Agricultural History Society, 2007, y LANGTHALER, E.: «English and Austrian Farming in the Second World War: Revolution or What Else?», en MOSER, P., y VARLEY, T. (eds.): *Integration through Subordination. Agriculture and the Rural Population in European Industrial Societies*, Turnhout, Brepols, 2011 (próximamente).

<sup>67</sup> Véase KOSELLECK, R.: «Einleitung», en BRUNNER, O.; CONZE, W., y KOSELLECK, R. (eds.): *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon der politischen Sprache in Deutschland*, vol. 1, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972, pp. xiii-xxvii, esp. p. xv.

# Produzir mais e melhor. *Estado, agricultura y consumo alimentario en Portugal (1926-1974)*

Dulce Freire

Instituto de Ciências Sociais  
Universidade de Lisboa

*Resumen:* Este artículo analiza las políticas agrarias de las dictaduras que gobernaron Portugal (1926-1974). Relacionando producción y consumo, discute cómo la agricultura contribuyó a *alimentar a la nación*. Se organiza en tres partes: primero describe la función atribuida a la agricultura en el desarrollo económico y social del país, señalando los cambios tras la Segunda Guerra Mundial; después presenta las medidas destinadas a aquellos productos relevantes para el consumo alimentario, razonando si contribuyeron a una *alimentación racional* de la población; finalmente, evalúa la calidad nutricional de los bienes a disposición de los portugueses, comparándola con los valores calculados para otros países europeos.

*Palabras clave:* agricultura, desarrollo, consumo alimentario, dictadura, políticas públicas.

*Abstract:* This article provides an analysis of the agriculture policies carried out by the dictatorships regimes that ruled Portugal (1926-1974). Linking production and consumption, it discusses how agriculture was able to *feed the nation*. The arguments are organized into three parts. First, it describes the role assigned to agriculture in national economic and social development, before and after the Second World War. Then, it presents the policy measures for some relevant food products, indicating whether they have contributed to provide a *rational diet* to the inhabitants. Finally, it evaluates the nutritional quality of the food available for the Portuguese population, comparing it with the values calculated for other European countries.

*Keywords:* agriculture, development, food consumption, dictatorship, public policy.

Durante las décadas en que Portugal se vio gobernado por regímenes dictatoriales de inspiración fascista, es decir, de 1926 a 1974<sup>1</sup>, la cuestión agraria se mantuvo como eje central de las discusiones de técnicos, políticos y otros miembros de las elites del país. Los intentos por consolidar en la agricultura los proyectos de *resurgimento nacional*, anunciados en los años cuarenta, o los llamamientos a *produzir e poupar*<sup>2</sup>, expresados durante la Segunda Guerra Mundial, fueron, al mismo tiempo, eslóganes propagandísticos y expresión de decisiones políticas. Si, históricamente, el principal objetivo de la agricultura ha sido el producir alimentos<sup>3</sup>, los regímenes autoritarios del periodo de entreguerras procuraron compatibilizar esa función ancestral con la reafirmación de valores nacionalistas, autarquía económica y soberanía alimentaria. En los años treinta, los gobiernos portugueses se sumaron a estas tendencias, en concreto, proclamando iniciativas que buscaban garantizar la autosuficiencia alimenticia del país.

Por otro lado, la longevidad del régimen exige que se analice cómo, tras la Segunda Guerra Mundial, el *Estado Novo* fue capaz de armonizar su herencia fascista con las dinámicas de las décadas siguientes. Son varios los autores que han destacado que el fin de esta guerra supuso la entrada en una nueva fase de la Historia contemporánea. Entre otros cambios, con la llamada «Revolución Verde» se expandió la industrialización de la agricultura, se acentuó el crecimiento económico<sup>4</sup>, comenzó otro régimen alimen-

---

<sup>1</sup> Se puede hablar de dos periodos dictatoriales: la *Ditadura Militar*, con una gran inestabilidad política y gobiernos de corta duración, estuvo vigente desde el golpe militar del 28 de mayo de 1926 hasta la aprobación, en 1933, de la Constitución Política de la República Portuguesa y del Estatuto do Trabalho Nacional. En el periodo del *Estado Novo*, comprendido entre 1933 y 1974, los sucesivos gobiernos estuvieron encabezados por Oliveira Salazar (1932-1968) y por Marcelo Caetano (1968-1974).

<sup>2</sup> *N. del T. Poupar* en castellano se traduce por ahorrar. Hemos considerado oportuno mantener los lemas políticos, propagandísticos, así como la terminología institucional (por ejemplo, *Estado Novo*), en su original portugués y en cursiva.

<sup>3</sup> FEDERICO, G.: *Feeding the world. An economic history of agriculture 1800-2000*, Oxford, Princeton University Press, 2005, e INGERSENT, K., y RAYNER, A.: *Agricultural policy in Western Europe and the United States*, Cheltenham-Northampton, Edward Elgar, 1999.

<sup>4</sup> SERVOLIN, C.: *L'agriculture moderne*, París, Éditions du Seuil, 1985, y CRAFTS, N., y TONIOLO, G. (eds.): *Economics growth in Europe since 1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

tario y se modificó la percepción social del hambre<sup>5</sup>. En estas décadas, demostrando que el *Estado Novo* siguió algunas tendencias internacionales, el poder político contribuyó decisivamente a acelerar la industrialización, el desarrollo urbano, la apertura al mercado exterior y el crecimiento económico<sup>6</sup>.

La agricultura portuguesa tampoco permaneció ajena a las dinámicas nacionales e internacionales. Es destacable, por ejemplo, que el Producto Agrícola Bruto presentase una evolución más satisfactoria bajo el sistema proteccionista y que comenzase a desinflarse con la intensificación de los intercambios con el exterior<sup>7</sup>. Al buscar interrelacionar producción y consumo se hace necesario conocer el impacto de la reorientación de las políticas agrarias en la disponibilidad de bienes alimentarios y en las condiciones de abastecimiento de los portugueses. Sin embargo, este análisis se ceñiría a las decisiones gubernamentales que hubiesen tenido implicaciones directas en las condiciones de producción y consumo de los productos agrícolas más relevantes en la dieta alimenticia. En la medida en que la comprensión de las políticas públicas exige que se tengan en cuenta tanto las medidas promulgadas por un gobierno, como aquellas que éste no llevó a cabo<sup>8</sup>, se incluyen, asimismo, las principales propuestas que el *Estado Novo* preveía para el sector primario.

Los agrónomos se irán revelando como los agentes preferenciales de la modernización, toda vez que la agricultura había comenzado a rechazar prácticas y conocimientos insertos en la herencia cultural de las comunidades rurales y a depender crecientemente de la ciencia y de la industria. Aquéllos ambicionaban ampliar el potencial de la agronomía para «alimentar el mundo», buscando así ser los protagonistas de la definición y ejecución de las medi-

---

<sup>5</sup> McMICHAEL, P.: «A food regime genealogy», *The Journal of Peasant Studies*, 36 (2009), pp. 139-169, y VERNON, J.: *Hunger. A modern history*, Cambridge, Harvard University Press, 2007.

<sup>6</sup> LAINS, P.: *Os progressos do atraso. Uma nova história económica de Portugal*, Lisboa, Imprensa de Ciências Sociais, 2003, y LAINS, P., y SILVA, A. (eds.): *História Económica de Portugal. 1700-2000*, vol. III, *O Século XX*, Lisboa, Imprensa de Ciências Sociais, 2005.

<sup>7</sup> SOARES, F. B.: «A agricultura», en LAINS, P., y SILVA, A. F. (eds.): *História Económica...*, *op. cit.*, pp. 157-183, y LAINS, P.: «Agriculture and economic development in Portugal, 1870-1973», en LAINS, P., y PINILLA, V. (eds.): *Agriculture and economic development in Europe since 1870*, Londres, Routledge, 2009, pp. 333-352.

<sup>8</sup> DYE, T. R.: *Understanding public policy*, 11.ª ed., New Jersey, Pearson Prentice Hall, 2005.

das que consideraban más eficaces a la hora de maximizar el rendimiento de los factores de producción. Estas motivaciones y las competencias técnicas que poseían contribuyeron a que, especialmente en la segunda mitad del siglo XX, se acentuase la relevancia de los agrónomos en la ejecución de las políticas públicas destinadas a la agricultura<sup>9</sup>.

Como ya ha sido demostrado por la historiografía, el *Estado Novo* viabilizó algunas de las propuestas que estaban siendo elaboradas por los técnicos, descuidando o abandonando otras<sup>10</sup>. Es importante, asimismo, comprobar si éstos asumieron funciones activas en la concepción e implementación de las políticas para la agricultura. Se trata de averiguar cómo se articularon las propuestas disponibles con los impactos de las decisiones políticas que concernían a la agricultura, con la disponibilidad de bienes alimentarios y con las tendencias en el consumo de alimentos.

Buscando abordar las diferentes cuestiones, el artículo se divide en tres partes<sup>11</sup>. En la primera se presenta la función que en Portugal le fue reservada a la agricultura en los procesos de *reconstrução nacional*, usando una expresión habitual antes de la Segunda Guerra Mundial, o de *desenvolvimento do país*, según la designación que se popularizó tras el conflicto. En la segunda parte se trazan las principales orientaciones de las medidas promulgadas para los productos más relevantes en el consumo de alimentos, relacionándolas con las necesidades nutricionales y los cambios sociales. Finalmente, se analiza la calidad de los bienes a disposición de los portugueses, comparándola con los valores presentados por países vecinos.

---

<sup>9</sup> MULLER, P.: *Les politiques publiques*, 3.<sup>a</sup> ed., París, PUF, 1988.

<sup>10</sup> BAPTISTA, F. O.: *A política agrária do Estado Novo*, Oporto, Edições Afrontamento, 1993; ROSAS, F.: *O Estado Novo*, en MATTOSO, J. (dir.): *História de Portugal*, vol. VII, Lisboa, Editorial Estampa, 1994, y FREIRE, D.: *Portugal e a terra. Itinerários de modernização da agricultura na segunda metade do século XX*, dissertação doutoramento/dactilografada, Lisboa, FCSH-Universidade Nova de Lisboa, 2007.

<sup>11</sup> El artículo se integra en los proyectos de posdoctorado «Ambições modernizadoras. Propostas para transformar a agricultura portuguesa na segunda metade do século XX» (ICS-UL 2008-2011) y «Corporativismo, instituições políticas e comportamentos económicos. Contributos para a História Europeia», coordinados por J. L. Cardoso, P. Lains y A. Costa Pinto (ICS-UL, 2010-2012) en el ICS-UL. Ambos financiados por la Fundação para a Ciência e Tecnologia, Ministério da Ciência e Ensino Superior.

## Agricultura y *ressurgimento nacional*

En Portugal, como en otros países, la reorientación proteccionista de las políticas dirigidas al sector primario se hizo evidente desde finales del siglo XIX. La consolidación del *Estado Novo* y de otros regímenes fascistas europeos se correspondió con una fase de acentuado cariz proteccionista. En las décadas anteriores se había extendido por casi toda Europa un consenso respecto de la pertinencia de una intervención estatal en la agricultura que privilegiase la vocación «alimentaria» de ésta.

Las tendencias proteccionistas de las decisiones del Estado portugués se vieron acompañadas por la argumentación de varios autores defendiendo esta perspectiva. En el inicio de los años veinte, Ezequiel de Campos, uno de los más destacados autores de la primera mitad del siglo XX, consideraba que una de las misiones del Estado era, precisamente, solucionar la «cuestión del pan nuestro de cada día»<sup>12</sup>. Se incidía en que la *regeneração da Pátria* pasaba por la «capacidad de producir en Portugal la mayor parte de los alimentos» en «cantidad suficiente (e incluso excedente) para toda la población»<sup>13</sup>. Incluso el prestigioso agrónomo Lima Basto, que se mostraba contrario a alguna de las medidas proteccionistas de los años treinta, consideraba que «una *política nacional de alimentação* puede y debe ser la base de transformación de las malas condiciones económicas mundiales»<sup>14</sup>. Se cuestionaba así a quienes abogaban porque el Estado promoviese la especialización productiva y las exportaciones en los productos en que el país fuese más competitivo. Y que, en lugar de financiar una incierta autosuficiencia, debería negociar en los mercados externos los mejores precios para así adquirir los bienes que necesitase.

De cualquier modo, aunque hubiese acuerdo respecto a la defensa del proteccionismo, la cuestión de la estrategia a seguir para poder aumentar la producción nacional podría generar polémica.

<sup>12</sup> CAMPOS, E.: *Lázaro!... Subsídios para a política portuguesa*, t. I, V. N. de Falmalção, Tipografia Minerva [1922], p. 43.

<sup>13</sup> JESUS, Q., y CAMPOS, E.: *A crise portuguesa, subsídios para a política de reorganização nacional*, Oporto, Gráfica do Porto [1923], p. 95.

<sup>14</sup> BASTO, A. L.: *Inquérito económico-agrícola*, vol. IV, *Alguns aspectos da agricultura em Portugal*, Lisboa, Universidade Técnica de Lisboa, 1936, p. 443.

En Portugal, los poderes políticos se veían enfrentados con propuestas que se podían alinear en dos tendencias principales. Una, *ruralista conservadora*, defendía que la acción del Estado debería privilegiar la intervención de los precios, asegurando beneficios a los agricultores, y subvencionar los *inputs* agrícolas, posibilitando abaratar el trabajo y aumentar la producción<sup>15</sup>. Con estas condiciones políticamente aseguradas, los labradores serían capaces de escoger las mejores opciones productivas y técnicas para acelerar el progreso de la agricultura. La *Ditadura Militar* y el *Estado Novo* encontraron amplios apoyos entre los propietarios y agricultores que se adscribían a esta corriente y que, tal como sucedió en los regímenes congéneres de otros países, constituyeron una importante base social de apoyo de los regímenes. Esta corriente, en la cual los agrónomos se encontraban también representados, demostró capacidad para influenciar las orientaciones de las políticas públicas, sobre todo hasta los años sesenta.

Por el contrario, la corriente *neofisiocrática*, a la cual se adscribían muchos de los agrónomos que podían expresar su opinión en público, estaba, desde finales del XIX<sup>16</sup>, discutiendo medidas para transformar profundamente el panorama productivo nacional. Defendían un programa agrario modernizador asentado en la redistribución de la tierra cultivable (división de las grandes propiedades del sur y concentración de las pequeñas explotaciones del norte), en la colonización (reorganización de la población del país) y en la ampliación del regadío (sustitución de los cultivos extensivos de secano por los intensivos y el regadío). Para las áreas montañosas se defendía la reforestación intensiva, lo que conllevaría la desaparición de los baldíos, considerados áreas desaprovechadas. Subraya F. Rosas<sup>17</sup> que las propuestas *neofisiocráticas* no se reducían a un «nuevo productivismo» para un *ressurgimento da pátria* basado en la tierra. Defendían también el fortalecimiento del nacionalismo económico y político, lo que presuponía la consolidación

<sup>15</sup> ROSAS, F.: *O Estado Novo nos anos trinta (1928-1938)*, Lisboa, Editorial Estampa, 1986.

<sup>16</sup> Esta corriente se inspiraba en el fallido «Proyecto de lei de Fomento Rural» presentado en el Parlamento por Oliveira Martins en 1887.

<sup>17</sup> ROSAS, F.: «As ideias sobre desenvolvimento económico nos anos 30: Quirino de Jesus e Ezequiel de Campos», en AAVV, *Contribuições para a História do Pensamento Económico em Portugal*, Lisboa, Publicações D. Quixote, 1988, pp. 192-193.

del Estado autoritario, en el cual los técnicos desempeñarían funciones relevantes. A pesar de algunos retoques, en lo esencial, los trazos principales de este programa se mantuvieron inalterados durante toda la dictadura.

Las iniciativas del *Estado Novo* contemplaron propuestas de ambas corrientes, lo que creó en los respectivos interesados expectativas de hegemonía en la dirección de las decisiones del poder político, que, en muchos casos, no fueron satisfechas. En realidad, las propuestas de estas corrientes no eran necesariamente contradictorias, pudiendo encontrarse soluciones políticas e institucionales para actuar a partir de diferentes vertientes. La corriente *neofisio-crática* defendía que, ante todo, el Estado debería encontrar soluciones para resolver el «gran problema» de la producción<sup>18</sup>, lo que exigía que se tuviesen en cuenta «dos tipos de cuestiones relacionadas»: las técnicas (maquinaria, capacitación y extensión agrícola y forestal, irrigación, etc.) y las agrarias (reforma agraria, fin del barbecho, etc.). No obstante, el *Estado Novo* evitó estimular profundos cambios en los campos y prefirió dar prioridad al segundo tipo de soluciones, las «comerciales» (combatir a los intermediarios, mejorar el almacenamiento, fijar precios en bienes políticamente estratégicos como pan, vino, leche, patatas, etc.), limitando la capacidad de ejecución de propuestas tendentes a transformar la agricultura y, necesariamente, la sociedad rural. Las opciones del régimen se hicieron más evidentes en el transcurso de la década de 1930, teniendo en el encuadramiento institucional de las actividades relacionadas con la agricultura una de sus expresiones más concretas.

Desde 1918, la ejecución de las políticas públicas concernientes a la agricultura (producción, comercio, enseñanza, etc.) tendía a ser implementada por servicios dependientes del Ministerio de Agricultura creado ese año. La inestabilidad política que caracterizó a la Primera República y a la *Dictadura Militar* trajo como consecuencia una intensa rotación ministerial, afectando a la aplicación de las decisiones políticas. Este panorama comenzó a cambiar antes incluso de la institucionalización del *Estado Novo*, cuando Linhares de Lima asumió la cartera de agricultura en 1929. El ministro, además de prestar atención a la política de abastecimiento de bienes alimentarios —*Campanha do Trigo y Campanhas de Produção*, reto-

<sup>18</sup> CAMPOS, E.: *Lázaro!... Subsídios...*, op. cit., p. 44.

madas posteriormente—, promovió la creación de organismos para intervenir en aspectos concretos de la comercialización e inició una ambiciosa reorganización del Ministerio de Agricultura. A partir de finales de 1931, la gestión pública del sector primario se repartía, esencialmente, entre tres direcciones generales, comprendiendo agricultura, ganadería, montes e hidráulica agrícola. A éstas competía, en sus respectivos ámbitos de actuación, combatir problemas sanitarios, orientar la utilización de nuevas semillas y especies animales, prestar asistencia técnica, fiscalizar, evaluar el uso de fertilizantes y fitosanitarios, etc.<sup>19</sup> En 1936 se sumó a este organigrama la llamada Junta de Colonização Interna. Inspirada en la Italia fascista, esta nueva dirección general se encargaría de realizar la reestructuración fundiaria y la redistribución de la población<sup>20</sup>. Además de varios servicios centrales, cada una de estas direcciones generales fue dotada de una red propia, y no coincidente, de delegaciones regionales. A pesar de las críticas, esta organización no fue puesta en duda por la inestabilidad ministerial que caracterizó a la década<sup>21</sup>.

Paralelamente a estos servicios de carácter público, a partir de 1933 surgió una red nacional de organismos paraestatales que devino en las bases del corporativismo. El *Estado Novo* retiró al Ministerio de Agricultura sus competencias sobre el comercio y transformación de productos agrícolas, atribuyéndoselas a los organismos corporativos que se habían ido creando en ese año. Esa red se basaba en los *grémios concelhios* (*Grémios da Lavoura*, a partir de 1939) y terminaba en los *organismos de coordenação económica*, es-

---

<sup>19</sup> Seguía echándose en falta un servicio de extensión rural, señalado desde 1916 como imprescindible para promover la modernización. Los técnicos de Estados Unidos que llegaron a Portugal al amparo del Plan Marshall también reconocieron la imperiosa necesidad de crear un servicio de extensión (ROLLO, F.: *Portugal e a reconstrução económica do pós-guerra. O Plano Marshall e a economia portuguesa dos anos 50*, Lisboa, Ministério dos Negócios Estrangeiros, 2007). Pero éste sólo se concretó en 1977.

<sup>20</sup> Con la JCI, el Estado prometía reformas asentadas sobre tres pilares básicos: colonización interna (división y concentración), hidráulica agrícola (hacer irrigables tierras de secano) y repoblación forestal (en áreas sin aptitud agrícola). A partir de 1946, la JCI adquirió autonomía jurídica y financiera, gestionando el principal fondo público para «mejoras rurales»: construcción de infraestructuras (establos, silos, balsas para riego, etc.) y adquisición de equipamientos, etc. La acción reformadora fue escasamente desarrollada.

<sup>21</sup> FREIRE, D.: *Produzir e beber. A questão do vinho no Estado Novo*, Lisboa, Ancora Editora, 2010, pp. 105-119.

tablecidos después de 1936. Como señala la ley que los instituye, éstos surgieron para «coordinar y regular superiormente la vida económica y social en las actividades directamente relacionadas con los productos de importación y exportación» y para «garantizar el conveniente equilibrio y prosperidad de todos los factores de la vida económica y social de la Nación» (Decreto-ley 26757, de 8 de julio de 1936). Los organismos corporativos y de coordinación económica quedaron adscritos al Ministerio de Comercio e Industria.

Estas entidades gozaban de una naturaleza jurídica distinta de aquella que tutelaba las diferentes áreas de la producción agrícola. Como demostró Manuel de Lucena<sup>22</sup>, estos eran organismos ambiguos que encuadraban los intereses privados, pero que nunca dejaron de ser tutelados por el Estado. A través de éstos, el Estado se introducía en los circuitos de importación, exportación y comercialización interna, pudiendo, en contrapartida, serles concedidos estatutos de exclusividad para algunos productos. Cohabitaron juntas, federaciones y comisiones reguladoras con atribuciones y ámbitos de actuación diversos, fluctuando al ritmo de los mercados y de la actuación de los *lobbies*. Algunos organismos tuvieron, desde el principio, un gran poder de intervención en el mercado, como la Federação Nacional dos Produtores de Trigo. Otros condicionaban la política de precios, aunque procuraban reservar sus intervenciones para los momentos en que el mercado se mostrase menos capaz de garantizar los intereses de los productores, como hicieron la Junta Nacional do Vinho y la Junta Nacional do Azeite. Otros evitaron intervenir en los precios internos, invirtiendo sobre todo en infraestructuras de almacenaje, garantías en las condiciones de exportación e incentivos a las agroindustrias, como hizo la Junta Nacional das Frutas. Aunque se fueron introduciendo algunas modificaciones durante el régimen, éstas no alteraron sustancialmente las competencias de los diferentes organismos.

En 1940, estos Ministerios [Agricultura, Industria y Comercio] fueron suprimidos, siendo los servicios y competencias adscritos al todopoderoso Ministerio de Economía. Esta decisión fue presentada como una respuesta eficiente a las emergencias impuestas por la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, tras el conflicto se acentuaron las críticas a este modelo de encuadramiento institucio-

---

<sup>22</sup> LUCENA, M.: *A evolução do sistema corporativo português*, vol. I, *O Salazarismo*, vol. II, *O Marcelismo*, Lisboa, Perspectivas&Realidades, 1976.

nal impuesto a los diferentes sectores económicos. Los agrónomos consideraban que la integración de la agricultura en este «superministerio» podría haber sido útil durante la guerra, pero, recobrada la «normalidad» internacional, ahora se debía imponer la «normalidad» institucional. La situación les resultó tanto más perjudicial cuando, a partir de 1944, el Ministerio de Economía quedó supeeditado a los intereses *industrialistas*. Entre 1940 y 1944, el cargo fue ocupado por Rafael Duque, procedente de la cartera de agricultura (que había asumido en 1934), considerado un *neofisiócrata* y que posibilitó algunas de las propuestas del programa de esta corriente<sup>23</sup>. Aunque la mayor parte de los subsecretarios y secretarios de Estado de agricultura estuviesen formados en agronomía, aquélla ocupaba siempre un lugar secundario en el organigrama de los órganos centrales de poder. Se dieron algunos intentos para autonomizar a la agricultura en un nuevo ministerio, pero, en la práctica, tal cosa sólo se concretó tras la Revolución de Abril de 1974. Con el paso de los años, en opinión de los agrónomos, la «subordinación» y el «inmovilismo» institucional explicitaban la insignificancia política y económica a la que la dictadura estaba sometiendo a toda la agricultura.

Así, entre mediados de los años treinta y mediados de los años setenta, bien sea en el organigrama del Estado, bien en lo tocante a la capacidad para aplicar medidas políticas, los organismos corporativos, que dirigían las actividades de transformación y comercio, estaban separados de los servicios públicos ligados a las direcciones generales, los cuales tenían responsabilidades en las áreas de producción. Para el prestigioso agrónomo Eugénio de Castro Caldas, «éste era el caso original portugués y nunca nos hemos encontrado con otro igual en el mundo»<sup>24</sup>. La separación se tradujo

---

<sup>23</sup> El ministro impulsó, entre otras, obras de hidráulica agrícola, construcción de colonias y varios estudios. Sin embargo, al contrario de lo que venían defendiendo los agrónomos y de lo que fue ejecutado en otros países, los proyectos de colonización no se vincularon al regadío. Desde 1957, en el Alentejo, la expansión del regadío tampoco provocó la deseada intensificación agrícola ni el reparto de la propiedad. Véase FREIRE, D., y LANERO TÁBOAS, D.: «State and agricultural modernization in the Iberian dictatorships after Second World War», en MOSER, P., y VARLEY, T. (eds.): *Integration through subordination. Agriculture and the rural population in European Industrial Societies*, Londres, Brepols, vol. 12, *Rural History in Europe* (en prensa).

<sup>24</sup> CALDAS, E. C.: *A agricultura portuguesa no limiar da reforma agrária*, Lisboa, IGC-CEEA, 1978, p. 74.

en constantes dificultades de relación y de articulación entre las diferentes entidades, lo que provocó que muchas propuestas no pudiesen ser ejecutadas y que otras surgiesen de forma contradictoria y con objetivos inconsistentes. Confirmando las percepciones de N. Garoupa y L. Rossi de que en Portugal se daban las condiciones idóneas para el «secuestro» de las instituciones por parte de los grupos de interés<sup>25</sup>, la organización tendió a consagrar una preferencia del *Estado Novo* por las propuestas de la corriente *ru-ralista conservadora*.

Asegurar compromisos políticos podría exigir la puesta en marcha de diversas medidas. Requería, por ejemplo, la combinación de la concesión de ayudas para la adquisición de *inputs* que compensasen el aumento de los salarios rurales como consecuencia del éxodo rural (intensificado después de los años sesenta) con políticas de mercado centradas en los precios. Éstas tenían por objetivos fundamentales fijar para el productor precios de garantía elevados en bienes considerados esenciales (en especial trigo, carne y leche) y, al mismo tiempo, estabilizar los costes para el consumidor a través de la fijación de precios máximos reglados para el comercio minorista. Se buscaba así evitar oscilaciones que tuviesen efectos desfavorables sobre el poder de compra de salarios políticamente estabilizados en un nivel bajo. Estos procedimientos generaron grandes problemas para el erario público que fueron siendo cubiertos por el Fondo de Abastecimiento<sup>26</sup>, que había sido creado durante la Segunda Guerra Mundial y que había sobrevivido a ésta.

Fue esa política de precios y consecuentes subsidios la que permitió «una evolución de los intercambios de la agricultura portuguesa tendente a favorecer a los productores agrícolas y [la que] contribuyó positivamente al aumento en el número de tractores, gradas, sembradoras y cabezas de ganado bovino en las explotaciones agrícolas»<sup>27</sup>, constatados en los censos agrícolas de los años cincuenta y sesenta. No obstante, como señalaban agrónomos, economistas y otros observadores, aunque se estuviese promoviendo la

---

<sup>25</sup> GAROUPA, N., y ROSSI, L.: «Instituições e quadro legal», en LAINS, P., y SILVA, A. F. (eds.): *História Económica...*, op. cit., pp. 423-450.

<sup>26</sup> LOBÃO, A. C.: *Algumas considerações acerca da política de preços em Portugal e na CEE, Separata da Revista de Ciências Agrárias*, 2 (1977).

<sup>27</sup> ESTÁCIO, F. (coord): *Importância das políticas macroeconómicas no comportamento do sector agrícola. Contribuição para a sua análise em Portugal no período de 1960-1980*, Oeiras, IGC-CEEA, 1985, p. VII.

mecanización de la agricultura, los diversos factores de producción no estaban siendo combinados para garantizar el incremento de la productividad de la tierra o el aumento de bienes demandados por los consumidores urbanos.

Durante los años treinta y cuarenta, la publicación de estudios y la puesta en marcha de algunos proyectos parecían confirmar la apuesta de los poderes públicos por la modernización de la agricultura siguiendo propuestas *neofisiocráticas*. Pero a partir de los años cincuenta se hizo evidente para éstos que el Estado no estaba contribuyendo a expandir la «Revolución Verde». Más que en una agricultura extensiva, ésta se asentaba en la intensificación de la explotación de los recursos naturales existentes. Se trataba de combinar suelo, agua y clima con los productos de origen industrial (fertilizantes, maquinaria, fitosanitarios, variedades vegetales y animales), con la alteración de las prácticas agrícolas, con la dinamización de los sistemas de almacenamiento y de distribución de bienes alimentarios. De hecho, desde los años cincuenta, los agrónomos formaban parte de los consejos técnicos que elaboraban los Planos de Fomento, pero resultaba complicado implementar en las diferentes regiones del país las medidas planeadas. Denunciando el recelo de los técnicos, en 1961 el secretario de Estado de Agricultura, João Mota Campos, consideraba que se estaba escenificando una lucha en el sector, la cual «tendrá que ser superada ante el peligro de que se cree una situación que impida el progreso del país y el armónico desarrollo económico y social de la población portuguesa»<sup>28</sup>. La integración de los técnicos portugueses en las organizaciones internacionales, que pretendían erradicar el hambre, aumentar la productividad de la tierra o intensificar los intercambios comerciales<sup>29</sup>, contribuyó a consolidar la percepción de las discrepancias entre el «inmovilismo» imperante en Portugal y la constante renovación de oportunidades modernizadoras ofrecidas por la «Revolución Verde».

Los datos recogidos por agrónomos y economistas eran interpretados como indicadores poco optimistas y demostrativos de la recurrente incapacidad del régimen a la hora de estimular los cam-

---

<sup>28</sup> AAVV: *A agricultura e o Plano de Fomento. Ciclo de conferências promovido pela Secretaria de Estado da Agricultura*, vol. III, Lisboa, Sociedade Astória, 1961, p. 3.

<sup>29</sup> Portugal ingresó en la FAO en 1946; OECE en 1950; OCDE en 1961, y EFTA en 1960.

bios en la agricultura y el desarrollo del país. Consideraban que la agricultura no estaba contribuyendo al crecimiento económico. Provocaba, si cabe, un dispendio innecesario en cuanto a la importación de bienes que habrían podido tener origen nacional (forrajes, carne, leche, vegetales, por ejemplo) y potenciaba un proceso inflacionista que se acentuó en la segunda mitad de los sesenta. Al mismo tiempo, en una época en que la FAO promovía campañas mundiales para combatir el hambre, era notorio que la dieta básica a la que podía acceder la mayoría de la población era nutricionalmente insuficiente según los parámetros aconsejados internacionalmente. Los autores que estudiaban el papel de la agricultura en el desarrollo destacaban, con frecuencia, que el estancamiento del sector por no haber «sabido (o podido) modernizarse» conducía «a que tengamos que recurrir cada vez más a la importación como forma de satisfacer la demanda interna de bienes agrícolas»<sup>30</sup>.

Estudios recientes confirman la percepción de los contemporáneos. En la primera mitad del siglo XX, en concreto de 1915 a 1958, exceptuando los años de las guerras mundiales, el conjunto de la agricultura mostró un «comportamiento razonable»<sup>31</sup> con un crecimiento medio de un 1,9 por 100 al año. Esta tendencia fue posible, en gran parte, a causa de una mayor tasa de crecimiento del área forestal y, entre 1930 y 1939, de un ligero aumento del producto agrícola con origen en la producción vegetal. Si el primer aspecto puede ser atribuido a la mera sobreexplotación de los recursos forestales sin carecer de inversión estatal, el aumento, sin embargo, del producto proveniente de la producción vegetal se debió a los estímulos públicos derivados de la *Campanha do Trigo*.

Con todo, a partir de los años sesenta, la tendencia del sector cambió. Entre 1959 y 1995, la tasa de crecimiento medio se quedó en el 0,03 por 100 al año, lo que indica «una situación de casi completo estancamiento»<sup>32</sup>. Especificando, se confirma que en las década de los sesenta y setenta, el conjunto del sector agrícola experimentó un crecimiento positivo debido, principalmente,

---

<sup>30</sup> GIRÃO, J. A.: *Natureza do problema agrícola em Portugal (1950-1973): uma perspectiva*, Oeiras, IGC-CEEA, 1980, p. 76. Hay que tener en cuenta que las relaciones con las colonias influían en los posibles cultivos de la metrópolis, estando, hasta 1974, por diversos motivos, prohibida o limitada la producción de azúcar, cebada dística, fibras textiles, tabaco, oleaginosas, etc.

<sup>31</sup> SOARES, F. B.: «A agricultura», *op. cit.*, p. 160.

<sup>32</sup> *Ibid.*

a los subsectores forestal y ganadero, pero no gracias a la producción vegetal (cereales, forrajes, frutas, leguminosas, etc.). Por un lado, aunque el proceso de reforestación haya tenido impactos ecológicos y sociales negativos, la industria forestal se reveló como el subsector con más éxito económico. Por otro, el incremento de la ganadería (sobre todo ganado bovino, huevos y leche) procuró responder al incremento de la demanda interna, basándose, no obstante, en la importación de piensos sin constituir un estímulo para la producción interna de forrajes. Observando al conjunto del sector agrícola se puede comprobar que la producción vegetal sufrió dificultades a la hora de articularse con las necesidades de una ganadería en expansión, pero también con los cambios en la demanda provocados por la aceleración de la urbanización, que abrió el mercado a diversos productos frescos (especialmente frutas y legumbres). Concluye Brito Soares que «la agricultura acompañó al crecimiento del resto de la economía portuguesa durante la llamada “edad de oro” de los años sesenta»<sup>33</sup>.

En los últimos años del *Estado Novo* parecía innegable que la agricultura había perdido las oportunidades para modernizarse y contribuir así al crecimiento económico. En el IV Plano de Fomento, que entró en ejecución en 1974 y se vio interrumpido por la Revolución de Abril, se subrayaba la «necesidad urgente de proporcionar a la agricultura condiciones de recuperación que no pueden demorarse más»<sup>34</sup>. Éstas no eran, a fin de cuentas, constataciones muy diferentes de las consideradas en los años treinta. Apuntaba el agrónomo Quartim Graça que, antes del *Estado Novo*, el campo se encontraba «en un penoso atraso, sin producir parte de lo que la población del país necesitaba para su sustento y [con] el consiguiente drenaje de oro que anualmente agotaba al país a cambio del necesario pan con que alimentar a los portugueses»<sup>35</sup>. Estas afirmaciones, además de expresar una constante insatisfacción de los

<sup>33</sup> *Ibid.* La caída de la participación del Producto Agrícola Bruto en el Producto Interior Bruto fue más acentuada de lo deseado por los técnicos: en 1950 la participación del PAB en el PIB era del 31 por 100 (registrando una ligera subida respecto al 29 por 100 de 1940), en 1960 correspondía al 20 por 100, cayendo al 12 por 100 en 1970. En la década siguiente baja aún más, suponiendo tan sólo el 9 por 100 del PIB en 1980.

<sup>34</sup> PRESIDÊNCIA DO CONSELHO: *IV Plano de Fomento 1974-1979*, t. I, *Metrópole*, Lisboa, Imprensa Nacional Casa da Moeda, 1974, p. 333.

<sup>35</sup> GRAÇA, Q.: *O Estado Novo e a agricultura*, Lisboa, Edições SPN, 1938, p. 9.

agrónomos para con la actuación del Estado, parecen indicar que la dictadura fue incapaz de «alimentar a la nación» dejando de cumplir una de las principales misiones que se había propuesto. Todavía hasta los años sesenta, la autarquía económica vigente, con las importaciones sujetas a rigurosos controles, imponía que los portugueses contasen sobre todo con lo que la agricultura nacional producía. Lo que, como veremos, acarreó diversos constreñimientos respecto a la cantidad y calidad de los alimentos disponibles.

### **Autarquía, consumo y *alimentação racional***

Los análisis dedicados a la agricultura portuguesa han privilegiado el esclarecimiento de los comportamientos económicos y la evaluación de los efectos de las políticas públicas en la producción y flujo de las mercancías. Aunque haya sido una perspectiva menos explorada, articular las tendencias en la producción con las de consumo y las concepciones alimentarias permite ampliar la evaluación de los impactos sociales de las decisiones del Estado. En un caso como el portugués, marcado por la autarquía económica, sobre todo entre los años treinta y sesenta, aclarar estos aspectos significa que, en gran medida, esa evaluación está centrada en la trayectoria de la agricultura nacional.

La consolidación de las ciencias de la nutrición y las discusiones acerca de la composición de una «alimentación racional» que estaban teniendo lugar en occidente desde finales del siglo XIX contribuían a que los bienes alimentarios disponibles fuesen evaluados no sólo en cantidad, sino también en calidad<sup>36</sup>. En la época de afirmación del *Estado Novo*, cuando la ciencia ya había caracterizado proteínas y otros nutrientes, médicos y agrónomos realizaban múltiples encuestas para evaluar la composición de la alimentación de los portugueses en las diferentes regiones<sup>37</sup>. Esos estudios, que valoraban casi siempre aspectos médicos y sanitarios, identificaban los problemas causados por el hambre y la malnutrición, proponiendo

---

<sup>36</sup> Como muestran, por ejemplo, varios de los artículos incluidos en KIPPLE, F., y ORNELAS, K. (eds.): *The Cambridge world history of food*, vol. I, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

<sup>37</sup> Para una síntesis de los estudios realizados hasta finales de los años cuarenta consultar CORREA, A.: *A alimentação do povo português*, Lisboa, INE, 1951.

igualmente soluciones médicas, agronómicas y políticas para resolverlos. Sin ignorar los objetivos de soberanía alimentaria propugnados por el régimen, estos observadores se mantuvieron atentos a los resultados alimentarios y nutricionales de las políticas públicas. El patrón de una «alimentación racional» defendido en la época se basaba en el consumo regular de diferentes cantidades de hidratos de carbono, proteínas y vitaminas. Teniendo en cuenta estos componentes se podrá evaluar en qué medida las políticas del *Estado Novo* contribuyeron a que la agricultura nacional garantizase una dieta abundante y equilibrada.

### *Hidratos de carbono*

A semejanza de lo que sucedía desde 1889, cuando se inauguró el régimen proteccionista del trigo, la *Ditadura Militar* y el *Estado Novo* continuaron con la idea de solucionar el «magno problema de las subsistencias» a través del aumento de la producción nacional de pan. En la *Campanha do Trigo* lanzada en 1929, el Estado asoció los estímulos financieros y técnicos para la producción con la construcción de un sistema de intervención en el mercado. Éste aseguraba a los productores la adquisición de toda la cosecha a precios remuneradores, aunque a partir del comienzo de los años sesenta esos beneficios fuesen menores. En la práctica, hasta el final del régimen desapareció el mercado libre de cereales, estando la cadena de producción (de la siembra al pan) integrada en diversos organismos corporativos. En la década de 1930, la combinación de buenas condiciones naturales con nuevas semillas y tecnologías provenientes de Italia<sup>38</sup> permitió alcanzar la autosuficiencia de trigo. A partir de la segunda mitad de la década, las cosechas fueron de nuevo deficitarias. En los años cincuenta se registró otra coyuntura de buenas cosechas. Pero, salvo en cortos periodos, la producción de trigo no evitó el recurso constante a la importación, tanto más cuanto la demanda seguía creciendo.

Una alimentación basada en hidratos de carbono provenientes de cereales forma parte de los patrones de consumo de las socieda-

---

<sup>38</sup> SARAIVA, T.: «Fascist landscapes: geneticists, wheat, and the landscapes of fascism in Italy and Portugal», *Historical Studies in the Natural Sciences*, 40:4 (2010), pp. 457-498.

des rurales. El *Estado Novo*, guiándose por el fascismo italiano, deseó que el pan constituyese el sustento económico que preservase esa «ruralidad» admirada por la ideología del régimen. Empero, no sólo fueron insuficientes las políticas públicas destinadas a cumplir estos deseos, sino que el consumo de trigo siguió aumentando (cerca de 13,8 por 100 entre 1960-1970) durante el proceso de urbanización, lo que impidió reducir los gastos de importación. Esta tendencia provenía no del aumento del consumo global de cereales, sino del abandono del centeno, la avena y el maíz para la fabricación de pan<sup>39</sup>. Con la mejora de las condiciones de vida, los consumidores preferían pan blanco de trigo, que estaba mejor considerado socialmente<sup>40</sup>.

Para frenar la demanda de cereales, el *Estado Novo* puso en práctica una medida que en el siglo XX ya se había convertido en habitual en Europa: estimuló la oferta de patata. «Por la composición química de la patata se concluye que su importancia alimenticia deriva principalmente de su valor calórico»<sup>41</sup>. Éste era el último recurso de los pobres: aportaba hidratos de carbono a bajo coste y reunía la capacidad de adaptarse a diferentes ecosistemas y sistemas de explotación. Las restricciones a la importación impuestas por la guerra favorecieron el estímulo a la producción nacional de patata. Para ello, el Estado desvió a la Junta Nacional das Frutas de su función de estimular la exportación de frutas. La acción de la Junta buscó, sobre todo, asegurar un almacenamiento y distribución eficientes, cosa que no siempre sucedió, evaluando las necesidades de recurrir a la importación y, rara vez, interviniendo en el precio. La producción nacional de patata subió durante los años cuarenta, pero a partir de entonces se volvió inestable y sin aumentos en la productividad. A pesar de todo, la disponibilidad regular de patatas conllevó el abandono de otros recursos para obtener hidratos de carbono, como castañas y bellotas, aún muy presentes en algunas regiones del país. Las importaciones continuaron, pues el consumo aumentó cerca de un 9 por 100 entre la década de 1960 y

<sup>39</sup> CALDAS, E. C.: *A agricultura portuguesa...*, op. cit., p. 142.

<sup>40</sup> En 1934, en la mejor cosecha de la *Campanha*, se registró una producción de 672.000 toneladas de trigo. Entre 1950 y 1954, la producción de trigo varió entre las 600.000 y las 800.000 toneladas. A partir de entonces el área cultivada se fue reduciendo y las producciones también.

<sup>41</sup> AMARAL, J. D.: *A conservação da batata*, Lisboa, Livraria Sá da Costa, 1955, p. 48.

1970. Por ello, a través del trigo y de la patata, el *Estado Novo* no conseguía evitar que las principales fuentes de calorías y la base alimentaria de la población pesasen en la balanza de transacciones.

### *Proteínas*

Teniendo como referencia a los países del norte de Europa, particularmente a Dinamarca y Holanda, la democratización del consumo de proteínas de origen animal representaba para los agrónomos el prototipo de una agricultura moderna y de una sociedad desarrollada. Si la ciencia había confirmado la relevancia nutricional de la carne y la leche, los agrónomos presentaban soluciones para aumentar la producción. Éstas se basaban, según las especies recomendadas (sobre todo bovino, porcino y aves), en la combinación de praderas artificiales y establos industriales, acompañados de la intensificación de la producción de leche y huevos. Implementar sistemas agropecuarios eficientes e integrados era una de las expresiones de éxito de la «Revolución Verde», que lentamente se extendió por Portugal.

Las funciones de la Junta Nacional dos Produtos Pecuários, creada en 1939, se relacionaban más con la regularización del comercio que con cuestiones asociadas a la deficitaria oferta de productos pecuarios en el mercado interno. Los estímulos del Estado y del mercado condujeron al aumento de la producción de carne<sup>42</sup>, más de la de cerdos y aves que de la de bovinos; no obstante, la demanda (entre los años sesenta y setenta el consumo de aves subió más de un 400 por 100, el de bovinos subió un 90 por 100 y el de porcinos subió un 17 por 100) será siempre mayor que la oferta. Principalmente a partir de finales de la década de 1950, con el crecimiento de los centros urbanos y la intensificación del turismo. El recurso a la importación devino sistemático y creciente, lo que no evitó escaseces periódicas o estacionales.

Otra vertiente de la ganadería tenía que ver con la leche y los productos lácteos, cuya producción aumentó desde los años treinta.

---

<sup>42</sup> Globalmente la producción de carne creció un 17 por 100 entre 1950 y mediados de los años sesenta, a una tasa anual del 1,3 por 100, y en la década siguiente, hasta 1973, esa tasa de crecimiento llegó al 4,8 por 100 anual. Para estos datos y los restantes referidos en estas notas consultar GIRÃO, J. A.: *Natureza do problema...*, *op. cit.*

La JNPP se centró en la resolución de los problemas sanitarios, de comercialización de la leche y de los productos lácteos, promoviendo la concentración de las pequeñas industrias y la adecuación técnica en la fabricación. La producción se estancó durante los años cuarenta, pero en los años siguientes se multiplicaron las cooperativas, las cuales resultaron fundamentales para abastecer a los principales centros urbanos<sup>43</sup>. La reorganización del subsector favoreció la producción de leche, que, a pesar de las deficiencias en calidad e higiene, se convirtió en uno de los éxitos de las políticas del *Estado Novo*.

### *Vitaminas*

A pesar de la diversidad de vitaminas identificadas y de que éstas se encuentran presentes en diferentes tipos de alimentos, las frutas y legumbres frescas han sido consideradas una fuente privilegiada para el aporte de estos nutrientes. A partir de finales del siglo XIX, el reconocimiento de la relevancia de las vitaminas y de las fibras en una «alimentación racional» amplió los consumidores potenciales y las oportunidades de mercado. Los países urbanizados y con condiciones agroecológicas menos favorables a estos productos, como los del norte de Europa, se convirtieron en un objetivo codiciado para los países del sur.

Desde ese momento en Portugal se comenzó a estimular, sobre todo por los agrónomos, la producción frutícola, más con una vocación exportadora, relacionada con la entrada de divisas en el país, que con el objetivo de mejorar la calidad de la alimentación de sus habitantes. En este sentido, las *Campanhas de Produção Agrícola*, promovidas en la primera mitad de los años treinta, contemplaron específicas *Campanhas da Fruta*, la creación de una marca nacional para los frutos secos y frescos exportados, y un organismo específico para velar por la revitalización del subsector. Fue ésa también la principal misión asumida por la Junta Nacional das Frutas a partir de 1937, que pasó a regular los mercados internos y a estimular la colocación de productos en el exterior. Como el mercado de frutas y legumbres no estaba intervenido, la acción de los organismos

---

<sup>43</sup> La producción de leche aumentó un 60 por 100 entre 1950-1973 (de 350 a 570 millones de hectolitros).

corporativos pretendía promover la innovación en las condiciones de almacenamiento, conservación, acondicionamiento y transporte de productos perecederos. Apoyando a las instituciones de investigación agronómica, la Junta Nacional das Frutas procuraba mejorar también las variedades ofrecidas a los agricultores para aumentar la calidad de la oferta a los consumidores.

Tras los estímulos recibidos de las políticas públicas durante la década de 1930, desde el inicio de la guerra hasta el *II Plano de Fomento* (1959-1964), las medidas para la fruticultura fueron escasas mientras que la Junta Nacional das Frutas se centró en el abastecimiento de patata. A partir de los años cincuenta hubo más incentivos políticos para multiplicar el número de pomares industriales, principalmente de manzanos, al mismo tiempo que el crecimiento urbano animaba la expansión de algunos cultivos estacionales (melón y legumbres frescas)<sup>44</sup>. Sin embargo, para los agrónomos, gran parte de los recursos naturales óptimos para la producción de frutas, legumbres y forrajes seguían estando desaprovechados. Maximizar la explotación exigía una importante inversión del Estado en la expansión del regadío asociado a la reestructuración fundiaria. Pero, al contrario de lo que estaba sucediendo en la vecina España, esto no se concretó en Portugal. El mal comportamiento de la agricultura respecto del conjunto de la economía fue achacado por los agrónomos, en último término, a esta imposibilidad política.

Estos nutrientes y alimentos no agotan la lista de bienes consumidos, pero indican aquellos que, de acuerdo con las concepciones de la época, permitían modificar positivamente las dietas y que, por ello, debían contemplarse por las políticas públicas a la hora de promover el desarrollo económico y social. Esta lista tampoco incluye todos los productos alimentarios afectados por las políticas del *Estado Novo*. Hay que advertir, por ejemplo, que éstas permitieron ofrecer proteínas a través de la inversión en las condiciones de captura, conservación y distribución de bacalao salado, asegurando exitosamente la provisión regular del país<sup>45</sup>. También las políticas vitivinícolas promovieron la producción y el

---

<sup>44</sup> A pesar de algunas irregularidades interanuales, aumentó la producción global de fruta fresca entre 1950-1973: manzanas, 186 por 100; melocotones, 167 por 100; cítricos, 96 por 100, y pera, 87 por 100.

<sup>45</sup> GARRIDO, A.: *O Estado Novo e a campanha do bacalbau*, Lisboa, Círculo de Leitores, 2004.

consumo, asegurando una fuente de calorías económica. A pesar de las controversias en torno a este producto, el Estado lo clasificó siempre como alimento, bien internamente, bien ante las organizaciones internacionales<sup>46</sup>.

### ¿Producir más para alimentar mejor?

Se puede obtener una evaluación del impacto de las políticas agrarias en el consumo de alimentos a través de la distribución de calorías per cápita. A pesar del margen de error de estos datos, muestran algunos cambios internos y permiten algunas comparaciones con otros países.

Se estima que antes de la Segunda Guerra Mundial, en Europa la ración calórica total podía variar entre las 3.000 calorías o más consumidas diariamente por cada habitante de los países escandinavos, Reino Unido o Suiza, y las 2.600 calorías o menos disponibles para aquellos que residían en Grecia o en Italia<sup>47</sup>. Aunque en este estudio de 1951 no se recojan datos específicos para Portugal, los relatores consideran que en el país las cifras deberían de coincidir con las reveladas para los países del sur de Europa. No obstante, como muestra el cuadro 1, hacia el final de los años treinta el consumo per cápita se aproximaba mucho a las 2.000 calorías diarias. Estos valores se encontraban por debajo de lo considerado aceptable por los especialistas de la época, indicando que las políticas públicas del *Estado Novo* no estaban contribuyendo a superar las carencias existentes en las décadas anteriores.

El establecimiento de la cantidad de calorías y nutrientes necesarios para los diversos grupos de la población portuguesa puede presentar pequeñas variaciones de un autor a otro. En el Instituto Nacional de Estadística se entendía que los hombres y las mujeres adultos, en reposo, carecían de 2.400 calorías diarias. Cuando éstos se dedicasen al trabajo manual pesado, al trabajo intelectual intensivo o se encontrasen en fase de crecimiento, durante el embarazo

---

<sup>46</sup> CAMPOS, J. S.: *A balança alimentar do Continente Português de 1963-1975*, Lisboa, INE, 1977.

<sup>47</sup> ORGANISATION EUROPÉENNE DE COOPÉRATION ECONOMIQUE: *Niveaux de consommation alimentaire dans les pays de l'OECE. Rapport du Comité de l'Alimentation et de l'Agriculture*, París, OECE, 1951, p. 18.

o en período lactante, necesitarían hasta 4.000 calorías diarias. Durante la vejez, las necesidades del organismo disminuían, bastando menos de 2.400 calorías diarias. Tomando como referencia los censos de población de 1940, Pereira Reis calculó que para tener una dieta «suficiente y equilibrada» cada portugués necesitaría consumir de media 3.000 calorías por día<sup>48</sup>. Este valor calórico, que estaba en consonancia con el calculado para otros países europeos<sup>49</sup>, pasó a constituir la principal referencia.

Además de calorías, en la alimentación se deberían incluir 70 gramos de proteínas (30 gramos deberían ser de origen animal), 80 gramos de grasas y 400 gramos de hidratos de carbono. En estas décadas, estos valores estaban siendo objeto de un debate internacional y no había consenso acerca de las cantidades de nutrientes de origen animal necesarias para la dieta humana. Aún hoy, los médicos portugueses tienden a considerar estos valores como los más adecuados para una alimentación equilibrada.

A pesar de no haber participado en ella, en Portugal los años de la Segunda Guerra Mundial fueron también años de escasez de provisiones (malos años agrícolas y desvío de productos para exportación legal e ilegal). La falta de alimentos estuvo directamente asociada a los numerosos conflictos sociales, llevó al lanzamiento de *Campanhas de Produção* y a la creación de sistemas de control del consumo (que funcionaron hasta 1947). Destaca la OECE (1951) que las buenas cosechas de 1948 y la aplicación del Plan Marshall condujeron de inmediato al enriquecimiento de la dieta alimentaria con calorías de origen animal y de azúcar en los países incluidos. Para estos países, 1949-1950 significó la reentrada en el patrón de consumo característico de los años que habían precedido al conflicto: aumentó el consumo de azúcar, leche, queso, huevos, carne y materia grasa; disminuyó el consumo de patatas y de cereales. Estas tendencias se acentuaron en los años siguientes.

Las condiciones de adhesión al Plan Marshall no fueron inmediatamente aceptadas por el régimen portugués; Portugal estuvo asociado a esta iniciativa estadounidense sólo durante los ejerci-

---

<sup>48</sup> Citado en ABECASSIS, H. M.: *Alguns aspectos dos problemas alimentares, Separata da Revista do Centro de Estudos Económicos*, 12 (1951-1952), p. 129.

<sup>49</sup> TEUTEBERG, J., y FLANDRIN, J.: «The transformation of the European diet», en FLANDRIN, J., y MONTUNARI, M. (eds.): *Food. Culinary history from antiquity to the present*, Nueva York, Columbia University Press, 1999, p. 454.

cios de 1949-1950 y 1950-1951. En este periodo, el Plan contribuyó a hacer frente a algunos problemas económicos y sociales, particularmente al abastecimiento de bienes esenciales, y para promover la modernización del sector productivo<sup>50</sup>. El aumento de 150 calorías per cápita disponibles por habitante de 1949 a 1950 puede indicar esa mejora coyuntural en el consumo de alimentos. No obstante, al contrario de lo que aconteció en otros países, ésta no fue una tendencia duradera. En Portugal la resolución de los problemas alimentarios no implicaba retomar los niveles de consumo del pasado, exigía más bien que se procediese a transformaciones estructurales que promoviesen la modernización de la economía y el cambio social. Entendían los técnicos portugueses, sobre todo los que estaban más vinculados a las organizaciones internacionales, que el consumo alimentario debería ser un efecto de esas transformaciones.

CUADRO 1

*Portugal: consumo de alimentos per cápita (1938 y 1947-1974)*

<i>Año</i>	<i>Población por 1.000 habitantes</i>	<i>Calorías sin alcohol</i>	<i>Calorías totales</i>	<i>Proteínas animales (porcentaje)</i>	<i>Proteínas vegetales (porcentaje)</i>
1937-1938	6.940	2.040	2.158	20,4	39,1
1947	7.593	2.312	2.463	21,4	43,2
1948	7.673	2.283	2.495	20,1	42,0
1949	7.756	2.347	2.513	20,1	43,3
1950	7.824	2.503	2.668	22,5	48,8
1951	7.882	2.477	2.612	21,0	46,8
1952	7.910	2.351	2.547	22,5	43,7
1953	7.947	2.462	2.612	24,5	45,7
1954	7.891	2.464	2.680	23,9	47,2
1955	8.020	2.437	2.642	24,7	44,5
1956	8.057	2.509	2.770	24,5	45,2
1957	8.088	2.485	2.689	24,9	45,6
1958	8.132	2.382	2.554	25,9	42,8
1959	8.182	2.442	2.589	25,4	44,1
1960	8.230	2.528	2.693	23,7	45,3

<sup>50</sup> ROLLO, F.: *Portugal e a reconstrução...*, *op. cit.*

Año	Población por 1.000 habitantes	Calorías sin alcohol	Calorías totales	Proteínas animales (porcentaje)	Proteínas vegetales (porcentaje)
1961	8.298	2.545	2.732	27,4	45,3
1962	8.373	2.550	2.683	28,1	44,4
1963	8.438	2.671	2.843	27,1	48,1
1964	8.506	2.537	2.698	30,6	45,6
1965	8.427	2.690	2.815	32,0	46,2
1966	8.386	2.688	2.905	31,4	47,9
1967	8.351	2.864	3.045	34,9	51,3
1968	8.328	2.949	3.136	33,8	51,2
1969	8.272	3.010	3.213	37,4	51,4
1970	8.177	2.940	3.098	38,6	51,4
1971	8.097	2.959	3.191	38,2	50,2
1972	8.063	3.162	3.336	36,8	49,8
1973	8.046	3.158	3.334	42,0	49,8
1974	8.358	3.111	3.378	39,5	48,4

Fuente: CAMPOS, 1977.

El análisis de las «balanzas alimentarias» confirma que esas transformaciones no eran significativas a finales de los años cuarenta. Aunque algunos observadores pudiesen argumentar que, en ciertas regiones y periodos, la ración calórica se aproximaba a los patrones internacionales, era evidente que faltaban nutrientes básicos en la dieta de los portugueses. Se notaba especialmente la carencia de proteínas animales, calcio y diversas vitaminas (sobre todo B2 y PP). Gran parte de esas deficiencias se debían al escaso consumo de carne, leche y huevos. Según el cuadro 1, se constata que el consumo de proteínas animales alcanzó los 30 gramos diarios recomendados por los nutricionistas en la primera mitad de los años sesenta. Las «balanzas alimentarias» del INE<sup>51</sup> indican, asimismo, que los portugueses tuvieron acceso a la cantidad básica de las 2.400 calorías a partir de comienzos de la década de los cincuenta. Y que las 3.000 calorías recomendadas desde los años cuarenta, tan sólo se alcanzaron ya en la década de 1970.

<sup>51</sup> CAMPOS, J. S.: *A balança alimentar...*, *op. cit.*

En los años setenta, el consumo de alimentos se estaba desvinculando de la agricultura nacional y acercándose, en cambio, a las importaciones. Sin embargo, el Estado intentaba manejar con precaución estos negocios, procurando evitar los impactos negativos en la economía. Aun así, aunque a partir de la década de 1970 las medidas tomadas por los poderes públicos permitieron, sobre todo recurriendo a la importación, una mejora en la calidad y cantidad de los bienes alimentarios disponibles, no evitaron que, hasta mediados de los años ochenta, los portugueses se enfrentasen a periodos de escasez de leche, carne y otros bienes de consumo cotidiano.

## Conclusión

Para concluir, apenas dos notas.

Primera. Los agrónomos y economistas de la época<sup>52</sup> atribuyeron a la indisponibilidad política para hacer viables las transformaciones consideradas técnicamente imprescindibles, las causas principales del comportamiento desfavorable del PAB y de la agricultura en el conjunto del crecimiento económico de las décadas de 1950 a 1970. Argumentaban que los cambios necesarios (basados en la reestructuración fundiaria, asociada al regadío y a la intensificación productiva) podrían perjudicar a la base social que sostenía al *Estado Novo*, pero, sin embargo, contribuirían a incrementar la riqueza nacional y a colocar en el mercado bienes alimentarios que mejorasen la oferta a los consumidores. Sin políticas públicas adecuadas, la agricultura portuguesa habría perdido, entre las décadas de 1950 y 1970, una oportunidad crucial para modernizarse. Esta percepción se convirtió en dominante en el pensamiento económico y en la historiografía, pero, de hecho, la agricultura portuguesa presenta, como señala Oliveira Baptista<sup>53</sup>, múltiples signos de modernización. Aunque el modelo de industrialización de la agricultura dominante en occidente tras la Segunda Guerra Mundial y defendido por los técnicos portugueses no hubiese sido apenas implementado, la modernización siguió otros caminos. Los análisis ge-

---

<sup>52</sup> CALDAS, E. C.: *A agricultura portuguesa...*, *op. cit.*, y MOURA, F. P.: *Por onde vai a economia portuguesa?*, Lisboa, Publicações D. Quixote, 1969.

<sup>53</sup> BAPTISTA, F. O.: *A política agrária...*, *op. cit.*, y BAPTISTA, F. O.: *Agricultura e territórios*, Lisboa, Celta Editora, 2001, pp. 9-37.

nerales tienden a olvidar las dinámicas de modernización locales y regionales, asociadas a algunos productos (melón, tomate, horticultura, arroz, leche, etc.), que contribuían a aumentar la productividad de la tierra y las actividades comerciales, y satisfacían a algunos segmentos de mercado.

Segunda. El *Estado Novo* extendió la autarquía económica y las estrategias de soberanía alimentaria mientras le fue posible política y socialmente, despreciando las condiciones de abastecimiento y los impactos negativos de las carencias alimentarias entre los habitantes. En los años sesenta, el consumo de alimentos habitual en Portugal estaba visiblemente desconectado de los patrones europeos, lo que socialmente era insostenible y, además, percibido por las organizaciones internacionales. Pero en una época tumultuosa para Portugal, tanto interna como externamente, el régimen fue alterando cuidadosamente las condiciones de importación, buscando multiplicar las señales de prosperidad y de normalidad política.

*[Traducción del portugués: André Taboada Casteleiro]*

# *Ruralismo, fascismo y regeneración. Italia y España en perspectiva comparada*<sup>1</sup>

Gustavo Alares López  
European University Institute

*Resumen:* El siguiente artículo pretende analizar la función del ruralismo en los regímenes fascistas a través del análisis comparado del caso italiano y español. Desde nuestro punto de vista, la exaltación del mundo rural y el campesinado, lejos de constituir un ejercicio retórico de carácter instrumental o un reflejo del carácter antimoderno del fascismo, anidó en el corazón de la ideología fascista como ingrediente clave de su utopía de regeneración nacional. Un aspecto que no siempre ha sido tenido suficientemente en cuenta por parte de la historiografía.

*Palabras clave:* fascismo, franquismo, ruralismo, España, Italia.

*Abstract:* This article tries to explore the role of ruralism in fascist regimes by examining Italian and Spanish case. It argues that the rural ideology promoted by fascist was not a rhetorical exercise or a consequence of the anti-modern character of fascism. In fact, ruralism was an important element in fascist ideology as key ingredient of its national palingenetic utopia. A point often underestimated by current historiography.

*Keywords:* fascism, francoism, ruralism, Spain, Italy.

---

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación HAR2009-12080 del Ministerio de Ciencia e Innovación, coordinado por Carlos Forcadell Álvarez e Ignacio Peiró Martín.

## Introducción

Ante la dislocación de anteriores certezas por la desconcertante emergencia de las masas y la transmutación de valores generada a raíz del proceso de industrialización, las elites europeas de finales del siglo XIX orientaron su mirada hacia paisajes más apacibles y ordenados<sup>2</sup>. Y en esta búsqueda de ambientes más estables en el orden político y moral, la referencia a la tierra y al espacio rural fue —paradójicamente en un mundo lanzado al progreso técnico— uno de los principales asideros<sup>3</sup>. Una mirada bucólica asumida por la burguesía y puesta en práctica a través de la literatura, el excursionismo, los viajes, el conservacionismo y las actividades al «aire libre». El propio Albert Speer consignaría en sus memorias esta afición burguesa por la naturaleza, entendida como recorrido iniciático hacia los valores eternos y extrañamente primitivos que conservaba el campo:

«Muchos miembros de nuestra generación buscaban el contacto con la naturaleza. No se trataba sólo de una protesta romántica contra la estrechez burguesa; también huíamos de las exigencias de un mundo cada día más complejo. Nos dominaba el sentimiento de que nuestro entorno había perdido el equilibrio, mientras que en la naturaleza, en las montañas y en los valles fluviales, todavía podía percibirse la armonía de la Creación»<sup>4</sup>.

En el siguiente artículo pretendemos analizar el ruralismo del fascismo italiano, poniéndolo en relación con los elementos ruralistas del falangismo español y su desarrollo bajo el régimen de Franco. Desde nuestro punto de vista, la exaltación del mundo rural y el campesinado, lejos de constituir un ejercicio retórico de ca-

<sup>2</sup> FUSI, J. P.: «La crisis de la conciencia europea», en CABRERA, M.; JULIÁ, S., y MARTÍN P. (coords.): *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Pablo Iglesias, 1991, pp. 327-342.

<sup>3</sup> Un ejemplo del interés de la historiografía por el estudio de estos aspectos es el último número de la revista *Rural History*. Al respecto véase BURCHARDT, J.: «Rurality, Modernity and National Identity between the Wars», *Rural History*, 21:2 (2010), pp. 143-150, y «La Edad Media como espejo y refugio espiritual en la Europa de entreguerras», *Jerónimo Zurita*, 82 (2008), pp. 11-26.

<sup>4</sup> SPEER, A.: *Memorias*, Barcelona, El Acantilado, 2001, p. 30.

rácter instrumental o un reflejo del carácter antimoderno del fascismo, anidó en el corazón de la ideología fascista como ingrediente clave de su proyecto de regeneración nacional<sup>5</sup>.

### ***Ruralità virile* y antiurbanismo en la Italia de Mussolini**

Gran parte de la construcción de esta ruralidad mítica por parte del fascismo provino de una desdeñosa mirada hacia la ciudad. Las primeras décadas del siglo XX asistieron a los primeros intentos científicos de someter bajo control a la ciudad y a su supuesta naturaleza desestabilizadora<sup>6</sup>. Una atención hacia la ciudad que en el fascismo derivó en la patologización del fenómeno urbano —*hipocondría urbana* lo ha denominado Federico Caprotti—<sup>7</sup> y que en última instancia supuso la consideración de la ciudad como un lugar de desorden social, degeneración moral y apatía racial.

Sobre el lecho de un agrarismo de corte social católico previo a la Gran Guerra, el fascismo italiano articuló un ruralismo caracterizado por una retórica belicosa, palingénésica y ultranacionalista.

Ejemplo paradigmático fueron las invectivas antiurbanas y anticosmopolitas de los intelectuales vinculados al movimiento *Str-*

---

<sup>5</sup> Considero especialmente útil la noción de fascismo acuñada por Roger Griffin y que lo define como «a revolutionary form of nationalism, one that set out to be a political, social and ethical revolution, welding the “people” into a dynamic national community under new elites infused with heroic values. The core myth that inspires this project is that only a populist, trans-class movement of purifying, cathartic national rebirth (palingenesis) can stem the tide of decadence». GRIFIN, R.: *The Nature of Fascism*, Nueva York, St. Martin's Press, 1991, p. XI.

<sup>6</sup> A este respecto cabría destacar SIMMEL, G.: «Metropolis and mental life», en WOLFF, K. H. (ed.): *The Sociology of Georg Simmel*, Nueva York, The Free Press of Glencoe, 1950, y los trabajos de la denominada Escuela de Chicago encabezados por Robert Park. Sirva como ejemplo el artículo programático de este último, PARK, R.: «The City: Suggestions for the Investigation of Human Behavior in the City Environment», *The American Journal of Sociology*, 20:5 (1915), pp. 577-612.

<sup>7</sup> CAPROTTI, F.: «Patologías de la ciudad: hipocondría urbana en el fascismo italiano», *Bifurcaciones*, 6 (2006), edición digital en [http://www.bifurcaciones.cl/006/bifurcaciones\\_006\\_Caprotti.pdf](http://www.bifurcaciones.cl/006/bifurcaciones_006_Caprotti.pdf) (acceso: noviembre de 2010). Un desarrollo del tema con mayor amplitud en ID.: *Mussolini's cities. Internal Colonialism in Italy, 1930-1939*, Nueva York, Cambria Press, 2007. En su definición sigue a BEATEN, G.: «Hypochondriac geographies of the city and the new urban dystopia. Coming to terms with the “other” city», *City*, 6:1 (2002), pp. 103-115.

paese y congregados por Mino Maccari en torno a la revista *Il Selvaggio*, dando fe de su preferencia por el *Omo Salvatico* frente a la modernidad industrial y conminando al propio Mussolini a purificar la «pútrida cloaca» de «anime flaccide e dei tiscici petti, degli occhi aguzzi e delle dita vischiose», metáfora de las patologías de una Roma previamente estigmatizada por los *squadristi*<sup>8</sup>. El propio Mussolini aludió explícitamente al carácter rural del fascismo, pero con una necesaria puntualización de términos entre lo rural y lo agrario: «Rurale e non agrario. [...] Agrarî sono un conto; i rurali sono un altro. Gli Agrarî sono grandi proprietari di terre e, salvo lodevoli eccezioni, fortemente conservatori; i rurali sono mezzadri, fittabili, piccoli proprietari, giornalieri. Tra fascismo e Agrarî non corre buon sangue»<sup>9</sup>.

Frente al tratamiento romántico del mundo rural y la «literatura arcádica», y frente a la apelación al campesinado en clave católica y tradicional por parte del Partito Popolare, la «ruralità virile» del fascismo —y en consonancia con los valores propugnados para el «hombre nuevo» fascista— estableció un modelo de campesino (el «buon contadino») caracterizado por la virilidad, la fecundidad, la frugalidad de costumbres y un primitivo sentido del deber que ya había sido puesto heroicamente a prueba durante la Gran Guerra<sup>10</sup>. El propio Mussolini se convirtió en paradigma de esta nueva virilidad fascista. Una virilidad de trinchera que recogía los ecos de los *arditi* y que se encontró estrechamente vinculada a la potencia de la raza y el natalismo<sup>11</sup>.

<sup>8</sup> Entrecomillados extraídos de ZARATHUSTRA (MACCARI, M.): «Mussolini e Roma», *Il Selvaggio*, 27 de enero de 1925, p. 2, citado en DI MICHIELE, A.: «I diversi volti del ruralismo fascista», *Italia contemporanea*, 199 (1995), p. 256. Sobre *Il Selvaggio* véase ADAMSON, W. L.: «The Culture of Italian Fascism and the Fascist Crisis of Modernity: The Case of *Il Selvaggio*», *Journal of Contemporary History*, 30:4 (1995), pp. 555-575. Un movimiento que, sin embargo, no rechazaba la modernidad *per se*, tal y como ha señalado GENTILE, E.: *The struggle for modernity: Nationalism, Futurism, and Fascism*, Westport-Londres, Praeger Publishers, 2003, p. 61.

<sup>9</sup> MUSSOLINI, B.: «Il Fascismo e i rurali», *Il Popolo d'Italia*, 1 de junio de 1922, citado en SUSMEL, E., y SUSMEL, D. (eds.): *Opera Omnia di Benito Mussolini*, vol. XVIII, Florencia, La Fenice, 1958, pp. 201-207.

<sup>10</sup> En torno al «hombre nuevo» fascista véase GENTILE, E.: *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza, 2002, especialmente pp. 247-274.

<sup>11</sup> En torno a la construcción de la virilidad mussoliniana véase PASSERINI, L.: *Mussolini immaginario*, Roma-Bari, Laterza, 1991, pp. 101 y ss.

Y junto a una regeneración espiritual de la nación que debía tener su partida en torno a los valores atribuidos al campesinado, la atención prestada al mundo rural se fundamentó también sobre elementos más pragmáticos. Así, junto a la voluntad de llevar a cabo una transformación estructural que proporcionara estabilidad social al régimen —teniendo como horizonte más próximo las agitaciones durante el *biennio rosso*—, la obsesión demográfica constituyó otro de los elementos que articularon el ruralismo fascista. Ante la preocupación por la decadencia de la raza y el descenso de la natalidad, Mussolini consideró el aumento de la población premisa indispensable para el engrandecimiento de la nueva Italia. Tal y como expresó Arrigo Serpieri, «conservare un *alto grado di ruralità*, il Fascismo giudica di importanza fondamentale —insieme morale, politica ed economica— perchè esso è garanzia di incremento demografico, condizione prima di potenza; perchè esso assicura la sanità, fisica e morale, della razza; perchè esso favorisce le virtù del lavoro e del risparmio, cardini di ogni progresso nella produzione; perchè esso orienta questa verso l'approvvigionamento dei fondamentali alimenti, e assicura quindi una maggiore autonomia alla Nazione»<sup>12</sup>.

Y habiendo localizado en el urbanismo industrial la principal causa de la esterilidad de la población —como expresó el Duce en su «Discurso dell'Ascensione» en 1927— convino, llegado el momento, sentar las nuevas bases de la nación. Es decir, llegó el momento de la ruralización de Italia<sup>13</sup>.

De esta manera, el campo devino en espacio predilecto sobre el que construir la generación de nuevos italianos, purificados por las virtudes taumatúrgicas de la tierra, capaz de transformar y regenerar física y moralmente a los hombres<sup>14</sup>. Junto a la elaboración de

---

<sup>12</sup> SERPIERI, A.: «La bonifica integrale nella storia e nella realtà odierna. Roma, ottobre, 1932», en SERPIERI, A.: *La Legge sulla Bonifica Integrale nel terzo anno di applicazione*, Roma, Istituto Poligrafico dello Stato, 1933, p. 214.

<sup>13</sup> «Era tempo di dirle queste cose; se no, si vive nel regime delle illusioni false e bugiarde, che preparano delusioni atroci. I spiegherete quindi che io aiuti l'agricoltura, che mi proclami rurale; vi spiegherete quindi che io non voglia industrie intorno a Roma; vi spiegherete quindi come io non ammetta in Italia che le industrie sane, le quali industrie sane sono quelle che trovano da lavorare nell'agricoltura e nel mare». MUSSOLINI, B.: «Il discorso dell'Ascensione alla Camera dei deputati», 26 de mayo de 1927, en SUSMEL, E., y SUSMEL, D. (eds.): *Opera Omnia...*, op. cit., vol. XXII, pp. 360-390, especialmente p. 367.

<sup>14</sup> «La tierra toma al hombre en su totalidad y le impone tales deberes y tal concepto de su responsabilidad, le incitan [*sic*] a interesarse por los seres futuros

toda una cartografía de virtudes y valores atribuidos al mundo rural y requeridos para el «nuevo italiano», el ruralismo fascista pretendió integrar al campesinado en la vida política nacional y en la propia historia italiana, completando así la obra imperfecta del *Risorgimento*<sup>15</sup>. A su vez, la nueva Italia ruralizada representó la culminación de un enfrentamiento secular entre el mundo rural y el urbano, que encontró su paralelismo histórico en la victoria final de la Roma clásica «rustica e povera», frente a la «commerciale» y «plutocrática Cartagine»<sup>16</sup>.

*Ruralità* y *romanità* fueron los pilares sobre los que descansó la creación retórica de la nueva Italia. Pero en cualquier caso, *romanità* y *ruralità* no remitían a un pasado nostálgico y estático, sino que, convenientemente depuradas, ambas nociones pretendieron establecer las bases morales del futuro fascista. Como ha señalado Emilio Gentile, «el fascismo no sentía nostalgia de un reino del pa-

---

tanto o más aún que por los presentes. Ella es una excelente educadora, una escuela de sacrificio y de moralidad, porque el peligro es continuo, imposible de prever y mudable como las mismas fuerzas de la naturaleza». Así se expresaba BAVARELLI, G. C.: *La «Bonifica integral» en Italia*, Roma, Società Editrice di «Novissima», 1935, p. 21. Una confianza en el mundo rural como purificador moral y racial, compartida igualmente por el *Blut und Boden* del Tercer Reich. Al respecto véase SANZ, G.: «Naturaleza y nacionalsocialismo. Una aproximación a *Blut und Boden* y a Richard Walter Darré», en *VVAA: Usos públicos de la Historia*, vol. II, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2002, pp. 971-972. Y con mayor amplitud, D'ONOFRIO, A.: *Razza, sangue e suolo. Utopie della razza e progetti eugenetici nel ruralismo nazista*, Nápoles, Clio Press, 2007. Una primera aproximación a alguna de estas cuestiones la efectuamos en ALARES, G.: «El vivero eterno de la esencia española. Colonización y discurso agrarista en la España de Franco», en SABIO, A. (coord.): *Colonos, territorio y Estado. Los pueblos del agua de Bardenas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010, pp. 57-80. Sobre el ruralismo del Ständestaat austriaco y la Grecia de Metaxas véase DEL ARCO, M. A.: «La marea autoritaria: nacimiento, desarrollo y consolidación de regímenes parafascistas en Austria y España», *Historia Contemporánea on line*, 12 (2007), pp. 119-131, y BREGIANNI, C.: «La utopía rural de un régimen autoritario. La política cooperativista durante la dictadura de Metaxas (Grecia, 1936-1940)», *Historia Agraria*, 42 (2007), pp. 327-351, respectivamente. Respecto a la Francia de Vichy véase FAURE, C.: *Le Project culturel de Vichy*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1989, y PEARSON, C.: *Scarred Landscapes. War and Nature in Vichy France*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2008, entre otros.

<sup>15</sup> Al respecto véase MUSSOLINI, B.: «Il fascismo e...», *op. cit.*, pp. 201-207.

<sup>16</sup> La cita completa: «Spesso la storia umana è stato null'altro che contrasto fra società rurali e società industriali o commerciali. Roma-la rustica e povera Roma-vince la ricca, la commerciale, la plutocratica Cartagine». SERPIERI, A.: *Problemi della terra nell'economia corporativa*, Roma, Edizioni del Diritto del Lavoro, 1929, p. 117.

sado que reconstruir; no instauró el culto de la tradición como sublimación del pasado en una visión metafísica de orden intangible que preservar íntegro, segregándolo del ritmo acelerado de la vida moderna [...] El pasado debía ser una “plataforma de combate para salir en busca del porvenir”<sup>17</sup>.

### Recreando la utopía: *bonifica integrale* y nueva ciudad

La vocación ruralista del fascismo italiano encontró su máximo desarrollo en las sucesivas «batallas del grano» iniciadas en 1925, y sobre todo en la política de *bonifica integrale*. Esta última consolidó de manera definitiva la intervención del Estado en la ordenación del territorio y la política agraria, dando término a una serie de políticas iniciadas en décadas anteriores y tendentes a implicar a los poderes públicos en la ordenación agrícola del país<sup>18</sup>.

Bajo el liderazgo de Arrigo Serpieri —uno de los técnicos agrónomos más prestigiosos del momento y subsecretario de Agricultura entre 1929 y 1935—, la *bonifica integrale* se convirtió en una de las prioridades del régimen fascista<sup>19</sup>. Hasta que la empresa etíope y la posterior entrada de Italia en la Segunda Guerra Mundial relegaran a un segundo plano el mastodóntico proyecto

<sup>17</sup> GENTILE, E.: *Fascismo. Historia...*, op. cit., pp. 311-312.

<sup>18</sup> Sobre la política agraria fascista, y en concreto sobre la *bonifica*, cabe destacar: STAMPACCHIA, M.: *Tecnocrazia e ruralismo. Alle origini della bonifica fascista (1918-1928)*, Pisa, Ets, 1984; BEVILACQUA, P., y ROSSI-DORIA, M.: *Le bonifiche in Italia dal 700 a oggi*, Roma-Bari, Laterza, 1984; BARONE, G.: *Mezzogiorno e modernizzazione. Eletticità, irrigazione e bonifica nell'Italia contemporanea*, Turín, Einaudi, 1986; BEVILACQUA, P. (ed.): *Storia dell'agricoltura italiana in età contemporanea*, 3 vols., Venecia, Marsilio, 1990; VOCHTING, F.: *La bonifica delle Pianura pontica*, Roma, Sintesi informazione, 1990; MARASTI, F.: *Il fascismo rurale: Arrigo Serpieri e la bonifica integrale*, Edizioni Settimo Sigillo, 2001; NOVELLO, E.: *La bonifica in Italia. Legislazione, credito e lotta alla malaria dall'Unità al fascismo*, Milán, Franco Angeli, 2003, y STAMPACCHIA, M.: «Ruralizzare l'Italia!». *Agricoltura e bonifiche tra Mussolini e Serpieri (1928-1943)*, Milán, Franco Angeli, 2000. De la misma manera, también resulta de interés la trilogía de Renzo de Felice en torno a Benito Mussolini: DE FELICE, R.: *Mussolini il rivoluzionario (1883-1920)*, Turín, Einaudi, 1995; íd.: *Mussolini il fascista*, Turín, Einaudi, 1995, e íd.: *Mussolini l'alleato (1940-1945)*, Turín, Einaudi, 1995.

<sup>19</sup> Respecto a Arrigo Serpieri (1877-1959) véase DE GRAZIA, V., y LUZZATTO, S.: voz «Serpieri, Arrigo», *Dizionario del fascismo*, vol. II, Turín, Einaudi, 2002, pp. 622-623.

de ruralizar Italia, la *bonifica* acaparó un ingente volumen de recursos económicos y humanos. A fecha de 1942, más de nueve millones y medio de hectáreas habían sido intervenidas y doce nuevas ciudades construidas, habiéndose llevado a cabo el asentamiento de decenas de miles de nuevos colonos<sup>20</sup>. Durante ese periodo, la Opera Nazionale Combattenti (ONC) fue la que llevó a cabo todas las tareas de saneamiento, parcelación, construcción de edificios públicos y viviendas, y el propio asentamiento de los colonos<sup>21</sup>. Un fenómeno de enorme amplitud e implicaciones que, no obstante, no ha sido suficientemente tratado por la historiografía italiana<sup>22</sup>.

Aunque la *bonifica* afectó a diversas zonas del territorio italiano —culminando en 1940 con el grandilocuente «assalto al latifondo siciliano»—, lo cierto es que ésta alcanzó su mayor desarrollo y visibilidad en el Agro Pontino, una zona insalubre situada al sur de Roma y asolada de manera endémica por la malaria<sup>23</sup>. Entre 1932 y 1939 el régimen fundó cinco nuevas ciudades, Littoria, Sabaudia, Pontinis, Aprilia y Pomezia, que a partir de 1934 integraron la nueva provincia de Littoria. Ésta fue la constatación material de la

---

<sup>20</sup> Las estadísticas oficiales de 1942, último año del que se disponen datos, aluden a un total de 9.685.215 hectáreas. Datos extraídos de STAMPACCHIA, M.: «*Ruralizzare l'Italia!...*», *op. cit.*, pp. 402-410.

<sup>21</sup> La Opera Nazionale Combattenti fue fundada en 1917 para ofrecer su asistencia a los ex-combatientes de la Gran Guerra. Al respecto véase BARONE, G.: «Statalismo e riformismo: l'Opera Nazionale Combattenti (1917-1923)», *Studi Storici*, 25:2 (1984), pp. 203-244. Su órgano de comunicación, *La Conquista della terra*, publicado entre 1930 y 1943, fue uno de los principales portavoces del ruralismo fascista. Un análisis a partir de la legislación reguladora de esta entidad en CICCOTZI, E.: «L'Opera Nazionale per i Combattenti», en VVAA: *Opera nazionale per i Combattenti Progetti*, Roma, Ministero per i Beni e le Attività Culturali, 2007, pp. IX-LXX.

<sup>22</sup> Tal y como señalaba Mauro Stampacchia, «Ancora oggi tuttavia la bonifica integrale in epoca fascista non ha acquisito il risalto storiografico che meriterebbe». STAMPACCHIA, M.: «Dalla bonifica alla guerra: la politica agraria del fascismo», en MOIOLI, A. (ed.): *Con la vanga e col moschetto. Ruralità, ruralismo e vita quotidiana nella RSI*, Venecia, Marsilio Editori, 2006, p. 110.

<sup>23</sup> Sobre el denominado «assalto al latifondo siciliano» véase STAMPACCHIA, M.: «Sull' "assalto" al latifondo siciliano nel 1939-1943», *Rivista di storia contemporanea*, 7:4 (1978), pp. 586-610. Una visión de conjunto de la *bonifica* en el Agro Pontino en FRANDSEN, S. B.: «"The war that we prefer": The Reclamation of the Pontine Marshes and Fascist Expansion», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 2:3 (2001), pp. 69-82.

ampliación del territorio nacional a través de la *bonifica*, a modo de colonización interior y conquista de una Italia irredenta y secularmente olvidada. Porque junto a la satisfacción de los impulsos ruralistas, la *bonifica* también representó una metáfora de la capacidad regeneradora del fascismo, implicado ahora en el saneamiento de la naturaleza y del paisaje nacional a través de una guerra interior liderada por los «contadini-soldati» de la ONC<sup>24</sup>. En este sentido, el Agro Pontino se erigió como ejemplo visible de la potencia de la Italia fascista y en una plataforma propagandística de amplia proyección internacional. Esa «guerra que noi preferiamo» —tal y como Mussolini denominó a la *bonifica*— tuvo como fin último la dominación de la naturaleza y la creación de un nuevo paisaje sobre el que construir la nueva Italia, estableciendo así el fascismo como horizonte culminante y definitivo de la historia nacional<sup>25</sup>. Una gesta que, en palabras de Arrigo Serpieri, requería el concurso de la poesía para ser narrada en toda su amplitud<sup>26</sup>.

Junto a la retórica belicista de la *bonifica*, la figura del «contadino-soldato» entroncó con la imaginación histórica del fascismo constituyendo un nuevo vínculo con el pasado de la Roma imperial. El propio Mussolini, como «bonificatore dell'agro italiano», se implicó de lleno en la regeneración del suelo patrio, participando activamente en las labores agrícolas y presentándose como continuador de la grandeza del Imperio Romano —también en su vertiente de agrimensur—, evocando antiguos rituales romanos como la delimi-

---

<sup>24</sup> Una redención total, tal y como contemplaban los responsables de la ONC: «Non soltanto quindi opera di redenzione terriera; ma anche opera di penetrazione civile; case, abitazioni, acquedotti, saranno le tappe, le pietre militari attraverso le quali passerà la azione redentrice», en *L'opera nazionale per i combattenti*, Roma, 1926, p. 42.

<sup>25</sup> Un argumento explicitado de manera recurrente por la propaganda del régimen. Así, en 1933 y dirigiéndose a los colonos del Agro Pontino, Benito Mussolini subrayaba la función regeneradora del fascismo como culminación de un proceso de siglos: «Nessuno deve dimenticare che, da venti secoli, qui dominava la morte e che soltanto la rivoluzione delle camicie nere si ha postato la vita e per sempre». MUSSOLINI, B.: «Ai coloni dell'Agro Pontino», *Il Popolo d'Italia*, 11 de diciembre de 1933, en SUSMEL, E., y SUSMEL, D. (eds.): *Opera Omnia...*, op. cit., vol. XXVI, p. 124, e íd.: «La nascita di Littoria», 18 diciembre 1932, en SUSMEL, E., y SUSMEL, D. (eds.): *Opera Omnia...*, op. cit., vol. XXV, p. 184.

<sup>26</sup> «Molti poeti hanno cantato le lotte degli uomini contro gli uomini: dovrà venire un poeta che canti questa titanica lotta dell'uomo che trasforma, e trasformando conquista, la terra». SERPIERI, A.: *Problemi della terra...*, op. cit., p. 114.

tación del perímetro de las nuevas ciudades *pontinas*<sup>27</sup>. Nuevamente, *romanità* y *ruralità* se entrelazaron para tejer el imaginario del fascismo y nutrir las fuentes de su proyecto de sociedad futura.

Y en este contexto historizante no sorprende que las ciudades *pontinas* se inspiraran arquitectónicamente en modelos bajomedievales toscanos, articulándose sobre una planta en retícula que aludía a las fundaciones de la Roma clásica. Pero junto a estos elementos extraídos del pasado nacional, los proyectos de las nuevas ciudades *pontinas* destacaron igualmente por su funcionalidad<sup>28</sup>. Simplicidad de líneas, jerarquización de los espacios, higienismo y una mirada historicista que pretendía recrear los espacios arquitectónicos que fueron testigos del glorioso pasado italiano, pero que a su vez integró la funcionalidad necesaria para el desenvolvimiento de la vida de los nuevos campesinos:

«In Pontinia tutto il superfluo è stato sacrificato: rimane il puro necessario per soddisfare a quelli che sono i bisogni essenziali e fondamentali della vita, intesa secondo il concetto unitario e fascista. Anche Pontinia avrà tutti gli edifici che accoglieranno gli organi amministrativi e le varie istituzioni del Regime, ma tutto respirerà (mi si consenta la parola) un'aria prettamente agreste, fatta di semplicità e di salute»<sup>29</sup>.

Con su intervención en las ciudades *pontinas*, el fascismo ambicionó crear un nuevo ecosistema articulado en torno a la integración de elementos urbanos y rurales, una mezcla de tradición y técnica, de pasado y de futuro, pretendiendo alcanzar una síntesis de carácter híbrido que expresara la dominación de los instintos negativos inherentes al espacio urbano y las posibilidades regeneradoras del fascismo<sup>30</sup>. De esta manera, el Agro Pontino, saneado y

---

<sup>27</sup> FALASCA ZAMPONI, S.: *Lo spettacolo del fascismo*, Calabria, Rubbettino Editore, 2003, pp. 149 y ss.

<sup>28</sup> GHIRARDO, D., y FORSTER, K.: «I modelli delle città di fondazione in epoca fascista», en DE SETA, C. (ed.): *Storia d'Italia*, annali 8, Turín, Einaudi, 1985, especialmente pp. 640-674.

<sup>29</sup> CENCELLI, O.: «Littoria provincia rurale», *La Conquista della Terra*, diciembre de 1934, p. 5, citado en MARIANI, R.: *Fascismo e città nuove*, Milán, Feltrinelli, 1976, p. 260.

<sup>30</sup> CAPROTTI, F.: «Destructive creation: fascist urban planning, architecture and New Towns in the Pontine Marshes», *Journal of Historical Geography*, 33 (2007), pp. 651-679.

redimido, disciplinado y fascista, ingresó como pieza de primer orden en el repertorio estético del fascismo italiano, convirtiéndose en muestra permanente de las realizaciones del régimen y permitiendo a su vez la puesta en práctica —aunque fuera a escala reducida— del modelo de nueva sociedad auspiciado por el fascismo.

La que Mauro Stampacchia ha denominado «la bonifica del mito» se sustanció en imágenes y sentimientos más que en resultados tangibles<sup>31</sup>. La *bonifica*, sometida al primado de lo político y lo espiritual, adquirió un significado trascendental más allá de la materialidad de sus resultados<sup>32</sup>. De esta manera, la *bonifica integrale* no solventó el problema agrario italiano, tal y como se evidenció tras la guerra con la reactivación de las reivindicaciones campesinas y la puesta en marcha de una reforma agraria de carácter estructural bajo el liderazgo de la democracia cristiana. Es más, las sucesivas «batallas del grano» representaron un elemento distorsionador para la economía agraria del país, tal y como han señalado diversos autores<sup>33</sup>.

Pero incluso en los estertores de un régimen superado por las circunstancias bélicas, la confianza en un nuevo resurgimiento nacional inspirado en la «primitiva grandezza rurale» se mantuvo entre aquellos creyentes en la ruralización de Italia<sup>34</sup>.

---

<sup>31</sup> Así, frente a la «bonifica dei numeri», la «bonifica del mito» se compuso «di immagini e di sentimenti, e vale non tanto per i risultati che si possono quantificare a fine progetto ma per la sua capacità di trascinare le coscienze e determinare, in ultima analisi, consenso, non statico ma dinamico, che non si limita cioè a raccogliere adesione passiva sulla base del mantenimento della situazione esistente, ma lo ricerca a partire dalla predisposizione di una progettualità sociale, intesa come capacità di predisporre a realizzare un progetto di società, in questo caso una modernizzazione guidata, trasformatrice, socializzante, lungo gli schemi, appunto, di una inedita “ruralizzazione”». STAMPACCHIA, M.: «*Ruralizzare l'Italia!...*», *op. cit.*, p. 210.

<sup>32</sup> Según Mussolini: «Bonifica integrale significa realizzare il rapporto fra l'uomo e la terra più adatto ai fini della migliore convivenza sociale: significa meglio dislocare gli uomini sulla terra, da regioni oggi congestionate ad altre spopolate, in forme sane di colonizzazione. Ai valori economici si affiancano così i più alti valori spirituali. Si tratta non solo di una maggiore produzione, ma della sede della vita umana e dei suoi rapporti sociali; dei mezzi dei comunicazione e di scambio, non solo dei beni economici, ma delle idee, dei beni spirituali». MUSSOLINI, B.: «L'Agricoltura e i rurali», *Discorsi e scritti di Benito Mussolini*, Roma, Libreria del Littorio, 1932, p. 47.

<sup>33</sup> STAMPACCHIA, M.: «*Ruralizzare l'Italia!...*», *op. cit.*, pp. 402-405.

<sup>34</sup> «A tale grandezza rurale che fu granitica base di grandezza morale e politica si riannoda il ricorso storico dell'attuale rinascita terriera. Ed è fatidico ed augurale che, mentre le falangi dei nostri rurali venivano riportando alla vivificazione del sole

## «España es casi toda campo». Ruralismo falangista y colonización agraria

Junto al carlismo y su utopía en torno a una idealizada comunidad rural gobernada por la tradición y las Viejas Leyes, la Confederación Nacional Católico-Agraria (CNCA) —fundada en abril de 1916— vino a aunar las diversas tendencias *agrarias* auspiciando un proyecto de cooptación de las masas rurales desde el catolicismo conservador. Sus actividades se centraron en la reclamación de la intervención estatal para la salvaguardia de la actividad agraria a través del establecimiento de tasas mínimas para el trigo, restricciones a las importaciones y una cerrada defensa de la propiedad privada y de los valores católicos tradicionales<sup>35</sup>.

A su vez, el énfasis en un mundo rural idealizado, en contraposición al deshumanizado y corrupto mundo urbano, se convirtió en uno de los lugares comunes de la retórica fascista durante la Segunda República<sup>36</sup>. El propio Onésimo Redondo concretó las aspi-

---

d'Italia le zolle da secoli ascosa già risonanti di echi trionfali al passo dei legionari di Roma, sia squillata, in un giugno maturo, quando il seme del grano ci si ridona centuplicato, la nuova diana di guerra. I rurali sono accorsi donandosi con eroismo e con infinito amore per la grandezza della Madre comune. Un nuovo ciclo storico viene già germinando dal loro sangue e noi ne intravediamo la splendente aurora. Debellate le oscure forze del male, e spezzate finalmente tutte le catene con l'eroismo dei suoi figli, la Patria vittoriosa affrancherà le genti negli eterni principi di Roma e riavrà insieme con la primitiva grandezza rurale anche quella morale e politica nella giustizia santa del lavoro». Extraído de NANNINI, S.: *La colonizzazione interna e le opere di Bonifica nei primi vent'anni di regime fascista*, Roma, Istituto Nazionale per la Relazioni Culturali con l'Estero (IRCE), 1942, pp. 14-15.

<sup>35</sup> En torno a la influencia del catolicismo social en el campo resultaron pioneros en España los trabajos de MONTERO, J. R.: *La CEDA: el catolicismo social y político en la Segunda República*, 2 vols., Madrid, Revista del Trabajo, 1977, y el amplio estudio sobre la Confederación Nacional Católica Agraria de CASTILLO, J. J.: *Proprietarios muy pobres*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1979. Sobre el catolicismo social y la apelación a la «patria chica» como instrumento moderno en la ampliación de las bases políticas del conservadurismo véase VALLS, R.: *La derecha regional valenciana: el catolicismo político valenciano (1930-1936)*, Valencia, Institución Alfons el Magnánim, 1992.

<sup>36</sup> Sobre el antiurbanismo del falangismo véase GÓMEZ, C.: *Políticos, burócratas y expertos. Un estudio de la política agraria y la sociología rural en España (1936-1959)*, Madrid, Siglo XXI, 1995, especialmente pp. 53-62. Una aproximación a los «mitos rurales» del primer franquismo en HERNÁNDEZ, C., y DEL ARCO, M. A.: «Azadas en pie de guerra: mito y programa agrario del régimen franquista durante

raciones de sus Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista en la instauración de un nuevo *Estado nacional agrario*, expresión máxima de la intervención del campesinado en la política nacional y culminación de una «España renovada e imperial»<sup>37</sup>. En este contexto, la tierra recibió unos atributos trascendentales. Tal y como aludió José Antonio Primo de Rivera, la tierra era «depositaria de valores eternos, la austeridad en la conducta, el sentido religioso en la vida, el habla y el silencio, la solidaridad entre los antepasados y los descendientes»<sup>38</sup>. Y de la misma manera, el fascismo procuró integrar al campesinado en la vida política nacional y hacerlo protagonista de la regeneración espiritual de la patria:

«Todo depende de vosotros, labradores. De que sacudáis de una vez vuestra fe en políticos, en charlatanes y en panaceas llegadas del Parlamento de Madrid [...] Levantar la vida del campo es levantar la vida de España. Nuestra patria espera el instante de un gran resurgimiento campesino, que será la señal de su nueva grandeza»<sup>39</sup>.

De manera paralela, Madrid fue representada como una nueva Babilonia omnívora, depredadora moral y material de los productos generados en un campo virtuoso subordinado a la exigencias de la urbe. Ante esta perspectiva, la única solución transitó por la reedición del fuego purificador sobre Sodoma y Gomorra: «Antes de que Madrid y sus políticos y periodistas hayan terminado de

---

la Guerra Civil (1936-1939)», en *XIII Congreso de Historia Agraria. Congreso Internacional de la SEHA*, Lleida, 2011, edición digital <http://www.seha.info/congresos/2011/S3-Hernandez,%20Claudio.pdf>.

<sup>37</sup> «Se construirá el *nuevo Estado nacional* agrario, y entonces es cuando el movimiento orgánico de los labradores de toda España habrá *intervenido* oportuna y definitivamente en la política: con los campesinos sin tierra, con los obreros, con los demás productores, todos en un haz para dar nacimiento a la España renovada e imperial». Entrecomillado extraído de REDONDO, O.: «El movimiento agrario ¿basta?», *Igualdad*, 49 (23 de octubre de 1933), en REDONDO, O.: *Obras completas de Onésimo Redondo*, vol. II, Madrid, Dirección General de Información, 1954, p. 457.

<sup>38</sup> PRIMO DE RIVERA, J. A.: «Discurso de proclamación de Falange Española y de las JONS. Valladolid, 4 de marzo de 1934», en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera*, Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina de FET-JONS, 1959, p. 189.

<sup>39</sup> Entrecomillado extraído de «Hojas de la Falange. Labradores», *Arriba*, 18 (7 de noviembre de 1935), p. 686.

arruinar a la Agricultura, tendréis que ir a purificar por el fuego aquella charca de inmoralidad: Ya sabéis una dirección para poner la primera tea»<sup>40</sup>.

Así, frente a la corrupta capital y «las ciudades absortas por y ante la metrópoli», Onésimo Redondo proponía «la España castellana y rural, concentrada, depurada en lo que hemos llamado “la Castilla pequeña”». Frente al europeísmo, al cosmopolitismo y a los influjos extranjerizantes de occidente y oriente, la Castilla rural, «incontaminada en su retiro», que mantenía incólume su «genuina potencia regeneradora» resistiendo ante los ataques provenientes desde los «nidos de sefarditas en Oriente hasta los lupanares del papel impreso en Washington, Londres o París». Era ahí, desde este espacio puro que condensaba las esencias nacionales, desde donde debía iniciarse la regeneración de España<sup>41</sup>.

Y con la llegada del preconizado «resurgimiento campesino», el 18 de julio de 1936 Madrid fue definitivamente transformada en *Madridgrado*: proletario y ateo, chekista y rojo, resistente y derrotado<sup>42</sup>. En cierto sentido, la propia guerra civil pudo entenderse como el enfrentamiento definitivo entre la ciudad y el campo, entre la pureza de la nación y sus tradiciones constitutivas, y el artificio de unas ciudades infestadas por el liberalismo y el marxismo<sup>43</sup>.

Todo lo anterior quedó plasmado en un programa agrario que, no obstante, destacó por su falta de concreción. Explicitado esquemáticamente en los puntos programáticos 17 al 22 de Falange, la política agraria falangista se sustentó en la insistencia en la creación de patrimonios familiares, el impulso de la reforestación, la protección arancelaria y el fomento de la política hidráulica. Unas propuestas en gran parte coincidentes con las de la CNCA y cuya

---

<sup>40</sup> *Libertad*, 9 (10 de agosto de 1931), citado en REDONDO, O.: *Obras completas...*, op. cit., vol I, p. 159.

<sup>41</sup> Entrecomillado extraído de REDONDO, O.: «Castilla en España», en *Obras completas...*, op. cit., vol. II, pp. 413-425.

<sup>42</sup> Un análisis de la visión de Madrid por los sublevados en MAINER, J. C.: «De Madrid a Madridgrado (1936-1939): la capital vista por sus sitiadores», en MAINER, J. C.: *La corona becha trizas (1930-1960)*, Madrid, Crítica, 2008, pp. 193-220.

<sup>43</sup> Este enfrentamiento entre lo rural y lo urbano lo anticipó brillantemente Javier Ugarte en *La nueva Covadonga insurgente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998. Por su parte, Xosé-Manoel Núñez efectúa una aproximación al mismo en el contexto de la guerra civil en *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, especialmente pp. 284-291.

ambigüedad fue suplida por un voluntarismo y un afán redentor que afectó a todos los aspectos de la vida nacional<sup>44</sup>. Y junto a las medidas anteriores, Falange auspició un ambiguo y limitado proceso de distribución de la tierra que se vería en parte materializado en la denominada colonización interior<sup>45</sup>.

## Colonización agraria

La que se contempló como principal iniciativa para el campo español, la colonización interior, fue precedida por la laminación de la reforma agraria republicana y el establecimiento de todo un entramado institucional en torno al Instituto Nacional de Colonización (INC), encargado de su puesta en marcha<sup>46</sup>. Pero aunque el Minis-

---

<sup>44</sup> FERNÁNDEZ-CUESTA, R.: «En el aniversario de la fusión de las JONS con Falange Española. Discurso pronunciado en Valladolid el 4 de marzo de 1938», en FERNÁNDEZ-CUESTA, R.: *Intemperie, Victoria y Servicio. Discursos y escritos*, Madrid, Ediciones Prensa del Movimiento, 1951, pp. 71-80.

<sup>45</sup> En diversas ocasiones Primo de Rivera había aludido a la necesidad de redistribuir «de nuevo la tierra cultivable» (punto 19 de FE-JONS). Así, «masas enteras habrán de ser trasladadas a las tierras cultivables, que habrán de ser objeto de una profunda reforma económica y una profunda reforma social de la agricultura: enriquecimiento y racionalización de los cultivos, riego, enseñanza agropecuaria, precios remuneradores, protección arancelaria a la agricultura, crédito barato, y de otra parte, patrimonios familiares y cultivos sindicales. Ésta será la verdadera vuelta a la Naturaleza, no en el sentido de la égloga, que es el de Rousseau, sino en el de la geórgica, que es la manera profunda, severa y ritual de entender la tierra». PRIMO DE RIVERA, J. A.: «España y la barbarie», conferencia pronunciada en el Teatro Calderón de Valladolid el día 3 de marzo de 1935, en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Obras completas...*, *op. cit.*, p. 426. No obstante, el catolicismo social había avanzado algunas propuestas similares. Al respecto véase AZNAR, S.: *Despoblación y colonización*, Barcelona, Labor, 1930. Obviamos las experiencias anteriores protagonizadas por los gobiernos de la Restauración y las llevadas a cabo por la República, especialmente a raíz de la Ley de Obras de Puesta en Riego (OPER) de 1932, todas ellas —y en diverso grado— inspiradoras de la política de colonización franquista. A este respecto véase MANGAS, J. M., y BARCIELA, C.: *Historia y evolución de la colonización agraria en España*, vol. II, Madrid, MAP, 1990, pp. 374-396.

<sup>46</sup> En torno a la colonización agraria franquista véase ORTEGA, N.: *Política agraria y dominación del espacio. Orígenes, caracterización y resultados de la política de colonización planteada en la España posterior a la Guerra Civil*, Madrid, Ayuso, 1979; MONCLÚS, F. J., y OYÓN, J. L.: *Historia y evolución de la colonización agraria en España*, vol. I, Madrid, MAP, 1988; MANGAS, J. M., y BARCIELA, C.: *Historia y evolución...*, *op. cit.*; VILLANUEVA, A., y LEAL, J.: *Historia y evolución de la colonización agraria en España*, vol. III, Madrid, MAP, 1990, y GIMÉNEZ, C., y SÁN-

terio de Agricultura se encontró fundamentalmente regido por personal procedente del falangismo, lo cierto es que FET-JONS quedó relegada a la hora de determinar la política agraria del régimen, como quedó de manifiesto en las escasas repercusiones prácticas del II Consejo Sindical de Falange celebrado en junio de 1941, dedicado expresamente a la política agraria<sup>47</sup>. No deja de resultar significativo que ésta fuera una de las últimas apariciones públicas de Gerardo Salvador Merino como responsable de la Delegación Nacional de Sindicatos, poco antes de su caída en desgracia en el contexto de la crisis de mayo de 1941<sup>48</sup>. Lo cierto es que la política de colonización quedó en manos del Estado con una influencia de FET-JONS cada vez menos determinante, como evidenció el limitado impacto de las labores desarrolladas por la Obra Sindical Colonización, en cualquier caso marginal y subsidiaria respecto al INC<sup>49</sup>. Pero quizá lo más dramático y definitivo fuera la ruptura del horizonte de futuro de Falange y la progresiva certeza de que la anhelada Europa fascista soñada por algunos resultaba, tras 1945, imposible. Con un fascismo internacional derrotado y sentenciado, el falangismo español y la propia dictadura devinieron en excepción en el contexto europeo de posguerra. Una circunstancia que el régimen supo moldear para progresivamente encontrar acomodo y medios de supervivencia en la dialéctica bipolar impuesta por la Guerra Fría.

Pese a estas limitaciones del falangismo, durante los años cuarenta y la denominada etapa doctrinal de la colonización agraria, el ruralismo fascista mantuvo una presencia discursiva relevante. Técnicos de diversa procedencia se congregaron en torno a una empresa concebida con carácter mesiánico, que pretendía regenerar el suelo patrio y establecer las nuevas bases del campesinado espa-

---

CHEZ, L.: *Historia y evolución de la colonización agraria en España*, vol. IV, Madrid, MAP, 1994.

<sup>47</sup> Las conclusiones del mismo en *II Consejo Sindical de la Falange. Política agraria*, Barcelona, Servicio Provincial de Prensa y Propaganda Sindical, 1941. Una caracterización de los responsables de la política agraria franquista en GÓMEZ, C.: *Políticos, burócratas...*, op. cit., pp. 51 y ss.

<sup>48</sup> La labor de Salvador Merino al frente de la DNS en BERNAL, F.: *El sindicalismo vertical*, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea-CEPC, 2010, pp. 133-186.

<sup>49</sup> Un resumen de las actividades de la Obra Sindical Colonización, iniciadas en 1941, en *Nuestra tarea: ocho años de colonización*, Madrid, Servicio de Información y Publicaciones Sindicales, 1949.

ñol<sup>50</sup>. De esta manera, motivos recurrentes como la sacralización de la tierra o la exaltación del labrador frente al obrero industrial coparon una publicística que enmascaró el escaso desarrollo práctico de la colonización<sup>51</sup>.

Desde esta perspectiva, los nuevos núcleos de colonización se contemplaron como unidades semi-cerradas, y buscando satisfacer las necesidades productivas del periodo autárquico, los técnicos del INC proyectaron, junto a los nuevos núcleos rurales, el establecimiento de pequeñas industrias. El modelo se remitía a la intensificación de una suerte de «domestic system» y a la recuperación de las actividades artesanales en la línea de la dispersión industrial preconizada por Masatoshi Okochi<sup>52</sup>. Una utopía ruralista que pretendió edificar una nueva masa de medianos propietarios ordenados, religiosos y patriotas, que constituyeran pueblos «en los que cada familia, hasta las más humildes, acusaran esa nota tan digna de libertad e independencia, un piadoso temor de Dios y un acendrado patriotismo»<sup>53</sup>.

No obstante, tras esta etapa doctrinal de escasos resultados materiales —el primer núcleo de colonización fue el de Ontinar de Salz, inaugurado en 1947—, el despliegue efectivo de la política de colonización franquista se produjo a partir de la década de los cin-

---

<sup>50</sup> Los propios técnicos del INC se consideraron impulsados por un afán evangélico y redentor. Al respecto véase DEL ARCO, M. A.: «Ensanchando el campo. La política de colonización del franquismo (1936-1975)», en FERNÁNDEZ-CREHUER, F., y GARCÍA, D.: *Derecho, memoria histórica y dictadura*, Granada, Comares, 2009, pp. 277-279. Sobre el modelo de «colono ideal» véase ALARES, G.: *Colonos peritos y mayores. Intervención estatal y transformación agraria en Valmuel y Puigmoreno (Teruel, 1951-1971)*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 2008, pp. 38-41.

<sup>51</sup> Sobre la política agraria del primer franquismo véase GÓMEZ, C.: *Políticos, burócratas...*, op. cit., pp. 104 y ss. Una aproximación al discurso ruralista del primer franquismo en VELASCO MURVIEDRO, C.: «El pensamiento agrario y la apuesta industrializadora en la España de los cuarenta», *Agricultura y Sociedad*, 23 (1982), pp. 233-273.

<sup>52</sup> Las propuestas del técnico japonés en torno a la pequeña industria rural interesaron a los técnicos del INC. Al respecto véase ROBERT, A.: *La industrialización rural como remedio al desequilibrio económico entre el campo y la ciudad*, Serie Estudios del INC, 5, Madrid, INC, 1942. El interés fue más allá de la simple curiosidad profesional, incorporándose de manera regular en los diferentes proyectos de colonización la figura del «artesano» con sus dependencias propias. No hace falta señalar el escaso éxito de la iniciativa.

<sup>53</sup> MARTÍNEZ, A.: *El hombre y la colonización*, vol. III, Serie Estudios del INC, 14, Madrid, 1945, p. 10.

cuenta. Y en ese momento, el ruralismo fascista, sin llegar a desaparecer por completo, cedió ante el pragmático punto y final de la autarquía y el rearme del nacional-catolicismo en un contexto de progresiva liberalización económica.

Rafael Cavestany, ministro de Agricultura entre 1951 y 1957, y principal impulsor de la colonización, inició una nueva etapa en la política agraria del régimen<sup>54</sup>. Junto a la asunción de criterios productivistas, la política agraria de los cincuenta estimuló la racionalización y modernización de las explotaciones agrarias, asumiendo de manera implícita el fenómeno del éxodo rural<sup>55</sup>. Todo ello orientado a favorecer el proceso de industrialización y la implantación de un modelo de economía capitalista. De la misma manera, se inició un proceso de desacralización de la actividad agraria que supuso una inversión de términos en relación al tratamiento previo de la agricultura y el campesinado<sup>56</sup>. Es más, la poderosa imagen de un ruralismo viril sobre el que fundar la regeneración nacional fue sustituida por la imagen de un campesinado infantilizado, sujeto pasivo de la tutela paternal del Estado y del INC<sup>57</sup>.

---

<sup>54</sup> Sobre la actuación de Rafael Cavestany al frente del Ministerio de Agricultura y la nueva orientación de la política agraria de los cincuenta véase GÓMEZ, C.: *Políticos, burócratas...*, op. cit., pp. 165 y ss.

<sup>55</sup> «El porcentaje de población activa empleada en nuestra agricultura es excesivo. La política de transformación y mejora agraria en marcha permitirá elevar su nivel de vida hasta un límite decoroso en relación con el del resto de la población, pero no absorbe su plena capacidad de trabajo. Para lograr esta finalidad, que constituye un objetivo que no puede olvidarse, se precisa que actividades ajenas a la agricultura absorban, por lo menos, un 25 por 100 de nuestra población agrícola actual». CAVESTANY, R.: «Menos agricultores y mejor agricultura», *Revista de Estudios Agrosociales*, 13 (1955), p. 22.

<sup>56</sup> «Lo primero que hay que enseñarle es a olvidar aquel viejo concepto, que quizá con no muy buena intención se ha repetido: “La agricultura, más que una actividad económica, es un modo de vivir”, no, de ninguna manera, la agricultura es ante todo una actividad económica y después una noble manera de vivir». *Ibid.*, p. 7.

<sup>57</sup> De esta manera se dirigía a los nuevos colonos la revista de divulgación del Instituto Nacional de Colonización en su primer número: «Toda esa transformación tú sabes que la ha realizado el Instituto de Colonización. Tú mismo has visto a sus ingenieros trazar las obras, dirigir esas máquinas gigantescas, amarillas y rojas, que se deslizan, hasta con gracia, para llevar de un lado a otro la tierra del bancal, para hacer un camino, para abrir una zanja, para derribar un árbol, para quitar las piedras o para labrar la tierra. Pues bien, no creas que exagero; te diré que todo lo hemos hecho para ti, para tu servicio, para que las tierras produzcan más, para que vivas tú mejor y contigo todos los españoles». Extraído de «La tierra será tuya...», *Vida Nueva*, 1 (1956), p. 2.

En este contexto, la fortuna del ruralismo fascista durante el franquismo fue ambivalente, y en cualquier caso efímera. El carácter fascistizado del régimen y el declive de las élites falangistas en el control del Estado condicionaron la aplicación de sus proyectos<sup>58</sup>. Considerado como una rémora del pasado, la tecnocracia de los sesenta supeditó de manera definitiva el desarrollo agrícola al desarrollo industrial, cumpliendo alguno de los objetivos incluidos en la modernización autoritaria propuesta por el nacionalcatolicismo español. Aunque todo ello tuviera que llevarse a cabo a través de una transformación «despiadada con los géneros de vida tradicionales»<sup>59</sup>.

### Ruralismos fascistas

Por lo general procedentes de las élites urbanas y vinculados en diverso grado a las vanguardias, la reiterada apelación a la tierra y a los valores campesinos por parte del falangismo no provino ni de un supuesto atraso español, ni de la tosquedad de unos fascistas oriundos de un país eminentemente agrario. Al igual que en el caso italiano y alemán, la búsqueda de referentes en un pasado mitificado (como la España imperial) y en un idealizado mundo rural no se debió a un supuesto carácter antimoderno del fascismo, sino a la conciencia de decadencia nacional y a la voluntad de superarla por vías modernas. El falangismo, inserto en la cultura política del fascismo, compartió con éste incluso sus aspectos a primera vista más arcaizantes, como el del ruralismo<sup>60</sup>. Las peculiaridades del fascismo español —que nunca fue un movimiento de masas y

---

<sup>58</sup> La caracterización del régimen franquista como «abortive fascism» en GRIF-FIN, R.: *The Nature...*, op. cit., pp. 354-358. Sobre la definición del franquismo como «régimen fascistizado» véase SAZ, I.: «El franquismo. ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», en VVAA: *El régimen de Franco (1936-1975). Política y relaciones exteriores*, vol. I, Madrid, UNED, 1993, pp. 189-201, y más recientemente en SAZ, I.: «Fascism, fascistization and developmentalism in Franco's dictatorship», *Social History*, 29:3 (2004), pp. 342-357.

<sup>59</sup> Entrecuillado extraído de LAMO DE ESPINOSA, E.: «Problemática de la agricultura en el momento actual», *Revista de Estudios Agrosociales*, 65 (1965), p. 10.

<sup>60</sup> Una inequívoca caracterización de FE-JONS como partido fascista en SAZ, I.: «Paradojas de la historia. Paradojas de la historiografía. Las peripecias del fascismo español», *Hispania*, 207 (2001), pp. 143-175.

que accedió al poder tras una cruenta guerra civil— condicionaron, como hemos visto, la fortuna del ruralismo falangista y el desarrollo de su programa agrario. Y sería aquí, en las particularidades de un falangismo supeditado a las dinámicas de una dictadura fascitizada, en donde habría que situar la significación del ruralismo bajo el régimen franquista.

Por otro lado, si bien es cierto que el mito rural cumplió diversas funciones instrumentales, como el establecimiento de determinados consensos o el encuadramiento político de la población rural, parece reduccionista analizarlo atendiendo únicamente a esta intención táctica. El ruralismo fascista no fue meramente un recurso retórico destinado a la movilización de la sociedad rural en momentos de crisis, tal y como han venido sosteniendo algunos autores, ya sea a través de la sugerente noción de «ideología de la soberanía campesina» o la de «agrarismo verbal»<sup>61</sup>. Esta interpretación limita la autonomía del fascismo —y del ruralismo fascista—, supeditando su propia dinámica a los diversos equilibrios de poder existentes en los regímenes fascistas, o parafascista para el caso español. Y de la misma manera, esta perspectiva no logra captar la capacidad autónoma de las familias campesinas, presentando al campesinado como sujeto pasivo de la *ruralización*<sup>62</sup>. Tal y como sugiere Ismael Saz, deslindar régimen franquista y movimiento fascista —también para el análisis del ruralismo— facilitaría su interpretación<sup>63</sup>. De esta manera, cabría analizar el ruralismo fascista, en

---

<sup>61</sup> La primera, acuñada por Eduardo Sevilla Guzmán a finales de los setenta, en SEVILLA, E.: *La evolución del campesinado en España*, Madrid, Península, 1979, pp. 183-216. El concepto de «agrarismo verbal» en VELASCO, C.: «El pensamiento agrario y la apuesta industrializadora en la España de los cuarenta», *Agricultura y Sociedad*, 23 (1982), pp. 233-273. La noción «soberanía del campesinado» deriva del término «catonismo» esbozado por Barrington Moore en *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Barcelona, Península, 2002, especialmente pp. 694-702. Desde su formulación, esta interpretación aplicada al ruralismo durante el régimen franquista ha tenido un notable desarrollo, siendo aplicada por diversos autores como Cristóbal Gómez Benito y Víctor Bretón, este último en BRETÓN, V.: *Tierra, Estado y Capitalismo*, Lleida, Milenio, 2000.

<sup>62</sup> Unas limitaciones ya señaladas por CENARRO, A.: *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997, pp. 344-350.

<sup>63</sup> «Rompiendo con todo planteamiento teleológico o “sentido del después”, la evolución y peripecias del movimiento fascista español y la del régimen deben ser estudiadas analíticamente por separado en tanto que problemas diferenciados

su vertiente mítica y palingenésica, como elemento relevante dentro del repertorio mítico y estético relativo a la construcción de una modernidad alternativa<sup>64</sup>.

Por último, las interpretaciones centradas en obviar la relevancia de la utopía rural simplifican el análisis de la compleja relación entre modernidad y tradición inherente a los fascismos europeos<sup>65</sup>. Entender el fascismo en su complejidad y contradicciones aparentes permitiría superar la rigidez interpretativa presente en la dicotomía ruralismo/industrialismo, moderno/antimoderno, que ha centrado una parte relevante de la producción historiográfica. Porque junto a las «catedrales de luz» diseñadas por Speer, la modernidad del EUR42 en Roma o la atracción de las vanguardias en el falangismo, la nueva identidad fascista encontró también referentes en un mitificado escenario rural que pretendía desprenderse de los elementos degenerantes de la modernidad urbana y fundar una nueva comunidad nacional armónica.

De esta manera, solidarios en una misma cultura política, los fascistas europeos —en su particular «vuelta sobre su propia autenticidad»—<sup>66</sup> encontraron también en la sencillez del mundo rural su horizonte simbólico y el depósito de los valores morales y raciales requeridos para la comunidad futura.

---

como única forma posible de aprehender sus posteriores conexiones e interrelaciones. Esto es, presentando al segundo como resultante de un complejo juego de procesos, factores y tendencias, una de las cuales era el propio movimiento fascista, y no como una especie de *deus ex machina* que se proyecta sobre el pasado de la sociedad española, el del movimiento fascista incluido». SAZ, I.: «Paradojas de la historia...», *op. cit.*, p. 146.

<sup>64</sup> GRIFFIN, R.: *The Nature...*, *op. cit.*, p. 47.

<sup>65</sup> Aplicando esta perspectiva véase RENTON, D.: «The agrarian roots of fascism: German exceptionalism revisited», *Journal of Peasant Studies*, 28:4 (2001), pp. 127-148.

<sup>66</sup> En esos términos definió el líder de Falange la esencia compartida entre el fascismo italiano, el nacionalsocialismo y el falangismo, en PRIMO DE RIVERA, J. A.: «Discurso de proclamación de Falange Española de las JONS», Teatro Calderón de Valladolid, 4 de marzo de 1934, en PRIMO DE RIVERA, J. A.: *Obras completas...*, *op. cit.*, p. 194.



# ESTUDIOS



# *Carlismo y caciquismo: las subjetividades campesinas en la historia contemporánea de España<sup>1</sup>*

*Antoni Vives Riera*

Universitat de Barcelona

*Resumen:* El presente artículo comprende un análisis de los límites interpretativos en las explicaciones predominantemente utilitaristas y estructuralistas que han marcado en los últimos cincuenta años la producción historiográfica sobre el carlismo y el clientelismo político. Con el objetivo de entender mejor la acción de los diferentes colectivos rurales en fenómenos de solidaridad vertical interclasista, el texto presenta una evaluación de los resultados obtenidos en la actualidad con la parcial aplicación del bagaje teórico y conceptual del llamado «giro cultural», al mismo tiempo que propone el reconocimiento de las subjetividades históricas campesinas.

*Palabras clave:* campesinado, caciquismo, carlismo, giro cultural, subjetividad histórica.

*Abstract:* The aim of this article is to show the interpreting limits of the historiographical production about carlism and caciquismo in the last 50 years. As neither the structuralists nor the utilitarists interpretations are appropriate in order to explain social action from different rural collectives contributing to interclass vertical solidarity, the text offers an evaluation exercise about the partial application of the theoretical background coming from the cultural turn on the historical studies

---

<sup>1</sup> Artículo realizado a partir del estado de la cuestión de la tesis doctoral *Modernització i pervivència de la vila rural com a subjecte històric durant el segle XX: Les festes de sant Antoni i el cant de l'Argument a la vila d'Artà (Mallorca)*, Departament d'Història Contemporània, Universitat de Barcelona, 2008. Disponible en <http://www.tesisenxarxa.net/TDX-0609108-112609/index.html>.

about these two special subjects in Spanish Modern History. Finally, it proposes the recognition of the peasant historical subjectivities as the best way to understand their social action.

*Keywords:* peasantry, caciquismo, carlism, cultural turn, historical subjectivity.

Carlismo y caciquismo han sido dos temas de investigación ampliamente estudiados y debatidos en el ámbito historiográfico. Aunque no de forma exclusiva, los colectivos que contribuyeron a reproducir la violencia carlista y el clientelismo político siempre han sido relacionados con el campo<sup>2</sup>. Efectivamente, en el marco de la heterogeneidad de contextos socioeconómicos que experimentó el mundo rural a lo largo y ancho del territorio del Estado español<sup>3</sup>, diversos colectivos campesinos contribuyeron subjetivamente a la reproducción de ambos fenómenos políticos.

La agencia social de los grupos rurales dominantes en la reproducción del carlismo y el caciquismo se ha explicado de manera más o menos satisfactoria mediante alusiones a las políticas de clase basadas en el interés económico y la preponderancia cultural. No obstante, han sido mucho más notables las dificultades para explicar las prácticas sociales que sostuvieron ambos fenómenos históricos cuando éstas fueron llevadas a cabo por las clases subalternas del campesinado. En este sentido, el aspecto más difícil de razonar ha sido la frecuente cooperación interclasista con las elites de las que se dependía económicamente. En la búsqueda de una respuesta para ello, los planteamientos teóricos que han predominado evidencian una clara tendencia a reducir sus interpretaciones a perspectivas tanto utilitaristas como estructuralistas.

No hay duda de que la conexión entre las estructuras de ordenamiento social y la acción colectiva de los sujetos ha consti-

---

<sup>2</sup> Utilizamos el término «campesino» no como categoría socio-profesional, sino como sinónimo de habitante del campo, como contrafigura de lo urbano. FONTANA, J.: «Los campesinos en la historia. Reflexiones sobre un concepto y unos prejuicios», *Historia Social*, 28 (1997), pp. 3-11.

<sup>3</sup> Desde un punto de vista puramente económico, sobre la diversidad geográfica de contextos campesinos en la historia contemporánea de España, GALLEGO, D.: *Más allá de la economía de mercado: los condicionantes históricos del desarrollo económico*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2007, y DOMÍNGUEZ, R.: *El campesino adaptativo: campesinos y mercado en el norte de España, 1750-1880*, Santander, Universidad de Cantabria, 1996.

tuido uno de los principales retos del pensamiento social contemporáneo<sup>4</sup>. Con respecto a los posicionamientos estructuralistas se ha comentado que el cambio histórico se convierte en inconcebible cuando se parte de la base de que la práctica social es simplemente un efecto de funciones de poder preestablecidas<sup>5</sup>. Por otra parte, también se ha señalado que la actuación de los grupos humanos difícilmente puede ser entendida desde una perspectiva puramente utilitarista, es decir, sin tener en cuenta la integración del individuo en la sociedad<sup>6</sup>. En este punto, el reconocimiento de la subjetividad de los colectivos subalternos abre un nuevo horizonte de interpretación para la mejor explicación de las prácticas sociales que históricamente han llevado a cabo<sup>7</sup>. Para la consecución de este propósito juega un papel fundamental la reciente apertura de los estudios de historia al repertorio teórico y metodológico propio de las corrientes de pensamiento asociadas al llamado «giro cultural».

Desde esta perspectiva, el presente artículo ofrece un análisis de la producción historiográfica sobre el carlismo y el clientelismo político en los últimos cincuenta años. El objetivo es evidenciar los límites en la interpretación de la agencia social del campesinado subalterno con relación a la reproducción de ambos fenómenos históricos. A partir del repaso crítico a la historiografía clásica, evaluamos los resultados del reciente desembarco de la historia cultural, para concluir señalando las posibilidades de renovación interpretativa que ofrece la aplicación del nuevo repertorio teórico y conceptual.

---

<sup>4</sup> GIDDENS, A.: *Central Problems in Social Theory: Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, Londres, MacMillan, 1979.

<sup>5</sup> Una crítica a las interpretaciones estructuralistas de la acción colectiva de los grupos subalternos en THOMPSON, E. P.: *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981.

<sup>6</sup> Una crítica a las interpretaciones utilitaristas del comportamiento histórico del campesinado en IZQUIERDO, J.: *El rostro de la comunidad: la identidad del campesino en la Castilla del Antiguo Régimen*, Madrid, CESC, 2001.

<sup>7</sup> Sobre la noción de subjetividad histórica véase NASH, M.: «Los nuevos sujetos históricos: perspectivas de fin de siglo. Género, identidades y nuevos sujetos históricos», en ROMEO, M. C., y SAZ, I. (eds.): *El siglo XX: historiografía e historia*, Valencia, Universitat de Valencia, 2002, pp. 85-100.

## La historiografía clásica: entre el poder de las estructuras y la utilidad circunstancial

La historiografía sobre el carlismo y el clientelismo político de mediados del siglo XX refleja claramente una línea de continuidad interpretativa con los intelectuales liberales coetáneos a los hechos. En lo que respecta al carlismo, personajes de la época identificados con sus contrincantes liberales vieron este movimiento como una movilización dirigida por caciques y eclesiásticos reaccionarios que utilizaban su influjo sobre unas masas campesinas analfabetas y fanatizadas<sup>8</sup>. Esta visión no se aleja mucho de la posterior interpretación del movimiento que Jaume Vicens Vives formuló como «la versión política de una espiritualidad tradicionalista, en un país económicamente pobre, técnicamente atrasado y socialmente conservador»<sup>9</sup>. Con relación al caciquismo, las figuras principales de la historiografía liberal clásica coincidieron en sus planteamientos con los intelectuales regeneracionistas. Igual que lo hicieron en su momento Joaquín Costa u Ortega y Gasset, autores como el mismo Vicens Vives o Tuñón de Lara concibieron el fenómeno como un instrumento de la oligarquía socioeconómica para renovar el personal parlamentario en un contexto rural de dependencia, atraso e ignorancia<sup>10</sup>.

Así pues, el consentimiento de los colectivos campesinos en la reproducción de ambos hechos sociales se explicaba a partir de los estereotipos negativos más recurrentes sobre el mundo rural, representaciones del campo en los que sus habitantes aparecen como seres pasivos y sin capacidad de agencia social autónoma<sup>11</sup>. Desde la

<sup>8</sup> Lluís Ferran Toledano cita entre los intelectuales liberales anticarlistas a Modesto Lafuente, Antonio Pirala o Benito Pérez Galdós en TOLEDANO, F.: *La muntanya insurgent. La tercera guerra carlina a Catalunya. 1872-1875*, Girona, CEHS, 2004, p. 18.

<sup>9</sup> Citado en GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «¿Quiénes eran los carlistas?», en ARÓSTEGUI, J.; CANAL, J., y GONZÁLEZ CALLEJA, E. (eds.): *El carlismo y las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003, p. 143.

<sup>10</sup> CRUZ ARTACHO, S.: «Clientes, clientelas y política en la España de la Restauración», *Ayer*, 36 (1999), pp. 105-129.

<sup>11</sup> Sobre la representación estereotipada del mundo rural en el occidente europeo véase WILLIAMS, R.: *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001 (1.ª ed., 1973).

lógica utilitarista, no se podía encontrar razón alguna a la colaboración del campesinado humilde con la reproducción de un sistema político y social que lo condenaba a la ausencia de libertad en la toma individual de decisiones. Por esta razón, la historiografía clásica asoció la deferencia social de muchos grupos subalternos rurales con atributos como la ignorancia y la irracionalidad. La utilización de estos estereotipos se complementaba con el recurso a las omnipresentes teleologías del progreso. De esta manera, los sectores de la población rural no asimilados a actitudes urbanas y modernas sólo podían encajar en el devenir prefijado de la historia como residuos, atrasos y lastres<sup>12</sup>.

A partir de los años setenta, la progresiva influencia de diferentes repertorios conceptuales generados en otros ámbitos historiográficos y disciplinarios posibilitó la formulación de interpretaciones que no tenían por qué reproducir el estereotipo de la pasividad e ignorancia campesinas. Respecto al clientelismo político, el corpus teórico que permitió interpretarlo más allá de la necesidad rural fue aportado por la Escuela de Oxford, encabezada por Raymond Carr y compuesta por discípulos suyos como Romero Maura o Varela Ortega. Para explicar dicho fenómeno, estos autores se sirvieron de conceptos que hasta el momento sólo se habían aplicado en el campo de la sociología política<sup>13</sup>. El estado liberal-caciquil fue visto como un sistema acabado y completo que tenía como principal función conectar a las instituciones de la nación con las distantes realidades locales de las periferias territoriales. Debido al déficit de modernización —por ejemplo, en los procesos de alfabetización— se precisaban mediadores que hicieran posible el funcionamiento del entramado institucional oficial. De este modo, los caciques dejaron de ser presentados como oligarcas y terratenientes que se servían de los cargos administrativos para oprimir aún más a sus

---

<sup>12</sup> Sobre la representación de la modernidad en términos de urbanidad véase WEBER, E.: *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1976. Estas mismas críticas ya fueron realizadas en su momento en TORRAS, J.: *Liberalismo y rebeldía campesina, 1820-1823*, Barcelona, Ariel, 1974.

<sup>13</sup> CARR, R.: *La España Contemporánea, 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1970 (1.ª ed., 1966); ROMERO MAURA, J.: «Caciquismo: tentativa de conceptualización», *Revista de Occidente*, 127 (1973) pp. 15-44, y VARELA ORTEGA, J.: *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y «caciquismo» en la Restauración (1875-1900)*, Madrid, Alianza, 1977.

subordinados. Empezaron a ser vistos como burócratas letrados y profesionales liberales que ejercían de intermediarios entre las administraciones del Estado y la sociedad «real» formada por el común de la población.

En la medida que concibieron el régimen político restauracionista como un todo acabado y armónico, los autores de la Escuela de Oxford se enfrentaron al dato empírico siempre buscando la funcionalidad de la acción social respecto a la estabilización del sistema. Este posicionamiento implícitamente estructuralista suponía la invisibilización del conflicto y de todo aquello que disfuncionara del propio orden social. Por tanto, el régimen constitucional de 1876 fue estudiado como un conjunto de estructuras de funcionamiento político que se reproducían por sí solas. Por ello, se denotaban especiales dificultades para explicar el cambio histórico más allá de la aplicación arbitraria de la narrativa de la modernización. La dinámica histórica solamente podía acontecer como acto de fe, como predestinación, y no como el fruto de la convergencia de las agencias de diferentes grupos sociales en conflicto.

En el caso de la renovación interpretativa sobre el carlismo, fue clave la revalorización de la agencia social de los colectivos campesinos que en los años setenta se produjo en la historiografía marxista. Desde 1973 la revista *Journal of Peasant Studies* se configuró como una plataforma para reivindicar la herencia de los trabajos de Alexander V. Chayanov sobre la naturaleza familiar y comunitaria de la tradición económica agropecuaria<sup>14</sup>. Autores como Teodor Shanin o Bugoslaw Galeski explicaban la cooperación interclasista en el ámbito rural a partir de la explotación doméstica familiar y las unidades locales de producción y consumo<sup>15</sup>. Atribuían al campesinado una actitud conservadora, de manera que su acción social se orientaba a la consecución de un mínimo de subsistencia para la reproducción de las formas propias de explotación del territorio.

En este contexto, los trabajos de Eric Hobsbawm y George Rudé sobre las luchas antifeudales de la Inglaterra del siglo XVIII aparecieron como fruto del diálogo establecido entre la tradición agrosociológica chayanoviana y la historiografía marxista britá-

<sup>14</sup> CHAYANOV, A. V.: *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974 (1.ª ed., 1925).

<sup>15</sup> SHANIN, T.: *Naturaleza y lógica de la economía campesina*, Madrid, Anagrama, 1976, y GALESKI, B.: *Sociología del campesinado*, Barcelona, Península, 1977.

nica<sup>16</sup>. En el Estado español, autores como Josep Fontana, Jaume Torras o Julio Aróstegui se hicieron eco de estos planteamientos y los aplicaron a los levantamientos carlistas del siglo XIX, interpretados ahora como una forma de lucha de clases propia de una etapa de transición del feudalismo al capitalismo<sup>17</sup>. Para justificar la revuelta de los sectores populares contra el Estado liberal, dichos historiadores ponían especial énfasis en aquellos aspectos de transformación de las estructuras de producción y consumo de carácter familiar o local. Afirmaban que los cambios socioeconómicos que se vivieron en el agro hispano durante el siglo XIX empujaron al campesinado a rebelarse contra el Estado burgués, como si se tratara de un automatismo involuntario. Tanto el conflicto como el comportamiento de las clases subalternas en el mismo venían predeterminados por fuerzas abstractas de naturaleza agroeconómica. Una vez más, se cayó en la trampa estructuralista que impedía explicar el cambio histórico más allá del determinismo teleológico del avance del feudalismo hacia el capitalismo.

Un problema que se planteaba en esta interpretación era la discordancia entre las fuerzas socioeconómicas estructurales que determinaban las luchas campesinas y la esfera ideológica que imponía el programa político reaccionario del carlismo. Ante este dilema, los historiadores marxistas plantearon la relación entre las bases sociales y los cuadros militantes como una alianza circunstancial y temporal ante un enemigo común. Entonces, se llegó a la conclusión de que las bases carlistas no se creían la ideología en nombre de la que se habían alzado. Esta última afirmación orienta la lectura de la movilización antiliberal hacia interpretaciones claramente utilitaristas. Se suponía que las clases subordinadas en rebeldía eligieron contribuir a la reproducción del orden local-rural establecido no porque se lo creyeran, sino porque consideraron que era más beneficioso para sí mismas dadas las circunstancias. Ante la amenaza de las reformas llevadas a cabo por el Estado, ciertos campesinados de clase baja interpretaron como más útiles las viejas estructuras de integra-

---

<sup>16</sup> HOBBSAWM, E. J., y RUDÉ, G.: *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI, 1985 (1.ª ed., 1969).

<sup>17</sup> TORRAS, J.: *Liberalismo y rebeldía...*, *op. cit.*; ARÓSTEGUI, J.: «El carlisme en la dinàmica dels moviments liberals espanyols. Formulació d'un model», en CANAL, J. (coord.): *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, Barcelona, L'Avenç, 1993, pp. 53-77 (1.ª ed., 1975), y FONTANA, J.: «Crisi camperola i revolta carlina», en CANAL, J. (coord.): *El carlisme...*, *op. cit.*, pp. 107-126.

ción comunitaria, ya que así al menos tenían la seguridad de un mínimo de subsistencia.

De todas maneras, la elección racional basada en la agregación de intereses económicos individuales en torno a ciertas instituciones sociales se ve en este caso en entredicho a partir de la conocida figura olsoniana del *free-rider*<sup>18</sup>. Pensar que los militantes carlistas estaban dispuestos a sacrificar sus vidas a favor del mantenimiento de unas estructuras sociales de seguridad colectiva acaba convirtiéndose en un argumento irremediabilmente contradictorio. Cada uno de los participantes de la causa reaccionaria podía optar por separado a ir por libre convirtiéndose en el *free-rider* que se beneficiaba de las viejas solidaridades paternalistas al tiempo que no cumplía con los deberes colectivos. De esta manera, se hace evidente que la lógica utilitarista no puede explicar el sacrificio personal por el grupo.

La interpretación marxista del carlismo chocó pronto con la evidencia empírica. Jesús Millán observó a finales de los años ochenta que las comarcas valencianas en las que los alzamientos reaccionarios obtuvieron más apoyos no eran las que tenían más tradición de lucha de clases y revueltas antiseñoriales<sup>19</sup>. El correctivo empirista contra el exceso teórico fue llevado a cabo por la escuela de la llamada «Historia Agraria» y se extendió también a las interpretaciones funcionalistas sobre el clientelismo electoral<sup>20</sup>. Desde esta nueva corriente se puso énfasis en la necesidad del estudio pormenorizado de las realidades locales, sustituyendo el abordaje global de las estructuras socioeconómicas o los sistemas políticos por microanálisis de las villas, pueblos y aldeas. Aun así, la proliferación de esta tipología de estudios no desembocó en la configuración de un nuevo paradigma interpretativo. Al contrario, de forma más directa o indirecta, estos estudios recuperaron el viejo discurso liberal-regeneracionista contra el carlismo y el caciquismo.

Con relación al carlismo, Jesús Millán llegó a la conclusión de que se trataba de una forma de «protesta subalterna» del campesinado supeditada a la dirección ideológica y material de las oli-

---

<sup>18</sup> OLSON, M.: *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y la teoría de grupos*, México, FCE, 1992 (1.ª ed., 1965).

<sup>19</sup> MILLÁN, J.: «Els militants carlins del País Valencià central. Una aproximació a la sociologia del carlisme durant la revolució burgesa», *Recerques*, 21 (1988), pp. 101-123.

<sup>20</sup> El término elegido para denominar esta corriente historiográfica proviene de la creación en 1990 de la Sociedad Española de Historia Agraria-SEHA.

garquías<sup>21</sup>. En la misma línea, Pere Anguera destacó los beneficios personales inmediatos que proporcionaba a muchos combatientes su adhesión a las partidas rebeldes<sup>22</sup>. En lo que respecta al clientelismo político, se ofrecieron explicaciones muy similares a lo largo de los años noventa<sup>23</sup>. En esta época se realizaron numerosos estudios sobre la relación entre el control de los sufragios y el monopolio terrateniente de la propiedad rústica<sup>24</sup>. De igual modo, interesaba saber más sobre las estrategias de las elites socioeconómicas en la reproducción de sus patrimonios; el control que ejercían sobre los ayuntamientos de los municipios pequeños<sup>25</sup>, o los contratos laborales que las vinculaban con los trabajadores del campo.

Así pues, la «Historia Agraria» transmitía una imagen de las relaciones patrono-clientelares como mecanismo de control al servicio de los grupos dominantes. Desde este ámbito, nunca se prestó excesiva atención a las prácticas de sumisión o resistencia apolítica del campesinado humilde. La mayor parte de trabajos se centraron en el comportamiento y las estrategias de poder de las oligarquías locales. No hay duda de que los trabajos de esta época ofrecieron un aporte de conocimiento empírico encomiable, al mismo tiempo que señalaron la localidad como ámbito privilegiado de análisis. En lo que respecta específicamente al carlismo, su contribución fue clave en la tarea de identificación de su base social ya anteriormente iniciada por Julio Aróstegui<sup>26</sup>. Aun así, la agencia histórica de las mayorías subalternas de los municipios rurales quedaba invisibilizada. Tampoco se hacía ninguna propuesta teórica que permitiese entender de manera satisfactoria su comportamiento conservador. De hecho, éste nunca fue su objeto de estudio preferente.

<sup>21</sup> MILLÁN, J.: «La resistencia antiliberal en la revolución burguesa española: insurrección popular o movimiento subalterno?», en FRADERA, J. M.; MILLÁN, J., y GARRABOU, R. (eds.): *Carlisme i moviments absolutistes*, Vic, Eumo, 1990, pp. 27-52.

<sup>22</sup> ANGUERA, P.: *Déu, rei i fam. El primer Carlisme a Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995.

<sup>23</sup> Una evaluación sintética de estos estudios durante los años ochenta y noventa en MILLÁN, J.: «Los poderes locales en la sociedad agraria: una propuesta de balance», *Historia Agraria*, 22 (2000) pp. 97-110.

<sup>24</sup> CRUZ ARTACHO, S.: *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad rural en Granada, 1890-1923*, Córdoba, Ediciones Libertarias-Ayuntamiento de Córdoba, 1994.

<sup>25</sup> SALAS, P.: *El poder i els poderosos a les viles de Mallorca. 1868-1898*, Palma, Documenta, 1997.

<sup>26</sup> ARÓSTEGUI, J.: «El carlisme en la dinàmica...», *op. cit.*

## El desembarco de lo cultural: viejas inercias y no tan nuevas interpretaciones

A mediados de la década de los noventa, el agotamiento de las explicaciones puramente económicas y políticas del carlismo y el clientelismo político obtuvo respuesta en una cierta apertura de la comunidad historiográfica a la esfera de lo cultural. En esta época, numerosos especialistas se aproximaron a la disciplina de la antropología, al mismo tiempo que recuperaban el trabajo de historiadores más culturalistas como E. P. Thompson o Eugen Weber. Aunque la propuesta del nuevo paradigma cultural sin duda ha abierto las puertas a interpretaciones compatibles con el reconocimiento de la subjetividad histórica de los grupos subalternos campesinos, ello ciertamente no ha evitado la inercia a las interpretaciones utilitaristas y estructuralistas.

En lo que respecta a las explicaciones inspiradas en estudios antropológicos, se propuso en su momento la interpretación del clientelismo político a partir de los principios del «mediterraneismo» heredero del pensamiento de Julian A. Pitt-Rivers<sup>27</sup>. Antropólogos como José Antonio González Alcantud defendieron la utilización del binomio «honor/vergüenza» como código de comportamiento interclasista<sup>28</sup>. Así, la contribución campesina al mantenimiento de prácticas electorales caciquiles se empezó a entender como un conjunto de medidas para salvaguardar el honor y la reputación personal-familiar de los votantes en el marco de comunidades pequeñas de contacto vecinal. Javier Ugarte aplicó, por su parte, esta misma interpretación con relación a la movilización carlista de 1936 en el País Vasco-Navarro<sup>29</sup>.

En otro sentido, Jordi Canal defendió la idea de que diferentes formas de transmisión del patrimonio propias de la tipología de familia extensa-troncal explicaban la movilización carlista de la po-

<sup>27</sup> PITT-RIVERS, J. A. (ed.): *Mediterranean Countrymen: Essays in the Social Anthropology of the Mediterranean*, París, Mouton, 1963.

<sup>28</sup> GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A.: «Jerarquía versus igualdad: el clientelismo político en el Mediterráneo desde la antropología», en ROBLES EGEA, A. (coord.): *Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, pp. 21-43.

<sup>29</sup> UGARTE, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

blación campesina en las regiones donde era predominante, como por ejemplo la Catalunya Vella<sup>30</sup>. Basándose en la obra de Emmanuel Todd, estableció correspondencias entre las estructuras de organización familiar y ciertos valores sociales aplicables a la esfera política<sup>31</sup>. De este modo, el valor colectivo que se daba a la unidad de la casa, junto con el necesario reconocimiento de las jerarquías parentales, explicaban la ideologización en clave derechista de los miembros de las familias en cuestión.

De todas formas, las diversas interpretaciones procedentes de la antropología han sido igualmente utilizadas de manera reduccionista conllevando a los mismos errores ya realizados anteriormente. A partir de la aplicación del bagaje teórico del «mediterraneo» y la antropología política se cae fácilmente en la trampa de las interpretaciones estructuralistas y ahistóricas de la agencia social de las mayorías subalternas en el mundo rural. El concepto «honor/vergüenza» resulta aplicable a partir de una relación puramente mecánica entre la acción colectiva y las normas de reproducción de la familia o la aldea como unidad básica de organización. Entonces, emerge el cuadro de unas familias campesinas cuya acción se veía constreñida por códigos culturales abstractos que la predeterminaban de antemano.

Por otra parte, a partir de las aportaciones de la antropología también se producen interpretaciones claramente utilitaristas del comportamiento campesino. Los códigos culturales pueden ser interpretados como instrumentos circunstanciales para obtener beneficios materiales concretos. En esta línea, John Davis señaló en su momento que «el lenguaje del honor es el que utilizan los débiles para mitigar las consecuencias del desamparo en la relación de desigualdad»<sup>32</sup>. De igual modo que los historiadores marxistas en sus interpretaciones sobre el carlismo, de esta explicación del clientelismo se deduce que los sectores populares del mundo rural solamente acataban en beneficio propio los mandatos morales de comportamiento que regían sus familias y sus comunidades locales. Así pues, no se creían el discurso subyacente a las prácticas sociales.

---

<sup>30</sup> CANAL, J.: «La gran familia. Estructuras e imágenes familiares en la base de la pervivencia del carlismo», en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 99-136.

<sup>31</sup> TODD, E.: *La invención de Europa*, Barcelona, Tusquets, 1995 (1.ª ed., 1990).

<sup>32</sup> DAVIS, J.: *People of the Mediterranean. An Essay in Comparative Social Anthropology*, Londres, Routledge, 1977, citado en GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A.: «Jerarquía versus igualdad...», *op. cit.*, pp. 27-28.

Más allá de las aportaciones realizadas desde la antropología, las interpretaciones culturales de la acción colectiva de ciertos grupos campesinos en el carlismo y el clientelismo político también surgieron de la apropiación de la obra de E. P. Thompson<sup>33</sup>. En este sentido, Jaume Torras puso de relieve ya en los años setenta el hecho de que las fuerzas estructurales de carácter material no eran suficientes para explicar la movilización carlista<sup>34</sup>. Por tanto, había que tener en cuenta también factores de carácter cultural como el apego a las instituciones parroquiales o las diferentes formas de religiosidad popular.

A lo largo de los años noventa, la noción thompsoniana de «economía moral»<sup>35</sup> —reformulada y aplicada al comportamiento campesino por James C. Scott—<sup>36</sup> tuvo cierta repercusión en estudios sobre la politización izquierdista de los trabajadores rurales. Así, por ejemplo, autores como Andreu Mayayo o Salvador Cruz Artacho postularon la vigencia de una «moral de la subsistencia» en los estratos populares del campo<sup>37</sup>. Con esta categoría describían un código de comportamiento a partir del cual se entendía que las elites locales debían garantizar la supervivencia de las unidades campesinas que dependían de ellas, siempre a cambio de contraprestaciones de obediencia y reconocimiento de su supremacía. De esta manera, la negativa de los grandes propietarios a someterse a los dictados morales premodernos de reciprocidad social legitimaba la rebelión popular y se interpretaba como la causa principal de la politización de los grupos subalternos del mundo rural a través de organizaciones modernas de clase. Más recientemente, Gloria Martínez Dorado y Juan Pan-Montojo han utilizado la noción de «economía moral» para hacer la interpretación inversa y expli-

<sup>33</sup> Torras cita constantemente a THOMPSON, E. P.: *The Making of the English Working Class*, Londres, Victor Gollancz, 1963.

<sup>34</sup> TORRAS, J.: *Liberalismo y rebeldía...*, *op. cit.*

<sup>35</sup> THOMPSON, E. P.: «La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en THOMPSON, E. P.: *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1979 (1.ª ed., 1971).

<sup>36</sup> SCOTT, J. C.: *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in South-East Asia*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1976.

<sup>37</sup> MAYAYO, A.: *De pagesos a ciutadans. Cent anys de sindicalisme i cooperativisme agrari a Catalunya (1893-1994)*, Barcelona, Afers, 1995, y CRUZ ARTACHO, S.: «Estructura y conflicto social en el caciquismo clásico. Caciques y campesinos en el mundo rural granadino (1890-1923)», en ROBLES EGEA, A. (coord.): *Patronazgo y clientelismo...*, *op. cit.*, pp. 191-215.

car los códigos culturales de comportamiento interclasista que defendía la militancia carlista ante la amenaza de la acción institucional del Estado liberal<sup>38</sup>.

De todas formas, la herencia del pensamiento thompsoniano puede ser aplicada igualmente tanto desde posicionamientos estructuralistas como desde una perspectiva utilitarista. La interpretación es estructuralista cuando se adopta la «economía moral» como un código cultural que determina la acción de quienes lo comparan. Por otra parte, cuando frecuentemente se sostiene que los grupos subordinados utilizaban dicho código en beneficio propio y sin creérselo, la explicación de la acción colectiva tiende claramente al utilitarismo. Así pues, a partir de conceptos como «economía moral» o el binomio «honor/vergüenza» se ha producido un reconocimiento de la agencia de los colectivos campesinos en el mantenimiento de las jerarquías sociales. A pesar de ello, en su aplicación no siempre se ha tenido en cuenta su subjetividad histórica, es decir, las percepciones de su experiencia vivida.

Más allá de la explicación causal de la cooperación campesina en el mantenimiento de las jerarquías sociales, muchos trabajos recientes sobre el carlismo y el clientelismo político se han interrogado por los mecanismos de reproducción. La longevidad de ambos fenómenos evidencia las carencias de los argumentos utilitaristas en la explicación del sacrificio individual por la causa colectiva. Si el cambio constante de las circunstancias vividas marca su contexto histórico, la permanencia de las fidelidades políticas no se explica por intereses individuales inmediatos de carácter económico. Para entender tanto la persistencia de la identidad política carlista, como la reproducción de las prácticas patrono-clientelares, se ha hecho imprescindible el abordaje del debate clásico sobre la modernización del mundo rural planteado en su momento por Eugen Weber como un proceso aculturador de politización y nacionalización<sup>39</sup>. De esta línea de interpretación han salido diver-

<sup>38</sup> MARTÍNEZ DORADO, G., y PAN-MONTOJO, J.: «El primer carlismo, 1833-1840», *Ayer*, 38 (2000), pp. 35-64.

<sup>39</sup> WEBER, E.: *Peasants into Frenchmen...*, *op. cit.* Sobre el redescubrimiento de la obra de Weber en la historiografía del Estado español destacar la monografía «Política y campesinado en la historia agraria», *Historia Agraria*, 38 (2006); el dossier «Eugen Weber», *Historia Social*, 62 (2008), y la futura realización de la Mesa 3 «Politización, democracia y mundo rural en Europa y América», en el XIII Congreso de Historia Agraria de 2011.

esos trabajos que al menos han dejado abierta la posibilidad del reconocimiento de la subjetividad histórica de los grupos subalternos campesinos.

En lo que respecta al carlismo, destaca el trabajo pionero de Martín Blinkhorn sobre la militancia reaccionaria en Navarra<sup>40</sup>. Este autor presentó dicho movimiento social y político como un elemento de consenso ideológico que permitió la reproducción de las jerarquías sociales y las lealtades locales en una época de progresiva alfabetización y modernización del agro navarro. Su estudio sobre la actividad cultural del entramado asociativo carlista durante la Segunda República se basaba en el concepto de «hegemonía» de Antonio Gramsci<sup>41</sup>. El marco teórico gramsciano deja espacio al reconocimiento de la subjetividad histórica de los grupos subalternos en la construcción del consenso social. En este sentido, el mismo Blinkhorn señaló más tarde que «las poblaciones rurales (o urbanas) no tenían por qué ser llevadas a creer cualquier cosa [...] el desarrollo de una hegemonía ideológica normalmente suponía un progresivo y complejo proceso de interacción, de consenso, de negociación del consentimiento»<sup>42</sup>. Entonces, no se puede entender desde esta perspectiva la hegemonía ideológica de la causa antiliberal sin tener en cuenta las percepciones subjetivas de los sectores populares del campesinado que la apoyaron.

En la misma línea, Javier Ugarte ha sostenido en estudios más recientes que, ante la crisis de las estructuras sociales que sostenían las unidades familiares y comunitarias premodernas, las élites de propietarios agrarios intentaron mantener la hegemonía cultural a partir del despliegue de un entramado organizativo y asociativo de signo derechista muchas veces ligado a las instituciones eclesiásticas<sup>43</sup>. No hay duda que la afirmación de la existencia de una identidad y una subcultura carlistas ha sido de gran utilidad para entender el poder de reproducción de las lealtades a la causa reaccionaria a lo largo de los siglos XIX y XX. Siguiendo este hilo ar-

<sup>40</sup> BLINKHORN, M.: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1979.

<sup>41</sup> Una revisión de la teoría gramsciana de la hegemonía en FEIXA, C.: «El Teatre de l'Hegemonia. Revisitació a Gramsci», *El Contemporani*, 2 (1994), pp. 27-33.

<sup>42</sup> GIBSON, R., y BLINKHORN, M.: «Introduction», en GIBSON, R., y BLINKHORN, M. (eds.): *Landownership and Power in Modern Europe*, Londres-Nueva York, Harper Collins, 1991, p. 15. La traducción es nuestra.

<sup>43</sup> UGARTE, J.: *La nueva Covadonga...*, *op. cit.*

gumental, Jordi Canal ha destacado el poder de la simbología y el mundo ritual carlista para dar significado a la experiencia compartida por sus militantes<sup>44</sup>. Pedro Rújula, por su parte, ha señalado la importancia del ritual conmemorativo de la violencia y el martirio en la significación de la memoria histórica del movimiento<sup>45</sup>. De hecho, los levantamientos armados han sido planteados también como un mecanismo de precoz politización de los sectores populares del campesinado ya a principios del siglo XIX<sup>46</sup>. De esta manera, la adopción de una visión política del entorno social no se debió tanto a la escolarización masiva o a la difusión de la prensa, como a la vivencia traumática de la guerra y la reproducción de su memoria mediante la transmisión oral.

El planteamiento de procesos de politización del mundo rural basados en la significación endógena de la propia experiencia bélica contradice claramente las tesis de Eugen Weber<sup>47</sup>. Según este autor, la modernización del campo respondió únicamente a fenómenos de aculturación realizados a partir de la acción de agentes institucionales del Estado-nación, sobre todo por la escuela pública. Con relación a este planteamiento, Fernando Molina ha matizado sus afirmaciones destacando la contribución subjetiva campesina en la nacionalización del conjunto social<sup>48</sup>. Así pues, la nacionalización no tiene por qué ser vista como una dinámica de aculturación. No se debe menospreciar la posibilidad del establecimiento de un flujo de retroalimentación circulante entre los aparatos institucionales de Estado que propusieron la idea de nación y los grupos subalternos que se la apropiaron a partir de sus propias experiencias.

<sup>44</sup> CANAL, J.: *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza, 2000.

<sup>45</sup> RÚJULA, P.: «Conmemorar la muerte, recordar la historia: la fiesta de los mártires de la tradición», *Ayer*, 51 (2003) pp. 67-85.

<sup>46</sup> RÚJULA, P.: «La guerra como aprendizaje político. De la Guerra de la Independencia a las guerras carlistas», en *I Jornadas de Estudio del Carlismo. Actas. El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2008, pp. 41-65, y MOLINER, A.: «Partidas, guerrillas y bandolerismo», en *II Jornadas de Estudio del Carlismo. Actas. Violencias fratricidas: carlistas y liberales en el siglo XIX*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2009, pp. 15-55.

<sup>47</sup> WEBER, E.: *Peasants into Frenchmen...*, *op. cit.*

<sup>48</sup> MOLINA, F.: «¿Realmente la nación vino a los campesinos? *Peasants into Frenchmen* y el “debate Weber” en Francia y España», *Historia Social*, 62 (2008), pp. 79-102.

Por tanto, se llega a la conclusión de que la nación ha sido históricamente creada a partir de la interacción de diferentes posicionamientos políticos en conflicto. Éste ha sido precisamente el planteamiento de Jesús Millán y Ángel Duarte en su afirmación de la complementariedad antagónica de las opciones carlista y liberal en la construcción de la identidad nacional española<sup>49</sup>. De la misma manera, Francisco Javier Caspistegui ha destacado el papel de la actividad cultural del mundo asociativo carlista en la configuración de la autorrepresentación regional de Navarra como comunidad imaginada<sup>50</sup>.

En lo que respecta a la historiografía sobre el clientelismo restauracionista, el redescubrimiento de la obra de Eugen Weber sobre la modernización del mundo rural ha desencadenado un fructífero diálogo entre autores que han centrado su actividad en los procesos de construcción del Estado-nación y otros especializados en la actividad política campesina. Así, por ejemplo, José Álvarez Junco se interesó en su momento por las relaciones patrono-clientelares en la España decimonónica siguiendo la línea de interpretación establecida por Ernest Gellner<sup>51</sup>. Interpretó el caciquismo como un síntoma de las insuficiencias del despliegue efectivo de las administraciones del Estado en las periferias regionales de su territorio.

No obstante, recientes estudios sobre los procesos de politización campesina basados en los planteamientos weberianos han sido criticados en la misma línea que lo fueron las interpretaciones de la «Escuela de Oxford»<sup>52</sup>. Demasiado frecuentemente, la expansión

---

<sup>49</sup> MILLÁN, J.: «A salvo del desorden conservador: carlismo y oligarquías no carlistas en la España de la revolución liberal», en *I Jornadas de Estudio del Carlismo...*, op. cit., pp. 65-99, y DUARTE, A.: «El carlista y el republicano: rivales y enemigos», en *II Jornadas de Estudio del Carlismo...*, op. cit., pp. 239-259.

<sup>50</sup> CASPISTEGUI, F. J.: «¿Carlismo en Navarra o Navarra carlista?: paradojas de una identidad conflictiva entre los siglos XIX y XX», en *I Jornadas de Estudio del Carlismo...*, op. cit., pp. 205-245, y ANDERSON, B.: *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1991.

<sup>51</sup> ÁLVAREZ JUNCO, J.: «Redes locales, lealtades tradicionales y nuevas identidades colectivas en la España del siglo XIX», en ROBLES EGEA, A. (coord.): *Política en penumbra...*, op. cit., pp. 71-95, y GELLNER, E.: «Patrons and Clients», en GELLNER, E., y WATERBURY, J. (eds.): *Patrons and Clients in Mediterranean Societies*, Londres, Duckworth, 1977, pp. 1-7.

<sup>52</sup> FRÍAS, C., y GARCÍA, C.: «Sufragio universal masculino y politización campesina en la España de la Restauración (1875-1923)», *Historia Agraria*, 38 (2006), pp. 27-47, y ROMERO, C., y CABALLERO, M.: «Oligarquía y caciquismo durante el rei-

de la significación política de la experiencia social sólo se entiende desde la perspectiva de su funcionalidad con relación al desarrollo del Estado-nación. Sólo se tienen en cuenta aquellas actitudes de los grupos subalternos rurales que encajan con el camino preestablecido de politización y nacionalización de la vida cotidiana. No hay duda de que esta interpretación de claros tintes estructuralistas constituye una narrativa teleológica y presentista de los procesos de modernización.

Mención aparte se merecen los trabajos de Francisco Cobo Romero sobre la politización de signo derechista de las clases medias campesinas en la Alta Andalucía durante la Segunda República<sup>53</sup>. Al plantear los numerosos déficits de los partidos de izquierdas con relación a la canalización de sus reivindicaciones y la defensa de sus sensibilidades, este autor ha presentado a los estratos intermedios de las jerarquías agrarias como sujetos históricos capaces de formular de manera autónoma sus propias reivindicaciones para así apropiarse del programa político más próximo a sus deseos.

En la misma línea, Juan Pan-Montojo ha estudiado recientemente la configuración del discurso del «agrarismo» a finales del siglo XIX no solamente desde el punto de vista de los intereses de las elites terratenientes, sino también desde la perspectiva de las sensibilidades heterogéneas de su clientela<sup>54</sup>. Este autor se pregunta cómo las propuestas realizadas en dicho entorno político obtuvieron la representatividad social de amplios sectores del campesinado. Igualmente se plantea cuál fue el papel de la imagen antagonica entre lo rural y lo urbano en dicho proceso. Así pues, el campo mismo empieza a ser entendido como una construcción cul-

---

nado de Isabel II», en *Historia Agraria*, 38 (2006), pp. 7-27. Comentados críticamente en los artículos que en esta misma revista —núm. 41 (2007)— publicaron Luis Garrido, Xosé R. Veiga y Aurora Garrido.

<sup>53</sup> COBO, F.: *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, e íd.: «Labradores y granjeros ante las urnas. El comportamiento político del pequeño campesinado en la Europa occidental de entreguerras. Una visión comparada», *Historia Agraria*, 38 (2006), pp. 47-75.

<sup>54</sup> PAN-MONTOJO, J.: «Reconstructing “Communities” and Uniting “Classes”: Agrarian Movements and Agrarismo in Spain, 1882-1917», en PAN-MONTOJO, J., y PEDERSEN, F. (eds.): *Communities in European History: Representations, Jurisdictions, Conflicts*, Pisa, Pisa University Press, 2007, pp. 109-133.

tural fruto de la modernización<sup>55</sup>, como una tradición inventada en términos de Eric Hobsbawm<sup>56</sup>.

## Nuevos retos interpretativos

Las interpretaciones del carlismo y el clientelismo político que se han realizado desde una perspectiva cultural no solamente han posibilitado la producción de nuevos conocimientos cualitativamente diferenciados. También han propiciado la introducción de nuevas aportaciones teóricas al debate en torno a la acción colectiva de los grupos campesinos. Respecto al carlismo, Martínez Dorado y Pan-Montojo han propuesto explícitamente la utilización de la noción de «discurso» «en sustitución no sólo de mentalidad, cultura popular o economía moral, sino también de ideología y cultura política»<sup>57</sup>. Dicho concepto es heredero del cuerpo teórico del estructuralismo lingüístico formulado en su momento por Ferdinand de Saussure<sup>58</sup>. De todas maneras, fue Michel Foucault quien aplicó las conclusiones puramente semióticas de los lingüistas estructuralistas a la acción llevada a cabo por los sujetos históricos<sup>59</sup>. Este autor planteó el «discurso» como un mecanismo de poder; relacionó la esfera del lenguaje con el comportamiento social, y sometió todo ello a un análisis radicalmente historicista<sup>60</sup>. De forma complementaria, el concepto de «representación» ha sido propuesto desde la escuela de los *Cultural Studies* no solamente como un acto de signi-

<sup>55</sup> La idea ya fue planteada en WILLIAMS, R.: *El campo y la ciudad...*, *op. cit.* Desde los años noventa han trabajado ampliamente sobre la misma diferentes autores aglutinados alrededor de la revista *Journal of Rural Studies*, en VIVES, A.: «Alteridad rural y centralismo urbano en la construcción de la diferencia entre el campo y la ciudad», en NASH, M., y TORRES, G. (eds.): *Los límites de la diferencia. Alteridad cultural, género y prácticas sociales*, Barcelona, Icaria, 2009, pp. 29-47.

<sup>56</sup> HOBBSAWM, E. J.: «L'invent de tradicions», en HOBBSAWM, E. J., y RANGER, T. (eds.): *L'invent de la tradició*, Vic, Eumo, 1988, pp. 13-25 (1.ª ed., 1983).

<sup>57</sup> MARTÍNEZ DORADO, G., y PAN-MONTOJO, J.: «El primer carlismo...», *op. cit.*, p. 49.

<sup>58</sup> HALL, S.: «The Work of Representation», en HALL, S. (ed.): *Representation. Cultural Representations and Signifying Practices*, Londres, Sage, 1997, pp. 30-54.

<sup>59</sup> FOUCAULT, M.: *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 1996 (1.ª ed., 1975).

<sup>60</sup> VÁZQUEZ, F.: «Foucault y la Historia Social», *Historia Social*, 29 (1997), pp. 145-159.

ficación de la experiencia vivida, sino también como dispositivo de poder efectivo en la práctica social cotidiana<sup>61</sup>. Además, el carácter dinámico e históricamente cambiante de las prácticas de significación ha hecho que la misma noción haya sido largamente reivindicada desde el campo de la historia cultural<sup>62</sup>.

Este corpus teórico ofrece la posibilidad de interpretar la praxis social no solamente a partir de razonamientos utilitaristas supuestamente objetivos, sino como una toma de decisión realizada por diferentes sujetos históricos en función del sentido que han dado a sus propias vivencias. Por otra parte, el carácter cambiante e irreplicable de la experiencia significada evita a su vez las interpretaciones estructuralistas. Entonces, dichos posicionamientos interpretativos permiten entender la acción colectiva de los sectores populares del campesinado desde su propia subjetividad culturalmente construida en una dinámica de cambio histórico siempre incierto e imprevisible.

Con relación a las causas explicativas de la movilización carlista y la reproducción de las relaciones políticas patrono-clientelares, se evidencia la importancia de explicar cómo sus bases sociales dieron sentido a la propia experiencia a través de lenguajes diferentes. Así pues, cabe preguntarse cómo los diferentes campesinados percibieron la acción de las administraciones públicas en el marco del proceso de construcción del Estado-nación español, sobre todo aquellas que les afectaron directamente. Tal y como señaló en su momento Jordi Canal, antes que plantearse la cuestión de «por qué fueron carlistas» amplios sectores del mundo rural es preferible hacerlo desde la perspectiva subjetiva de los propios militantes: «¿Por qué fuimos carlistas?»<sup>63</sup>. En este sentido, hay que profundizar en el estudio de las percepciones generadas en base a los discursos con los que los miembros de estos colectivos se sintieron identificados. Se trata, pues, de analizar los repertorios de representación empíricamente acotables a actos de comunicación concretos protagoni-

<sup>61</sup> HALL, S.: «The Spectacle of the “other”», en HALL, S. (ed.): *Representación...*, op. cit., pp. 223-290. La imagen de las guerras carlistas ha sido analizada desde una perspectiva teórica diferente en *III Jornadas de Estudio del Carlismo. Actas. Imágenes: El carlismo en las artes*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2010.

<sup>62</sup> CHARTIER, R.: «El mundo como representación», en CHARTIER, R.: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 2002 (1.ª ed., 1989).

<sup>63</sup> CANAL, J.: «La gran familia...», op. cit., pp. 99-100.

zados por los sujetos históricos estudiados. Por tanto, la tipología de fuente histórica a tener en cuenta la constituyen los documentos —escritos o no— en que las clases subalternas del campo llevaban la voz cantante.

De todas formas, el abordaje de esta tarea conlleva el planteamiento previo de muchas cuestiones de carácter teórico y metodológico de considerables dificultades. En primer lugar, hay que preguntarse si desde la precariedad institucional inherente a las posiciones de subalternidad social y cultural es posible la creación de un lenguaje propio con el que dar sentido de manera autónoma a la experiencia subjetiva. Tal y como ha planteado Gayatri Spivak, cabe responder el interrogante sobre la posibilidad de la configuración de voces subalternas<sup>64</sup>. ¿Cuáles son los mecanismos a partir de los que una persona o un grupo de personas se convierten en portavoces consentidos por el colectivo que representan? ¿Cuáles son las condiciones que regulan la identificación de los grupos subordinados con los textos —orales, escritos, etc.— en los que se sienten representados?

Para responder a estas preguntas es imprescindible estudiar cómo las prácticas de recepción comunicativa realizadas desde posiciones de subalternidad cultural alteran el mensaje original propuesto por los emisores. Respecto a fenómenos históricos como el carlismo o el caciquismo, hay que plantearse cómo las mayorías campesinas sin voz social reconocida pudieron aprovechar dichos procesos de recepción para coaccionar los textos generados en busca de su identificación y representatividad<sup>65</sup>. Así pues, sería bueno profundizar en los mecanismos de negociación del consentimiento que hicieron posible que ciertos grupos subalternos se creyeran el discurso que representaba su voz. Entonces se hace evidente la necesidad de una historia de las prácticas de apropiación popular de los discursos políticos del carlismo y otras ideologías de derechas que apelaban al mundo rural en su universo simbólico.

<sup>64</sup> SPIVAK, G.: «Can the Subaltern Speak?», en WILLIAMS, P., y CHRISMAN, L. (eds.): *Colonial Discourse and Postcolonial Theory. A Reader*, Nueva York, Harvester-Whearsheaf, 1994, pp. 66-111 (1.ª ed., 1988).

<sup>65</sup> Homi Bhabha ha explicado la alteración de los discursos en su recepción como ejercicio de *translation* en BHABHA, H.: «Sly Civility», en BHABHA, H.: *Location of Culture*, Nueva York, Routledge, 1994, pp. 132-145 (1.ª ed., 1985). Sobre la coacción de la recepción CHARTIER, R.: «De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social», *Historia Social*, 17 (1993), pp. 97-103.

Hay que averiguar, en definitiva, cómo ciertos grupos subalternos del campo se creyeron las ideologías subyacentes a las prácticas de deferencia social desde una perspectiva de clase.

Según Néstor García Canclini, en la apropiación creativa de textos ajenos también se han canalizado las tradiciones de conocimiento previas con las que se identifican las audiencias<sup>66</sup>. En la recepción semiótica se producen fenómenos de hibridación entre los repertorios nuevos de representación que proponen las autoridades culturales y los viejos substratos de significación a partir de los que se hace la lectura de lo nuevo. En este sentido, los procesos de modernización del campesinado que Eugen Weber entendió como fenómenos de aculturación deben ser vistos como formas de transculturación en las que representaciones premodernas del mundo social contaminaron el discurso hegemónico de la modernidad<sup>67</sup>.

Es por esta razón que es necesario el planteamiento de estudios sobre la persistencia en el seno de los colectivos campesinos de lenguajes populares de tradición oral. Se trata del substrato cultural que a lo largo de los siglos XIX y XX entró en contacto con discursos políticos —tradicionalistas o progresistas— que contribuían a la modernización del mundo rural. Son pocos los estudios realizados en esta línea. En su análisis de un amplio repertorio de coplas y romances de la Catalunya Occidental, Joaquim Capdevila ha comprobado en los textos una cierta orientación del auditorio hacia el apego a las instituciones religiosas locales como referentes de identificación aldeana<sup>68</sup>. De esta manera, las reformas desamortizadoras del Estado liberal se pudieron significar como una agresión a la propia identidad aglutinada a través de las instituciones parroquiales, concejiles u otras. Seguramente, la acción del Estado fue percibida desde muchos pueblos y aldeas como un menosprecio a sus propias instituciones, al repertorio de costumbres y representaciones religiosas a partir de las que se construyó la identidad local.

<sup>66</sup> Sobre el concepto de «hibridación» véase GARCÍA CANCLINI, N.: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990.

<sup>67</sup> Sobre el concepto de «transculturación» véase PRATT, M. L.: *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, Londres, Routledge, 1992.

<sup>68</sup> CAPDEVILA, J.: «Caciquisme rural i contrautopies pageses. El testimoni d'unes cobles de la Conca de Barberà i del Priorat», *Aplec de Treballs del Centre d'Estudis de la Conca de Barberà*, 26 (2008), pp. 38-71, e íd.: *Modernització social a la Catalunya de Ponent durant el canvi de segles XIX i XX*, Facultat de Filologia de la Universitat de Barcelona (tesis doctoral, 2003).

Ello podría explicar la participación popular en las movilizaciones carlistas de ciertas áreas geográficas del territorio estatal español a lo largo del siglo XIX.

El análisis de Capdevila sugiere también la percepción negativa de las organizaciones políticas modernas desde una perspectiva de periferia territorial<sup>69</sup>. Posiblemente, amplios sectores del campesinado no se apropiaron de los lenguajes políticos porque las organizaciones que los difundían —partidos y sindicatos— estaban centralizadas en ciudades lejanas. A lo mejor optaron por mantener las fidelidades de carácter personal a elites locales más próximas con las que se sentían más identificados desde una perspectiva territorial. Por tanto, sería interesante comprobar hasta qué punto las concepciones de reciprocidad social interclasista propias de las economías morales sobrevivieron a los procesos de modernización<sup>70</sup>. Dichas representaciones de la sociedad conforman el discurso en el marco del cual se percibieron como naturales tanto las relaciones patrono-clientelares, como el reconocimiento de las jerarquías sociales.

No obstante, la confirmación de estas hipótesis nunca será posible a menos que interroguemos decididamente a las voces de los colectivos silenciados que dieron sustento tanto al carlismo como al clientelismo político. Nunca podremos saber si ambos fenómenos se correspondieron a actos de resistencia popular contra la construcción del Estado-nación en su acepción liberal centralista, si no escuchamos a las voces subalternas que reproducían narrativas históricas diferentes a las de la modernidad, aquellas que para Rannahit Guha «son voces bajas que quedan sumergidas por el ruido de los mandatos estatistas»<sup>71</sup>. No hay duda de que a partir del reconocimiento de la subjetividad histórica de los diferentes colectivos campesinos puede salir un campo fértil de nuevas formas de entender el devenir social que superen los límites interpretativos de los posicionamientos de fondo utilitarista o estructuralista. Como ha

<sup>69</sup> *Ibid.*

<sup>70</sup> La cuestión es tratada en VIVES, A.: «La persistencia de la ética de la supervivencia en el medio rural mallorquín. Itinerario de un discurso (siglos XIX-XX)», en *Memoria e identidades. Actas del VII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela Publicacións, 2004, pp. 2124-2144.

<sup>71</sup> GUHA, R.: «Las voces de la historia», en GUHA, R.: *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 20 (1.ª ed., 1993).

señalado Mary Nash, «la historiografía del siglo XXI tiene que confrontar los retos de escribir narrativas históricas que reconozcan la diversidad de los sujetos históricos»<sup>72</sup>. En este sentido, el reconocimiento de los sujetos campesinos sin duda contribuirá a una mejor comprensión de los procesos en los que estuvieron involucrados en interacción con otros agentes sociales.

---

<sup>72</sup> NASH, M.: «Los nuevos sujetos históricos...», *op. cit.*, p. 100.



# *El pueblo contra los pueblos. Intervención gubernativa y clientelismo en las instituciones locales durante la Segunda República<sup>1</sup>*

*Oscar Rodríguez Barreira*

Cañada Blanch Centre (London School of Economics)

«Es una lástima que la política haya de hacerse necesariamente por lo visto con profesionales aplicados»  
(Cipriano Rivas a Manuel Azaña).

*Resumen:* En este ensayo presentamos una lectura de la Segunda República que analiza la conexión entre el centro del Estado y los municipios rurales. Se pone énfasis en el análisis del poder, entendido en sentido lato y reticular, estudiando críticamente la actuación estatal y su influencia en el rumbo que toma la República en el ámbito local. Nos preguntaremos sobre el modo en que los poderes estatales, provinciales y locales se relacionaron entre sí y con la sociedad. Se presta atención a la composición social y dinámica política de los ayuntamientos entre 1931 y 1936, preguntándonos sobre la capacidad de la República para incorporar a las capas medias rurales.

*Palabras clave:* Segunda República, poder local, clientelismo, caciquismo, ayuntamientos.

*Abstract:* In this paper, while we analyze the connection between the center of the state and rural municipalities we also connect this analysis with the functioning of local power network organizations. We also study the social composition of the councils and we pay special attention to the attitude of the rural middle classes towards the Republic. Our final goal is to study the relationship between provincial and local state authorities on the one hand, and, on the other, between authorities and society.

*Keywords:* Second Republic, Local Power, Clientelism, Caciquismo, Municipalities.

---

<sup>1</sup> Deseo que conste mi agradecimiento a los evaluadores de *Ayer* que me señalaron aspectos a corregir. Antonio Cazorla, Fernando Martínez, Sofía Rodríguez y Ana Cabana me dieron su apoyo, sus sugerencias y sus críticas. Evidentemente, todos los fallos son de mi responsabilidad.

Varios meses llevaba prisionero el joven estudiante Antonio Capella Bustos cuando la República estalló, disfrutando así, por partida doble, de la libertad. Antonio fue detenido en Alhama la Seca (Almería) cuando, sin avisar a sus padres, se les presentó como fugitivo por su participación en la sublevación de Jaca. De poco sirvió la huida. Un agente secreto le persiguió haciéndolo preso al llegar a su pueblo. Hijo de un republicano —Santiago Capella Romero—, Antonio hizo suyo este credo. Había nacido en Alhama, cuna del insigne Nicolás Salmerón y Alonso, amigo, por cierto, de su padre. Alhama, localidad símbolo del republicanismo almeriense, fue, según el mito, un pueblo emancipado que, en su día, se adelantó a la historia gracias a un *obrero consciente* —el telegrafista Gaspar López—. Así, celebró la Segunda República con casi un día de adelanto. Antonio, que fue elegido concejal de su pueblo en los comicios del 12 de abril, se convirtió en el héroe de sus paisanos. Alhama la Seca, pronto rebautizada como Alhama de Salmerón, aparecería esos días en la prensa nacional como ejemplo de municipio democrático y republicano.

Antonio no pudo tomar posesión de su cargo en la sesión del jueves 16 de abril, aunque sí lo haría su padre y otros republicanos históricos como el recién elegido alcalde, un propietario y jurista de sesenta y siete años que días más tarde, y con un evidente contenido simbólico, se convirtió también en alcalde de alcaldes: presidente de la diputación. La nueva corporación no quiso esperar a su héroe y, tan sólo dos días más tarde, rotuló una de las calles del pueblo en su honor. El héroe de Jaca no llegó hasta el 25 de abril y, tras recibir el merecido homenaje en la capital, completó una corporación formada por tres ediles radicales, tres radical-socialistas y otros tres socialistas a los que había que sumar cuatro monárquicos. Según la interpretación del momento, fiel a sí misma, a su cultura política, Alhama, en cuanto tuvo su oportunidad, se había zafado de la mordaza caciquil.

Esos días, probablemente, muy pocos podían imaginar que Francisco López sólo duraría un mes como presidente de la diputación, de la que dimitió tras recibir duras críticas en la prensa, y que apenas llegaría a febrero de 1932 como primer edil. Menos aún podían sospechar que, ocho años más tarde, la estatua de Nicolás Salmerón sería derribada ante el jolgorio popular y que, incluso, se guardó en un garaje para impedir que los propios vecinos la mancillaran<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> MARTÍNEZ, F. (coord.): *Nicolás Salmerón y el republicanismo parlamentario*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007; «En Almería», *El Sol*, 15 de abril de 1931; «Loor

Los ulteriores acontecimientos no sólo muestran el carácter imaginado de la inmanencia del republicanismo alhameño, también nos impelen a reflexionar sobre la intención y utilidad de la idealización, en la prensa nacional, de los acontecimientos ocurridos durante la fiesta republicana en un pequeño municipio del mediodía peninsular. A nuestro juicio, el mito popular, y su recreación en la prensa, perseguía dos objetivos: por un lado, ligaba el 14 de abril con el republicanismo decimonónico haciendo al primero consecuencia de las semillas plantadas por el segundo, y por otro, el énfasis en los casos de Jaca, Alhama y otros municipios ocultaban el carácter exclusivamente urbano del éxito republicano y ayudaban a construir republicanismo en un mundo donde escaseaba: el rural. Un proceso que, en su imaginario, debía realizarse a través de la educación y la cultura, pero que, de facto, tuvo también otros caminos más rápidos y pragmáticos<sup>3</sup>.

## El morado de la tricolor

Ese 14 de abril el imaginario republicano se desparramó interpretando, y creando, el acontecimiento: la anhelada revolución regeneradora de España. El actor principal era *el pueblo* y, paradójicamente, el referente histórico a la hora de construir democracia eran *los pueblos*: los fueros y concejos abiertos medievales aniquilados por Austrias y Borbones. La idealización de los municipios pretéritos, el *morado de la tricolor*, convivía, no obstante, con un profundo temor a los presentes. Éstos, los burgos podridos, eran los feudos de los enemigos del pueblo: *los caciques*<sup>4</sup>.

---

al anhelo legítimo de libertad», *La Crónica Meridional*, 17 de abril de 1931; Archivo Municipal (AM) de Alhama, *Actas del Ayuntamiento*, 16 al 25 de abril de 1931 y 15 de febrero de 1932; Archivo Histórico Provincial de Almería (AHPAL), GC, 3994, *Comisiones Gestoras*, 1931. *Dimisión de Francisco López*. La propuesta de cambio de nombre en *Heraldo de Madrid*, 21 al 22 de septiembre de 1931; *El Sol*, 21 al 22 de septiembre de 1931, y *Diario de Almería*, 22 de septiembre de 1931.

<sup>3</sup> ANDERSON, B.: *Comunidades imaginadas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993; HOLGUÍN, S.: *República de ciudadanos*, Barcelona, Crítica, 2003, y TAYLOR, Ch.: *Imaginarios sociales modernos*, Barcelona, Paidós, 2006.

<sup>4</sup> «1521-1931», *El Sol*, 15 de abril de 1931; «¡Cuidado con los monárquicos al servicio de la República!», *Heraldo de Madrid*, 15 de abril de 1931, y ÁLVAREZ JUNCO, J.: «Mitos de la nación en guerra», en JULIÁ, S. (coord.): *República y Guerra Civil*, Madrid, Espasa-Calpe, 2005.

No en vano, el caciquismo había sido el sustento principal de la monarquía y el concepto contra el que se generaron las culturas políticas españolas desde la crisis del 98. Para unos, la solución pasaba por un cirujano de hierro; para otros, por permitir que el pueblo se expresara en libertad. La revolución republicana era un cambio político y, en su imaginario, cuanta menos oligarquía hubiera en los ayuntamientos, más real sería la democracia. En su célebre *Caciquismo y democracia*, Manuel Azaña se refirió al caciquismo como un *arrecife de coral*, construido *desde abajo*, al que derruir minando su base económica y moral. Participaba, pues, de una visión del problema no tan política como sociológica o antropológica, demandando un sistema, democrático por supuesto, que quebrara las bases de las relaciones sociales que perpetuaban el caciquismo como fenómeno político. El concepto que usaremos aquí será similar, haciendo énfasis en el clientelismo como cultura política que prefigura la acción social<sup>5</sup>.

A la altura de 1931, en provincias, las *políticas de exclusión* republicanas se desarrollarían contra él y la idea del *cacique* —es decir, el real y el inventado—. Mientras los grupos republicanos utilizaban ese apelativo de forma peyorativa para denunciar a los antiguos monárquicos, los partidos obreros lo usarían para señalar a los burgueses en general. No le fueron a la zaga los católicos o tradicionalistas, que calificaban así a los ugetistas, algo que también hicieron los comunistas y anarquistas, acusándolos de mercadear con el empleo. Todos ellos denunciaban el clientelismo como algo dañino y ajeno a *su* moral, propio de la «*orgía monárquica*». Mas una cosa serían las palabras, otra, los hechos<sup>6</sup>.

Aunque pocos historiadores niegan ya la influencia del caciquismo durante la Segunda República no se le termina de conceder la importancia que merece, hasta el punto que algún autor se

---

<sup>5</sup> MORENO LUZÓN, J.: «El clientelismo político: historia de un concepto multidisciplinar», *Revista de Estudios Políticos*, 105 (1999), pp. 73-95; *id.*: «Political Clientelism, Elites, and Caciquismo in Restoration Spain (1875-1923)», *European History Quarterly*, 37:3 (2007), pp. 417-441, y AZAÑA, M.: *Plumas y palabras*, Barcelona, Crítica, 1976, pp. 199-203.

<sup>6</sup> Sobre las *políticas de exclusión* durante la Segunda República véase CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo*, Madrid, Siglo XXI, 2006, y DEL REY, F.: *Paisanos en lucha*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009. La importancia de las nociones morales en la regeneración de las culturas políticas en DÍAZ FREIRE, J.: *La República y el porvenir*, Donostia, Kriselu, 1993.

ha sorprendido viendo cómo el principal debate político del primer tercio de siglo desaparecía misteriosamente del análisis historiográfico a partir de los años treinta. Otro ha señalado como una vía de renovación que los estudios sobre clientelismo abarquen periodos más próximos que la Restauración. Las causas de esta carencia son variadas, pero aquí nos interesa señalar dos: que los relatos hegemónicos sobre la República están contruidos *desde arriba* y que, además, se parte de una concepción política, y no sociológica o cultural, del clientelismo<sup>7</sup>.

Como evidenció Octavio Ruiz-Manjón, los relatos de los próceres de la democracia —Azaña, Martínez Barrio...— o los debates parlamentarios prefiguran todavía la historia política del periodo. Por otro lado, algunos análisis con un tinte más social también están estructurados a vista de pájaro como aquellos que explican la dinámica política republicana adjudicando ideologías políticas en función de su posición social. Según esta visión, la actitud mayoritaria de los labradores y pequeños propietarios habría sido paulatinamente antirrepublicana alienándose del Estado en su conflicto con las masas jornaleras mayoritariamente adscritas al socialismo o, en menor medida, al anarquismo<sup>8</sup>.

En este ensayo presentamos una lectura que, estudiando la conexión entre el centro del Estado y los municipios rurales, matiza estas lecturas. Nuestra visión pone énfasis en *el poder*, entendido en sentido lato y reticular, y analiza críticamente la actuación estatal. Tomando como estudio de caso la provincia de Almería, compa-

---

<sup>7</sup> MORENO LUZÓN, J.: «A historiografía sobre o caciquismo espanhol: balanço e novas perspectivas», *Análise Social*, 178 (2006), pp. 9-29, y CAZORLA, A.: «La vuelta a la historia: caciquismo y franquismo», *Historia Social*, 30 (1998), pp. 119-132. Apuestas en este sentido en GRANDÍO, E.: *Caciquismo e eleições na Galiza da II República*, Vigo, A Nosa Terra, 1999, y TOWNSON, N.: «La vieja política bajo la Segunda República: caciquismo, clientelismo y control electoral», en GUTIÉRREZ, M., y PALACIOS, D.: *Conflicto político, democracia y dictadura*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 155-177.

<sup>8</sup> RUIZ-MANJÓN, O.: «La Segunda República española. Balance historiográfico de una experiencia democratizadora», *Ayer*, 63 (2006), pp. 279-297; SCHATZ, S.: «Democracy's breakdown and the rise of fascism: the case of the Spanish Second Republic, 1931-1936», *Social History*, 26:2 (2001), pp. 145-165; LUEBBERT, G. M.: *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991; LÓPEZ, M.: *Orden público y luchas agrarias en Andalucía*, Córdoba, Libertarias, 1995; PAYNE, S.: *La primera democracia española*, Barcelona, Paidós, 1995, y MACARRO, J. M.: *Socialismo, República y revolución en Andalucía*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000.

rada a lo largo del texto con municipios de otras regiones, nos preguntaremos sobre el modo en que los poderes provinciales y locales se relacionaron con la sociedad y entre sí. A través del análisis de más de 1.800 ediles extraídos de los libros de actas del 40 por 100 de los municipios de la provincia, presentaremos una imagen muy aproximada de la composición de los ayuntamientos republicanos. Este retrato de las corporaciones locales republicanas relativiza la incapacidad republicana para llegar al campo, por lo que proponemos que, al igual que en la anterior experiencia republicana, la cooptación política durante la Segunda República fue interclasista y escindida. En la misma tuvieron gran importancia no sólo la cultura y los linajes republicanos, patentes en el caso de Alhama, sino, sobre todo, lo extendida que se encontraba en los municipios españoles la *realidad banderiza*. Veremos que la contracción de la esfera pública no fue únicamente responsabilidad de *las masas*, sino que fue consecuencia de una compleja interacción entre los diferentes centros de poder y la sociedad, entre gobernantes y gobernados. Finalmente, sostendremos que esa interacción se verá determinada por la debilidad de partida del republicanismo, frente a otras identidades políticas, en el ámbito rural y su sobrerrepresentación en —y continuo intervencionismo desde— los gobiernos civiles<sup>9</sup>.

James Scott señala que ciertas formas de conocimiento y de control social traen aparejadas pérdidas cualitativas en nuestra comprensión de las interacciones sociales. Frente a la clásica visión estatista, Scott alerta contra la tendencia de los Estados a actuar contra los intereses o necesidades de sus súbditos, señalando que una sociedad civil fuerte es un magnífico dique de contención frente a los excesos del poder. Esta perspectiva tendrá gran importancia en nuestro análisis, ya que constataremos cómo el Estado y las cúpulas de los partidos políticos no tuvieron demasiado interés en ampliar y fortalecer la esfera pública en el ámbito local, perpetuándose así una sociedad civil débil y, en demasiadas ocasiones, articulada de forma clientelar<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> UGARTE TELLERÍA, J.: *La nueva Covadonga insurgente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998; DE LA FUENTE, G.: *Los revolucionarios de 1868*, Madrid, Marcial Pons, 2000; SERRALLONGA, J.: «El aparato provincial durante la Segunda República. Los gobernadores civiles, 1931-1939», *Hispania Nova*, 7 (2007) [on-line], y RUIZ-MANJÓN, O.: «Autoridades locales y partidos políticos en Andalucía durante la Segunda República», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 5 (1979), pp. 167-181.

<sup>10</sup> SCOTT, J. C.: *Seeing Like a State*, New Haven, Yale University Press, 1998.

## El arrecife de coral

El caso de Alhama no representa los resultados del 14 de abril en el mundo rural. Los republicanos habían cosechado un meritorio, e inédito, éxito pero... tan sólo en ambientes urbanos. Ángel López ha mostrado el triunfo unilateral del monarquismo en el agro manchego, mientras que Diego Caro cuantifica los concejales obtenidos por el monarquismo en la provincia de Cádiz en el 70 por 100. En Álava las candidaturas monárquicas no sólo ganaron en el campo, sino que incluso lo hicieron, por un estrecho margen, en Vitoria. En Galicia únicamente A Coruña ofrecía más ediles republicanos que monárquicos en el campo; en Lugo, Ourense y Pontevedra la tónica fue la ya mencionada.

El triunfo de las opciones monárquicas y la desconexión de los municipios con respecto a la realidad partidista de abril de 1931 fue una realidad también en el campo almeriense. En Berja el resultado de las elecciones pobló el consistorio de apellidos de los linajes políticos tradicionales: Gallardo, Villalobos, Joya... Algo similar ocurría en Rágol, donde el candidato más votado resultó ser un concejal de la dictadura. Le seguían de cerca dos antiguos alcaldes. En Roquetas de Mar los republicanos también crecieron como setas, si bien de los once ediles elegidos diez habían paseado por el consistorio durante la dictadura. Los resultados, en cualquier caso, sirvieron de poco. Las denuncias sobre coacciones y listas negras fueron una excusa perfecta para que el gobierno provisional repitiera las elecciones en el 70 por 100 de los municipios<sup>11</sup>.

El nuevo gobernador civil de Almería solicitó a los comités locales de la Conjunción Republicano-Socialista los nombres idóneos para sustituir los ayuntamientos elegidos en elecciones reclamadas por comisiones gestoras que, interinamente, mantuvieran la vida

---

<sup>11</sup> LÓPEZ VILLAVARDE, A.: *Cuenca durante la Segunda República*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997; CARO, D.: *La Segunda República en Cádiz*, Cádiz, Diputación, 1987; DE PABLO, S.: *La Segunda República en Álava*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1989; GRANDÍO, E.: *Caciquismo...*, op. cit.; RODRÍGUEZ BARREIRA, Ó., y CAZORLA, A.: «Hoy Azaña, mañana... Franco. Una microhistoria de caciquismo en democracia y dictadura. Berja (Almería), 1931-1945», *Hispania*, 229 (2008), pp. 471-502, y ALARCÓN, J. A.: «Las elecciones municipales de abril y mayo de 1931 en Almería», *Anuario de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada*, 11 (1984), pp. 347-395.

administrativa y garantizaran la legalidad del proceso. De los cuatro miembros que formaron la gestora el 19 de abril en Abla tan sólo uno había sido elegido en los anteriores comicios, en Fiñana ninguno. En Huércal Overa la gestora tardó en formarse cinco días más, pero tampoco ninguno de los elegidos había tomado posesión el 16 de abril. Lo mismo ocurría en Adra, una localidad que, pese a contar con comité local republicano-socialista, había elegido un ayuntamiento enteramente monárquico. Ésta fue, en realidad, la pauta en una provincia donde los republicanos habían obtenido 282 ediles; los monárquicos, 423; los socialistas, 61, y no se conocía la filiación de 223. El 16 de abril las bases del *arrecife de coral* en el campo continuaban ahí<sup>12</sup>.

Las medidas tomadas no parecían facilitar la reelección de candidatos monárquicos, si bien la realidad fue más compleja. Dentro de los propios partidos de la coalición comenzaron las denuncias sobre infiltración caciquil y la escasa raigambre republicana. En principio el más señalado fue Derecha Liberal Republicana (DLR), un *nido caciquil*, a decir de algunos, que, según su presidente, era boicoteado por sus compañeros de coalición. Eso parecía suceder en Huércal Overa, donde dos miembros de la gestora dimitían de sus puestos por serles «de todo punto imposible colaborar con elementos monárquico-caciquiles emboscados en ese partido». A pesar de los deseos de armonía de los republicanos conservadores, en Garrucha se les negaba su derecho a realizar propaganda y el resto de gestores se abstendían de «toda actuación en común con nosotros». A fin de que se cumpliera el criterio de igualdad, solicitaba al gobernador que nombrara a un miembro de su partido para la gestora. Éste accedió y nombró dos<sup>13</sup>.

Las sospechas de infiltración monárquica lo inundaron todo. El 16 de mayo de 1931 el secretario provincial del Partido Republicano Radical (PRR) escribía al gobernador explicándole que Antonio Guil, concejal de Alboloduy y representante del PRR en la comisión gestora de la diputación, no pertenecía al partido, por lo que solici-

<sup>12</sup> AHPAL, GC, 3994, *Comisiones Gestoras, 1931. Propuesta Comité Local Conjuración Republicano-Socialista Adra*, 27 de abril de 1931, y AM Abla, Fiñana, Huércal Overa y Mojácar, *Actas del Ayuntamiento*, 16 de abril de 1931.

<sup>13</sup> AHPAL, GC, 3994, *Comisiones Gestoras, 1931. DLR al gobernador*, 28 de mayo de 1931, y *Dimisión Diego Camacho y Casiano Allica de Huércal Overa*, 28 de mayo de 1931.

taban su destitución. Si el hecho era significativo, aún lo era más que los radicales almerienses se abstuvieran de proponer ningún sustituto de entre sus concejales del distrito de Gérgal-Purchena, ya que, siendo sinceros, no conocían «con seguridad plena solvencia moral y política de los concejales que allí tenemos y no queremos incurrir en errores que pudieran venir en desdoro del buen nombre de la República». Los lerrouxistas pronto abandonarían estos escrúpulos, aunque la misiva apuntaba el problema principal: en aquellas localidades donde no había comités republicano-socialistas locales la desconexión con los líderes provinciales era notoria, facilitándose situaciones de toda laya. Este fenómeno también fue común en otras regiones. En la comarca de Tarazona y el Moncayo (Zaragoza) se observa como los políticos de la Restauración se insertaron dentro de los partidos republicanos, mientras que en Zamora, aquellos mismos que días atrás se habían inmolado en defensa de la Monarquía «se declaraban ahora republicanos de toda la vida»<sup>14</sup>.

A pesar de las quejas y polémicas, los resultados de los comicios de mayo fueron un éxito electoral de los republicanos. Los grandes vencedores fueron los socialistas (132 ediles), seguidos por radical-socialistas (116), DLR (108) y PRR (87). Lejos quedaba Acción Republicana (AR) con 14 exiguos ediles. ¿Se habían democratizado y republicanizado los ayuntamientos rurales? Todo indica que la respuesta es un cualificado no. En Uleila del Campo la vida del consistorio estuvo paralizada desde mayo hasta noviembre de 1931, ya que los ediles electos se negaron taxativamente a posesionarse de sus cargos debido a la animadversión del secretario municipal y a las deudas contraídas por las anteriores corporaciones que habían obligado a actuar al fiscal provincial. En Níjar, los líderes de la sociedad *El despertar del obrero* se quejaban al gobernador civil de que «los profesionales de la política caciquil» impedían que el maestro socialista Manuel Cerezo formara parte del ayuntamiento, tal y como había sido elegido, arguyendo que su profesión era incompatible con el cargo según la normativa electoral de la Ley Municipal de 1877.

---

<sup>14</sup> MATEOS, M. A.: *La República en Zamora (1931-1936)*, Instituto de Estudios Zamoranos, 1988, y CEAMANOS, R.: *Los años silenciados: la II República en la Comarca de Tarazona y el Moncayo*, Tarazona, Comarca de Tarazona y el Moncayo, 2006. Tienen interés las situaciones creadas en Cantoria o Felix, AHPAL, GC, 3994, *Comisiones Gestoras, 1931. PRR al gobernador*, 16 de mayo de 1931, y *Cantoria, 1931, y Felix, 1931*.

Mientras tanto, en Berja, donde la DLR había obtenido mayoría, el poder real seguía en manos de Lorenzo Gallardo, líder del clan de *los Gallardos*. Lorenzo Gallardo, como explicaba un empresario y banquero local a su yerno —que además era vicepresidente de la diputación por el Partido Republicano Radical-Socialista (PRRS)—, a pesar de no ser miembro del ayuntamiento, dominaba la política municipal, estando «siempre a los quites» y, pese a no pertenecer a la DLR, conseguía que «asistieran todos los nuestros»<sup>15</sup>.

Mayor importancia, proyección y capacidad *premonitoria* tuvo el análisis de un candidato derrotado de AR: el velezano Fernando Morales. Pese a los malos resultados obtenidos por su formación en los ayuntamientos y en las elecciones al Parlamento, el 4 de julio de 1931 visitaba a Manuel Azaña realizándole un diagnóstico y peticiones reveladoras:

«Me dice que toda la provincia de Almería puede ser para Acción, porque allí nadie tiene nada. Sólo hace falta que se envíe un gobernador del partido. También me piden destino para el jefe de los afiliados a Acción en Almería, para que se vea que no están desamparados del favor oficial. También asegura que Augusto Barcia no espera más que una indicación mía para incorporarse»<sup>16</sup>.

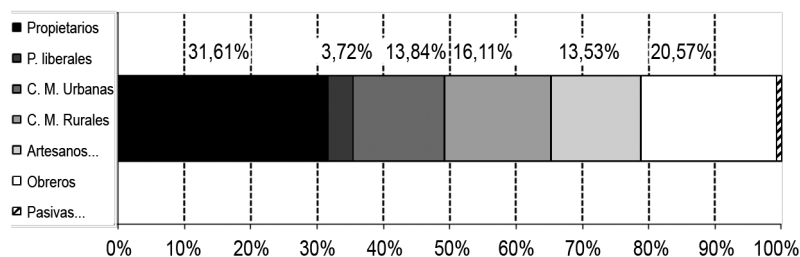
En esta ocasión, Manuel Azaña no escribió en su diario ningún comentario ácido. Los hechos, en cambio, hablan por sí solos. El Azaña político no mostró el mismo interés que el intelectual por quebrar el arrecife, sino que siguió escrupulosamente la receta de su amigo. Morales, además, daba en la diana. Las redes clientelares de los municipios almerienses continuaban latentes, pero, usando palabras de James Scott, dado su carácter periférico y el reciente cambio político, apenas tenían relación con los nuevos nodos de la red de poder —los patronos republicanos—. Esta relación era meramente instrumental, no existían lazos afectivos, de manera que el camino para convertir AR en el núcleo pasaba por una vuelta a la historia:

<sup>15</sup> Emilio Grandío describe una situación similar en Galicia. LÓPEZ, A.: *El radical-socialismo en Almería (1930-1934)*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 2005; *La Crónica Meridional*, 2 de junio de 1931; AHPAL, GC, 3994, *Comisiones Gestoras, 1931. Uleila del Campo (1931)*, y *El Despertar al gobernador*, 9 de junio de 1931. Ley Municipal de 2 de octubre de 1877 en *Gaceta de Madrid*, 4 de octubre de 1877; AHPAL, GM, 4024, *Salida. A Julio Redondo*, 3 de septiembre de 1932, y GRANDÍO, E.: *Caciquismo...*, *op. cit.*

<sup>16</sup> AZAÑA, M.: *Diarios completos*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 150.

GRÁFICA 1

## Ocupación profesional de los ediles. Almería, 1931-1936



Fuente: Actas Archivos Municipales y censo de población. Elaboración propia.

nombrar un gobernador civil afín que cubriera necesidades instrumentales concretas —*clientelismo burocrático*— y retomar un cacique —o si se prefiere un patrón reformista— con amigos políticos —lazos afectivos— en Almería que integrara sus clientelas en AR, activando así el *clientelismo de partido*<sup>17</sup>. La elección natural era un viejo conocido: Augusto Barcia Trelles, el *cacique de Azaña*<sup>18</sup>.

La cooptación del caciquismo por parte de los grupos políticos y del poder local republicano tuvo efectos nocivos, aunque tam-

<sup>17</sup> SCOTT, J. C.: «Patron-Client Politics and Political Change in Southeast Asia», *American Political Science Review*, 66:1 (1972), pp. 91-113. Sobre el clientelismo burocrático y el clientelismo de partido puede verse, con ejemplos de caso italianos, WEINGROD, A.: «Patrons, Patronage, and Political Parties», *Comparative Studies in Society and History*, 10 (1968), pp. 377-400, y para la Transición española, HOPKIN, J.: «A Southern Model of Electoral Mobilization? Clientelism and Electoral Politics in post-Franco Spain», *West European Politics*, 24:1 (2001), pp. 115-36.

<sup>18</sup> Augusto Barcia nació en Vegadeo (Asturias) el 5 de marzo de 1881. Además de su formación intelectual y vinculación a la masonería fue un político profesional que se erigió en un gran cacique capaz de influir entre 1914 y 1936 en la política española. Creó una fiel clientela y maquinaria de extracción de votos en la zona de Vera (Almería) por donde se presentó, por primera vez, en 1914. Gracias a su habilidad, contactos e influencias fue capaz de salir elegido diputado ininterrumpidamente de 1916 a 1923. Su vuelta a Almería se produce durante las primeras elecciones republicanas, en donde sus antiguas clientelas habían sido las dominadoras, durante la época de Primo de Rivera, en Vera, consiguiendo incluso representación en la diputación provincial. Barcia no consigue salir elegido diputado, pero se convirtió en el representante de Acción Republicana primero e Izquierda Republicana después. Véase JIMÉNEZ, M. D.: *Favores e intereses: política de clientelas y cultura electoral en Almería, 1903-1923*, Jaén, Universidad de Jaén, 2003.

bién otros que apenas se contemplan, ya que arraigó la República entre importantes capas de la población y en amplias zonas rurales. El panorama político almeriense fue más plural que en la vecina y bipolar Granada, una provincia, por otro lado, con una estructura de la propiedad similar. Sin embargo, por norma general, se sobrevalora la alienación de los pequeños propietarios rurales y del campesinado de la República, dando por hecho que éstos no supieron integrarse en el Estado. Un somero vistazo a la composición social de las gestoras entre 1931 y 1936 quiebra abruptamente esta visión (gráfico 1). Las elecciones en el ámbito rural muestran cómo los cacicatos llamaron a arrebato, siendo capaces de responder al reto republicano movilizándolo arraigos que poseían en sus feudos. Poco o nada importaban las siglas con las que tocara presentarse. El fenómeno de infiltración fue, pues, generalizado, si bien se ha señalado al PRR como el lugar preferente del mismo. En Cuenca, por ejemplo, las redes clientelares que se quedaron al margen de los agrarios se integraron en el DLR durante el primer bienio y en el PRR durante el segundo. En A Coruña este papel hegemónico, pero también sospechosamente vinculado al caciquismo, lo jugaban los republicanos gallegos de Casares Quiroga. El caso almeriense, en cambio, muestra que este fenómeno también afectó al republicanismo de izquierdas, haciendo muy compleja y rica la dinámica política de los años siguientes y, en gran medida, determinándola<sup>19</sup>.

El grupo predominante entre los 1.674 ediles de los que contamos con su profesión era el de propietarios rurales (35,47 por 100). En una provincia en la que dominaba el minifundio, estos *propietarios* eran *pequeños propietarios*. A éstos les seguían las clases medias rurales (labradores, agricultores, molineros) y las urbanas (comerciantes, empleados) con un 16,77 y un 15,39 por 100, respectivamente, además de los obreros y jornaleros (15,52 por 100). Menor representación tenían, precisamente, aquellos con quien se suele asociar el republicanismo: los trabajadores cualificados y las profesiones liberales, con un 11,50 y un 4,85 por 100 cada uno (tabla 3). Si a nuestra selección le restamos los 698 concejales elegidos en las

<sup>19</sup> RUIZ-MANJÓN, O.: *El Partido Republicano Radical (1908-1936)*, Madrid, Giner, 1976; LÓPEZ, M.: *Orden público...*, *op. cit.*; MATEOS, M. A.: «Fuentes y metodología para el estudio electoral de la Segunda República española», *Ayer*, 3 (1991), p. 159; LÓPEZ VILLAVEDE, A.: «Continuismo frente a ruptura. Las dificultades de la Segunda República en los feudos caciquiles: el ejemplo del partido judicial de Huete (Cuenca)», *Cuadernos Republicanos*, 38 (1999), pp. 79-98, y GRANDÍO, E.: *Caciquismo...*, *op. cit.*

multitudinariamente impugnadas elecciones de abril, el perfil se modifica levemente, con un carácter más popular, pero mantiene el contorno general descrito: 31,22 y 5,64 por 100 de propietarios y profesiones liberales, 12,44 y 19,13 por 100 de artesanos y jornaleros, y 15,88 y 12,44 por 100 de clases medias urbanas y rurales. Si fijamos nuestra atención en las alcaldías, la implicación de los propietarios y labradores es mayor: el 66 por 100 (tabla 3)<sup>20</sup>.

## El cacique de Azaña

El plan no se desarrolló inmediatamente, sino que se llevó a cabo un año más tarde, en plena crisis y descomposición del radical-socialismo almeriense. Fue en esos momentos cuando Barcia reapareció en Almería y se nombró gobernador a un militante de AR: Isidro Liarte. La acción de ambos sirvió para crear, casi de la nada, un partido hegemónico. Lejos de construir un partido en el ámbito rural desde la sociedad civil, AR se creó desde el poder, absorbiendo a los concejales de DLR —algo que ya había ensayado el PRR en Alicante y otras provincias un año antes— y con los *amigos políticos* de Barcia. Como sostuvo Díaz Freire, pasados los días de la fiesta republicana la labor de los dirigentes se centró en hacer Estado. La AR almeriense aprovechó el poder que le ofrecía éste para absorber las redes clientelares en su seno, desechando así la posibilidad de construir partido en el agro desde la sociedad civil. La extensión de esta práctica entre los diferentes partidos, añadida a la política laboral proclive a la UGT, ha llevado a algún autor a defender que el tránsito de la dictadura a la República es el de un modelo de clientelismo de Estado y partido único a otro de partidos y sindicatos. Un modelo de democracia y unas prácticas políticas que, por otro lado, y como ha señalado Rafael Cruz, estaban extendidas en la Europa de entreguerras<sup>21</sup>.

<sup>20</sup> CARRIÓN, P.: *Los latifundios en España. Su importancia, origen, consecuencias y solución*, Madrid, Reunidas, 1932, y NAVARRO, L. C.: *Una riqueza inmensa casi abandonada: los comunales y la revolución liberal en la alta Andalucía*, Granada, Universidad de Granada-Universidad de Almería, 2002.

<sup>21</sup> CRUZ, R.: *En el nombre...*, *op. cit.*; ROBLES EGEA, A. (coord.): *Política en penumbra*, Madrid, Siglo XXI, 1996; DÍAZ FREIRE, J. J.: *Expectativas y frustraciones en la Segunda República*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1990; ÍÑIGO, L.: *La derecha liberal en la Segunda República española*, Madrid, UNED, 2000, y AHPAL, GC, 997 y 365, *Asociaciones. Acción Republicana*.

El 30 de septiembre de 1932 Isidro Liarte envió una circular a los ayuntamientos de la provincia solicitando se le informara sobre la filiación política de los ediles de las diferentes corporaciones. A pesar de lo ajena que resultaba en muchas localidades la realidad partidista republicana, entre el 2 y el 8 de octubre recibió cumplida respuesta de casi todos los ayuntamientos. AR aparecía como el principal partido con 25,51 por 100 de los ediles, le seguía de cerca el PSOE (23,76 por 100) y, algo más alejados, los radical-socialistas (16,83 por 100) y radicales (15,49 por 100). El maurismo democrático tenía 32 concejales menos en toda la provincia que un año antes en el 70 por 100 de los municipios. El análisis comparado de los resultados de las elecciones de mayo del 31 y de los listados de 1932 es revelador. En Albox, DLR, PRR y PRRS perdían siete, cuatro y dos ediles, respectivamente, mientras que AR ganaba catorce; en Alcóntar, entre la DLR y el PRRS perdían cinco, mientras que AR ganaba tres. Más significativos eran los casos de Carboneras y Laujar. En el primero, los mauristas perdían diez concejales y Acción ganaba seis, mientras que en el segundo, los de Azaña absorbían los diez ediles que perdieron radicales y republicanos conservadores. Una mirada global nos permite defender que el crecimiento o construcción de AR se fundamentó sobre las áreas de influencia barcista (Vera y Vélez Rubio), a las que habría que añadir los partidos judiciales de Purchena, Huércal Overa y el salmeroniano y masónico partido judicial de Canjáyar (gráfico 3)<sup>22</sup>.

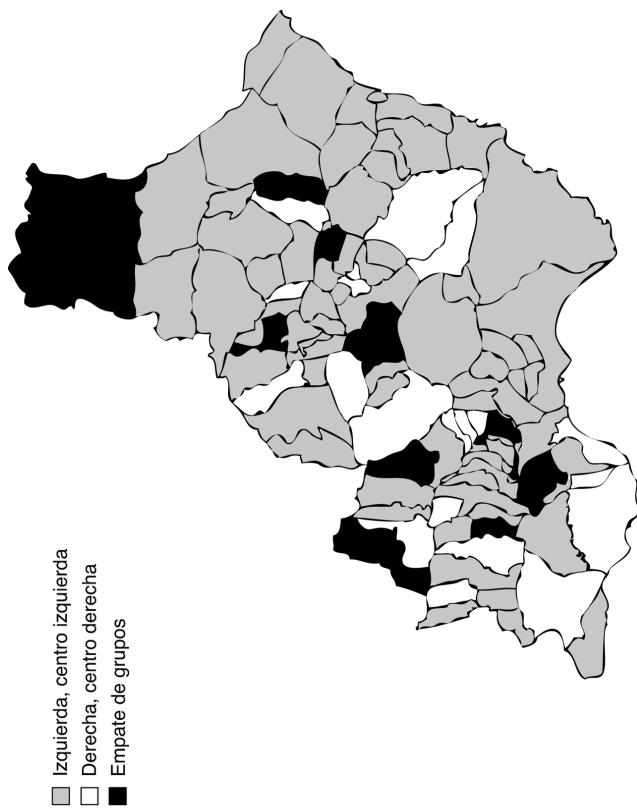
Si a este predominio añadimos la preponderancia de los socialistas en el cinturón de municipios que rodean a la capital y en la cuenca minera (Serón, Sorbas y Macael), más la fuerza del PRRS en Cuevas del Almanzora o Huércal Overa, el resultado es un panorama consolidado del centro izquierda en toda la provincia (mapa 1).

Si comparamos estos datos con los de la conservadora Cuenca en esas mismas fechas (gráfico 2), las diferencias son notables y apuntan a que el espacio político ocupado por el PRR y el republicanismo conservador allí fue el que ocupó el barcismo en Almería, si bien el mayor peso del socialismo en esta última no existía en la primera. En A Coruña, en cambio, el Partido Republicano Gallego (PRG) ocupaba un mayor espacio político (49 por 100); esta peculiaridad y la persistencia de republicanos sin adscripción política a

<sup>22</sup> AHPAL, GC, 4418, *Filiación política de los concejales. Estadillos de los Ayuntamientos*, octubre de 1932.

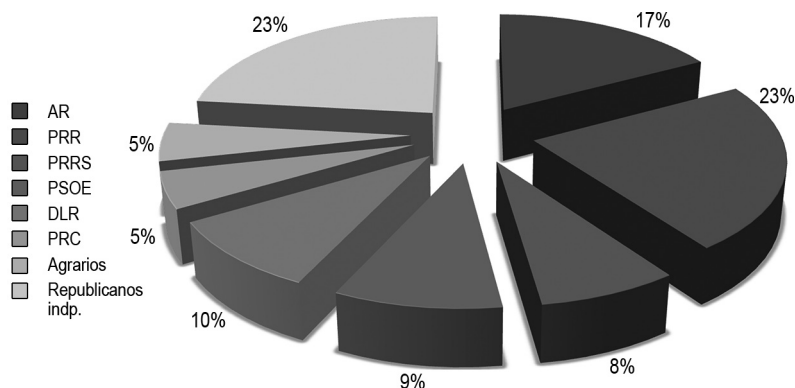
MAPA 1

*Tendencia política del grupo mayoritario en los ayuntamientos de la provincia de Almería por términos municipales (10 de octubre de 1932)*



Fuente: AHPAI, GC, 4418. Elaboración propia.

GRÁFICO 2  
 Militancia de los ediles de los ayuntamientos  
 Cuenca, octubre de 1932



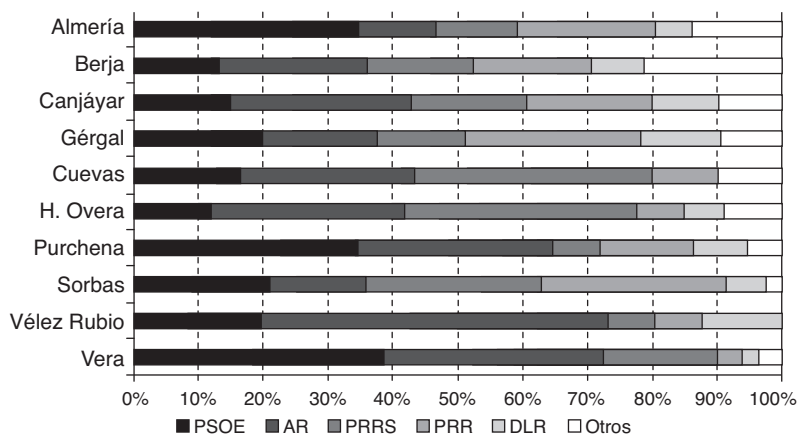
Fuente: LÓPEZ VILLAVERDE, A.: *Cuenca durante...*, op. cit., p. 198. Elaboración propia.

nivel nacional (24 por 100) complican la comparación con el resto de provincias, si bien todo parece indicar un peso más notorio de las clientelas decimonónicas<sup>23</sup>.

El éxito partidista parece fuera de toda duda, pero corría el riesgo de ser efímero, ya que se trataba de un cambio epidérmico y que generó un malestar evidente y desafección política en sectores sociales rurales. En este sentido, y obviando las numerosísimas campañas en la prensa, podríamos mencionar el caso de Cantoria, donde el 8 de octubre se informaba que habían dimitido todos los ediles salvo los tres de AR, o el propio de Lubrín, donde el secretario del ayuntamiento ignoraba cuál era la filiación política del alcalde. Cabe, además, preguntarse hasta qué punto esta estrategia facilitó cambios en la política local y si permitió u obstruyó la creación de esfera pública en el ámbito rural. El caso de Alhabia es inquietante en este sentido, ya que los mismos concejales que habían formado la Alianza Republicana del 31, en 1932 se negaban a adscribirse a ningún partido, «considerándose independientes y dedicados exclusivamente a la defensa de los intereses de este pueblo».

<sup>23</sup> GRANDÍO, E.: *Caciquismo...*, op. cit., p. 65.

GRÁFICO 3  
 Militancia de los ediles por partidos judiciales.  
 Almería, octubre de 1932



Fuente: AHPAL, GC, 4418. Elaboración propia.

y en febrero de 1936 se negaban taxativamente a reincorporarse como ediles en su ayuntamiento<sup>24</sup>.

Si estos casos ofrecen dudas, la elaboración por parte del gobernador civil de un documento en el que daba cuenta de la antigua filiación política del grueso de ediles que poblaban los ayuntamientos almerienses es demoledora (tabla 1). El 85 por 100 de los ediles tenían pasado monárquico, aunque en 1932 tan sólo quedaban 20 que se declarasen así. Los cambios de chaqueta y la continuidad de los cuadros políticos de las instituciones locales fueron, como mostró Santiago de Pablo, algo generalizado. A pesar de las distancias políticas entre Almería y Álava no sería de extrañar que el caso almeriense alcanzara, e incluso superara, el 46 por 100 de ediles republicanos con experiencia política en los ayuntamientos monárquicos de la provincia vasca<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> AHPAL, GC, 4418, *Filiación política de los concejales. Alcalde de Alhabia al gobernador*, 7 de octubre de 1932; *Alcalde de Lubrín al gobernador*, 6 de octubre de 1932, y *Alcalde de Cantoria al gobernador*, 8 de octubre de 1932, y GC, 3994, *Comisiones Gestoras*, 1931. *Alhabia*, y AM Alhabia, *Actas del Ayuntamiento*, 23 de febrero de 1936.

<sup>25</sup> DE PABLO, S.: «Continuidad y cambio en las elites políticas locales, de la Restauración a la Segunda República: el caso de Álava», *Espacio, tiempo y forma*, 3 (1990), pp. 237-248.

TABLA 1

## Datos del gobierno civil sobre los ediles. Almería, 1932

Filiación política con la que se presentaron en 1931												
Albist.	Centr.	Cons.	Const.	Lib.	Ind.	PSOE	AR	PRRS	PRR	DLR	Reg.	Ind.
4	86	180	12	380	285	37	11	36	26	32	2	20
Filiación política con la que ejercen en octubre de 1932												
Monárquica	PSOE	AR	PRRS	PRR	DLR	Aut.	Prg.	Fd.	Agr.	Lib. D	Ind.	
20	230	247	163	150	76	7	7	13	5	3	47	

Fuente: AHPAL, GC, 4418. Elaboración propia.

En noviembre de 1932 el gobernador era destituido, mas su misión estaba cumplida: la cooptación de las redes clientelares rurales era ya un hecho. Su sustituto fue un radical-socialista. El nuevo gobernador se encargaría de hacer efectiva la Ley de 30 de diciembre de 1932 por la que se cesaba a los ediles que habían sido elegidos por el artículo 29 de la *Ley Maura*. Si la República, mediante el Decreto de 8 de mayo de 1931, ya había suspendido este artículo en las elecciones a Cortes, quedaba eliminar sus efectos sobre las elecciones municipales. La Ley de diciembre de 1932 determinaba que en esas localidades se formaran comisiones gestoras de tres miembros, de modo que si hubiera suficientes concejales de elección popular para formarla así quedaría, pero si no, se nombraría a un funcionario, un contribuyente y un obrero. Si en el municipio existieran sociedades de obreros o patronos, éstas serían las que eligieran al edil, en caso de que no, se elegiría por sorteo entre los menores de treinta años que supieran leer y escribir. El funcionario a designar también sería el (o la) más joven<sup>26</sup>.

En principio, el texto de la ley era claro, así que el proceso debía ser una cuestión meramente técnica, aunque su aplicación tam-

<sup>26</sup> *Gaceta de Madrid*, 6 de enero de 1933, 10 de mayo de 1931 y 10 de agosto de 1907. Las elecciones municipales de 1933 fueron las primeras en que concurrieron las mujeres a las urnas durante la Segunda República. La propia ley facilitó que multitud de mujeres, sobre todo maestras, accedieran a las comisiones gestoras. Véanse CAPEL, R.: *El sufragio femenino en la Segunda República española*, Granada, Universidad de Granada, 1975, y AGUADO, A.: «Entre lo público y lo privado: sufragio y divorcio en la Segunda República», *Ayer*, 60 (2005), pp. 105-134.

bién originó controversias. Más aún, debido a la mayor politización en algunas localidades hubo desmanes en las elecciones. Eso ocurrió en Iruñaiz (Álava), donde un nacionalista rompió las urnas. En Nanclares y Berantivilla, en la misma provincia, fueron, en cambio, los republicanos quienes optaron por la violencia. Los conflictos con respecto a la aplicación de la ley fueron menos violentos, pero no por ello recordaban menos tiempos pretéritos. El 6 de febrero de 1933 la federación provincial de la UGT enviaba una nota al gobernador denunciando que la gestora designada en Bédar (Almería) se había elegido valiéndose de personas que «en todo tiempo han representado y representan el caciquismo». El funcionario nombrado no resultaba ser el más joven, mientras que el representante de la patronal era un anciano analfabeto. Así, la sociedad obrera de Bédar, a través de la federación, le solicitaba su destitución inmediata y que la nombrara de acuerdo a lo «dispuesto en la Ley y basándose en un espíritu de decencia política». Algo similar ocurrió en Urrácal, en la misma provincia, aunque en esta ocasión la queja tuviera un talante conservador y un componente de género, caracteres, por otro lado, que tuvieron peso en todo el país durante esas elecciones. Muestra del paulatino y desigual acceso de las mujeres al ámbito público —laboral y político—, las dos personas que debían haber sido nombradas —la maestra nacional Dolores López y la propietaria Ginesa Rull— enviaban una denuncia al Ministerio de la Gobernación que fue apoyada con otra carta de vecinos de la localidad. En un texto en el que se podían apreciar las paradojas de la conciencia femenina católico-conservadora y la ambigua relación de ésta con la reclamación de los derechos de ciudadanía, apelaban a la hidalguía y rectitud del ministro para que los manejos de «hombres arbitrarios» no impidieran que cumplieran con su deber:

«Como ciudadanas, como mujeres españolas, no nos contentamos con protestar del atropello, sino que, aunque el deber del cargo sea demasiado pesado para nosotras, acudimos a V.E. en súplica de que sean destituidos de sus cargos ilegalmente ostentados los vocales y se nos reintegre a nuestro derecho legal»<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> AHPAL, GC, 4417, *Nombramiento concejales por Ley diciembre 1932. Dolores Bejarano y Ginesa Rull al ministro de la Gobernación*, 27 de enero de 1933, y *Federación Provincial de UGT al gobernador*, 6 de febrero de 1933; BLASCO, I.: *Pa-*

Fruto de la reorganización del conservadurismo, de la crisis política del gobierno y de las propias circunstancias concretas en las que se desarrollaban los comicios municipales —no debemos olvidar que las elecciones se desarrollaban en localidades que habían sido afectadas por el art. 29—, los resultados ofrecieron una victoria a las opciones conservadoras. En la comarca de Tarazona, agrarios y radicales se repartieron la victoria, consolidando así el predominio radical; en Alava, el triunfo de la Hermandad Alavesa fue aplastante —obtuvieron más del 70 por 100 de los ediles en liza—, mientras que en Zamora, agrarios y AP obtenían el 30,73 por 100, radicales y republicanos conservadores, 6,78 y 11,83 por 100, respectivamente. Los radical-socialistas y los socialistas zamoranos se conformaban con un 21,93 y 12,98 por 100, respectivamente<sup>28</sup>.

Nuevamente en Almería nos encontramos con una dinámica diferente. Las elecciones coincidieron con la llegada de un nuevo gobernador azañista que pudo comprobar, con satisfacción, como AR resultaba triunfador de las elecciones en las once localidades afectadas. Acción consiguió 34 ediles, seguida por el PSOE y los radicales, que consiguieron catorce cada uno. Eso sí, aparecía ya Acción Popular (AP), que consiguió la mayoría de los ediles en Urrácal (seis) y varios en Alboloduy, Fondón y Olula. Ni en condiciones adversas se veía afectada la hegemonía de AR, si bien la sombra del intervencionismo gubernativo y de su connivencia con las redes clientelares planeaba sobre sus victorias.

Ésta fue la última ocasión en que los electores pudieron elegir a sus representantes municipales. En adelante, y como ha defendido Fernando del Rey, la política nacional fue ahogando la municipal. Los ayuntamientos se convertirían en meros apéndices ejecutores de los intereses del gobierno de turno. La República nacida de unas municipales no volvió a convocar comicios para elegir ediles municipales, comenzando así una espiral de destrucción de la esfera pública que convirtió la política en patrimonio de *profesionales aplicados*. Si hasta 1933 hemos visto la compleja dialéctica generada entre el ámbito local y el Estado que dio

---

*radojas de la ortodoxia*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003; RODRÍGUEZ, S.: *Quintacolumnistas*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 2008, y DE PABLO, S.: *La Segunda República...*, *op. cit.*

<sup>28</sup> CEAMANOS, R.: *Los años silenciados...*, *op. cit.*; MATEOS, M. A.: *La República...*, *op. cit.*, y DE PABLO, S.: *La Segunda República...*, *op. cit.*

lugar a la republicanización del *arrecife coralino*, en adelante veremos cómo los que hablaban *en el nombre del pueblo* terminaron por ahogar la *voz de los pueblos*. Como mostraron Mario López y Rafael Gil Bracero, esta espiral comenzó con la ascensión a la presidencia del gobierno de Alejandro Lerroux, pero se convirtió en un torbellino a consecuencia de la intentona revolucionaria de octubre de 1934. A partir de ahí la política republicana se polarizó y redujo al mínimo la capacidad de acción del adversario. Aunque la legalidad y la competencia partidista estuvo garantizada hasta el 18 de julio de 1936, la pérdida de pluralismo fue evidente, pero, al contrario de lo que defienden algunos autores, el causante no fue únicamente el proceso de bolchevización socialista. El intervencionismo estatal, de los gobiernos civiles radicales y frente populistas, y las imposiciones desde arriba coadyuvaron al descontento en los pueblos<sup>29</sup>.

## El pueblo ahoga a los pueblos

La llegada de Alejandro Lerroux a la presidencia del gobierno supuso la destitución fulminante del gobernador civil y su sustitución por uno radical. Los cambios en los ayuntamientos no se hicieron esperar: la minera Macael cambió de alcalde durante el propio mes de septiembre. Turrillas, Alhama, Tabernas, Alhabia y, nuevamente, Macael, durante el mes siguiente. En cualquier caso, el nombramiento más importante fue el del cacique radical José Guirado Román como alcalde de Cuevas del Almanzora el 8 de octubre de 1933. Guirado, enfrentado al líder radical histórico en Almería, Tuñón de Lara, pero apoyado por el líder nacional, sería nombrado presidente de la diputación provincial durante el bienio radical-cedista, facilitando así no sólo el control gubernativo sobre el resto de destituciones, sino que las redes radicales penetraran y controlaran la maquinaria estatal. En principio, el proceso de destitución se solía justificar sobre argumentos legales, si bien resultaba una ironía que el propio nombramiento

---

<sup>29</sup> VILLA, R.: «The Failure of Electoral Modernization: The Elections of May 1936 in Granada», *Journal of Contemporary History*, 44:3 (2009), pp. 401-429; LÓPEZ, M., y GIL, R.: *Caciques contra socialistas*, Granada, Diputación, 1997; DEL REY, F.: *Paisanos...*, *op. cit.*, y MACARRO, J. M.: *Socialismo, República...*, *op. cit.*

de Guirado fuera cuestionable, dado que no resultó elegido como edil de Cuevas del Almanzora en las elecciones de 1931. De esta manera, desde Sorbas se enviaba un telegrama de queja al Ministerio de la Gobernación, dado que el gobernador había destituido del cargo a varios concejales con la «finalidad complacer aspiración política presidente comisión gestora diputación provincial que prosigue cacicato ejerció dictadura». Ante los requerimientos del Ministerio, el gobernador argumentaba que todo quedaba reducido a que se cumpliera la ley debido a los impagos a los fondos provinciales. La operación se repitió en Pechina, donde el presidente de la sociedad de obreros y agricultores enviaba una nota al director de Administración local quejándose de haber sido destituidos por el solo hecho

«de ser socialistas, so pretexto de no haber pagado a la diputación provincial el dos del presente ejercicio. Pero como es caso que concejales antes monárquicos y hoy republicanos no han sido depuestos de sus cargos a pesar de colaborar con nosotros desde el advenimiento de la República»<sup>30</sup>.

Así, lejos de buscar el cumplimiento de la ley o de tomar medidas frente a la huelga campesina y la intentona revolucionaria de octubre, lo que los radicales pretendieron e hicieron fue asumir el control del poder en los ayuntamientos, anteponiendo el interés partidista y el poder del Estado a la voluntad expresada en los comicios municipales. Este proceso también se detecta en Granada ya a finales de 1933 y fue denunciado por los socialistas a nivel nacional por darse en ayuntamientos de Huelva, Ourense, Madrid... por lo que es previo a los dos grandes conflictos señalados. El intervencionismo radical provocaría también un importante conflicto en Euskadi debido a su control de diputaciones y gobiernos civiles. Los intentos, por parte de numerosos municipios,

<sup>30</sup> AHPAL, GC, 4421, *Expedientes destitución de concejales. Sorbas*, 27 de diciembre de 1933, y *Pechina*, 28 de diciembre de 1933; AM Macael, Turrillas, Alhama, Tabernas, Alhabia y Cuevas, *Actas del Ayuntamiento*, 20 de septiembre de 1933 al 27 de octubre de 1933; AM Cuevas, *Actas del Ayuntamiento*, 17 de agosto de 1931; AHPAL, GC, 4418, *Datos sobre presidentes y vicepresidentes. Comisión Gestora Diputación y Alcaldes*; TOWNSON, N.: *La República que no pudo ser*, Madrid, Taurus, 2002, y LÓPEZ, A.: *El republicanismo de centro*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 2006.

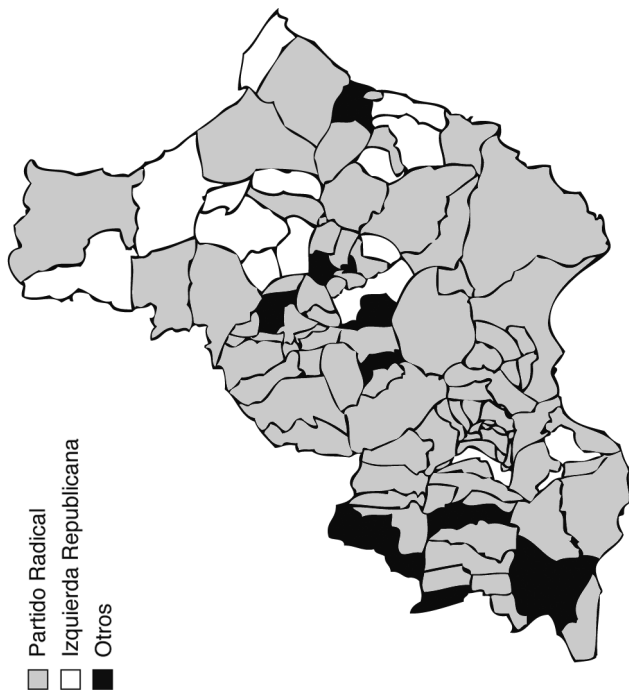
de que se tuvieran en cuenta la lesión de intereses que les causaba el intento de desgravación fiscal del consumo del vino no sólo no contó con el apoyo y mediación de estas instituciones, sino que, ante el intento de constituirse como voz que solicitara el respeto al Concierto Económico de las Provincias Vascongadas, la única respuesta fue destituciones y represión. Los municipios pretendieron crear una comisión permanente para la defensa del *Concierto*, e incluso iniciaron unos comicios para elegir representantes, pero el Ministerio de la Gobernación no se anduvo por las ramas prohibiendo su celebración y persiguiendo, e incluso encarcelando, a numerosos ediles. Las sustituciones de los ayuntamientos elegidos por comisiones gestoras no se hicieron esperar, creando un ambiente conflictivo en la región durante todo el verano de 1934. En Granada, en diciembre de 1933, el gobernador civil enviaba una pareja de delegados gubernativos para inspeccionar las cuentas de los ayuntamientos con alcaldías socialistas y azañistas. Existía una consigna tácita: cualquier denuncia de irregularidad era suficiente para iniciar los trámites necesarios para la destitución de los concejales electos. Así ocurriría en las comarcas granadinas de Alhama, la Costa, los Montes y La Vega, donde se transitaban de mayorías socialistas de al menos el 60 por 100 de los ediles en 1932 a mayorías radicales, antes inexistentes, de al menos el 55 por 100 en 1935<sup>31</sup>.

En Almería, como puede verse en el mapa 2, a la altura de julio de 1934 tan sólo se libraron los quince alcaldes barcistas y, en menor medida, los republicanos conservadores (Benitagla, Escúllar y Fiñana), cedistas (Senés y Urrácal) y agrarios (Beires, Berja, Castro y Padules). El antiguo fortín socialista quedaba reducida en julio de 1934 al ayuntamiento de Vera, mientras que el área de influencia barcista era respetado no sólo por su carácter *de orden*, sino también por el pacto al que habían llegado los radicales y azañistas almerienses para las elecciones de noviembre de 1933<sup>32</sup>.

<sup>31</sup> FUSI, J. P.: *El problema vasco en la Segunda República*, Madrid, Turner, 1978, y LÓPEZ, M.: *Orden público...*, op. cit., pp. 330-345. La tesis de la legalidad en DEL REY, F.: *Paisanos...*, op. cit., pp. 357-364.

<sup>32</sup> MARTÍNEZ, F.: «Almería en la Segunda República», en VÁZQUEZ, T.: *Almería*, Granada, Anel, 1984, pp. 1245-1267, y AHPAL, GC, 4418, *Filiación política concejales. Datos sobre presidentes y vicepresidentes. Comisión Gestora Diputación y Alcaldes*, 30 de julio de 1934.

MAPA 2  
*Militancia política de los alcaldes de la provincia de Almería  
por términos municipales (30 de julio de 1934)*



Fuente: AHPAL, GC, 4418. Elaboración propia.

En Almería, el pacto PRR-AR no sobrevivió a octubre de 1934. A pesar de que en esta provincia la influencia insurreccional entre los socialistas fue mínima e inexistente entre los republicanos de izquierda, el golpe fue aprovechado por los radicales para copar los escasos ayuntamientos ajenos a sus manos (tabla 2). Una situación similar a la producida en una provincia no excesivamente proclive a la revolución, Cuenca, donde, a finales de 1934, PRR y Agrarios copaban el 78 por 100 de las alcaldías de la provincia. Se consolidaba así la fórmula política dominante en las democracias europeas del momento: la *democracia excluyente*. Una democracia entendida como dictadura de las mayorías y no como un sistema de entendimiento con las minorías. En palabras de *El Sol*, una democracia en la que algunos «se declararon mayoría omnipotente y al resto, minoría despreciable». Predominó, pues, una concepción de la democracia definida por *la imposición de una identidad colectiva en exclusividad* que, en este contexto, era *el pueblo republicano*<sup>33</sup>.

TABLA 2

*Edad, profesión y filiación política de los alcaldes en los principales municipios. Almería, 1934-1936*

Municipio	Julio 1934			Agosto 1935			Marzo 1936		
	Edad	Profesión	Partido	Edad	Profesión	Part	Edad	Profesión	Part
Berja	32	Propietario	Agrario			CEDA	41	Jornalero	IR
Canjáyar	35	Propietario	PRR	35	Propietario	PRR	25	Labrador	
Cuevas del Almanzora	44	Procurador	PRR	44	Procurador	PRR	33	Abogado	IR
Gérgal	42	Comerciante	PRR	43	Propietario	PRR			
Huércal Overa			PRR			PRR	37	Vendedor ambulante	IR
Purchena			PRR			PRR			
Sorbas			PRR			PRR			IR

<sup>33</sup> «En el tercer aniversario de la República», *El Sol*, 14 de abril de 1934; MAZOWER, M.: *La Europa negra*, Barcelona, Ediciones B, 2001; FIGES, O., y KOLONITSKII, B.: *Interpretar la revolución rusa: el lenguaje y los símbolos de 1917*, Madrid, Biblioteca Nueva-Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2001; CRUZ, R.: *En el nombre...*, op. cit.; JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934*, Madrid, Siglo XXI, 1984, y LÓPEZ VILLAVERDE, A.: *Cuenca durante...*, op. cit.

Municipio	Julio 1934			Agosto 1935			Marzo 1936		
	Edad	Profesión	Partido	Edad	Profesión	Part	Edad	Profesión	Part
Vélez Rubio	51	Abogado	IR	57	Agricultor	PRR	34	Industrial	IR
Vera			PSOE			CEDA			IR
Adra	41	Práctico del puerto	PRR	41	Práctico del puerto	PRR	49	Labrador	IR
Albox	34	Maestro nacional	IR	38	Propietario	PRR	40	Maestro nacional	IR
Dalías			PRR			PRR			IR
Lubrín	50	Cantero	PRR	50	Cantero	PRR	45	Agente comercial	IR
Níjar	35	Comerciante	IR	35	Comerciante	PRR			
Serón	51	Recaudador	PRR	51	Recaudador	PRR	37	Albañil	PSOE
Vélez Blanco	56	Propietario	PRR			PRR	48	A. Ejecutivo	IR

Fuente: AHPAL, GC, 4418. Elaboración propia.

Al margen del debate en torno a la percepción de los partidos obreros de la entrada de la CEDA en el gobierno, parece claro que la pérdida de poder de los socialistas al final de la primera legislatura y en las elecciones de 1933 fue también determinante en la aventura revolucionaria, y dentro de esta pérdida habría que incluir la paulatina exclusión del poder local. En cualquier caso, y como explica Rafael Cruz, las diferentes interpretaciones y reinversiones de octubre de 1934 cambiaron de raíz la dinámica política, construyéndose dos relatos martiriales que polarizaron y fragmentaron la esfera pública, la vida y los lenguajes políticos al extremo. Las dicotomías fascismo/antifascismo y bolchevismo/antibolchevismo conectaban con el clima de guerra civil de la Europa del momento, convirtiendo las elecciones de 1936 en una continuación, no cruenta, de las jornadas de octubre. La cita electoral se convirtió así en un referéndum no sólo sobre quién debía gestionar la República, sino sobre el propio carácter de la misma<sup>34</sup>.

<sup>34</sup> CRUZ, R.: *En el nombre...*, op. cit., pp. 66-106, y TRAVERSO, E.: *A sangre y fuego*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2010.

Estos cambios en la política nacional modificaron las tornas de raíz y permitieron la reconstrucción de la alianza entre la clase y el pueblo. En cualquier caso, en Almería, las dinámicas locales complicaron en extremo la unión, viviéndose la misma como una imposición desde arriba. La polémica estaba causada por los partidos obreros de la provincia que querían evitar, a toda costa, la presencia de Augusto Barcia en las listas. Finalmente, la dirección socialista madrileña impuso a sus correligionarios provinciales que aceptaran al líder republicano y la coalición obtuvo una importante victoria tanto a nivel nacional como provincial en las legislativas de 16 de febrero de 1936. Los hechos no se hicieron esperar. El 18 de febrero el presidente de la diputación presentaba su dimisión al todavía gobernador «por la sencillísima razón de que si no me voy me impondrá la marcha quien a V.E. sustituya»<sup>35</sup>. Al día siguiente seguían el ejemplo varios ediles interinos de la corporación municipal y provincial y el alcalde de Almería. Tras la destitución del gobernador, el nombrado como interino ordenaba el cese de todos los concejales interinos que formaban parte de los ayuntamientos, solicitando que se reintegrara a los mismos a los ediles propietarios de 1931. A consecuencia de esta orden, el 28 de febrero se reincorporaban en Abruca los ediles de elección popular. El alcalde del bienio radical-cedista, que era concejal desde 1931, en compañía de otro compañero de corporación, tomaba la decisión de abandonar su cargo de edil por «considerar que la vida legal de los ayuntamientos ha terminado y el resultado de las elecciones demuestran un cambio contrario a la política que ha representado». Una situación similar se produjo en Alhabia, donde, tras nombrarse un alcalde accidental:

«Al ser invitado el Sr. Sánchez Campos para que ocupe el cargo de segundo teniente de alcalde, este Sr. Manifiesta que solo ha comparecido al objeto de ratificarse en el enterado de la citación que se le ha hecho para este acto, pero que no se da por posesionado de su referido cargo. A continuación se invita al Sr. Romero Castellón para que se poseione del cargo que ostentaba de regidor síndico haciéndolo en el acto, por lo que queda posesionado de su cargo. Acto continuo manifiesta el Sr. Pérez Cadenas

<sup>35</sup> AHPAL, GC, 4355, *Constitución Ayuntamientos y Comisiones Gestoras, 1936. Dimisión presidente Diputación*, 18 de febrero de 1936, y MARTÍNEZ, F.: «Almería en...», *op. cit.*

que su asistencia a este acto sólo ha obedecido a ratificarse en el enterado de la citación pero que desde luego no se da por posesionado de su cargo de concejal de este ayuntamiento»<sup>36</sup>.

La República perdió así muchos de sus ediles por elección popular y, sobre todo, perdió profundidad y pluralidad en sus ayuntamientos. Los casos de Abrucena y Alhabia muestran, incluso, animadversión, evidente en el primer caso y latente en el segundo, hacia el nuevo estado de cosas. El caso de Carboneras, a pesar de sus similitudes, aparenta una llana y sencilla alienación de la *res publica*. El 24 de febrero volvían al consistorio los concejales de elección popular, si bien dos días más tarde, cuando debían posesionarse en sus cargos, la corporación primigenia, salvo un edil, decidió no aceptarlos, de forma que el gobernador completó la gestora con ediles interinos que acompañaron a José Cano, quien no podía ocultar su satisfacción por volver al consistorio. En otros casos, los elegidos en 1931 ya habían dimitido antes de 1936, como ocurrió en Bentarique, o no pudieron retomar sus cargos, bien por haberse trasladado o por haber fallecido. Mas no nos engañemos, la prometida *reposición de los ayuntamientos populares* no se produjo más que en aquellos municipios donde éstos coincidieron con los líderes del Frente Popular, como, por ejemplo, en Mojácar. Todo esto no evitó que los nuevos consistorios se presentaran como genuinos representantes y garantes del *pueblo* —y de la democracia—, haciendo referencia al reciente pasado como elemento de legitimación. En Cuevas del Almanzora la corporación frentepopulista no podía olvidar que sus cargos les habían sido conferidos

«por el pueblo, por cuanto que son los que han votado la representación genuina de la voluntad popular contra la cual proveyó arbitrariamente un gobernador privándoles del ejercicio legítimo de unas funciones que debían a la soberanía del pueblo»<sup>37</sup>.

---

<sup>36</sup> AM Alhabia, *Actas del Ayuntamiento*, 23 de febrero de 1936; AM Abrucena, *Actas del Ayuntamiento*, 29 de febrero de 1936; AHPAL, GC, 4355, *Constitución Ayuntamientos y Comisiones Gestoras, 1936. Dimisión diputado provincial interino*, 19 de febrero de 1936; *Abrucena*, 1936, y *Alhabia*, 1936.

<sup>37</sup> AM Cuevas del Almanzora, *Actas del Ayuntamiento*, 23 de febrero de 1936; AHPAL, GC, 4355, *Constitución Ayuntamientos y Comisiones Gestoras, 1936; Carboneras*, 1936; *Bentarique*, 1936; *Mojácar*, 1936, y *Cuevas del Almanzora*, 1936.

Siendo cierto que seis de ellos habían sido votados por *el pueblo*, el resto de los ediles que ejercieron en la primavera de 1936 simplemente fueron propuestos por el comité local del Frente Popular y elegidos igual de *arbitrariamente*. El sistema de elección de ediles interinos fue, pues, similar al de las gestoras provisionales de 1931, en donde era el comité local de la conjunción republicano-socialista quien proponía, si bien presentaba novedades —consecuencia de la política local del PRR y de la dinámica generada tras octubre de 1934—. Estas novedades eran que, lejos de construirse gestoras de entre tres y cinco componentes de clara intención interina, como en 1931 o 1932, se nombraron ediles interinos hasta rellenar incluso las concejalías que habían quedado sin vacantes —mostrando una clara vocación de permanencia—. Otra novedad era la absoluta eliminación de la minoría. Si en los comienzos de la democracia se integró en las gestoras a radicales o republicano-conservadores, en 1936 no sólo no se les integró, sino que se desposeyó de sus cargos a ediles elegidos en las urnas. Se profundizaba así en el sistema democrático excluyente, no cumpliéndose, exactamente, la promesa realizada durante la campaña de *reposición de las corporaciones populares* de 1931. Este hecho apenas se ha puesto sobre la mesa a la hora de explicar la expansión del fascismo en el ámbito rural durante la primavera de 1936, como constatan los más recientes estudios<sup>38</sup>.

En adelante, la dinámica de la política en los ayuntamientos almerienses no fue más que una pugna entre el PSOE y los barcistas por el poder. Una pugna, perdida de antemano por los socialistas, que coadyuvó, aunque no justifique, a su radicalización y la movilización de sus bases en la calle. En realidad, sus acciones insurgentes mostraban su debilidad frente al control ejercido por los gobiernos civiles.

Las gestoras del Frente Popular presentaron además otras novedades, ya que supusieron el acceso al poder local de amplios sectores populares que eran, además, jóvenes sin experiencia en la política institucional. El 33,9 por 100 de los ediles eran obreros y jornaleros, mientras que el número de propietarios se reducía a un todavía importante 21,54 por 100. Aparecían borrados del

---

<sup>38</sup> LAZO, A.: *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998; PAREJO, J. A.: *La Falange en la Sierra Norte de Sevilla (1934-1956)*, Sevilla, Universidad de Sevilla-Ateneo, 2004, y RODRÍGUEZ BARREIRA, Ó.: *Miserias del Poder*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2011.

TABLA 3  
*Evolución de la ocupación profesional  
 de los ediles por bienios  
 (en porcentaje)*

	4-31 a 3-33		3-33 a 2-36		2-36 a 7-36	
	Total	Alcaldes	Total	Alcaldes	Total	Alcaldes
Propietarios	35,47	49,65	32,27	43,52	21,54	25
Profesiones liberales	4,85	11,19	2,94	4,82	1,99	9,72
Clases medias urbanas	15,39	11,89	12,68	13,25	11,55	12,5
Clases medias rurales	16,77	16,78	15,51	14,12	15,26	18,05
Artesanos y oficios	11,50	6,29	15,74	15,66	15,55	16,67
Obreros y jornaleros	15,52	4,19	20,15	9,64	33,09	16,67
Estudiantes y clases pasivas	0,48	0	0,68	0	0,85	1,38

Fuente: Gráfica 1. Elaboración propia.

mapa los profesionales liberales, mientras que el resto de sectores sociales continuaba con unos porcentajes cercanos a los del periodo 1931-1935. El rejuvenecimiento del poder local se constata con la siguiente comparación. Mientras la media de edad de los alcaldes del bienio social-azañista era de cuarenta y seis años, la de 1936 fue de cuarenta y dos. Se percibe, además, un cambio significativo en la ocupación profesional de los alcaldes, en los que se redujo sensiblemente el peso de los propietarios ganando importancia los escasos profesionales liberales y las capas medias urbanas y rurales (tablas 2 y 3). De esta manera, los cambios producidos tras las elecciones del Frente Popular supusieron no sólo una polarización de las opciones políticas y una reducción de la esfera pública, sino también una renovación del personal político vinculado al cambio de discurso político producido en 1934, que tendía a diluir la influencia del caciquismo tradicional. Esta nueva generación política está estrechamente vinculada al acceso a las instituciones de sectores políticos apenas representados con anterioridad —como el Partido Comunista de España (PCE) o las juventudes socialistas— y será la que adquiriera un gran protagonismo en el Frente Popular y, más tarde, sufra intensamente la represión franquista<sup>39</sup>.

<sup>39</sup> CRUZ, R.: *El Partido Comunista de España en la Segunda República*, Madrid,

## La flaqueza del bolchevique

El 22 de febrero de 1936 tomaba posesión como gobernador civil Juan Ruiz Peinado Vallejo, militante de IR. Peinado pronto se dedicó al problema de los ayuntamientos. Según sus memorias, su criterio, al igual que el del gobierno, era que «debían reponerse los ayuntamientos elegidos el 12 de abril, fuera el que fuese su matiz político». El análisis de su actuación pone en entredicho su recuerdo. En Bédar, por ejemplo, a consecuencia de las instrucciones del gobernador civil interino, el 27 de febrero habían retornado al ayuntamiento los concejales de elección popular. No durarían ni un mes. El 18 de marzo, y dado que la continuidad de alguno de ellos «podía dar motivo de perturbación del orden público», disponía el cese de cinco ediles. Sólo continuaban en su puesto dos ediles de 1931, ambos de IR, por lo que nombraba ocho nuevos concejales interinos. Los nuevos ediles pertenecían en partes iguales, cuatro y cuatro, al PSOE e IR, de manera que el nuevo ayuntamiento, que tomó posesión el 25 de marzo de 1936, pasaba a manos de IR. La política de sustituciones y nuevos nombramientos no parecía irle, en absoluto, mal a los republicanos de izquierda, sin embargo, Peinado defendía que ésta fue forzada por los socialistas. Éstos, cada vez más exaltados, buscaban así arrinconar a IR cometiendo una deslealtad no sólo con los electores, sino también con el Frente Popular.

«Los socialistas de Almería no aceptaban esta norma aduciendo la posible alteración del orden público y pretendían que las gestoras fuesen sustituidas por otras gestoras del Frente Popular [...] Al arremeter el comité contra todos los ayuntamientos del 12 de abril arremetía de paso, y tal vez con mayor empeño, contra los integrados por concejales de Izquierda Republicana»<sup>40</sup>.

Acertaba Peinado al recordar el manifiesto deseo de sustitución de ayuntamientos de los socialistas y su manifiesta animad-

---

Alianza, 1987; SOUTO KUSTRÍN, S.: *Y ¿Madrid?, ¿Qué hace Madrid?*, Madrid, Siglo XXI, 2004, e íd.: «Taking the Street: Workers' Youth Organizations and Political Conflict in the Spanish Second Republic», *European History Quarterly*, 34:2 (2004), pp. 131-157.

<sup>40</sup> RUIZ-PEINADO, J.: *Cuando la muerte no quiere*, México, Azteca, 1967, p. 103; AHPAL, GC, 4355, *Constitución Ayuntamientos y Comisiones Gestoras*, 1936; Bédar, 1936; AM Bédar, *Actas del Ayuntamiento*, 25 de marzo de 1936.

versión hacia IR; sin embargo, no lo hacía tanto, ni apenas mostraba empatía, a la hora de valorar la naturaleza de los orígenes de esa animadversión —cómo se construyó AR e IR y el pacto al que llegaron lerrouxistas y barcistas en 1933 y qué supuso en las relaciones entre partidos y actores sociales a nivel local— ni al señalar que la táctica común de UR, PCE y PSOE provocó un desplazamiento del poder local de IR. Del análisis de la filiación política de 300 ediles de más de 30 localidades de los que hemos conseguido su filiación política se obtiene que 178, casi el 60 por 100, eran miembros de IR frente al 33 y 5 por 100 de PSOE y UR, respectivamente. Además, las alcaldías de las principales localidades pasaron a manos de IR (tabla 2), siendo la relación entre IR y PSOE en todas las alcaldías de las que contamos con datos de cuatro a uno. Estos datos también contradicen la tesis de José Manuel Marcarro, quien, a partir del análisis de la composición de las diputaciones y ayuntamientos en las capitales de provincia de Andalucía, sentencia que los socialistas fueron «los mayores beneficiados». La situación, como vemos, fue más compleja, respondiendo a una difícil interacción entre el interés del poder central, la dinámica y situación concreta de cada zona, y qué grupo de cada región tenía más influencia en el primero. De este modo el interés del poder central siempre prevaleció sobre los pueblos. Así, la política de reparto del poder local entre los miembros del Frente Popular fue diversa en las diferentes regiones. En Calatayud tan sólo se repuso a tres de los ediles elegidos en 1931, de manera que el ayuntamiento frentepopulista, dirigido por IR, quedó compuesto por ocho azañistas, cuatro socialistas y tres ugetistas. Algo similar ocurría en la comarca de Tarazona. En esa localidad, donde los ediles del bienio radical dimitieron, se constituyó un nuevo ayuntamiento enteramente frentepopulista con una relación de siete azañistas y dos socialistas. En Ciudad Real, en cambio, Fernando del Rey detecta que mientras diputación, capital de provincia y gobierno civil fueron para los republicanos, el grueso de las pequeñas localidades quedó en manos de los socialistas —en junio del 1936 los socialistas habían copado 57 alcaldías cuando su peso real en el primer bienio apenas llegaba a 10—. El gobernador civil admitió ante la prensa que no se había mantenido a los ediles electos de derechas por «el temor de alteraciones del orden público». Todo ello provocó la desazón de unos vecinos mayoritariamente conservado-

res que veían cómo el poder central se apoderaba de las administraciones locales para repartirlas en función de su interés<sup>41</sup>.

En Almería, la apuesta de los socialistas por una situación diferente fue clara y la estrategia llevada a cabo fue, precisamente, la que resultó determinante en Ciudad Real: denunciar las posibles alteraciones del orden público que, de no producirse, ellos mismos provocarían. Y de hecho lo hicieron no sólo en Almería, sino incluso, más profusamente, en otras regiones y provincias. En Berja, por ejemplo, el 2 de marzo el Bloque Popular señalaba la necesidad de sustituir el ayuntamiento, ya que estaba compuesto por desafectos a la República. Se temía, pues, que las izquierdas «quiebran tomar el ayuntamiento y se produzca una alteración del orden público». Dos días más tarde, el comité del Frente Popular enviaba una carta al gobernador civil explicándole cómo los caciques locales llegaban a presumir de sintonía con el gobernador civil exigiéndole, pues, una acción inmediata. Ésta no se hizo esperar y el gobernador sustituyó los ediles el 6 de marzo. Muy cerca de allí, en Dalías, el gobernador sustituía el ayuntamiento el 20 de febrero, mas el cambio no agradó a los socialistas que en el mismo pleno insistieron en que se hiciera

«llegar al Exmo. gobernador civil la protesta de dicha entidades para caso de tomar posesión no sigan desempeñando los cargos los señores Francisco Lirola Martín, Juan Rubio Callejón, Gabriel Alférez Lirola, Serafín Rubio Rubio y Alfredo Daza Castañeda por considerar que la labor desempeñada por dichos Sres. como concejales ha sido contraria al régimen y al pueblo»<sup>42</sup>.

Situaciones similares se dieron en Doña María, Velefique, Fiñana o Purchena, donde el comité local del Frente Popular enviaba una misiva al gobernador civil explicándole la necesidad de renovar a los miembros del consistorio, ya que sin controlar los resortes del poder local no se podía hacer nada eficaz. Cuando los

---

<sup>41</sup> AHPAL, GC, 4355, *Constitución Ayuntamientos y Comisiones Gestoras*; MACARRO, J. M.: *Socialismo, República...*, op. cit., p. 408, y DEL REY, F.: *Paisanos...*, op. cit., p. 488.

<sup>42</sup> AHPAL, GC, 4355, *Constitución Ayuntamientos y Comisiones Gestoras*, 1936; Berja, 1936, y Dalías, 1936; ESPINOSA, F.: *La primavera del Frente Popular*, Barcelona, Crítica, 2007, y RIESCO, S.: *La reforma agraria y los orígenes de la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

obreros comenzaban a acercarse a las sociedades obreras se encontraban con que «han surgido las amenazas y despidos por parte de los señoritos (porque éstos se han unido todos) por venirse a las izquierdas los trabajadores». Al margen del problema concreto de Purchena, demasiado complejo para narrar aquí, la carta nos muestra la imperiosa necesidad, por parte del PSOE, de contar con el poder local para desarrollar sus políticas y satisfacer las necesidades de su militancia tanto en las relaciones laborales como en la propia obtención de empleo. Si ellos no accedían a la alcaldía o si ésta les era hostil, como parecía suceder con diversos alcaldes de IR, sus problemas crecían<sup>43</sup>.

La ruptura del Frente Popular en Almería el 24 de abril tuvo para los socialistas mucho de *profecía autocumplida*, aunque, sin duda, también mostró la poca predisposición que los miembros de IR tenían a abandonar las alcaldías y, al tiempo, una cultura política estatista heredada del pasado. Los sucesos acaecidos en Fondón son, en este sentido, reveladores. Los socialistas habían accedido a esta alcaldía a mediados de marzo de 1936 pero, a consecuencia de la clara pugna de poder entre IR y PSOE, Peinado Vallejo decidió sustituir esta gestora por la de elección popular. Entre los argumentos esgrimidos por el gobernador en sus memorias estaba que los electores de aquel pueblo habían votado mayoritariamente a IR en los comicios a compromisarios para la elección del presidente de la República, en los que PSOE e IR se presentaron por separado, y que, además, era necesario restituir el ayuntamiento democrático de la localidad que, casualmente, era afín a IR. Parecía olvidar, pues, quién fue quien obvió la legitimidad democrática en marzo y nombró a los ediles socialistas. Por otro lado, las dos eran verdades a medias, ya que los comicios se desarrollaron sin que concurrieran los partidos de derecha y centro-derecha, de manera que la capacidad de elección, en una localidad donde el Bloque Nacional había ganado por más de diez puntos al Frente Popular en las elecciones de febrero, se reducía. Por otro lado, el ayuntamiento de Fondón se había elegido en 1933, ya que había sido uno de los copados por el

---

<sup>43</sup> AHPAL, GC, 4355, *Constitución Ayuntamientos y Comisiones Gestoras*, 1936; *Berja*, 1936; *Dalías*, 1936; *Doña María*, 1936; *Velefique*, 1936; *Fiñana*, 1936, y *Purchena*, 1936; COBO, F.: *Por la reforma agraria hacia la revolución*, Granada, UGR, 2007, y BIZCARRONDO, M.: *Historia de la UGT. Entre la democracia y la revolución*, Madrid, Siglo XXI, 2008.

artículo 29 y ya vimos el contexto en que se desarrollaron esas elecciones. De este modo, más que responder a la conciencia democrática, el desalajo parecía una demostración de poder de alguien continuamente puesto en tela de juicio por los socialistas. Fuera como fuese, a finales de mayo envió un delegado gubernativo a fin de sustituir la alcaldía socialista. Al alcalde, Joaquín García Espinar, no le agradó su destitución negándose a entregar el bastón de mando al delegado gubernativo. Éste no se amilanó, así que, haciendo uso de las fuerzas de la guardia civil y de la guardia de asalto, detuvo al alcalde y lo condujo a la cárcel de Berja. El hecho causó gran escándalo en la localidad y antes de que saliera el automóvil en que iba preso el ya exalcalde,

«un crecido número de vecinos se opusieron a que saliese el automóvil, usando actitud levantisca, arrojaron algunas piedras sobre el vehículo y provocaron desorden público que fue sofocado por la fuerza en cooperación con guardias de asalto allí concentrados sin ocurrir novedad alguna quedando después reestablecido el orden».

Ese mismo día 31 de mayo Joaquín García ingresaba en la cárcel extendiéndose la noticia a las localidades próximas que motivaron las quejas, e incluso desórdenes públicos, en la vecina Laujar. Al día siguiente el malestar en Fondón era todavía evidente sucediéndose los registros y cacheos, si bien el *débil bolchevique* fue liberado de la cárcel por orden del propio gobernador que, claro está, no repuso a los socialistas en el ayuntamiento<sup>44</sup>.

Fondón es un buen ejemplo de que, en el ámbito local, los socialistas tenían las de perder frente al poder de los gobiernos civiles mayoritariamente ocupados por republicanos. En este sentido, el pacto preelectoral del Frente Popular —dirección gubernativa de los republicanos y control de la calle para los socialistas— permitió una posición estratégica y ventajosa a los socialistas en la política nacional, pero también creó las condiciones para que, en provincias, sus cuadros se volcaran aún más en su proceso de radicalización. La tutela de los gobiernos civiles frustraba las esperanzas

---

<sup>44</sup> AHPAL, GC, 4355, *Constitución Ayuntamientos y Comisiones Gestoras*, 1936; Fondón, 1936; AM Fondón, *Actas del Ayuntamiento*, 16 de marzo de 1936, y RUIZ-PEINADO, J.: *Cuando la muerte...*, *op. cit.* La visión de los republicanos de la ruptura del Frente Popular en *La Voz*, 26 de abril de 1936.

de muchas agrupaciones locales obreras que se veían limitadas a la hora de hacer sus políticas en sus pueblos<sup>45</sup>.

## Conclusiones

La construcción del poder local durante la Segunda República se sustentó sobre redes clientelares forjadas desde la Restauración. A pesar de las denuncias, todos los partidos las cooptaron —o quisieron hacerlo—. Nuestro caso es un ejemplo de las contradicciones del discurso republicano de izquierdas y de las complejas interacciones producidas entre el centro y la periferia. La cooptación de estas redes permitió la integración de importantes sectores del campo en la República, si bien no facilitó la construcción de sociedad civil en el mundo rural, prolongó perniciosos hábitos políticos y facilitó la radicalización de importantes sectores de obreros y jornaleros. Más preocupante fue el control ejercido desde los gobiernos civiles que, haciendo caso omiso de la idiosincrasia de cada localidad, concibieron los ayuntamientos siguiendo la tradición estatista decimonónica: como espacios de poder desde los que controlar a la sociedad y premiar a sus militantes<sup>46</sup>.

El bienio radical-cedista fue una vuelta de tuerca en la polarización política. Ésta se simbolizó nítidamente con la colocación de un crespón negro sobre la bandera tricolor en el Palacio de Comunicaciones el 14 de abril de 1934. Ese crespón negaba la fidelidad a los valores republicanos del gobierno. De ahí a denunciarlo como fascista, o filofascista, el paso fue corto. Este horizonte facilitó Octubre del 34, que encontró y cambió sustancialmente la dinámica política durante la República. De la dicotomía moral caciquismo/democracia se pasó a la más política fascismo/antifascismo. A partir de ese momento se eliminará sistemáticamente la disidencia en los ayuntamientos. Los radicales y sus socios ejercieron la democracia en el ámbito local como la dictadura de un poder ni tan siquiera votado. La llegada del Frente Popular no invirtió esta dinámica,

---

<sup>45</sup> JULIÁ, S.: *Orígenes del Frente Popular en España (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1979.

<sup>46</sup> Un buen ejemplo de caso en GONZÁLEZ, J. I.: «Poder local y democracia municipal durante la Segunda República a través de los Ayuntamientos: el caso de Villablanca (Huelva)», *Historia Actual* [on-line], 22 (2010), pp. 19-31.

como habían prometido, sino que la hizo propia autonombrándose como representantes legítimos del pueblo entendido, al modo jacobino, como opinión unánime<sup>47</sup>.

La asunción dentro de IR de las redes clientelares y la propia espiral en que se introdujeron los socialistas provocó un crudo conflicto en los pueblos entre *la clase* y *el pueblo*. La importancia del control de las instituciones locales para los socialistas y su debilidad relativa en el plano local con respecto a los gobernadores civiles, casi siempre republicanos, explican un conflicto que en ningún momento puso al Estado en peligro. De todos modos, ni unos ni otros vieron que las disputas por el morado de la tricolor incrementaba el número de quienes se alejaban de ella. Más grave fue el caso en aquellas regiones de mayorías derechistas. Si los socialistas no tenían fuerza suficiente para arrumbar el Estado, sí demostraron poseerla otros el 18 de julio.

En este ensayo mostramos cómo el Estado republicano y sus elites políticas no tuvieron demasiado interés en ampliar y fortalecer la esfera pública en el ámbito local. Mas ni la concepción excluyente de la democracia ni la contracción del espacio público acabaron con la democracia en 1936 —fue una sublevación o golpe de Estado militar—, pero la perpetuación de una sociedad civil débil —y articulada en redes clientelares— facilitaría que el *Nuevo Estado* —el nacido en 1939— la (y las) absorbiera en su perpetuación por cuatro décadas<sup>48</sup>.

---

<sup>47</sup> «La bandera enlutada», *Heraldo de Madrid*, 14 de abril de 1934; «Donde hace tres años apareció la primera bandera republicana», *Luz*, 14 de abril de 1934, y «Sobre el derrotismo en una conmemoración», *El Sol*, 18 de abril de 1934. El cambio hacia una polarización fascismo/antifascismo ya era señalado en JULIÁ, S.: *La izquierda del PSOE*, Madrid, Siglo XXI, 1977. En cualquier caso, y como hemos visto, el exclusivismo no sólo afectó a la izquierda obrera. Además, el turnismo decimonónico no debiera señalarse como el ejemplo a seguir dado que esa alternancia se realizaba a costa del voto en las urnas. Véase VILLA, R.: «The Failure of Electoral...», *op. cit.*

<sup>48</sup> RODRÍGUEZ BARREIRA, Ó.: *Miserias...*, *op. cit.*, y CAZORLA, A.: *Las políticas de la Victoria*, Madrid, Marcial Pons, 2000.



# ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS



# *De maestros y homenajes*

*Ramón Villares*

Universidade de Santiago de Compostela

Ciertamente que con algún retraso respecto de otras historiografías europeas, en el caso español también se han vuelto muy frecuentes los libros de homenaje dedicados a personas distinguidas del ámbito académico y universitario, tributados con ocasión de un tránsito administrativo o, infelizmente, debido a una muerte prematura o inesperada. Este tipo de libros constituyen casi un subgénero narrativo que se halla a medio camino entre las actas de congresos científicos y el *liber amicorum* que los supérstites rinden al ser admirado o fallecido. En todo caso, reconocer un magisterio es el primer paso para la institucionalización de una profesión y el diseño preciso de una actividad intelectual, además de constituir la mejor expresión de la vieja experiencia socrática, recordada hace poco por George Steiner (STEINER, 2003), de que en el acto de educar existe, entre otras cualidades, una relación afectiva entre docente y discente. La voluntad de reconocimiento y afecto que compiladores y participantes manifiestan respecto de la figura homenajeadada se da por descontada, pero no siempre es posible evitar el peligro de convertir este tipo de publicaciones en una miscelánea temática. Quiero pensar que esta fragmentación dice más de la comunidad profesional de los historiadores que de la cualidad de los homenajeados que, en general, no sólo son acreedores de tal reconocimiento, sino que están al margen de las posibles limitaciones de las honras que se les atribuyan.

Pero, además de homenajes, está en juego la condición de maestros. En una sociedad algo adanista como es la española, identificar a los maestros de cualquier disciplina científica o académica es un ejercicio de coherencia y, desde luego, de modestia por parte de los oferentes, porque a fin de cuentas la mejor definición de un maestro es la de ser una figura que domina una disciplina y reasigna el sentido de algunos problemas de la misma. Dicho de otro modo, es aquel que asume una tradición heredada y mejora sus prestaciones, evitando la tentación comodona de cambiar las cosas de lugar, en vez de mudar cualitativamente su sentido y significado. Situados en este punto, es posible que se adelgace la nómina de quienes se pueden considerar verdaderamente maestros. En la historiografía española, y, más concretamente, en el campo del contemporaneísmo, este elenco es todavía escaso, pero ya plenamente significativo. Baste traer a colación nombres ilustres y casi coetáneos nuestros —y cito por riguroso orden cronológico— como los de Manuel Tuñón de Lara, José María Jover, Miguel Artola, Jordi Nadal, Josep Fontana o Francisco Tomás y Valiente, sobre los que existe un amplio consenso a la hora de escoger las principales figuras del particular panteón de la historiografía española de la época contemporánea, oficialmente constituida como tal a mediados de los sesenta del siglo pasado pero abierta a la influencia de otras disciplinas como la historia del derecho y la historia económica. Es verdad que se podrían agregar los nombres de algunos hispanistas de enorme influencia como el francés Pierre Vilar y el inglés Raymond Carr o que, yendo hacia atrás, se podrían invocar figuras notables de la historiografía española desde Antonio Pirala o Rafael Altamira hasta Melchor Fernández Almagro, Luis Díez del Corral o el postrero Jaume Vicens Vives, para ampliar esta nómina de maestros dedicados al estudio de los siglos XIX y XX.

Pero no es sólo del número de lo que se debe dar cuenta, cuanto de contenidos y, sobre todo, de capacidad para crear un estilo que generalmente se traduce en la aparición de una obra significativa y de una escuela de discípulos que se reconoce en ella. A este grupo pertenecen tres maestros y colegas de muchos de nosotros que, por razones bien diversas, han sido objeto de específicos libros de homenaje en fechas recientes, como en su sazón lo había sido ya la mayoría de los nombres antes evocados. Me refiero a Juan José Carerras, nacido en 1928 y homenajeado tras su fallecimiento de forma

repentina en el crepúsculo del año 2006, con un libro coordinado por Carlos Forcadell, *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*. A Julio Aróstegui, felizmente vivo, quien transitó hacia su *jubilatio* académica en 2009, motivo por el que fue objeto de un libro homenaje coordinado por Jesús Martínez, Eduardo González Calleja, Sandra Souto y Juan A. Blanco, *El valor de la historia. Homenaje al profesor Julio Aróstegui*. Y al más joven de los tres, Javier Tusell, desaparecido en 2004 con menos de sesenta años, a una edad que para los parámetros demográficos actuales es ciertamente prematura, que recibió en 2005 un singular reconocimiento en forma de «egohistorias» de algunos de sus colegas de la Universidad Complutense (*Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27) y que, de forma más extensa, es objeto de otro libro coordinado por Juan Avilés, *Historia, política y cultura. Homenaje a Javier Tusell*.

Dada la diversidad temática de este tipo de publicaciones, no resulta fácil dar una visión de conjunto que evite convertir un breve ensayo bibliográfico en una sucesión de referencias de autores y artículos incluidos en cada una de las obras antecitadas. Trataré, sin embargo, de apuntar algunas de estas líneas generales sin por ello dejar de hacer referencias concretas tanto a los contenidos de los homenajes como a las figuras a que se dedican estos tres libros que son objeto de comentario. Lo primero es dar cuenta de la dimensión de las publicaciones y la adscripción disciplinar de los participantes. Sumados los tres libros, son casi ciento diez los colaboradores, distribuidos de forma muy equitativa entre ellos (más de cuarenta en el caso de J. J. Carreras, treinta y siete en el de J. Tusell y treinta y uno en el de J. Aróstegui). No sabría decir si son muchos o pocos, pero lo que sí resulta indicativo es que apenas se repiten los autores, sea por la coetaneidad de su convocatoria o sea por la diversidad de escuela o de campo temático sugerido por los organizadores. Realmente, hay dos repeticiones de autores entre los libros de Carreras y Aróstegui (J. Ugarte e I. Castells), otras dos entre los de Carreras y Tusell (I. Saz y J. C. Mainer), y dos más entre los de Aróstegui y Tusell (A. Fernández y W. Bernecker). Se puede decir que existe una cierta insularidad en la expresión de reconocimiento y afecto que, sin embargo, deja patente una clara especialización temática y metodológica.

Además del número, también resulta significativa la procedencia corporativa de los colaboradores de los tres homenajes. Este origen

es muy plural en el caso de J. J. Carreras, con presencia de historiadores de la literatura, del mundo antiguo o de campos extraacadémicos (antiguas alumnas, personal de administración y servicios), así como de viejos colegas en Heidelberg, como el filósofo Emilio Lledó. En los homenajes de J. Aróstegui y de J. Tusell, la procedencia de las contribuciones es mayoritariamente disciplinar, además de algunos aportes extranjeros como Bernecker o Saborido, en el caso de Aróstegui, y de S. Payne o Giuliana di Febo, en el de J. Tusell. Una parte nada pequeña de los homenajes lo constituye el capítulo de perfiles o evocaciones personales, que le añaden un sesgo emocional a estos libros. Este tipo de contribuciones son más generosas en los casos de Aróstegui y Carreras que en el de Tusell, quizás por haberlas recibido ya en el homenaje anterior del *alma mater* complutense. Pero más allá de estas groseras aproximaciones cuantitativas, lo más relevante es la coherencia —que no evita la desigualdad— con que están concebidos estos homenajes.

Subrayemos de entrada las diferencias. Para el caso de J. J. Carreras y de J. Aróstegui, las reflexiones de naturaleza historiográfica aplicadas a la propia obra de los homenajeados son abundantes (en torno a una cuarta parte de los contenidos), mientras que para el caso de J. Tusell son tan escasas como sectorializadas: dos perfiles biográficos y dos comentarios sobre sendos campos del quehacer tuselliano, el catolicismo (J. M. Cuenca) y la segunda guerra mundial (S. Payne). En el caso de Carreras, su propia especialización favorece este enfoque analítico sobre su contribución a la difusión de la historiografía en España, tarea que acometen de forma muy específica Ruiz Torres, Peiró-Marín, Ruiz Carnicer, Pasamar, Ugarte, Hernández Sandoica, Duplá o Pérez Ledesma, además de las constantes referencias que a su magisterio se entreveran en muchas de las evocaciones personales que se recogen en este homenaje, como expresión de una de las cualidades del homenajeado: «el don de consejo» gineriano rescatado por J. C. Mainer. Con todo, el reconocimiento de su papel en la homologación de la disciplina de la historiografía en España con la practicada en el entorno europeo es bien claro para dos de sus expertos discípulos en la materia. P. Ruiz Torres lo considera «el historiador español más original, constante y polifacético en lo que atañe al estudio de la historiografía contemporánea» (FORCADELL, 2009: 66), mientras que para Gonzalo Pasamar su biografía fue «una vida para la historiografía».

Este consenso sobre la dedicación a la historiografía no evita que se llame la atención sobre algún otro campo no menos interesante en la biografía intelectual de Carreras, como fue el materialismo histórico o la historia de la Europa de entreguerras.

En el libro dedicado a homenajear a J. Aróstegui se combinan dos enfoques bien diversos, además de una sección dedicada a las evocaciones biográficas. En una primera parte, que abarca casi la mitad del volumen, se reúnen en torno a una docena de artículos que tienen como hilo conductor el análisis de problemas historiográficos y metodológicos y, de forma más concreta, de la contribución del propio Aróstegui al estudio del carlismo, la guerra civil y la violencia política en la España del siglo XX. En palabras de J. Martínez, fue «el primer historiador que comprendió, destacó y estudió en serio y de forma sistemática la relación [...] entre la violencia y la historia política española del siglo XX» (MARTÍNEZ *et al.*, 2009: 5). Una segunda parte del homenaje, titulada expresamente «miscelánea de investigación», reúne trabajos bien diversos, unos de reflexión teórica y los más sobre contenidos muy dispares que apenas tienen relación con las querencias temáticas del homenajeado.

En cuanto a los dos volúmenes de homenaje a J. Tusell, es la historia política la que presenta una clara hegemonía, con contenidos que de forma mayoritaria remiten a los grandes temas de la obra tuselliana, desde el periodo de la Segunda República y la guerra civil hasta algunas incursiones en la historia diplomática y de las relaciones internacionales. En el segundo volumen, el contenido es todavía más misceláneo, con contribuciones relativas a la cuestión religiosa, la historia social, historia del arte o historia de la prensa. Los contenidos reflejan grosso modo la pluralidad de temas a los que había prestado atención la pluma y la pasión investigadora de J. Tusell —la crisis del liberalismo, guerra civil y dictadura de Franco, la transición democrática—, pero apenas es posible encontrar un hilo común que permita trenzar un lienzo con todos estos materiales.

Es plausible pensar que la naturaleza de las contribuciones recogidas en cada libro-homenaje ilustra la especialización del autor homenajeado y el sesgo de su trayectoria investigadora y universitaria. Y también que los organizadores de los homenajes han intentado superar el formato de la tradición francesa de las *mélanges*, que aspiraba a medir el radio de influencia de los homenajeados —la com-

paración entre las dedicadas a L. Febvre y F. Braudel es el mejor ejemplo—, a favor de una propuesta más dinámica y especializada, al modo de los «avances en...» de inspiración anglosajona, que hacen más justicia a los homenajeados y, desde luego, a la disciplina que unos y otros profesan. De todas formas, aunque se perciba una indecisión entre un modelo y otro, es posible espigar entre la abundante cosecha de estos homenajes muchos ecos de los avances que en cada uno de sus campos han acometido los tres maestros analizados. Sólo por ello ya vale la pena saludar su publicación y recomendar su lectura, aunque ésta se haga de forma fragmentaria.

Más allá de estas diferencias de enfoque de los tres libros, cabe señalar algunos puntos comunes que permitan tener una visión de conjunto. El primero se refiere a la relación de los homenajeados con el campo científico en el que se han colocado. La pluralidad de comportamientos es evidente, en este y muchos otros casos, pero también su inequívoca confianza en el valor de la historia y su clara vocación de considerarla como una ocupación profesional. Hay «derivadas» disciplinares y algunas mutaciones, pero también fijeza sobre la roca disciplinar, tanto de periodo como de enfoque metodológico. El ejemplo más evidente de una fecunda «derivada» historiográfica es el de J. J. Carreras, que transita desde la historia antigua o altomedieval hasta la época contemporánea en un proceso que fue común en otros influyentes autores de la generación anterior, como Vicens Vives o Jover Zamora, que experimentaron el tránsito desde el medievalismo o del modernismo hacia el periodo contemporáneo. En la biografía de Carreras esta «derivada» se realizó durante sus once años de estancia en la universidad de Heidelberg, donde la decantación hacia la historia contemporánea tuvo lugar de la mano de historiadores tan influyentes en la renovación metodológica de la historia en la Europa de la segunda mitad del siglo xx como fueron Werner Conze y Reinhart Koselleck. Un ejemplo más de mutación que de «derivada» disciplinar fue la realizada por Julio Aróstegui, al haber conducido sus estudios iniciales sobre el carlismo hacia una especialización en torno a la violencia política y el estudio de la guerra civil, como señalan dos de los coordinadores del libro-homenaje (J. Martínez y E. González Calleja), antes de recalcar en su actual especialización sobre la memoria histórica. En cambio, la obra de Javier Tusell, a pesar de la considerable extensión que alcanzó (la más prolífica de su generación), es un ejemplo

de especialización prematura que apenas se modifica con el tiempo: la historia política de la España del siglo xx, con especial querencia por la narrativa de los acontecimientos (gobiernos, elecciones, partidos políticos) y las aproximaciones biográficas.

Esta observación nos introduce en otro aspecto no menos significativo del perfil que tiene el contemporaneísmo español desde su constitución disciplinar como tal a mediados de los años sesenta. Se trata de su renuencia a la reflexión teórica y su descuido, cuando no desprecio, hacia la historiografía y los problemas de método inherentes a todo proceso de investigación. También su tendencia a mantener una prudente distancia respecto de otras ciencias sociales afines, posición debida quizás más a la competencia corporativa con ellas que a la impertinencia de esa familiaridad. La abundancia de fuentes con las que trabajar, el corrimiento de los periodos estudiados de forma paralela a la evolución biográfica de los historiadores y el reclamo insistente que tanto la vida cultural y política como las exigencias mediáticas ejercen sobre la labor investigadora del historiador del mundo contemporáneo son algunas de las razones que explican esta orfandad teórica. Sin embargo, sería injusto generalizar tratándose de una glosa sobre las obras de Carreras y de Aróstegui, pues ellos representan propiamente dos de los más significativos «oasis» que se registran en este «desierto». La ejecutoria de J. J. Carreras fue, en este sentido, la más coherente e innovadora, fruto también de su larga permanencia en Alemania, donde logró una considerable formación en el materialismo histórico a través de la lectura de los textos originales de sus principales fundadores y una familiaridad con la historiografía y con la historia de los conceptos que era impensable haber adquirido en la España franquista. La de Aróstegui, forjada a medias entre su experiencia profesional y la influencia de la historiografía francesa, constituye una aportación singular a la historia del «tiempo presente» en la que, a juicio de los compiladores del volumen, ha sido «uno de los pioneros en la dilucidación teórica de esta subdisciplina historiográfica».

Quisiera insistir de nuevo sobre las ideas comunes que bullen entre el centenar de colaboraciones de los tres libros y en los puntos de encuentro que se pueden rastrear en sus peripecias biográficas e intelectuales. En una palabra, entender estos homenajes como un reclamo que nos lleva hacia la obra personal y el «estilo» de los maestros homenajeados, pese a sus diferencias metodológi-

cas y de campo de estudio. Se trata, en primer lugar, de su confianza en el valor de la Historia como ciencia, con autonomía en su metodología y con una agenda específica en la fijación de problemas y búsqueda de resultados. Los títulos de los homenajes tributados a Carreras y Aróstegui son bien significativos, ya que oscilan entre el *valor* y la *razón* de la historia como una confesión de confianza en una disciplina que posee no sólo una metodología específica al modo del *métier* invocado por Marc Bloch, sino también una capacidad interpretativa del pasado que le habla al presente, al modo de los enfoques generalizadores que dominan en una de las grandes corrientes de la historia de la historiografía, desde Ibn Kaldún hasta Fernand Braudel. La concepción de la historia como una tarea propia de una corporación académica, de tan claros ecos germánicos, se advierte en cada artículo de J. J. Carreras, quien llega a calificar a la historia como «una vieja dama» elegante, acosada por la sociología y en peligro de ser seducida por la antropología. Tentaciones a las que Carreras proponía resistir en un breve artículo de 1994, que es objeto de un comentario respetuoso pero crítico —lo que no suele ser frecuente en este género de publicaciones— por parte de M. Pérez Ledesma. Esta defensa de la autonomía de la ciencia histórica también está presente en el rigor analítico con que Aróstegui practica tanto la escritura de la historia como los métodos de investigación del pasado, a los que dedicó un conocido libro (ARÓSTEGUI, 2001).

De forma alternativa, la posición de Tusell y del estilo historiográfico que impuso se caracteriza más por el individualismo metodológico y la confianza en el relato narrativo como principal herramienta del historiador, en un sesgo en el que se advierte una vaga influencia anglosajona y, de forma más directa, la más cercana de la historia política española, al modo de M. Fernández Almagro o de Jesús Pabón. En su muy adjetivada aproximación biográfica, observa J. M. Cuenca que Tusell «no concedió nunca [porte científico] a la disciplina de Clío» por considerarla simplemente una «ciencia social» (AVILÉS, 2009: I, 22). Podría no ser del todo así, pues de lo que puedo dar testimonio personal —como miembro del Consejo de Universidades en los primeros noventa— es de su pugnacidad a la hora de defender el estatuto de la Historia en los planes de estudio de la universidad española frente a cualquier intento de disolución de la misma en el magma de las ciencias sociales o en

el reino de la escritura fácil y no sometida a método científico. Sus pendencias con científicos experimentales eran memorables, como lo fue su beligerancia como historiador presente en el espacio público a propósito de la propuesta de «mejora de las humanidades» lanzada por el gobierno Aznar a finales de los noventa. Quizás predominase en todo ello una clara vindicación corporativa, pero es evidente que tenía una decidida confianza en el valor de la Historia como disciplina científica.

Un segundo asunto no menos relevante es el desigual peso que tiene la nación en el discurso historiográfico de estos tres autores; más clara en el caso de Tusell y mucho más suave o simplemente olvidada en la obra y en el enfoque metodológico de Carreras y de Aróstegui. La obsesión por la cuestión nacional (estatal o subestatal) marcó a la mayoría de los científicos sociales y humanistas de la España del siglo xx, incluidos algunos de los exiliados republicanos más eminentes, como Américo Castro, Claudio Sánchez-Albornoz o Pere Bosch-Gimpera. Esta preocupación por «el ser de España» fue también pasto común de muchos de los que se quedaron y desarrollaron su labor en tiempos del franquismo, desde el maestro Menéndez Pidal hasta intelectuales más jóvenes como Laín Entralgo o J. A. Maravall, indagadores del «problema de España» o del proceso de formación de la idea o del concepto de España. En suma, esa «angustia nacional» o pavor hacia la «España invertebrada» orteguiana que recorre explícita o tácitamente gran parte de la obra intelectual de muchos pensadores e intelectuales españoles del siglo xx rebrotó con fuerza, quizás de forma especial en el campo de la historiografía, en los años de transición democrática y de construcción del actual Estado de las Autonomías, tanto desde la perspectiva central o estatal como, de forma más intensa, desde el ángulo periférico o subestatal. El propio Tusell dedicó una parte importante de sus últimas intervenciones públicas y de sus escritos al análisis de la pluralidad cultural española y, sobre todo, al encaje del proyecto nacional catalán en el marco estatal español, quizás como un reconocimiento de su origen étnico catalán, parcialmente velado en sus años de juventud madrileña, lo que, a juicio de J. M. Cuenca, supuso pasar de un «centralismo hipertrofiado» a un «neoforalismo roborante» (AVILÉS, 2009: I, 22).

De todas formas, si uno quisiera ponderar el peso de la nación en el discurso historiográfico de estos tres autores y de sus discipu-

los a través de los libros-homenaje, la conclusión es bastante clara: tanto en su obra individual como en las colaboraciones aquí reunidas, la presencia de la cuestión nacional es claramente secundaria. De hecho, sólo un par de artículos entre un centenar se ocupan del asunto, a propósito de la cuestión vasca (J. L. de la Granja y L. Castells), y resulta algo sorprendente que en el homenaje a Tusell no se encuentre ninguna colaboración catalana, ni por origen corporativo ni por contenido argumental. Este orillamiento de la cuestión nacional es, desde luego, excesivo y sólo explicable por el enfoque que los organizadores de los homenajes les han dado. Pero también es indicativo de la tendencia a acotar en los propios ámbitos historiográficos «periféricos» esta cuestión, como si no fuera un problema de orden general. Y aunque es cierto que la historiografía contemporaneísta española del último medio siglo ha contribuido mucho más de lo que se suele decir a la racionalización y al análisis criterioso de la cuestión nacional, no estoy seguro de que se haya llegado a la tierra de promisión anunciada en 1998 por Carlos Forcadell: «Tenemos una buena noticia: los historiadores profesionales no son nacionalistas» (FORCADELL, 1998: 144).

Y, finalmente, queda un punto que quiere servir de enlace con la reflexión inicial sobre la relación entre maestro y discípulo. Invocaba allí los nombres de algunas figuras señeras de la historiografía española contemporaneísta y conviene ahora analizar en qué eslabón de la cadena se sitúan los casos que nos ocupan. Que sean un eslabón puede admitirse, pero la fortaleza del enganche parece mucho más desigual en cada uno de sus polos, tanto por análisis objetivo como por autopercepción de los protagonistas. Repasemos brevemente el itinerario de cada uno. En el caso de Carreras, debido a su «deriva» disciplinar, el principal magisterio se sitúa en el exterior, lo que no tendría nada de anómalo si ese aprendizaje hubiera sido el resultado de una recomendación hecha desde el interior, que no fue el caso. Más bien es la confluencia de talento personal y el hallarse en el lugar justo, en el laboratorio de una «historia conceptual» que nadie en España podía entonces conocer, lo que definió mejor su educación como historiador. De hecho, su «emigración» —la percepción es del condiscípulo Lledó— a la universidad alemana fue en el fondo una búsqueda de maestros de los que ambos carecían en España: «qué más hubiéramos querido, Juan José y yo, que haber tenido maestros y no el discurso asignaturesco y va-

cuo» de la etapa universitaria madrileña, recuerda Lledó en su memoria del amigo (FORCADELL, 2009: 38). La relación de Carreras con la tradición historiográfica española es, por tanto, tan débil que apenas se perciben las líneas de enlace con autores jóvenes como Vicens o Carande, ni con coetáneos como Tuñón de Lara, Jover o Artola, con los que congenia, bien por simpatía personal (con este último) o bien por una cierta coincidencia historiográfica o metodológica (con los dos primeros).

Demos un salto y veamos los otros dos ejemplos. El de Javier Tusell corresponde a una formación en los medios universitarios madrileños de los sesenta, con un perfil intelectual más propiamente de su época que personal, aunque se adviertan claras influencias en su formación de parte de Jover Zamora, Pabón o Carlos Seco, además de una cierta proximidad generacional al estilo que, en Oxford, estaba imponiendo Raymond Carr sobre algunos de los condiscípulos del propio Tusell, como Fusi o Varela Ortega. En suma, una debilidad de maestros más por eclecticismo de formación que por ausencia de magisterios. Para el caso de Aróstegui, que siguió un curso de formación más zigzagueante que el de Tusell, a pesar de su relativa proximidad generacional, contamos con su propia «egohistoria» que por personal y sincera no deja de ser objetiva. Su diagnóstico es claro: «mi contexto fue la soledad», esto es, la inexistencia de maestros en los que reconocerse, sensación que compartía incluso con uno de sus más próximos confidentes, el historiador Tuñón de Lara (MARTÍNEZ *et al.*, 2009: 374). Es probable que esta sensación de soledad sea algo exagerada, pero tampoco existen razones suficientes para no acreditar en esta confesión que, sin duda, es valiente y esclarecedora. De modo que, en un imaginario *bildungsroman* que contase las peripecias del proceso de aprendizaje de la generación de historiadores aparecida en el tardofranquismo, el encuentro con el guía o maestro no se habría producido o, de haberlo hecho, habría sido puramente accidental. Parece ser el ambiente o la cultura coetánea del interior, más o menos influida por textos y corrientes procedentes del exterior (y algo de figuras del exilio), lo que moldea el carácter de estos cultivadores de la historiografía contemporaneísta.

Que no tengan maestros es tal vez explicable por las características de la propia disciplina, desatendida institucionalmente por sospechosa, cuando no peligrosa en los años de formación de estos

homenajeados. Ahora bien, la pregunta es si ellos han sido capaces de romper esta inercia, constituirse como maestros y formar una escuela o, cuando menos, un estilo historiográfico. La respuesta, con todas las salvedades que se puedan poner, es afirmativa. El reconocimiento de su magisterio se advierte tanto en los propios títulos de los homenajes como en los contenidos de carácter misceláneo y, desde luego, en las protestas de discípulado que de forma generalizada proclama el centenar de colaboradores de estos libros. Sí, como ha advertido J. Caro Baroja, la personalidad de los historiadores «es muy fácil de encontrar detrás de lo que escriben», también se podría añadir que esta marca individual aparece en la imagen que los discípulos y colegas tienen de sus maestros. De Carreras se alaba la pulcritud en la exposición de ideas y la agudeza de sus intervenciones en actos de gran valor simbólico (lecturas de tesis, concursos de profesorado, congresos); de Aróstegui, su «rigor profesional» que se transmite a través de una prosa algo rocosa y de su obsesión por encuadrar teóricamente sus pesquisas empíricas, y en Tusell se advierte claramente como su «escritura torrencial», urgida por una enorme voracidad temática y una gran habilidad para descubrir veneros documentales generalmente de origen privado, es característica que define su obra y también su personalidad.

Ahora bien, más allá de la diversidad e incluso contingencia temporal de la nómina de colaboradores de los homenajes, un nítido perfil personal sale a flote con facilidad. Es evidente que la especialización de J. J. Carreras en historiografía constituye no sólo un estilo intelectual, sino una marca que ha dejado poso en las universidades por las que ha transitado y, de forma especial, en la de Zaragoza, donde actualmente se encuentra el núcleo mejor formado en España en materia de historia de la historiografía. De forma menos contundente se podría afirmar algo semejante de la influencia de Aróstegui y de Tusell en los campos de la historia política de la España del siglo XX, tanto en su variante de la guerra civil y la violencia política como en el análisis de la naturaleza de los regímenes políticos y las relaciones internacionales. Es verdad que en estos campos había más tradición en España que en la historiografía o la historia conceptual, pero también es preciso reconocer que tanto Aróstegui como Tusell desempeñaron una labor de pioneros en la colocación de la bandera del método histórico en los campos conquistados, fuese a meritorios hispanistas o fuese a *amateurs* propios

del interior. Periodos básicos para entender la España actual como son la guerra civil, el franquismo y la historia del tiempo presente, incluido el más reciente debate sobre la memoria histórica, deben mucho a estos dos autores.

El contemporaneísmo español se halla todavía en una sazón primaveral, en lo que se refiere a su proceso de institucionalización y normalización como disciplina. Su despegue se ha producido hace menos de medio siglo con la separación de las antiguas cátedras de historia general, moderna y contemporánea, la aparición de departamentos universitarios específicos y la configuración de una comunidad profesional de investigadores de la historia propiamente contemporánea. Es, por tanto, un campo científico todavía joven, pero que ha tenido una expansión espectacular desde los años ochenta, si ésta se mide en número de miembros de la comunidad, publicaciones, congresos, capacidad asociativa y presencia pública. No es posible dar cuenta de todo ello, pero estos tres homenajes —al igual que algunos otros como los tributados a Miguel Artola (1994), Manuel Tuñón de Lara (1999) o Josep Fontana (2004)— pueden tenerse como hitos indicadores de ese proceso de construcción de una disciplina académica. Hubo desde luego algunos *pioneros* ilustres (Tuñón, Jover, Artola), pero la generación académica que representan Carreras, Aróstegui y Tusell, que por razones biográficas diversas —entre ellas, la procedencia de los dos primeros de la enseñanza secundaria— casi han coincidido cronológicamente en su instalación como referentes universitarios desde finales de los setenta, es la propia de unos *colonizadores* que han de organizar un territorio nuevo, en este caso, el de la historia contemporánea. Sus aportaciones deben ser valoradas, por tanto, más allá de su obra individual, que eso es lo que está detrás de muchas de las reflexiones que, a modo de balance sobre el grado de avance que cada uno de estos tres autores ha dado a la disciplina, han escrito los colaboradores de los tres homenajes. Que muchas de estas contribuciones tengan un punto de emotividad y quizás de parcialidad se debe dar por descontado, pero todo ello en nada mengua el magisterio de los homenajeados que han abierto senderos por los que muchos de nosotros hemos caminado.

## Bibliografía

- ARÓSTEGUI, J. (2001): *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica.
- AVILÉS, J. (coord.) (2009): *Historia, política y cultura. Homenaje a Javier Tusell*, Madrid, UNED.
- FORCADELL, C. (1998): «Historiografía española e Historia nacional: la caída de los mitos nacionalistas» *Ayer*, 30, pp. 141-158.
- FORCADELL, C. (ed.) (2009): *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- MARTÍNEZ, J.; GONZÁLEZ CALLEJA, E.; SOUTO, S., y BLANCO, J. A. (coords.) (2009): *El valor de la historia. Homenaje al profesor Julio Aróstegui*, Madrid, Universidad Complutense.
- REIG TAPIA, A.; DE LA GRANJA, J. L., y MIRALLES, R. (coords.) (1999): *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI.
- STEINER, G. (2003): *Lessons of the Masters*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- VVAA (1994): *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, 1, *Visiones generales*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid-Alianza Editorial.
- (2004): *Josep Fontana: historia y proyecto social*, Barcelona, Crítica.
- (2005): *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27.

HOY



# Los museos de las migraciones internacionales: entre historia, memoria y patrimonio<sup>1</sup>

Fernando J. Devoto

Universidad de Buenos Aires  
y Universidad Nacional de San Martín

En el curso de los últimos veinte años ha surgido un gran número de museos consagrados a las migraciones internacionales. Pese a su enorme importancia cuantitativa y cualitativa, en el pasado y en el presente, las migraciones habían estado casi ausentes de los «lugares de memoria» públicos, quedando confinadas a iniciativas conmemorativas «pietistas» llevadas adelante por las elites de los mismos grupos migratorios o por comunidades locales de los países de origen o de los países de recepción. Hoy en día, en cambio, la situación se ha revertido completamente y parece casi una moda construirlos en los grandes países de emigración-inmigración. Este hecho reciente puede relacionarse con otro que lo precede: la consolidación en las últimas décadas de una tradición de estudios académicos dedicados al argumento —del que dan cuenta los numerosos centros de investigación y documentación existentes hoy en el mundo euroatlántico—, después de un largo *impasse* (o un largo desinterés) en la historiografía sobre el tema de las migraciones entre los años treinta y los comienzos de los años sesenta del siglo XX, que subentró a una floreciente estación de estudios contemporáneos a las grandes migraciones<sup>2</sup>. Desde luego

---

<sup>1</sup> El punto de partida del presente artículo es un *paper* presentado en la EHESS de París en marzo del 2010 en el marco del seminario «Histoire et mémoire. Perspectives historiographiques». Agradezco a uno de los directores del mismo, Jacques Revel, la invitación y los comentarios a la versión preliminar de este texto.

<sup>2</sup> F. Thistlethwhite defendió esta tesis en relación con los estudios académicos

que ese renovado interés académico puede vincularse tanto con cambios más generales en los relatos historiográficos (y en especial con lo que se llamó en los años setenta la nueva historia social) y en los modelos teóricos de las ciencias sociales, como con las transformaciones de las sociedades contemporáneas bajo el impacto migratorio<sup>3</sup>. Un proceso que influye de distintos modos en las autopercepciones de amplios colectivos sociales en las últimas décadas, como lo muestra la profusión del uso de palabras como «identidad», «diversidad», «etnicidad» o «multiculturalismo». El fenómeno es bien evidente más allá de que sea el efecto de aquellas transformaciones aludidas o de otros procesos vinculados a la célebre «ley» de la tercera generación, esbozada a partir de una reflexión de Marcus Lee Hansen (los nietos quieren recordar lo que los hijos querían olvidar)<sup>4</sup>. En cualquier caso, el interés y los debates sobre el lugar de las migraciones actuales parece generar un doble impacto: por un lado, orienta un juego de espejos con situaciones del pasado (en especial las grandes migraciones en el tránsito entre los siglos XIX y XX) y, por el otro, promueve un renovado interés de las elites políticas y técnicas para utilizar de distintas formas la memoria de las migraciones como parte de diferentes, y a

---

européens en un muy conocido trabajo de 1960, THISLETHWAITE, F.: «Migration from Europe Overseas in the Nineteenth and Twentieth Centuries», en VECOLI, R., y SINKE, S.: *A Century of European Migrations, 1830-1930*, Urbana-Chicago, University of Illinois Press, 1991, pp. 17-49. En los primeros años setenta esos balances de la ausencia proliferaron. En el caso estadounidense (y en especial a través de la cuantificación de la tesis de doctorado) lo defendió VECOLI, R.: «Ethnicity. A neglected Dimension of American History», en BASS, H. J. (ed.): *The State of American History*, Nueva York, Quadrangle Books, 1970, pp. 70-88. En el caso italiano lo hizo DE FELICE, R.: «Alcuni temi per la storia dell'emigrazione italiana», *Affari Sociali Internazionali*, 3 (1973), pp. 3-10, y para el caso español el prólogo al libro que inició la renovación de los estudios migratorios en ese país, SÁNCHEZ ALBORNOZ, N. (coord.): *Españoles hacia América, la emigración en masa (1880-1930)*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 9-16. Más recientemente, un panorama y una periodización semejantes para los estudios sociológicos es presentada por ÈVE, M.: «Una sociologia degli altri e un'atra sociologia: la tradizione di studio sull'immigrazione», *Quaderni Storici*, 106 (2001), pp. 233-259.

<sup>3</sup> PORTES, A.: «Economic Sociology and the Sociology of Immigration: a Conceptual Overview», en PORTES, A. (ed.): *The Economic Sociology of Immigration. Essays on Networks, Ethnicity and Entrepreneurship*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1995, pp. 1-41.

<sup>4</sup> HANSEN, M. L.: *The Problem of the Third Generation Immigrants*, Rock Islands, Swenson Swedish Immigration Research Center, 1987 (ed. original, 1937).

veces contrapuestos, proyectos de rediseño identitario de comunidades nacionales, estatales o subestatales.

Ciertamente, la ola museográfica actual relacionada con las migraciones puede y debe inscribirse también en procesos aún más generales que han afectado a las sociedades occidentales. Procesos vinculados a la expansión de los discursos sobre la «memoria» y sus usos y a la inflación del patrimonio. Fenómenos entre sí relacionados y que expresan un desplazamiento bien acreditado del interés por la historia a la preocupación por la memoria en el clima «presentista» del nuevo siglo<sup>5</sup>. Se trata en cierto modo de decidir hoy lo que debe recordarse (y, por tanto, patrimonializarse) evitando que el porvenir haga el trabajo inevitable de decantación. De este modo, las migraciones, en alza a la vez como objeto de estudio, como lugar de conmemoración, como lugar de discusión relevante en el espacio público y como ámbito disponible para ingenierías ideológicas y políticas, pueden ser consideradas como una suerte de laboratorio de experiencias particularmente apto para explorar las relaciones difíciles, complicadas, entre historia, memoria y patrimonio, y los múltiples «usos» posibles del pasado.

### ¿Una nueva era memorial/patrimonial?

Se ha escuchado hablar a menudo en tiempos recientes de la «memoria», de un «deber de memoria», de los «asesinos de la memoria», de los «abusos de memoria», de la «memoria del mal», de la «justa memoria» (en el sentido de cuál y en el sentido de cuánta)<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> HARTOG, F.: *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003.

<sup>6</sup> Un elenco de referencias sería interminable. Se indican aquí solamente unos pocos trabajos significativos en su diversidad para la perspectiva elegida, VIDAL NAQUET, P.: *Les assassins de la mémoire*, París, Éditions La Découverte, 1987; RICOEUR, P.: *La memoria, la historia, el olvido*, México, FCE, 2004; TODOROV, T.: *Memoria del mal, tentación del bien*, Barcelona, Península, 2002, y ROUSSO, H.: *Le Syndrome de Vichy: De 1944 à nos jours*, París, Le Seuil, 1990. Para el caso español, el giro memoriográfico y sus debates, RUIZ TORRES, P.: «Los discursos de la memoria histórica en España», *Hispania Nova. Revista de Historia contemporánea*, 7 (2007), y como testimonio de los debates que las relaciones entre historia y memoria sugieren, véase la réplica de JULIÁ, S.: «De nuestras memorias y de nuestras miserias», y la contrarréplica de RUIZ TORRES, P.: «De perplejidades y confusiones a propó-

El problema no está ligado, salvo en ciertos casos, a una expansión de los recuerdos de cada uno, sino a la memoria que se podría definir como «construida» o «diseñada». Es decir no a la memoria de cada individuo en relación con sus recuerdos biográficos o con sus recuerdos familiares transmitidos en un cuadro cotidiano, doméstico, sino a la memoria de cada individuo en tanto que miembro de un grupo social cualquiera, sea nacional, regional, social o religioso. En términos más sencillos (y quizás más felices), no está relacionada con lo que los antiguos llamaban «memoria natural», sino con lo que ellos denominaban la «memoria artificial» (*Rhetorica ad Herennium*), no a la memoria «espontánea», sino a la memoria disciplinada de «repetición». Una memoria, en fin, que debe ser memorizada para no ser olvidada y para ello debe ser asociada a «lugares» e «imágenes»<sup>7</sup>.

En el peligro del olvido se encuentra, en efecto, uno de los fundamentos de la inflación de los discursos sobre la memoria. Un miedo ligado a una convicción previa ciertamente discutible: que aquello que uno olvida está condenado a repetirlo (antigua argumentación de la historia *magistra vitae*). En cualquier caso, la cultura de la memoria parece hoy más fuerte que la cultura del olvido, más allá de antiguos argumentos psicoanalíticos a favor de este último<sup>8</sup>. De todos modos, existe un segundo fundamento mayor para los crecientes discursos sobre la memoria: es el de la *identidad*. La ausencia de referencias —y ello implica referencias al pasado, sea reciente o antiguo— puede estar en el origen de una dificultad mayor (o de una imposibilidad) para estar y actuar en el mundo. En un pequeño y brillante ensayo sobre *La Odisea*, Italo Calvino argumentaba que el retorno a Ítaca está ligado al hecho de que Ulises está olvidando que es Ulises: sólo el retorno al lugar del «nosotros» puede permitirle reencontrar su «yo»<sup>9</sup>.

---

sito de nuestra memoria», ambas en *Hispania Nova. Revista de Historia contemporánea*, 7 (2007).

<sup>7</sup> *Ad C. Herennium de ratione dicendi (Rhetorica ad Herennium)*, III, Cambridge, Harvard University Press, 1954, pp. 205-222. Sobre las sucesivas reverberaciones posteriores de esas y otras perspectivas procedentes del mundo clásico es siempre imprescindible YATES, F. A.: *El arte de la memoria*, Madrid, Siruela, 2005.

<sup>8</sup> Se remite aquí a dos conocidos trabajos de FREUD, S.: «Rememoración, repetición, preelaboración», y «Duelo y melancolía», ambos en FREUD, S.: *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, t. I, pp. 345-350, y t. II, pp. 1087-1095.

<sup>9</sup> CALVINO, I.: *Por qué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets, 1997, pp. 21-28.

En ese «nosotros», entendido como un sistema de referencias que pueden denominarse, siguiendo a Jan Assmann, la memoria cultural (admitiendo que se trata de una memoria pública y socialmente construida), en esos recuerdos vinculados a la identidad, emergen inmediatamente otras cuestiones<sup>10</sup>. Una es la de la exclusividad, la otra es la del poder. El discurso sobre la exclusividad no comporta solamente la definición de un «nosotros», sino también, demasiado a menudo, una sobrevaloración del «nosotros». Como Max Weber lo había subrayado en relación al discurso sobre la identidad étnica, ella implica la noción de «pueblo elegido» y ese problema se plantea también en relación con otros «nosotros». Algo semejante podía afirmarse con respecto a la «clase obrera», como lo había señalado con argucia Stanislas Ossowski hace ya unos cuantos años<sup>11</sup>. Empero, la memoria de un grupo humano es exclusiva en otro sentido: ella pretende ser a menudo una memoria obligatoria. Para pertenecer a un grupo se reclama compartir ciertos recuerdos comunes. En este sentido, el discurso sobre identidad y memoria sirve también para establecer criterios de inclusión y de exclusión en el seno del mismo grupo. Un ejemplo bastante reciente de ello puede encontrarse en el discurso del presidente francés Nicolás Sarkozy a fines del año 2009 en Vercors, alocución que suscitó un amplio debate<sup>12</sup>.

Por su parte, el tema del poder está ligado al hecho de que, en tanto que construcción a partir de interacciones (la llamada «estructura conectiva»), la memoria colectiva es el resultado de discursos cruzados (Todorov) que atraviesan a los individuos, discursos producidos por actores cuyas capacidades, cuya fuerza y cuyos intereses son muy diferentes. En este sentido, el monopolio de los recursos, por ejemplo, pedagógicos y mediáticos, por elites en control del aparato estatal o, en menor medida, en otras sociedades, por grupos oligopólicos en posesión de grandes recursos comunicacionales, in-

---

<sup>10</sup> ASSMANN, J.: *La memoria culturale. Scrittura, ricordo e identità politica nelle grandi civiltà antiche*, Turín, Einaudi, 1997, el que por otra parte retorna en diferentes cuestiones a HALBWACHS, M.: *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, Albin Michel, 1994 (ed. original, 1925).

<sup>11</sup> WEBER, M.: *Economía y sociedad*, México, FCE, 1979, pp. 320-321, y OSSOWSKI, S.: *Estructura de clases y conciencia social*, Barcelona, Península, 1969, *passim*.

<sup>12</sup> *Discours du M. Le Président de la République*, Déplacement dans la Drôme, La Chapelle en Vercors, jueves, 12 de noviembre de 2009.

fluye enormemente sobre esas construcciones colectivas. Asimismo, las élites estatales pueden orientarse también a la construcción de relatos unánimes sobre el presente y sobre el pasado que intenten convertir esa memoria pública en una memoria obligatoria. Es decir, una memoria que delimite criterios de inclusión y exclusión dentro de una comunidad política. La relación entre poder y memoria obligatoria es evidentemente peligrosa para las personas corrientes, como lo muestran abundantes ejemplos de los dos últimos siglos de la historia occidental, y en especial los totalitarismos.

Un segundo orden de cuestiones se vincula, en cambio, con las formas de construcción de esa memoria. Incluso si uno puede discutir acerca de las relaciones entre imágenes y memoria en los individuos parece razonable sostener que la construcción de una memoria común en los grupos humanos debe ser puesta, ante todo, en relación con aquellas palabras e imágenes visibles para todos los miembros de un grupo. Palabras e imágenes que ofrecen puntos de referencia comunes. Ciertamente también esos recuerdos deben ser fijados en el espacio y en el tiempo. Son los «lugares de memoria» sobre los que reflexionó Pierre Nora hace más de veinticinco años<sup>13</sup>. El término «lugar» es entendido aquí en un sentido amplio. Incluye espacios, ritos, acontecimientos, textos y tradiciones orales. En este sentido, la memoria de un grupo, en su especificidad, debe estar ligada a una creencia compartida acerca de la significación de ciertos recuerdos en el cuadro de un *stock* casi ilimitado de recuerdos posibles. Desde luego que ese proceso es mucho más caótico e impreciso que lo que sugiere el orden establecido *ex post* por los historiadores, orden que, por otro lado, implica inventarios muy diferentes asociados con las tendencias de cada historiografía nacional y aun dentro de ellas<sup>14</sup>. En cualquier caso, se trata de una memoria que es producto de una selección que conlleva también olvidos, voluntarios e involuntarios; selección que a su vez reenvía al establecimiento de un «canon».

<sup>13</sup> NORA, P.: *Les lieux de mémoire*, 3 vols., París, Gallimard, 1997 (ed. original, 1984-1992).

<sup>14</sup> A modo de ejemplo pueden confrontarse las opciones tan diferentes escogidas por NORA, P.: *Les lieux...*, *op. cit.*, y por ISNENGI, M.: *I luoghi della memoria. Simboli e miti dell'Italia unita*, 3 vols., Bari, Laterza, 2010 (ed. original, 1996). Para una crítica a la operación propuesta por Nora y sus implicaciones nacionalistas véase CITRON, S.: *Le mythe national. L'histoire de France en question*, París, Les Editions Ouvrières, 1989 (agradezco a Silvio Lanaro la indicación de este libro).

Este «canon» se desgasta a lo largo del tiempo y, a la vez, es investido por generaciones sucesivas de nuevas significaciones absolutamente diferentes de su sentido original. Más allá aún, no solamente los mismos lugares y las interpretaciones diferentes o los mismos lugares mezclados con otros producen configuraciones plenamente renovadas. Seguramente también, como ocurría con el doblón de oro español clavado por el capitán Ahab en el mástil del *Peqod*, y en el que cada marino veía cosas diferentes, hay tantas significaciones posibles atribuidas a los lugares de memoria como individuos en relación con la imagen. De todos modos, no estamos interesados aquí en esas diferencias irreductibles de interpretación entre un individuo y otro, sino al *minimum* de trazos comunes que pueden postularse.

Los problemas de la memoria de un grupo humano están vinculados entonces a un espacio (real o imaginario) y a un conjunto de objetos. Esa relación entre una memoria, un espacio y unos objetos devenidos emblemáticos nos remite a otro término: patrimonio (el *alter ego* de la memoria, como ha escrito François Hartog)<sup>15</sup>. Patrimonio, he aquí otra palabra que se utiliza mucho hoy en día. A los usos múltiples del término se corresponde una multiplicación homóloga de los lugares y los objetos que han devenido patrimonializables. El término, que viene del latín *patrimonium* (el conjunto de bienes propios procedentes del padre), y que era utilizado sobre todo por juristas y economistas, ha conocido en los últimos decenios una expansión en muchos sentidos. Se habla hoy en día de un patrimonio «natural», de un patrimonio «viviente» (animales y vegetales en vías de desaparición), de un patrimonio territorial, de un patrimonio inmaterial (costumbres y tradiciones). En un sentido general y en el terreno de la cultura en particular, la expresión se refiere a bienes a los que se les atribuye significaciones. Ellos son, por utilizar la expresión de Kriydstof Pomian (que puede haber estado inspirado por Erwin Panofsky), bienes «semióforos», es decir, «objetos visibles investidos de significación»<sup>16</sup>. Lo que interesa aquí es el hecho de que la significación no está en los objetos, sino en los sujetos que están en relación con el objeto (como en el caso del *Pe-*

<sup>15</sup> HARTOG, F.: *Régimes d'historicité. Presentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003.

<sup>16</sup> POMIAN, K.: *Sur l'histoire*, París, Gallimard, 1999, en especial pp. 206-229 y 270-283.

god). Ella cambia, por ende, si las coordenadas espaciales y temporales también cambian.

La expansión casi ilimitada de los bienes patrimoniales plantea numerosas cuestiones. La tentación de patrimonializar todo parece una tentación bien actual (aunque desde luego pueden señalarse precedentes en el mismo sentido, por ejemplo, en el momento romántico temprano), pero en el fondo es una imposibilidad o un absurdo. Evidentemente no pueden ignorarse aquí las incitaciones económicas que alientan la patrimonialización, en particular en las sociedades avanzadas, en las cuales un público también en expansión parece ávido de consumirla. Por otra parte, la democratización del bienestar implica la democratización del acceso a los bienes culturales, profundizando la tendencia que encontraba un punto de partida conceptual en la revolución francesa con su énfasis en el vínculo necesario entre patrimonio, pueblo y nación<sup>17</sup>.

Ciertamente, a todo objeto, material o inmaterial, es posible atribuirle una significación, pero intentar atribuírsela deliberadamente a todos y cada uno de ellos no nos permite comprender el sentido de ese infinito número de signos y nos lleva, al límite, a la supresión de la misma idea de patrimonio. Patrimonializar todo significa verdaderamente patrimonializar nada, porque si todo nos (me) pertenece, nada nos singulariza y, por tanto, nada nos identifica. Se retorna entonces, como en el caso de los problemas vinculados a la memoria pública, a la necesidad de elegir y, por ende, establecer una jerarquización según escalas de valor que cambian con el tiempo. Elegir es condenar al olvido a una parte del pasado y a una parte de los objetos que permiten recordarlo. Siempre se podría encontrar consuelo argumentando que aquello que se olvida hoy podrá ser reinvestido de nuevos significados mañana, ya que la patrimonialización es un proceso en el tiempo, no fuera de él. Una polémica finalmente no tan nueva. Basta recordar las reflexiones de François Guizot acerca de la necesidad de escoger según una razón histórica, dado que el pasado no es absoluto, sino relativo, cambia en los sucesivos presentes<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> POULOT, D.: *Musée, nation, patrimoine (1789-1815)*, París, Gallimard, 1997, pp. 26 y ss. Que ese proceso es todavía para muchas regiones más una meta que una adquisición, más de dos siglos después, es un argumento sustentado hoy en día.

<sup>18</sup> REVEL, J.: «La fabrique du patrimoine», ponencia presentada en las Jornadas internacionales *Historia, memoria y patrimonio. Las conmemoraciones y el bicente-*

## Las memorias de las migraciones: de la ausencia a la omnipresencia

¿Cómo situar a las migraciones internacionales en el cuadro de la memorialización y la patrimonialización en boga? Primera observación general: como señalamos, las migraciones y los migrantes fueron durante mucho tiempo un sujeto social olvidado en la memoria pública (no en cambio en la memoria familiar, doméstica) y correlativamente en el patrimonio. Ellos han sido recuperados sólo recientemente. Reflexionar acerca de las razones de ese «olvido» puede ser tan interesante como insistir sobre su descubrimiento.

La memoria cultural fue favorecida por los Estados nacionales, por los grupos humanos con creencias compartidas, pero sin Estado (comunidades nacionales supranacionales o subnacionales), o por grupos religiosos, sociales y políticos que se inscribían en el cuadro de los Estados nacionales sin disponer o disponiendo limitadamente de los recursos públicos. En ese contexto, para las elites de los Estados nacionales que tenían grandes grupos de emigrantes, éstos no constituían una preocupación central, aunque ciertamente hay modulaciones según los países, los regímenes y las épocas, por ejemplo, los fascismos eran más activos que los regímenes liberales precedentes y sucesivos. Asimismo, otros hechos más recientes, como los cambios en la concesión del voto a los ciudadanos en el exterior, abrieron nuevos espacios instrumentales de intervención. En cualquier caso, para los Estados de origen, en los periodos de las grandes migraciones de masas europeas, los migrantes y sus descendientes, aunque seguían formando parte de su comunidad de origen desde el punto de vista jurídico (*ius sanguinis*), no eran un objeto de celebración o de conmemoración. La emigración era vista a menudo como una necesidad (una «válvula de seguridad» en la conocida expresión del político italiano Sidney Sonnino), pero también como una respuesta individual o familiar asocial, y ciertamente como un signo de la debilidad y no de la pujanza de un Estado nacional.

Desde el punto de vista de los Estados recipientes, las razones del desinterés eran diferentes pero el resultado no lo era tanto. Deseosos, como todos los Estados nacionales, de fortalecer su co-

---

*nario entre reflexión y experiencia*, Buenos Aires, Universidad Nacional de San Martín-Archivo General de la Nación, noviembre de 2010, pp. 11-12.

hesión, concebían al inmigrante como un sujeto social transitorio, destinado a fundirse más o menos rápidamente en la sociedad de arriba. En el contexto de la «nacionalización de las masas» que caracterizó a casi todos los Estados nacionales entre los siglos XIX y XX se encuentran todos los mitos del *melting pot* (del *creuset* y del «crisol de razas»), fórmulas que reenvían al proyecto de una integración de los inmigrantes a una imaginaria cultura originaria preexistente<sup>19</sup>. El inmigrante era (o debía ser) un miembro pleno de la nueva comunidad nacional y, en este sentido, era invitado a incorporarse a todos los lugares de memoria del Estado recipiente. El emigrante era, desde este punto de vista, menos una figura transnacional que un episódico sujeto a-nacional.

El problema no es diferente si se considera a algunos grupos sociales y políticos alternativos a los poderes estatales. Tómese, por ejemplo, la memoria obrera: los inmigrantes no desempeñaron un rol significativo en la construcción de las memorias políticas y sociales en los países de origen (o más exactamente a los ojos de los políticos e intelectuales que construían esas memorias) y tampoco en los países de recepción, donde se los representaba como miembros de la clase obrera más que como pertenecientes a una comunidad étnica. La pugna entre identidad «étnica» e identidad de «clase» era importante en ello.

La situación era diferente en los casos de comunidades sin Estado que se definían como un pueblo. Aquí los inmigrantes eran percibidos como parte integrante enteramente de la comunidad y no había significativas diferencias entre migrantes y no migrantes; finalmente, todos estaban sometidos a Estados que no consideraban como propios (o al menos no lo consideraban así sus dirigencias). Una situación semejante ocurría en los grupos religiosos, especialmente los minoritarios, que no estaban ligados de manera estrecha a las elites de poder y que disponían de un escaso o nulo acceso a los recursos de los Estados respectivos. En estos casos el culto de los recuerdos era un punto fuerte de una identidad compartida más allá de los espacios nacionales. Era una variante del etnicismo en una perspectiva diaspórica.

---

<sup>19</sup> Ciertamente, el concepto de «crisol» cambió en periodos sucesivos, indicando la creación de una nueva identidad en la que se subsumían los aportes de los nativos y de los inmigrantes. Véase GLEASON, P.: «The Melting Pot: Symbol of Fusion or Confusion?», *American Quarterly*, XVI (1964), pp. 20-45.

¿Qué es lo que cambió en los últimos años?

En primer lugar puede recordarse el tan aludido debilitamiento de los Estados nacionales (o de sus condiciones de posibilidad). Debilitamiento vinculado en Europa a la emergencia de estructuras supranacionales que han dado nueva fuerza, en ciertos casos, a nacionalismos subnacionales. En América Latina, por una parte, el fin de las dictaduras militares y la generalizada crítica subsiguiente llevó hacia concepciones menos unanímistas, más abiertas y, sobre todo, a un reconocimiento y toma de conciencia de las diferencias, aunque todo ello no ha dado lugar siempre a un debilitamiento de los discursos nacionalistas, y por otra parte, las estructuras supranacionales en la región están todavía en fases iniciales. Asimismo, en Europa como en América la emergencia del tema migratorio puede también vincularse con otros procesos: por ejemplo, con la crisis general de algunos de los principales instrumentos de nacionalización utilizados por los Estados en el pasado, como la escuela, y con la desaparición de otros, como el servicio militar. Por otra parte, si se mira el problema menos desde el punto de vista del Estado y más desde el punto de vista de la sociedad, es necesario tener en cuenta los cambios vinculados a la emergencia de una cultura de las diferencias y a la visibilización de numerosos nuevos actores sociales preocupados de valorizar sus memorias, entre ellos los grupos étnicos<sup>20</sup>. Se trata de procesos diferentes, según los casos, y que fueron precozmente fuertes en lugares como América del norte. Fenómenos desde luego vinculados a cambios económicos y sociales que, aunque desigualmente, afectaron a ambos lados del Atlántico y que conllevaron a un retroceso, absoluto o relativo, de otros actores sociales y políticos fuertes y de sus memorias culturales.

El itinerario brevemente descrito sugiere apenas las condiciones de posibilidad para la emergencia de las migraciones como lugar de memoria y como objeto patrimonial, y esas condiciones de posibilidad encuadran las características que adquieren las relaciones que una memoria pública y una política patrimonial establecen con las sociedades en las que operan. En este sentido, la memorialización pública de las migraciones aparece *a priori* como menos conflictiva

---

<sup>20</sup> Ciertas franjas de la historiografía acompañaron ese proceso en un tránsito de perspectivas gnoseológicas universalistas a otras identitarias. Una crítica de ese proceso en HOBBSAWM, E.: «La historia de la identidad no es suficiente», en HOBBSAWM, E.: *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 268-276.

que otras. Es una memoria sobre la que existe un amplio consenso, fundado sobre todo en el hecho de que es difícil hablar en contra de ella. Ella hace posible, ciertamente, nuevas formas de nacionalismo y etnocentrismo, atenuadas sólo en tanto se combinan con una *pietas* hacia la pequeña gente. Constituye una suerte de mezcla entre la *pietas erga patriam* y la *pietas erga populum*. Por otra parte, aunque las migraciones son un fenómeno al que están asociadas tantas dimensiones dolorosas de la experiencia de las personas corrientes —y ello alentaría a sumarlas a las numerosas «víctimas» cuya memoria se busca hoy reivindicar—, son percibidas por los descendientes más bien como un proceso feliz porque parecen serlo desde sus resultados: el reconocimiento de que a través de ellas se produjo un gigantesco proceso de movilidad social. En este sentido, si en tiempos pasados las migraciones pudieron ser vistas como un movimiento que revelaba los males del capitalismo, desde el punto de vista de los descendientes, ellas son leídas más bien como un ejemplo de las posibilidades del capitalismo (y se habla aquí de los descendientes o de la opinión pública, no de las comunidades de historiadores siempre en tensión entre optimistas y pesimistas).

Debe notarse también que es un tema que encuentra un extendido *feedback* en diferentes sociedades involucradas, y en especial en las nuevas generaciones. Se puede señalar, desde una acotada perspectiva personal, que en la experiencia de investigación se observa que aquellos descendientes de personas que fueron inmigrantes y trabajadores, manuales o no, tienen mucha más curiosidad por la primera de esas dos dimensiones, quizás porque ella ha permanecido con más fuerza en los recuerdos familiares. En este sentido, la memoria de las migraciones parece funcional a los intereses de diferentes actores en tanto es un potencial punto de encuentro entre las memorias familiares y las memorias públicas en el presente (en especial en los países de inmigración). Así, la musealización de las migraciones parece ir *a priori* al encuentro de un público y una opinión favorables, percepción que permite capitalizar recursos políticos y económicos.

Un segundo orden de cuestiones está vinculado a una paradoja aparente. ¿Cómo combinar el nuevo lugar memorial y patrimonial otorgado a los migrantes, y los debates y las reacciones (incluidas la ola xenófoba tan visible hoy en Europa y Estados Unidos) a las migraciones contemporáneas? Una respuesta general es que la capaci-

dad de las diferentes pedagogías de cambiar las actitudes y orientaciones concretas de las personas ha sido desmentida demasiadas veces en el pasado como para creer a rajatabla en su eficacia. Una respuesta particular es que la celebración de las migraciones, la «memoria feliz», está vinculada a movimientos del pasado y no a los del presente. La emigración-inmigración que se celebra hoy es sobre todo la de las grandes oleadas europeas de los siglos XIX y XX, y no la de los movimientos migratorios contemporáneos (más allá de todos los esfuerzos de los historiadores por mostrar las continuidades entre las experiencias del pasado y las del presente). Ello es previsible desde la perspectiva de las elites estatales: la memoria de las migraciones puede ser reconstruida como una experiencia feliz a partir de una selección de recuerdos y de olvidos. Desde la perspectiva de otros sujetos, por ejemplo, las comunidades migrantes y sus grupos dirigentes, la insistente promoción de la patrimonialización de la memoria migratoria se coloca en la transición entre experiencia vivida y experiencia narrada como un modo de evitar el olvido. En este sentido, la patrimonialización vuelve a significar más el signo de un miedo (el miedo al olvido) que un signo de fuerza.

Desde el punto de vista patrimonial, las migraciones presentan otros problemas específicos. Los movimientos migratorios son, en la conocida expresión de Marcel Mauss, un «hecho social total», es decir, un hecho o un conjunto de hechos a través de los cuales se pueden aprehender y estudiar todos los aspectos de la vida humana. Por otro lado, un problema mayor es el de la representación de las migraciones. Los bienes semióforos que comunican la experiencia de las migraciones son «objetos prácticos» más que «obras de arte» (o mejor dicho, que obras de arte dentro del canon), y por discutible que sea esta distinción es útil para subrayar la ausencia de un criterio condivisible de jerarquización estética. Hecho social total y objetos prácticos ilimitados producen una combinación explosiva y sugieren otro ejemplo de la tentación de patrimonializar todo. Es necesario nuevamente elegir. ¿Pero cómo?

### **Multiplicidad de actores, multiplicidad de «usos»**

Cuando se hacen operaciones de patrimonialización (o sea, de memoria) se interpela a menudo a los historiadores, según el prestigio mayor o menor de que gozan en las diferentes sociedades. És-

tos pueden evitar involucrarse, según el estereotipo de la antigua actitud de los eruditos. Pueden también rechazar participar activamente y limitarse a tomar parte críticamente en los debates públicos, desde la posición de experto o de intelectual. Finalmente, pueden optar por comprometerse en los trabajos de patrimonialización. En las dos últimas situaciones, el historiador se ve confrontado necesariamente a problemas teóricos e historiográficos, y en la tercera, también a innumerables cuestiones prácticas.

Ante todo, el historiador debe tomar una posición conceptual sobre las relaciones entre «historia» y «memoria». Dos vías mayores se abren aquí, aquella que, sosteniendo la distinción irreductible entre ambas, convierte a la memorialización en un objeto de reflexión de la historia, y aquella que parte del lugar opuesto: la asimilación entre una y otra. Fue sobre todo en los años setenta y ochenta que esta última operación se hizo frecuente entre los historiadores profesionales, en especial en torno a aquellos que se definían «comprometidos» o «militantes». En estos casos, a los historiadores les preocupaba pensar el pasado desde un punto de vista particular, aquel del sujeto que habían escogido y con cuyo destino se identificaban (las mujeres, los obreros, el pueblo, los italianos, los judíos, los armenios, los jóvenes, etc.), para darles una voz. La voz de los que no tienen voz, como fue dicho. En cualquier caso, el resultado era una historia que puede definirse como identitaria en tanto parte de la identificación entre el historiador y su objeto de estudio en la búsqueda de abolir las diferencias entre productores y consumidores de historia<sup>21</sup>. Detrás de ese movimiento podía percibirse un clima general (*narodnik*) que signó a buenas franjas del momento post 68, con todas las variantes nacionales y macroregionales que puedan encontrarse en esos procesos. Ese movimiento era acompañado por otro que a su modo lo justificaba: todo deve-

---

<sup>21</sup> Un inteligente balance de ese momento historiográfico en PASSERINI, L.: *Storia e soggettività. Le fonti orali, la memoria*, Florencia, La Nuova Italia, 1988. Otro balance que incluye variadas perspectivas y debates en el seno del *History Workshop* en SAMUEL, R.: *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984. Para un tránsito de la historia identitaria del «nosotros» a otra perspectiva subjetivista, la del «yo» autobiográfico, véase DI CORI, P.: «Soggettività e pratica storica», *Movimento operaio e socialista*, 1-2 (1987), pp. 77-97. Acerca de cuánto influyen las diferentes tradiciones intelectuales nacionales, por ejemplo, en un lugar (París) en el que el momento estructuralista era fuerte, véase el autorretrato tan diferente propuesto por GAUCHET, M.: *La condición histórica*, Madrid, Trotta, 2007, en especial pp. 36-57.

nía objeto de historia (y la inflación de sujetos pone problemas semejantes a los que hemos evocado a propósito del patrimonio) en el mismo momento en que el programa de una historia total aparecía como una ilusión irrealizable y datada. En los estudios migratorios, por su parte, es posible constatar que, sobre todo en América del norte, los historiadores que se ocupaban de estudiar un grupo étnico eran a menudo ellos mismos originarios de ese grupo y el nuevo clima historiográfico les brindaba una buena justificación para pasar de una perspectiva «pietista» a otra «comprometida».

La percepción más habitual y más tradicional siguió siendo, sin embargo, otra: la historia y la memoria se ocupan ambas del pasado, pero lo hacen de manera radicalmente diferente. Los argumentos que sostienen esta posición pueden resumirse del siguiente modo. En primer lugar, si los historiadores se ocupan del pasado a partir de las preguntas y las solicitudes que provienen de su propio presente, ellos se interesan por el pasado en tanto que pasado, mientras que la memoria y el patrimonio se ocupan del pasado en tanto que presente. Las preguntas que el historiador dirige al pasado, aunque generadas desde el hoy, se orientan a estudiarlo en tanto que diferente del presente (si el pasado es idéntico al presente, ¿cuál sería el interés de estudiarlo?), aun si, como los historicistas (o los influidos por ellos) señalaban insistentemente, esas preguntas no debían solamente orientarse hacia la alteridad irreductible del pasado, sino también hacia las relaciones entre aquellos pasados y los presentes: cómo hemos llegado a ser lo que somos hoy en día<sup>22</sup>. Se trata, en cualquier caso, de una exploración del pasado que requiere numerosas mediaciones y, ante todo, las mediaciones de las fuentes, en las que a la naturaleza indiciaria del documento se opone la naturaleza fiduciaria del testimonio<sup>23</sup>. Es posible que en las décadas recientes se haya entrado en la «era del testimonio», pero para el historiador clásico, el testimonio o el testigo están irresolublemente ligados a la crítica y más aún a la acerba crítica necesaria a los testimonios «voluntarios» (sobre lo que Marc Bloch dijo hace mucho todo lo necesario)<sup>24</sup>.

---

<sup>22</sup> CANTIMORI, D.: *Los historiadores y la historia*, Barcelona, Península, 1985, pp. 163-166.

<sup>23</sup> CHARTIER, R.: «El pasado en el presente. Literatura, memoria e historia», *Coherencia*, 7 (2007), p. 14.

<sup>24</sup> Sobre la idea de la era del testimonio, WIEVIORKA, A.: *L'ère du témoin*, Pa-

Si la historia es siempre un conocimiento mediado, la memoria y el patrimonio son el pasado en el presente sin mediaciones explícitas. Ellos se proponen una aprehensión inmediata, no son experiencias en el tiempo, sino más bien fuera de él. Las condiciones de su éxito pueden buscarse en muchas partes y desde luego en las condiciones de posibilidad que les brinda la reciente devaluación paralela del futuro y del pasado (o en otra terminología del horizonte de expectativas y del espacio de las experiencias)<sup>25</sup> que caracteriza, como señalamos ya, los tiempos actuales. Todo parece resolverse en el instante que huye, y un instrumento para combatir esa sensación de fugacidad puede encontrarse en el reiterado recurso a una consagración de objetos del pasado de los que nos apropiamos como si no pertenecieran a otros tiempos y a otras gentes, sino a nosotros mismos.

La diferencia entre la historia y la memoria es, entonces y ante todo, una cuestión de perspectiva. Lo es también de actitud. Desde los fundadores de la historiografía moderna —y aun desde antes si quiere incluirse a los anticuarios que batallaban contra los pirronistas— se ha admitido que el primer deber de la historia es la exactitud y el establecimiento de los hechos con precisión, y no se ve bien por qué esa antigua tradición debería abandonarse. El pasado ocurrió de una manera, no de cualquiera. Ciertamente, nuestros instrumentos de indagación no son suficientes para establecerlo con precisión (más allá de las dimensiones singulares), pero ello no es una razón válida para desprestigiar la labor en aras de especiosas invenciones contemporáneas. Inmediatamente encontramos el problema de la comprensión del pasado: en este punto, la idea de verdad ha sido desplazada por aquella de verosimilitud o plausibilidad y, desde luego, nuestras certidumbres son más intersubjetivas (la credibilidad dada por la comunidad científica) que puramente objetivas. Permanece de todos modos el hecho de que el historiador se orienta hacia la verdad aun si no puede alcanzarla. En los códigos de su oficio, la interpretación de un historiador debe ser congruente con los hechos disponibles y debe estar sometida a verificación y a refutación, y, por otra parte, no hay un

---

rís, Hachette, 2002; sobre la crítica a los insidiosos testimonios «voluntarios», BLOCH, M.: *Introducción a la historia*, México, FCE, 1965 (ed. original, 1949).

<sup>25</sup> KOSELLECK, R.: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 1993, pp. 333-357.

número infinito de interpretaciones legítimas en sede historiográfica, sino una serie limitada.

Finalmente, la diferencia entre el historiador y el memorialista es una diferencia de propósito: el historiador no aspira a comprender el pasado desde un «nosotros», sino a partir de un «ellos». Como escribió hace muchos años Halbwachs (y reiteró más recientemente Hobsbawm), la historia es (sería mejor decir «aspira a») conocer el pasado desde un punto de vista universal y no desde un punto de vista particular<sup>26</sup>. Todo lo dicho no impide que existan, en la práctica, muchas posiciones intermedias.

Más allá de las diferencias que pueden postularse en las relaciones entre historia y memoria, como ya observamos, el historiador puede decidir enrolarse o no en las cuestiones de construcción de la memoria y en las prácticas de patrimonialización (por ejemplo, la construcción de un museo). Las razones y las modalidades serán diferentes según la concepción que tenga de la historia y de su función en la sociedad. Por otra parte, el historiador encontrará en ese territorio a otros actores: de museólogos a escenógrafos, de urbanistas a arquitectos, de periodistas a escritores, de políticos a técnicos de distintos tipos, y otros más todavía. Los historiadores no pueden (aunque lo reclamen) reivindicar ningún monopolio y tampoco ya ningún papel prioritario. Nadie está dispuesto a concedérselo. Todo deviene entonces materia de negociaciones inevitables y difíciles, y ellas también dicen mucho, tanto como los debates teóricos acerca de memoria e historia en el complejo entramado en el que tanto pesan las «razones prácticas» tan a menudo olvidadas en los estudios académicos<sup>27</sup>. Negociación, entonces, *hic et nunc*. Es la lógica de las sociedades democráticas plurales. Los historiadores pueden reclamar ser el punto de partida en la medida en que son expertos en el trabajo sobre el pasado. Pueden también reivindicar otra tarea más ambiciosa: la elección del relato, pero, en este punto, otros actores, especialmente los políticos, darán su punto de vista según sus propios intereses. En ese marco general, existen muchas diferencias entre los distintos contextos nacionales según las lógicas culturales, las características de las élites políticas (y

<sup>26</sup> HALBWACHS, M.: *La mémoire collective*, París, Albin Michel, 1997, en especial pp. 121-142.

<sup>27</sup> BOURDIEU, P.: *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*, París, Seuil, 1994, en especial pp. 213-230.

también económicas) y el nivel mayor o menor de prestigio y reconocimiento de que gocen los historiadores profesionales. En conjunto, aun si las élites políticas (y económicas) son menos cultivadas (y menos ideológicas) que en el pasado, disponen siempre de los recursos decisionales, y en especial de aquel que a la larga se revela finalmente decisivo: el dinero.

### Museos, museos de migraciones, encrucijadas

Un museo, más o menos complejo, con un relato cerrado o abierto, es siempre una cosa enfática. Se puede comenzar con una historia conocida. Cuando Henri Pirenne y Marc Bloch arribaron a Estocolmo para participar en unas conferencias, el primero le dijo al segundo: comencemos por visitar la ciudad, no los museos, ante todo la vida, porque no soy un anticuario. Marc Bloch, que cita el episodio, supo sacar buenos beneficios historiográficos de esta reflexión para los estudios rurales con su método regresivo<sup>28</sup>. Un razonamiento posible es el siguiente: muchas dimensiones del pasado están todavía en el presente y podemos aproximarnos a ellas mirando alrededor de nosotros. Si la historia y sus restos están aquí y allá: ¿por qué construir museos? Un problema cierto es que los contemporáneos (incluidos no pocos historiadores) no saben hoy mirar al pasado en el presente. Ése es en buena medida el caso de la historia de las migraciones internacionales de los siglos XIX y XX. Los vestigios de las migraciones están en las ciudades, en las villas, en los puertos y también en el mundo rural. ¿Por qué encerrar una realidad tan rica, casi infinita, en un espacio finito? ¿Por qué un museo, entonces? Porque se quiere subrayar algo, porque se quiere proponer un orden y porque se intenta a partir de él, desde sus orígenes, un acto pedagógico<sup>29</sup>.

De los numerosos museos de las migraciones, uno de los pocos que parte de una idea abierta del espacio se encuentra en el

---

<sup>28</sup> BLOCH, M.: *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, París, A. Colin, 1968 (ed. original, 1931), t. 1, «Introduction. Quelques observations de méthode».

<sup>29</sup> Así emerge ya en el reglamento de 1714 la primera institución que se denomina Museum, el Ashmolean de Oxford. Citado por CHASTEL, A.: «La notion de patrimoine», en NORA, P.: *Les lieux...*, op. cit., t. 1, p. 1445.

norte de Portugal. Es el Museu das Migrações e das Comunidades de Fafe. Una ciudad de 15.000 habitantes que conserva numerosos vestigios de la emigración hacia Brasil y, sobre todo, de los migrantes de retorno, los «brasileiros», a veces retornados ricos. Es un museo que no tiene un verdadero centro. Imaginado por un erudito local, el museo ha hecho de su debilidad en materia de recursos económicos su punto de fuerza. Los recursos limitados, quizás más que un diseño preestablecido, han incitado a buscar una solución valorizando una resolución multicéntrica<sup>30</sup>. La experiencia de Fafe hace recordar a un pequeño relato de Borges que se llama «los dos reyes y los dos laberintos»<sup>31</sup>. Un rey de Babilonia había hecho construir un laberinto grande y complejo. Durante la visita de un rey árabe, el otro rey había querido burlarse de su huésped haciéndolo perderse en su laberinto. El rey árabe, fatigosamente y con gran angustia, logró salir del laberinto y dijo a su anfitrión que él tenía en Arabia un laberinto. Habiendo el rey árabe conquistado Babilonia hizo conducir al rey prisionero a su laberinto. Ese laberinto era el desierto en el que el rey de Babilonia se perdería y moriría. Corolario: un laberinto puede ser un espacio cerrado o abierto y sin puntos de referencia. Ése es también el caso de los museos. La mayoría de los grandes museos de migraciones han elegido el modelo del rey de Babilonia: un espacio cerrado.

Otra observación sobre los museos es que, en el modelo cerrado, la elección del espacio en el cual representarlo influirá de varios modos en la interpretación posterior propuesta. Ciertamente esa elección no tiene nada de obvio (aunque así se suponga) y además está sujeta, a menudo, a procesos contingentes que influyen tanto como la proyectualidad inicial. Michael Werner lo ha mostrado a propósito de dos museos proyectados contemporáneamente en Alemania, en Bonn y Berlín, a mediados de los años ochenta, en la época de Helmut Kohl. El vértigo de los acontecimientos políticos iba a cambiar el significado de ambas empresas. El Museo de Bonn, creado *ex nihilo*, fue resignificado en su sentido último por

---

<sup>30</sup> ROCHA-TRINIDADE, M. B., y MONTEIRO, M.: «Il Museu da Emigração e das Comunidades, Fafe, Portugal», *Studi Emigrazione*, 167 (2007), pp. 588-596 (el número entero está dedicado a museos de migraciones y mayoritariamente a las fundaciones propuestas por sus promotores).

<sup>31</sup> BORGES, J. L.: «Los dos reyes y los dos laberintos», en BORGES, J. L.: *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 607.

la reunificación alemana y por el desplazamiento de la capital a Berlín. Todo ello atribuía un significado diferente a un proyecto articulado en torno a la historia de la República Federal Alemana en implícito contraste con la de la República Democrática. El Museo de Berlín, cuyos propósitos eran aún más ambiciosos —en el fondo restituir a los alemanes su pasado—, fue concebido para ser instalado en un lugar emblemático, de cara al Reichstag y cerca de la puerta de Brandenburgo, con todas sus implicaciones para una ciudad dividida por un muro. Sin embargo, también aquí el fin de la división de Berlín terminó suprimiendo el muro y desplazando al Museo a otro lugar, lo que le dio un significado completamente diferente. Ciertamente se trata de un caso límite y, sin embargo, los casos límite ayudan a pensar problemas<sup>32</sup>.

En el caso de los mayores museos de migraciones, las opciones aparentemente obvias han primado en muchos casos, en especial en los países americanos de inmigración. Éstos han propuesto mayormente espacios vinculados con lugares de arribo emblemáticos de los migrantes europeos. Por ejemplo, Ellis Island en Nueva York (Estados Unidos), la Hospedaria de San Pablo (Brasil) y el Hotel de los Inmigrantes en Buenos Aires (Argentina). Lugares que eran ellos mismos monumentos antes de ser museos y además monumentos que tenían con los años (en la clásica terminología de Riegl) «valor de antigüedad». Ellos servían por sí solos para rememorar desde la impresión inmediata que causaban en grupos muy amplios de personas que entraban en contacto con él<sup>33</sup>. Por otro lado, y hasta cierto punto, esa impresión, en los casos presentados, había sido deliberadamente buscada en la construcción misma de aquellos edificios destinados a impresionar a los mismos inmigrantes en el momento de su arribo acerca de la potencia de la nación hospitante. Por otra parte, aunque ciertamente ellos no fueron los únicos lugares de arribo a lo largo del tiempo, presentaban la ventaja para su musealización, dada esa capacidad de rememoración, de ser espacios identificados en los imaginarios sociales con la llegada de los inmigran-

---

<sup>32</sup> WERNER, M.: «Deux nouvelles mises en scène de la nation allemande. Les expériences du Deutsches Historisches Museum (Berlin) et du Haus des Geschichte der Bundesrepublik Deutschland (Bonn)», en HARTOG, F., y REVEL, J.: *Les usages politiques du passé, Enquête*, 1 (2001), pp. 77-98.

<sup>33</sup> RIEGL, A.: *El culto moderno a los monumentos. Caracteres y origen*, Madrid, Visor, 1987 (ed. original, 1903), pp. 49-56.

tes transoceánicos. Ello era así porque coincidían con el momento de máximo arribo de los mismos, pero también por aquel carácter monumental intencionado de sus inicios y reforzado luego. De este modo, los museos allí instalados generaban una situación contradictoria: por un lado, más que promover una significación o una relectura nueva, reforzaban los estereotipos ya existentes, pero, por el otro, e inversamente, su «valor de novedad» y el tipo de relato propuesto entraban en pugna con la antigua significación<sup>34</sup>.

En relación con el primer aspecto, el reforzar estereotipos, una primera comprobación es que los lugares escogidos dejaban de lado simbólicamente a otros inmigrantes, llegados antes o después y, desde luego, a todos aquellos que no habían llegado en barco. Por poner algunos ejemplos, era el caso de los mexicanos en Estados Unidos; de los bolivianos, paraguayos y chilenos en la Argentina, o de los paraguayos en el Brasil, entre muchos otros. En el caso argentino, la Ley de Inmigración de 1876 establecía explícitamente que aquellos que no llegaban a Argentina por barco desde cabos afuera no podían ser considerados inmigrantes y, por ende, no tenían derecho a los beneficios, efectivos o teóricos, concedidos a ellos. El caso no es generalizable, ya que, por ejemplo, la Hospedaria de San Pablo recibió durante la entreguerra (y en especial a partir de los años treinta) numerosos inmigrantes internos del nordeste que habían reemplazado como mano de obra a la inmigración europea, aunque es bien posible que este hecho haya dejado poco o ningún impacto en la memoria asociada a ese edificio y sea sólo una curiosidad erudita. Por otra parte, cada edificio tuvo una historia posterior a su desafectación como lugar de control o alojamiento de los inmigrantes, y ellas fueron también diferentes. En el caso argentino, el edificio es hoy sede de la Dirección de Migraciones en la que los inmigrantes recientes (sudamericanos sobre todo) deben realizar prácticas burocráticas para regularizar su situación legal. Ello genera una doble significación bien diferente para antiguos y nuevos inmigrantes (antiguo hotel para los europeos, lugar de control para los sudamericanos), y otra pugna entre su valor memorial y su valor instrumental.

---

<sup>34</sup> Ciertamente, en una perspectiva temporal más larga es posible argumentar que la significación primera quede plenamente subsumida en la más reciente. Sobre este punto, KOSELLECK, R.: *L'expérience de l'histoire*, París, Gallimard-Seuil, 1997, pp. 208-209.

Los tres museos presentan, asimismo, otras diferencias en relación con los lugares escogidos. Ellis Island, además de ser un lugar de arribo de los inmigrantes europeos, era un lugar de control, de admisión y rechazo de los inmigrantes, donde funcionaba la Federal Immigration Station a partir de 1892. No era un lugar de acogida, sino un lugar de selección y de pasaje (para los inmigrantes aceptados la duración de la estancia allí podía durar al máximo cuatro o cinco horas)<sup>35</sup>. El control era obligatorio para los inmigrantes arribados en tercera clase, pero no para aquellos que lo habían hecho en primera o segunda, ya que no pasaban por la isla. Aunque la gran mayoría de los arribados era aceptada, debe observarse que el lugar sugiere mucho más el poder del Estado federal norteamericano que la experiencia de los inmigrantes. La autoridad más que la apertura. Al menos no falta algún testimonio de inmigrante que lo percibió al transitarlo como un palacio por fuera y una prisión por dentro<sup>36</sup>. Por otro lado, una buena parte del museo está dedicado a la misma Station y no a la experiencia migratoria. Asimismo, puede recordarse que durante las dos guerras y en la inmediata primera posguerra, la estación funcionó como una suerte de prisión para los extranjeros, radicales o no, que el Estado americano consideraba peligrosos y que, en consecuencia, eran allí confinados (y el diseño cerrado del edificio y el carácter insular refuerzan la imagen del control), aunque es posible que, al igual que en el caso de Brasil, ello sea nuevamente solo una curiosidad erudita.

Mirado el problema desde otro ángulo, los nuevos museos son algo efectivamente nuevo y la novedad es que reducen el poder evocador del edificio original al subsumirlos en un contexto renovado y desde allí neutralizan hasta cierto punto la temporalidad que evocaba el monumento original. Si el monumento era una forma de conmemoración del pasado en el presente, el museo es la consagración del presente en el presente. Por otra parte, los relatos museográficos, en general mucho más abiertos, colocan una tensión adicional entre el simbolismo original de los lugares y las nuevas interpreta-

---

<sup>35</sup> Sobre el museo de Ellis Island puede verse GREEN, N.: «L'île de M. Ellis, du dépôt de munitions a lieu de mémoire», *Hommes et migrations*, 1274 (2004), pp. 40-47.

<sup>36</sup> Citado en GREEN, N.: «A French Ellis Island? Museums, Memory and History in France and the United States», *History Workshop Journal*, 63:1 (2007), pp. 242-243.

ciones plurales, del mismo modo que lo colocan entre las memorias europeas asociadas a ellos y la voluntad de consagrar en él a todos los inmigrantes. Si ponderar el peso de lo antiguo y de lo nuevo en ese complejo entrelazamiento es inevitablemente difícil, lo es quizás menos recordar el peso performativo del lugar, mayor o menor según los casos y las perspectivas, sobre el relato museográfico.

Los lugares escogidos por Argentina y Brasil son en parte diferentes. Los nombres originales lo muestran ya: *Station versus Hotel-Hospedaria*. En el Estado de San Pablo, la Hospedaria, establecida en el barrio del Bras en la capital paulista, al costado del ferrocarril que enlazaba el puerto de Santos con la ciudad, era ante todo un lugar de acogida y de residencia temporaria (aunque su función estratégica era la de servir de mercado de trabajo para los *fazendeiros* que establecían contratos de trabajo con los colonos). El Hotel de Buenos Aires (el último, inaugurado en 1912) estaba situado en el centro de la ciudad, al costado de la dársena de desembarco para vapores de pasajeros como lugar de acogida, de residencia y también de control. En San Pablo, en cambio, existía una separación entre el lugar de control en Santos y el lugar de acogida en San Pablo. El pasaje por la Hospedaria era voluntario, no obligatorio y el que aceptaba residir allí podía recibir las ventajas ofrecidas por la legislación para los inmigrantes (como el alojamiento gratuito y un billete de tren, igualmente gratuito, para otro destino dentro del Estado). Sin embargo, una vez hecha la elección, el inmigrante no podía salir de ella (incluida la misma Hospedaria) hasta que hubiera firmado un contrato de trabajo<sup>37</sup>. El carácter cerrado del edificio en torno a un espacio central recuerda a una prisión más que a un hotel (y efectivamente fue utilizado también como una prisión durante los años veinte). En Buenos Aires, el alojamiento era voluntario y para los inmigrantes que habían decidido acogerse a la ley brindaba servicios gratuitos equivalentes a los de la Hospedaria de San Pablo. Dos diferencias, sin embargo, deben remarcarse: en el caso argentino no existía obligatoriedad y la disposición del edificio (un espacio longitudinal abierto hacia el río y hacia la ciudad) no le dan el carácter cerrado del caso paulista. En cualquier caso, también en los ejemplos sudamericanos es el Estado el que está en

---

<sup>37</sup> Sobre el punto y más en general sobre la historia de la Hospedaria, véase MOURA, S. (ed.): *Memorial do Imigrante. A imigração no estado de São Paulo*, São Paulo, Imprensa Oficial, 2008.

el centro del dispositivo espacial. Ciertamente lo que los lugares sugieren en su «valor de antigüedad» es más un Estado paternal que un Estado policial, pero siempre se trata del Estado.

Una última comprobación puede hacerse y no concierne a la relación entre espacio elegido y proyecto museístico, sino a la operación de construcción del museo. Ellis Island se inauguró en 1990 tras recoger una inmensa suma de dinero en el ámbito privado. El proyecto de San Pablo empezó más tarde, fue realizado por el mismo Estado paulista e inauguró en 1998. El caso argentino presenta otras singularidades. Nació como idea a mediados de los años ochenta (en relación con el retorno de la democracia y una imagen más abierta y plural de la sociedad argentina). A partir de allí comenzó y recomenzó una y otra vez con sucesivas y contradictorias iniciativas del Estado argentino (la última en relación con el Bicentenario) y, más allá de la modestísima exposición existente, nunca ha llegado a buen puerto. Las fluctuaciones de la economía argentina pueden brindar argumentos para explicar el carácter errático del museo argentino, pero más aún pueden brindarlos las lógicas políticas y sociales y la ausencia de toda profesionalidad en las estructuras estatales.

Entre los museos europeos pueden encontrarse también diferencias sustanciales. Se explorarán aquí tres casos entre muchos otros: la Cité Nationale de l'Histoire de l'Immigration en París, el Museo Nazionale dell'Emigrazione Italiana en Roma y el Deutsches Auswanderer House en Bremerhaven. Una primera diferencia entre los tres es que el francés es un museo de la inmigración (aun si Francia ha sido también un país de emigración)<sup>38</sup>, mientras que los otros dos son museos de la emigración.

Es bueno empezar la exploración nuevamente por los lugares elegidos. La Cité de l'Immigration fue instalada en un edificio (el Palais de la Port Dorée) de la Exposition Coloniale de 1931 en el que se encontraba un Museo des Colonies, más tarde llamado Musée de la France d'Outre Mer, y finalmente, desde 1960, Musée des Arts Africains et Océaniens. Una primera observación es que la colocación del museo en París (en un lugar alejado del centro) y no en una ciudad puerto da al lugar una significación muy diferente a la de sus homólogos americanos. En cierto modo esa colocación en

---

<sup>38</sup> OTERO, H., y WEIL, F.: «Los franceses en las Américas» (dossier), *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 61 (2006).

la capital era bastante previsible vista la fuerza de París en el hexágono, su importancia como lugar de inserción de los inmigrantes y la ausencia de un lugar de entrada dominante o emblemático (aunque una opción considerada fue Marsella). Una segunda observación es que el lugar, por su historia y por su arquitectura, no parecía ciertamente el mejor para celebrar a los inmigrantes, y ello no dejó de ser observado<sup>39</sup>. La significación histórica original parece claramente en pugna con la conmemoración de la inmigración y más bien sugiere la continuidad de otra consagración: la de la gran Francia civilizadora. Aunque nuevamente lo que el lugar representó en 1931 no es necesariamente lo que representa hoy, la fuerte perdurabilidad de los rasgos originales del edificio (incluidos sus bajo relieves) y la pervivencia de algunos espectáculos allí subsistentes del museo precedente (como el acuario tropical) lo hace un lugar bastante sorprendente para un museo de la inmigración.

La Cité, abierta al público en el 2007, es también un museo relativamente pobre (en especial si se lo compara con el casi contemporáneo Musée du Quai Branly, inaugurado en el 2006). Como resultado, tras un auspicioso comienzo, el museo padece hoy de la ausencia de un público significativo. Por otra parte, los debates en torno a la creación en Francia de un Ministerio de la Inmigración y de la Identidad Nacional (que ya en su denominación remitía a la perdurabilidad del paradigma del *creuset*), que convencieron a varios prestigiosos historiadores a abandonar su lugar en los comités de la Cité, pueden ser vistos como un último escalón en la política de indiferencia del Estado francés hacia los inmigrantes y sus culturas.

¿Es simplemente el azar el que provoca que los casos francés y argentino presenten ciertas semejanzas en relación con las políticas públicas de la memoria relacionadas con los inmigrantes? O, por el contrario, ¿ello debe relacionarse con que se trata de dos grandes países de inmigración en los que el mito del crisol ha sido muy fuerte tanto como las estrategias públicas de integración en el contexto de un imaginario republicano? ¿Qué lugar puede tener la memoria pública de la inmigración en ese cuadro cultural?

El caso italiano es muy revelador por muchos motivos. El museo está provisoriamente instalado en el Monumento Nazionale a Vittorio Emanuele II (el Vittoriano) en Roma, proyectado en la dé-

---

<sup>39</sup> JARRASSÉE, D.: «L'ex palais des Colonies: le poids d'un héritage», *Museum International*, 233-234 (2007), pp. 57-66.

cada de 1880 e inaugurado en 1911; un monumento arquitectónicamente en pugna con la ciudad que, si bien originalmente estaba destinado a celebrar a la figura del monarca «padre de la patria» y a partir de allí a la misma monarquía y a la unidad de Italia, fue cambiando de sentido con el tiempo. Una de las partes del mismo, el «Altare della Patria», en el que se instalaría, luego de la Primera Guerra Mundial, la tumba del soldado desconocido, modificaron el sentido del monumento original y la clave interpretativa orientándola en un sentido acorde con el nacionalismo de masas postri-sorgimento. El fascismo introdujo luego otros cambios, como colocar allí el Museo Centrale del Risorgimento y la Galería de las Banderas del Ejército, convirtiéndolo en un complejo museal litúrgico pero adyacente y secundario respecto al lugar simbólico principal del régimen, Piazza Venezia<sup>40</sup>. Los significados cambiaron luego nuevamente. En cualquier caso, es interesante observar que entre los sucesivos significados propuestos por los grupos dirigentes y los significados atribuidos por las personas de a pie puede haber una gran distancia, como lo sugieren los distintos apelativos que los romanos dieron en su cotidianeidad al monumento, de «sopa inglesa» a «máquina de escribir».

Es posible, con todo, ir más allá. El hecho de que la ciudad elegida para el museo sea Roma (con limitadísima participación en la emigración) es bien significativo. El hecho de que el lugar escogido sea provisorio no lo es menos, como tampoco el que sea, en sus distintas versiones, un lugar *ad maiorem Italiae Gloriam*. La colocación de un Museo de la Emigración en un lugar tan cargado simbólicamente parece intentar sugerir que los emigrantes, en el sesquicentenario de la unidad, también forman parte plenamente de la historia de Italia, y ello de algún modo propone una relación optimista entre el proceso de construcción de una nación y la emigración, relación solamente posible desde una idea fuertemente etnicista (el pueblo italiano, uno e indivisible más allá de las fronteras nacionales). En suma, una de las tantas formas de la «Italia fuori d'Italia» en un momento en que el gran tema de debate público no es la emigración, sino la inmigración. En cualquier caso, y más allá de que en la exhibición del museo se incluya a los inmigrantes actua-

<sup>40</sup> TOBIA, B.: «Il Vittoriano», en ISNENGLI, M.: *I luoghi della memoria...*, op. cit., t. 1, pp. 289-300.

les, nuevamente tenemos una pluralidad de tensiones entre el lugar elegido, los climas culturales y el proyecto museístico.

El caso italiano puede servir también para mostrar las complejas tramas que llevan a la creación de un museo. Nacido como una iniciativa del gobierno Prodi (gobierno sostenido por diputados y senadores elegidos en el exterior en representación de los emigrantes y sus descendientes y cuyo voto fue decisivo para alcanzar la investidura parlamentaria), fue inaugurado durante el gobierno Berlusconi, que aunque también apoyado por parlamentarios elegidos fuera de Italia, no necesitaba del apoyo de éstos. El interés por el museo decayó y con él los recursos. Se optó por una solución transitoria y económica. Por otra parte, en el proyecto del museo los historiadores profesionales tuvieron una participación limitada (a diferencia del caso francés en toda su fase inicial) y fueron subsumidos en comités con amplia predominancia de políticos y eruditos locales<sup>41</sup>. Entre los políticos, a su vez, un lugar importante le cupo a los posfascistas de la antigua Alianza Nazionale, que eran el grupo históricamente más interesado en los inmigrantes en el exterior por un complejo de razones, desde ideológicas de largo plazo (incluidas las reflexiones acerca de la importancia de la vitalidad demográfica de la nación o aquellas variantes expansionistas asociadas a la idea de «la grande proletaria si è mossa»)<sup>42</sup>, a políticas (el activismo del régimen fascista hacia los connacionales en el exterior) e instrumentales (la creencia en las extendidas simpatías fascistas de los emigrantes). La importancia de esta tradición política es, por otra parte, bien visible en los comités del museo, y algo de esa mirada permea los ambiguos textos que acompañan la página *web*<sup>43</sup>. En cualquier caso, y al igual que en el ejemplo francés, la dinámica política e institucional concreta es tan reveladora como las dimensiones simbólicas.

El caso alemán de Bremerhaven es diferente de los otros museos presentados. El proyecto no se llevó a cabo en un edificio histórico que fuese preformativo del mensaje del mismo, aunque sí en un espacio significativo. Fue inaugurado en 2005 en un edificio

---

<sup>41</sup> FRANZINA, E.: «Dai musei al museo: emigrazione e storia d'Italia», *Studi Emigrazione*, 167 (2007), pp. 737-738.

<sup>42</sup> La cita, una exaltación del colonialismo italiano y un emblema de una época, es de un discurso de 1911 de G. Pascoli.

<sup>43</sup> [www.museonazionaleemigrazione.it](http://www.museonazionaleemigrazione.it).

construido *ad hoc* a partir de un proyecto de Andreas Heller, en el lugar donde se encontraba en el pasado uno de los mayores puertos de embarque de los emigrantes (pero en este hecho no deja de influir que el pasado edificio de Bremerhaven fuese destruido durante la Segunda Guerra Mundial). El proyecto vencedor del premio europeo al mejor museo (en 2007) fue financiado por la ciudad y por el Land de Bremen. La elección de uno de los grandes puertos de emigración, del que partieron para las Américas millones de personas del norte y del este de Europa, señala ya algunas de las opciones más interesantes del museo. No se trata de un museo de la emigración alemana, sino de la emigración europea (aun si el caso alemán es el más visible). En este sentido, es lo opuesto al caso italiano. Por otra parte, la estrategia museográfica elegida ha llevado a reconstrucciones de ciertas experiencias cruciales de los migrantes, como la partida o el viaje en barco.

Un segundo orden de consideraciones concierne a las narraciones escogidas por cada museo y las estrategias de exposición. Aquí solamente se abordarán algunas cuestiones generales al respecto. La narración en cada caso conlleva diferencias. Incluso si la historiografía más moderna ha defendido con fuerza no sólo la idea de que la experiencia migratoria es una y que no debe escindirse entre lugar de origen y lugar de inserción, sino de que es una experiencia circular más que lineal<sup>44</sup> (alrededor de la mitad de los migrantes transoceánicos en la época de masas regresó a sus países de origen), en los hechos es inevitable arribar a compromisos concretos con los intereses políticos y también, eventualmente, con las expectativas del público. Esos compromisos llevan a preservar la idea de un proceso único, a menudo lineal, y a dar mucho más espacio a uno de los momentos y a una de las fases de las migraciones. Empero, también hay otros compromisos más problemáticos, como, por ejemplo, entre las ideas a menudo tan diferentes de los historiadores y de los otros actores involucrados en el proceso. Las diferencias entre los historiadores y los políticos, o entre los historiadores y las *leaderships* de las comunidades de inmigrantes, pueden ilustrar, en la acción concreta, las diferencias de propósito entre historiadores y memorialistas de distinto tipo. ¿Cómo combinar,

---

<sup>44</sup> RAMELLA, F.: «Para un uso fuerte del concepto de red social», en BJERG, M., y OTERO, H.: *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, Buenos Aires, CEMLA-IEHS, 1995, pp. 9-21.

por ejemplo, la voluntad de comprender y complejizar de los historiadores y los intereses etnocéntricos de los grupos comunitarios más orientados a presentar una mirada sin matices, a veces ensalzando el éxito del propio grupo o a veces, inversamente, tratando de sumar la historia de sus antepasados a las de los numerosos elencos de víctimas que se espera reivindicar en tantas operaciones memoriales contemporáneas?<sup>45</sup> A esas diferencias de perspectiva se agregan otras, ahora en el seno de los expertos, entre historiadores, etnógrafos, museólogos, arquitectos y escenógrafos acerca de qué narrar y cómo representarlo. Por ejemplo, la intervención de estos últimos puede no solamente alterar el sentido de la historia que se quiere contar, sino también hacerla de difícil comprensión para el público. El peligro puede ser aún mayor cuando el relato original es en sí complejo y sofisticado, como se verifica en el caso de la Cité de l'Immigration francesa<sup>46</sup>.

Otras diferencias en el relato emergen de la naturaleza pública o privada (total o parcial) de la gestión del museo. En el último caso, es claro que el problema del *budget* —y, por ende, la forma de atraer al público— tiene un peso decisivo (como en Ellis Island o Bremerhaven). Para atraer recursos y público se pueden realizar acciones que poco tienen que ver con un museo como el Ellis Island Hall of Fame que permite inscribir, si se paga, los nombres de inmigrantes. Se puede también apelar a un relato entre patético y espectacular, desde el punto de vista, por ejemplo, de los recursos mediáticos, como es el caso de Bremerhaven. Aquí un cierto efecto Disneyland puede mezclarse con una sensibilidad estilo Edmondo de Amicis, un poco sentimental, un poco pietista. Que ello puede no estar vinculado solamente al tipo de gestión parece exhibirlo el caso de San Pablo, en el que el viaje a bordo de un tren de la época de las grandes migraciones parece jugar con el mismo tipo de recursos. Ciertamente, si mirado desde el punto de vista del espectador, un museo encuentra siempre cierta tensión en el *aut prodesse aut delectare* y ese problema, si desligado de la clásica contempla-

---

<sup>45</sup> Sobre los peligros de la última perspectiva, que sin embargo no es excluyente (ya que un grupo bien puede cultivar el etnocentrismo desde una retórica del éxito y no solamente desde la de la opresión, o combinando ambas), véase NOIRIEL, G.: «L'historien dans la Cité: comment concilier histoire et mémoire de l'immigration», *Museum International*, 233-234 (2007), pp. 13-17.

<sup>46</sup> BLANC-CHALÉARD, M. C.: «Une Cité nationale pour l'histoire de l'immigration: genèse, enjeux, obstacles», *Vingtième Siècle*, 4 (2006), pp. 131-140.

ción estética, como en el caso de los museos de migraciones, orienta a la utilización de aquellos recursos aludidos. Por otra parte, como fuera señalado por voces eminentes, quizás ninguna institución social (y un museo lo es) pueda sobrevivir al tiempo si no sirve a una variedad de propósitos contradictorios<sup>47</sup>.

Más allá de las constricciones señaladas y de otras, se puede identificar en las propuestas expositivas de cada museo posiciones historiográficas diferentes. Dejando de lado la idea de un museo sin mediaciones, en el que los solos objetos interpelarían directamente al espectador, algo irrealizable, ya que el museo es él mismo una elección e implica una idea previa (aunque desde luego, ella será resignificada en muchísimos modos por el espectador), existen distintas opciones. Una posible es la etnográfica, que alienta una comprensión global del fenómeno a través de una organización de los objetos a partir de su capacidad evocadora de temas y problemas. Es decir, una organización más según la naturaleza de los objetos que según la naturaleza del relato. La estrategia más habitual en los museos de migraciones indagados es otra: la histórica. Nuevamente aquí se presenta, sin embargo, una doble vía: aquella que da una atención prioritaria a grandes procesos históricos (las estructuras, las instituciones), desde un punto de vista voluntariamente impersonal, y aquella que da la prioridad a la experiencia de los inmigrantes en su cotidianeidad. Se trata bien se sabe de un largo debate entre los historiadores<sup>48</sup>, incluidos aquellos que se ocupan de las migraciones. Es el dilema de la fórmula de Gustav Droysen: A+x. Más allá de la validez de cada perspectiva o de las soluciones eclécticas, ellas influyen (hasta donde influyen los historiadores) en la interpretación propuesta.

Las perspectivas presentadas implican, desde luego, diferentes opciones en relación con la cuestión de la temporalidad. Si se elige una forma museográfica fuera del tiempo, y por ende ni histórica ni menos historicista, el resultado es una organización temática de los objetos como se encuentra en los museos etnográficos. Si se in-

---

<sup>47</sup> GOMBRICH, E.: «El museo: pasado, presente, futuro», en GOMBRICH, E.: *Ideas e ídolos. Ensayos sobre los valores en la historia del arte*, Madrid, Debate, 2004.

<sup>48</sup> Un balance de ambas perspectivas desde la primera perspectiva en KOCKA, J.: «La historia social entre la historia de las estructuras y la historia de las experiencias», en KOCKA, J.: *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 65-86.

introduce la dimensión temporal, es posible tomar en cuenta prioritariamente el tiempo de la «historia» o privilegiar el tiempo del «sujeto», es decir, del mismo migrante. En el primer caso la opción cronológica es clásica y seguirá una línea temporal general (ejemplo, siglos XVIII, XIX, XX), como en el caso del museo italiano. En la segunda hipótesis se seguirá un tiempo imaginario, el del recorrido de un migrante ideal tipo a través de las fases sucesivas de la experiencia. Es el caso, por ejemplo, de los museos de Bremerhaven y de la Cité Nationale de l'Immigration. Ciertamente, esa voluntad de proponer al espectador seguir el recorrido de un migrante a ras del suelo no puede aspirar a recuperar su experiencia, siempre diversa y poco transmisible, sino a dar un orden a un relato que propone un itinerario diferente, ya que el tiempo «vivido» es una cosa y el tiempo reconstruido por el historiador, otra. Las combinaciones entre ambas percepciones del tiempo son factibles, como se ha intentado en el proyecto nuevo de Buenos Aires, aunque vinculadas a las constricciones que el espacio disponible establece en el caso de edificios históricos.

Todo relato museístico, actual o futuro, se enfrenta a otros problemas. Uno de ellos es el de recorte del tema, de modo que contemple la pluralidad del mismo y, a la vez, no se convierta en una historia universal. Otro es cómo definir qué es un migrante (más allá de las definiciones formales). Ciertamente la tentación de contar todo está siempre presente y amenaza no solamente a perspectivas simplificadoras, sino incluso aún más a aquellas que buscan una complejización y una mirada abierta, a aquellas que apelan al «esprit de finesse» más que al «esprit de géométrie». Todo buen historiador sabe de la necesidad museográfica de vincular el pasado y el presente; de tomar en cuenta las diferencias entre los grupos según el origen nacional, la pertenencia social, el sexo, la edad, la religión; de no olvidar que los migrantes siempre están en relación con los no migrantes y que uno entiende mejor a los primeros si introduce en el cuadro a los segundos, y de tomar precauciones para evitar los riesgos del anacronismo, del etnocentrismo y del asimilacionismo. El resultado de tanto esfuerzo puede ser, a la vez, más plausible y menos comprensible. Finalmente los objetos: todos son posibles, ninguno es autosuficiente (ni siquiera las tan obvias valijas).

A veces, a una visita concluida, se tiene la sensación de que todo es demasiado abundante y demasiado enfático y, a la vez, inevita-

blemente temporal. Vuelven entonces las preguntas ya formuladas. ¿Un museo es mejor que ningún museo? En ese punto emergen en auxilio del museo las perspectivas pedagógicas: una voluntad iluminista que permanece las más de las veces implícita y de la que se conocen todas las ambigüedades a ella asociadas y que, sin embargo, parece poder defenderse todavía. La justificación última del museo está allí. La del historiador participante, también.

## PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

1. La revista *Ayer* publica artículos y ensayos bibliográficos de todos los ámbitos de la Historia Contemporánea.
2. Los autores se comprometen a enviar artículos originales que no hayan sido publicados con anterioridad, ni estén siendo considerados en otras publicaciones.
3. Tanto los artículos de investigación como los ensayos bibliográficos serán informados por dos evaluadores externos a los órganos de la revista y a la Junta Directiva de la Asociación de Historia Contemporánea que la edita, mediante un sistema doble ciego (anónimo tanto para el evaluador como para el autor del texto). Los artículos que integran los *dossieres* serán evaluados de la misma forma. Todos los textos deberán recibir posteriormente la aprobación del Consejo de Redacción.
4. La revista se compromete a adoptar una decisión sobre la publicación de originales en el plazo de seis meses. Se reserva el derecho de publicación por un plazo de dos años, acomodando la aparición del texto a las necesidades de la revista.
5. Los autores remitirán su texto a la dirección institucional de la revista ([revistaayer@ahistcon.org](mailto:revistaayer@ahistcon.org)) en soporte informático (programa MS Word o similar). Igualmente enviarán un resumen de menos de 100 palabras en español y en inglés; la traducción del título al inglés para su inclusión en el índice en este idioma; cinco palabras clave, también en los dos idiomas, y una breve nota curricular, que no debe superar las 100 palabras. No será enviado a evaluación ningún artículo que no incluya todos estos complementos.
6. Los trabajos enviados para publicación han de ajustarse a los siguientes límites de extensión: 8.000 palabras para los artículos, tanto si van destinados a la sección de *Estudios* como si forman parte de un *dossier*; y 4.000 palabras para los *Ensayos bibliográficos* y las colaboraciones de la sección *Hoy*.
7. Divisiones y subdivisiones: los epígrafes de los artículos irán en negrita y sin numeración. Conviene evitar los subepígrafes; en el caso de que se incluyan, aparecerán en cursiva y señalados con letras.
8. Sistema de citas:

Las notas irán a pie de página, tal y como ha venido haciendo *Ayer* hasta el momento. Por ejemplo:

**Libros:** JULIÁ, S.: *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX*, Barcelona, RBA Libros, 2010.

**Capítulos de libro:** ANNINO, A.: «México: ¿Soberanía de los pueblos o de la nación?», en SUÁREZ CORTINA, M., y PÉREZ VEJO, T. (eds.): *Los caminos de la ciudadanía. México y España en perspectiva comparada*, Madrid, Biblioteca Nueva-Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2010.

**Artículos de revista:** FOLGUERA, P.: «Sociedad civil y acción colectiva en Europa: 1948-2008», *Ayer*, 77 (2010), pp. 79-113.

9. En el caso de los ensayos bibliográficos o de artículos de carácter teórico, las citas pueden incluirse en el texto (BERNAL GARCÍA, 2010, 259), acompañadas de una bibliografía final.
10. En los *dossiers*, las presentaciones de los coordinadores no podrán exceder de 5.000 palabras. Para que las explicaciones de la cubierta puedan leerse con facilidad, el título del *dossier* y el texto de cubierta no deberán superar las 70 palabras.

## NÚMEROS PUBLICADOS

1. Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
2. Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
3. Javier Tusell, *El sufragio universal*.
4. Francesc Bonamusa, *La Huelga general*.
5. J. J. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
6. Antonio Morales, *La historia en el 91*.
7. José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XIX*.
8. J. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*.
9. Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.
10. Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92*.
11. Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología*.
12. Pedro Ruiz Torres, *La historiografía*.
13. Julio Aróstegui, *Violencia y política en España*.
14. Manuel Pérez Ledesma, *La Historia en el 93*.
15. Manuel Redero San Román, *La transición a la democracia en España*.
16. Alfonso Botti, *Italia, 1945-94*.
17. Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, *Las relaciones de género*.
18. Ramón Villares, *La Historia en el 94*.
19. Luis Castells, *La Historia de la vida cotidiana*.
20. Santos Juliá, *Política en la Segunda República*.
21. Pedro Tedde de Lorca, *El Estado y la modernización económica*.
22. Enric Ucelay-Da Cal, *La historia en el 95*.
23. Carlos Sambricio, *La historia urbana*.
24. Mario P. Díaz Barrado, *Imagen e historia*.
25. Mariano Esteban de Vega, *Pobreza, beneficencia y política social*.
26. Celso Almuíña, *La Historia en el 96*.
27. Rafael Cruz, *El anticlericalismo*.
28. Teresa Carnero Arbat, *El reinado de Alfonso XIII*.
29. Isabel Burdiel, *La política en el reinado de Isabel II*.
30. José María Ortiz de Orruño, *Historia y sistema educativo*.
31. Ismael Saz, *España: la mirada del otro*.
32. Josefina Cuesta Bustillo, *Memoria e Historia*.
33. Glicerio Sánchez Recio, *El primer franquismo (1936-1959)*.
34. Rafael Flaquer Montequí, *Derechos y Constitución*.
35. Anna M.<sup>a</sup> Garcia Rovira, *España, ¿nación de naciones?*
36. Juan C. Gay Armenteros, *Italia-España. Viejos y nuevos problemas históricos*.
37. Hipólito de la Torre Gómez, *Portugal y España contemporáneos*.
38. Jesús Millán, *Carlismo y contrarrevolución en la España contemporánea*.
39. Ángel Duarte y Pere Gabriel, *El republicanismo español*.

40. Carlos Serrano, *El nacimiento de los intelectuales en España*.
41. Rafael Sánchez Mantero, *Fernando VII. Su reinado y su imagen*.
42. Juan Carlos Pereira Castañares, *La historia de las relaciones internacionales*.
43. Conxita Mir Curcó, *La represión bajo el franquismo*.
44. Rafael Serrano, *El Sexenio Democrático*.
45. Susanna Tavera, *El anarquismo español*.
46. Alberto Sabio, *Naturaleza y conflicto social*.
47. Encarnación Lemus, *Los exilios en la España contemporánea*.
48. M.<sup>a</sup> D. Muñoz Dueñas y Helder Fonseca, *Las élites agrarias en la Península Ibérica*.
49. Florentino Portero, *La política exterior de España en el siglo xx*.
50. Enrique Moradiellos, *La guerra civil*.
51. Pere Anguera, *Los días de España*.
52. Carlos Dardé, *La política en el reinado de Alfonso XII*.
53. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, *Historia de los conceptos*.
54. Carlos Forcadell Álvarez, *A los 125 años de la fundación del PSOE. Las primeras políticas y organizaciones socialistas*.
55. Jordi Canal, *Las guerras civiles en la España contemporánea*.
56. Manuel Requena, *Las Brigadas Internacionales*.
57. Ángeles Egido y Matilde Eiroa, *Los campos de concentración franquistas en el contexto europeo*.
58. Jesús A. Martínez Martín, *Historia de la lectura*.
59. Eduardo González Calleja, *Juventud y política en la España contemporánea*.
60. M.<sup>a</sup> Dolores Ramos, *República y republicanas*.
61. María Sierra, Rafael Zurita y María Antonia Peña, *La representación política en la España liberal*.
62. Miguel Ángel Cabrera, *Más allá de la historia social*.
63. Ángeles Barrio, *La crisis del régimen liberal en España, 1917-1923*.
64. Xosé M. Núñez Seixas, *La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)*.
65. Antoni Segura, *El nuevo orden mundial y el mundo islámico*.
66. Juan Pan-Montojo, *Poderes privados y recursos públicos*.
67. Matilde Eiroa San Francisco y M.<sup>a</sup> Dolores Ferrero Blanco, *Las relaciones de España con Europa centro-oriental (1939-1975)*.
68. Ismael Saz, *Crisis y descomposición del franquismo*.
69. Marició Janué i Miret, *España y Alemania: historia de las relaciones culturales en el siglo xx*.
70. Nuria Tabanera y Alberto Aggio, *Política y culturas políticas en América Latina*.
71. Francisco Cobo y Teresa María Ortega, *La extrema derecha en la España contemporánea*.

72. Edward Baker y Demetrio Castro, *Espectáculo y sociedad en la España contemporánea*.
73. Jorge Saborido, *Historia reciente de la Argentina (1975-2007)*.
74. Manuel Chust y José Antonio Serrano, *La formación de los Estados-naciones americanos, 1808-1830*.
75. Antonio Niño, *La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría*.
76. Javier Rodrigo, *Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939*.
77. Antonio Moreno y Juan Carlos Pereira, *Europa desde 1945. El proceso de construcción europea*.
78. Mónica Bolufer y Mónica Burguera, *Género y modernidad en España: de la ilustración al liberalismo*.
79. Carmen González Martínez y Encarna Nicolás Martín, *Procesos de construcción de la democracia en España y Chile*.
80. Gonzalo Capellán de Miguel, *Historia, política y opinión pública*.
81. Javier Muñoz Soro, *Los intelectuales en la Transición*.
82. José María Faraldo, *El socialismo de Estado: cultura y política*.
83. Daniel Lanero Táboas, *Fascismo y políticas agrarias: nuevos enfoques en un marco comparativo*.

### **En preparación:**

Pere Ysàs: *La época socialista (1982-1996)*.

María Antonia Peña y Encarnación Lemus: *Historia contemporánea de Andalucía: nuevas perspectivas*.

Emilio La Parra: *La Guerra de la Independencia*.

## CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

**Marcial Pons** edita y distribuye *Ayer* en los meses de marzo, junio, octubre y diciembre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 250 páginas con un formato de 13,5 por 21 cm. Los precios de suscripción, incluido IVA, son:

Precios España:

suscripción anual: 65 €

Precios extranjero:

suscripción anual: 65 € más gastos de envío

Precio número suelto: 22 €

La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea y sus publicaciones debe dirigirse a la Secretaría de la Asociación de Historia Contemporánea, Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea, Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Salamanca, c/ Cervantes, s/n, 37002, Salamanca, España

Correo electrónico: [secretaria@ahistcon.org](mailto:secretaria@ahistcon.org)

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a:

Marcial Pons

Agencia de suscripciones

San Sotero, 6

Tel. 91 304 33 03 - Fax 91 327 23 67

28037 MADRID

Correo electrónico: [revistas@marcialpons.es](mailto:revistas@marcialpons.es)

# 83 ayer